La Saga de los Forsyte I

Por

John Galsworthy

PREFACIO

La Saga de los Forsytes fue el título que en principio destiné a la parte de la obra que se llama «El hombre bien acomodado», y el adoptarlo para título de la crónica general de la familia Forsyte es debido a las características forsyteanas que los humanos poseemos. La palabra «Saga» pudiera muy bien atacarse en razón de que implica heroísmo y hay poco heroísmo en estas páginas. Pero es que viene usada con cierta ironía; además, este largo cuento, si bien trata de gentes que usan levita y corbatín, si es cierto que se refiere a un período más o menos comodón y regalado, no por eso carece de ardor y de conflicto. Aparte de su estatura gigantesca y su sed de sangre, características humanas de lejanas épocas, los hombres legendarios eran Forsytes, al menos en sus instintos de posesión y dominio; y las debilidades de ternura y amor a la belleza a Swithin, Soames e incluso el joven Jolyon son poca prueba en contrario. Podría también decirse que los héroes de eras pasadas y quizá no sucedidas destacan de su entorno en forma que no destaca un Forsyte del tiempo de Victoria; mas podríamos decir que el espíritu de tribu era entonces también la fuerza primera y principal, y que la «familia» y el sentido de hogar y propiedad eran tan importantes como lo son hoy, que lo son mucho, por más que quiera desconocérseles.

Muchísima gente ha dado en decir que tal o cual familia era el original de los Forsytes, y tanto, que uno se ha inclinado casi a creer en la tipicidad de especies que sólo existieron en el campo de la fantasía. Los modos cambian y las modas evolucionan, y la casa de Timoteo, en la carretera de Bayswater, aparece como cobijo de lo increíble, excepto en lo fundamental; no volveremos a ver ya tanto acomodo, ni quizá veremos a nadie como James o el viejo Jolyon. Y, sin embargo, las cifras de las Compañías de Seguros y las afirmaciones de los jueces nos dicen, cada día que nuestro paraíso terrenal es aún rico reservorio en que los violentos salteadores Belleza y Pasión penetran furtivamente, robándonos la tranquilidad en nuestras propias barbas. Y tan seguro como un perro ha de ladrar a una banda de música, lo que en la naturaleza humana hay de Soames se alzará en protesta contra la disolución que, amenazadora, se esconde entre los propios pliegues del vestido de la diosa Propiedad.

«Pues el Pasado murió, que entierre a sus muertos», se podría decir si el Pasado muriera. La persistencia del Pasado es una de esas tragicómicas bendiciones que en cada etapa del desenvolvimiento de la humanidad se niegan con aires de aseveración nueva desde el escenario de la vida. Pero ninguna generación consigue enterrar definitivamente al Pasado. El hombre, bajo sus cambios de apariencia y vestidura, es y será siempre un Forsyte, y

gracias que no sea un animal peor.

Volviendo la mirada a la Era Victoriana, cuya culminación, declinación y caída se refleja bastante en La saga de los Forsytes, vemos bien que hemos salido de Scila para caer en Caribdis. Sería difícil mantener que la situación de Inglaterra era mejor en 1913 que lo fue en 1886, cuando los Forsytes se reunieron en casa del viejo Jolyon para celebrar el noviazgo oficial de June y Felipe Bosinney. Y en 1920, cuando se congregó el clan de nuevo para gozarse en el matrimonio de Fleur con Miguel Mont, el estado de Inglaterra es tanto de quebranto y bancarrota como fuera decaído y bajo en el ochocientos.

Si esta crónica hubiese realmente sido un estudio científico de la evolución del país, el autor hubiera insistido mucho en hechos como la invención de la bicicleta, del automóvil y aeroplano; como el nacimiento de la Prensa popular; la disminución de la vida rústica y el aumento de la urbana; como el nacimiento del «cine»… Y aquí debemos señalar la realidad de que los hombres son incapaces de controlar sus invenciones; en el mejor de los casos, son sólo capaces de adaptarse al medio que sus invenciones crean.

Pero esta larga historia no es el estudio científico de un período. Es más bien una muestra del trastorno que la belleza ocasiona en la vida de los hombres.

La figura de Irene, como los lectores pueden notar, es una personificación de la Belleza en choque constante con un mundo que todo lo cifra en poseer.

El autor ha notado que los lectores, según se adentran en las aguas saladas de esta Saga, se inclinan a compadecer a Soames, y creen que así hacen oposición al sentido de su creador. ¡Pero nada de eso! Él también compadece a Soames, cuya tragedia es sencillamente la inevitable de no despertar amor y no tener una dura piel protectora del conocimiento de la realidad dolorosa. Fleur no quiere a Soames tampoco… Pero al compadecer a Soames, quizá los lectores sientan animosidad contra Irene. «En definitiva —piensan— no era tan mal sujeto; él no tenía la culpa de nada; ella debiera haberle perdonado, y etcétera, etcétera». Y al tomar partido, pierden de vista una simple realidad: que cuando falta totalmente la atracción física en algún componente de una pareja, ni la compasión, ni la razón, ni el deber, ni nada puede vencer una repulsión implícita en lo biológico. Si está esto bien o mal, es otra cosa. Y cuando Irene nos parece dura y cruel en el Bosque de Boulogne o en la Goupenor Gallery, no es sino sabiamente realista, sabiendo como sabe que la menor concesión es la gota que precedería y causaría el desbordamiento repulsivo que no se puede soportar…

Podría despertar crítica la última fase de la narración; podría criticarse que Irene y Jolyon, estos dos grandes rebeldes contra el poseer, reclamasen derecho de propiedad sobre su hijo Jon. ¡Pero sería crítica excesiva! No hay

padre ni madre que permitan casarse a su hijo con Fleur sin conocer la realidad; y son los hechos los que deciden a Jon, no las persuasiones de sus padres. Además, la insistencia de Jolyon no es sentida, sino que insiste por causa de Irene. Y la insistencia de Irene, reiterada: «¡No pienses en mí, piensa en ti mismo!». Y el que Jon, conociendo los hechos, pueda comprender los sentimientos de su madre, no puede ponerse en justicia, como prueba de que ésta es, en definitiva, una Forsyte más.

Pero aunque los efectos de la Belleza y del sentimiento de Libertad en un mando de opresión son los presupuestos básicos de La saga de los Forsyte, no puede absolverse al libro del pecado de embalsamar a las clases medias acomodadas. Lo mismo que los egipcios de la Antigüedad colocaban alrededor de sus momias todo lo necesario para una vida ulterior, así yo me he esforzado en dejar junto a las figuras de tías Ana, Julia y Esther, de Timoteo y de Swithin, del viejo Jolyon y de James, de sus descendientes todos, aquello que debía garantizarles algo de perennidad y pervivencia: un poco de Bálsamo Maravilloso contra ese disolvente social que es el «Progreso».

Si la clase media, como otras, ha de dar en confuso amorfismo, aquí, en estas páginas la encontrarán embotellada los que rebuscaren en el desordenado archivo de las Letras, conservada en su propia salsa; el Sentido de la Propiedad.

John Galsworthy.

PERSONAJES

LOS MAYORES

ANN: la mayor de la familia.

JOLYON (El viejo): el patriarca de la familia, después de haber hecho una fortuna con el comercio del té.

JAMES: un abogado, casado con Emily, una mujer más tranquila

SWITHIN: el hermano gemelo de James con pretensiones aristocráticas, soltero

ROGER: "el original de los Forsyte"

JULIA: Mrs. Septimus Small (viuda con título)

ESTER: una solterona

NICOLÁS: el más rico de la familia

TIMOTEO: el hombre más prudente en Inglaterra

SUSAN: la hermana casada

LOS JOVENES

JOLYON (El joven): hijo del viejo Jolyon, amante del arte y librepensador; se casó tres veces

SOAMES: Hijo de James y de Emily; abogado sin imaginación, posesivo y casado con la infeliz Irene, quien más tarde se casa con el joven Jolyon

WINIFRED: la hermana de Soames, una de las tres hijas de James y Emily, casada con el vanidoso y letárgico Montague Dartie

GEORGE: el hijo de Roger, muy tozudo y de opiniones muy fuertes.

FRANCIE: hermana de George e hija de Roger.

LOS NIÑOS

JUNE: la hija desafiante de joven Jolyon de su primer matrimonio; comprometida con un arquitecto, Philip Bosinney, quien se convierte en el amante de Irene.

JOLLY: hijo del joven Jolyon de su segundo matrimonio, que muere de la fiebre tifoidea durante las guerras Boer.

HOLLY: la hija del joven Jolyon de su segundo matrimonio, con la institutriz de June.

JON: hijo del joven Jolyon de su tercer matrimonio con Irene, primera esposa de Soames.

FLEUR: la hija de Soames de su segundo matrimonio con una dependienta francesa Annette Soho, amante de Jon, y que más tarde se casa con un barón, Michael Mont.

VAL: hijo de Winifred y de Montague, lucha en la Guerra de Boer y se casa con su prima Holly.

IMOGEN: hija de Winifred y de Montague.

OTROS

PARFITT: el mayordomo del "Viejo" Jolyon

SMITHER: tías Ann, Juley y ama de casa de Hester

WARMSON: mayordomo de James y de Emily

BILSON: criada de Soames

PRÓSPERO PROFOND: admirador de Winifred y amante de Annette.

MICHAEL MONT: pretendiente de Fleur muy adecuado, heredero de una baronía.

LIBRO PRIMERO

UN HOMBRE BIEN ACOMODADO

PRIMERA PARTE

I

Reunión en casa del viejo Jolyon

Quienes tuvieron la fortuna de presenciar una fiesta familiar de los Forsytes han podido ver una encantadora e instructiva estampa… Una familia de la «clase media bien acomodada» en pleno desarrollo. Pero cualquier mortal tan afortunado que además tuviera el don de saber interpretar psicología y carácter (un talento sin ningún valor monetario, y naturalmente ignorado de los Forsytes), habrá contemplado un espectáculo no solamente delicioso en sí, sino también ilustrativo de un oscuro problema humano. Más claramente dicho, de una reunión de esta familia —ninguna de cuyas ramas estima a la otra, ninguno de cuyos miembros quiere a otro— ha necesitado la comprobación de la existencia de ese algo misterioso, pero concreto, que hace de la familia una unidad social tan formidable y potente y una reproducción en miniatura tan clara de la sociedad humana. Le ha sido concedida una visión de los oscuros caminos del progreso, ha podido comprender algo de la vida patriarcal, del hervir de la salvaje horda, del nacimiento y desaparición de las naciones. Es como quien, habiendo visto crecer un árbol desde que se plantara —ejemplo claro de tenacidad, aislamiento y éxito, entre el morir de cientos de otras plantas con menos vigor, menos savia y menos persistencia—, un día le viera florecer con tierno y denso follaje, casi con prosperidad repulsiva, en la cumbre de su desarrollo.

El 15 de Junio de 1886, sobre las cuatro de la tarde, el observador hipotético que se hallara en casa del viejo Jolyon Forsyte, en Stanhope Gate, habría presenciado la más alta élite del clan de los Forsytes.

El motivo de la reunión familiar era celebrar el noviazgo oficial de la señorita June Forsyte, nieta del viejo Jolyon, y del señor Philip Bosinney. Estaba allí toda la familia, brillando entre el esplendor de los guantes finos y los chalecos vistosos, de las plumas y las levitas… Hasta tía Ana, que nunca dejaba su rincón en casa de su hermano Timoteo, en aquel salón en verde

donde la rodeaban las efigies de tres generaciones de Forsytes, había abandonado su leer o su hacer punto. Hasta la tía Ana estaba allí, con su estiramiento y la dignidad de su rostro de vieja, personificando inexorablemente la idea de familia.

Cuando un Forsyte se prometía, se casaba o nacía, la familia estaba allí. Cuando un Forsyte moría…; pero no, los Forsytes no morían; la muerte estaba en contra de sus principios. Por eso tomaban precauciones contra ella, las precauciones instintivas de personas de gran vitalidad que no admiten que nadie ni nada les usurpe lo que es suyo.

En los Forsytes, que aquel día se mezclaban con otras gentes, había algo más que el aspecto de siempre; había un aire de vigilancia, de seguridad inquisitiva, de respetabilidad brillante, como si estuvieran prestos a resistir o desafiar algo. El gesto despectivo, habitual en Soames Forsyte, se había generalizado a todos; estaban en guardia.

La agresividad subconsciente de su actitud que se apreciaba en la reunión del viejo Jolyon ha constituido el momento psicológico de la historia familiar que viene a ser el preludio de su drama.

Los Forsytes, no individualmente, sino como colectividad, se resentían de algo. Este resentimiento se manifestaba en una mayor perfección en el vestir, en una gran exuberancia de cordialidad fraterna, en una exageración del orgullo familiar…, en el gesto. Los Forsytes olían el peligro, esa sensación indispensable para que salga a relucir la cualidad fundamental de sociedad, grupo o persona. El presentimiento del peligro ponía un brillo nuevo en su armadura. Por primera vez, daban la sensación colectiva, familiar, de poseer un instinto anunciador de la proximidad de algo extraño e inseguro.

Apoyado en el piano, estaba un hombre de gran estatura y muy grueso; llevaba, cubriendo su amplio pecho, dos chalecos en vez de uno, y un alfiler de rubí en vez de un alfiler de brillantes, propio de ocasiones de menos importancia. Y su rostro, de hombre viejo, bien afeitado, lustroso, tenía el aspecto más digno que pueda imaginarse. Era Swithin Forsyte. Junto a la ventana, para disfrutar lo más posible del aire, estaba el otro mellizo, James. La O y la L los llamaba el viejo Jolyon. Era tan alto como Swithin, pero muy delgado, como si desde su nacimiento estuviera destinado a compensar, en beneficio del término medio, la gordura de su gemelo. Se inclinaba sobre la escena con su permanente inclinación; sus ojos, grises, parecían concentrarse en una angustia callada, si bien de cuando en cuando salían de su abstracción para, en rápida mirada, hacerse cargo agudamente de los hechos circundantes; sus carrillos, delgados, surcados por sendos pliegues paralelos, y su labio superior, amplio y afeitado, armonizaban con patillas a lo Dundreary. Miraba una tacita de china, dándole vueltas y más vueltas entre las manos. No lejos de

él estaba su único hijo, Soames, pálido y bien rasurado, de escaso pelo negro; escuchaba a una señora vestida de marrón, con la cara vuelta hacia un lado, llena de ese gesto que indicaba desconfianza y desprecio por algo que no podía aceptar. Y tras éste, su primo Jorge, alto y desgarbado, hijo del quinto de los Forsyte, con un gesto burlón y sardónico en su cara carnosa.

Y todos ellos se sentían afectados por algo concerniente al motivo de la reunión.

Sentadas unas junto a otras, en fila, estaban tres señoras: tía Ana, tía Ester (las Forsyte solteras) y tía Julita, que en su juventud se había ocupado en casarse con Septimus Small, «hombre de pobre salud», a quien había sobrevivido muchos años. Con sus dos hermanas, una mayor y otra más joven que ella, vivía ahora en casa de Timoteo, su sexto y más joven hermano, en Bayswater Road. Todas ellas llevaban sus abanicos, y cada una, con alguna nota de color en su atuendo, alguna orgullosa pluma o broche, contribuían a la solemnidad del día.

En el centro de la habitación, bajo la lámpara, con la dignidad del dueño de casa, se encontraba, en pie, el viejo Jolyon en persona. Con sus ochenta años de edad, su fino y blanco cabello, su frente abovedada, sus ojillos gris oscuro y su inmenso bigote blanco que le caía más abajo de la mandíbula, tenía un aspecto patriarcal, y a pesar de sus carrillos consuntos y de lo hundido de los parietales, parecía el dueño del talismán de la eterna juventud. Se mantenía muy erguido, y sus ojos firmes y de mirar agudo no habían perdido su claro brillar. Así, daba sensación de seguridad y superioridad, que despejaba miedos y temores en hombres de menor carácter. Durante muchos años había impuesto a todos su voluntad y ahora se le reconocía derecho imprescriptible a seguir haciéndolo. Nunca había creído el viejo Jolyon en la conveniencia de adoptar un aire de duda o de confianza.

Entre él y los otros cuatro hermanos presentes, James, Swithin, Nicolás y Roger, había mucha diferencia y mucha semejanza también. Cada hermano era distinto de los demás; sin embargo, tenían muchas cosas comunes.

En las facciones distintas y en la expresión de los cinco hermanos podía notarse una común firmeza de mandíbula que, dejando a un lado diferencias superficiales, les imprimía como un sello racial, demasiado antiguo para buscarle la raíz, demasiado remoto y permanente para discutirlo…, la verdadera patente de garantía de los triunfos de la familia.

En la generación subsiguiente, en Jorge, alto y bovino; en el pálido Archibaldo, en el joven Nicolás, en el grave Eustacio, se percibía ese sello también. Quizá menos significado, pero inconfundible…, una señal de algo imposible de extirpar del alma de la familia.

Durante aquella tarde, antes o después, todas aquellas caras tan distintas, pero tan similares, habían tenido una expresión de recelo y desconfianza, motivada sin duda por el hombre cuyo conocimiento se habían reunido a hacer.

Philip Bosinney era tenido por un joven sin fortuna; pero las señoritas Forsyte se habían con frecuencia casado con hombres así. No era, por tanto, debido a esto el que los Forsyte recelaran. No podrían haber dicho exactamente cuál fuera la razón de su recelo, oscurecidos como estaban los criterios por la niebla de la charla familiar. En verdad, que circulaba ya una historia. Había hecho Bosinney una visita de cortesía a las tías Ana, Ester y Julita. Llevaba un sombrero blando, de fieltro gris… ¡Un sombrero blando! ¡Y además no era nuevo!… Una cosa polvorienta y deforme. «Tan extraordinario, hija mía, y tan raro…». La tía Ester —«ya sabes que no anda muy bien de la vista»— lo había tratado de espantar, pensando que era un gato, uno de esos feos que se cuelan en las casas y se suben a las sillas. Y se quedó muy asustada cuando no se movió.

Lo mismo que un artista siempre trata de descubrir el detalle significativo que caracteriza totalmente una situación, un lugar o una persona, así esos artistas inconscientes que eran los Forsytes habían adherido su intuición a aquel sombrero gris: era su detalle significativo, el detalle que revelaba el carácter de todo el caso. Todos se habían preguntado: «Bueno, ¿habría hecho yo una visita semejante con un sombrero semejante?». Y se habían todos respondido: «¡No!». Y algunos, los de más imaginación, se habían dicho: «Es que se me hubiera escapado de la cabeza».

Jorge, escuchando la historia, había hecho un guiño de comprensión: Llevar tal sombrero era mera broma. ¡Él entendía bien de bromas!

—Hombre altivo —dijo—. Es un pirata osado.

Y la palabrita tuvo éxito: Pirata iba de boca en boca y fue la manera preferida de todos para designar a Bosinney.

Las tías reprocharon a June lo del sombrero.

—No debieras permitírselo llevar, hijita.

La respuesta de June fue imperiosa y cortante, como todas sus palabras:

— ¿Qué importa eso? Philip nunca se da cuenta de lo que lleva.

Nadie aceptó la explicación. No va a saber un hombre lo que lleva puesto… ¿Qué clase de hombre era aquél, que haciéndose novio de June, la heredera del viejo Jolyon Forsyte, y beneficiándose tanto con ello, se atrevía a llevar semejante sombrero? Era arquitecto, pero eso no justificaba nada. Ninguno de los Forsytes era arquitecto, pero uno de ellos conocía muy bien a

dos arquitectos que se hubieran guardado mucho de hacer una visita con prenda de cabeza tan ofensiva, en plena season londinense. Aquello era peligroso…, peligroso.

June no le había visto con semejante facha, desde luego que no… Aunque no había cumplido los diecinueve, ya entendía de elegancias. ¿Pues no había llegado a decirle a la señora de Soames, que siempre vestía tan bien, que las plumas eran una cursilería? ¡Y la señora de Soames había dejado de llevar plumas! ¡Pues no era entendida en modas la niña!…

Estos recelos, esta desaprobación y natural desconfianza no evitaban que los Forsyte concurrieran a casa del viejo Jolyon ante su invitación. Una reunión familiar en Stanhope Gate era cosa desusada: ninguna se había celebrado desde hacía doce años, desde que la señora Forsyte murió.

Nunca había sido tan concurrida una asamblea familiar, pues, misteriosamente unidos en espíritu, a pesar de todas sus diferencias, habían cerrado filas contra el presentido peligro común que los amenazaba. Igual que el ganado salvaje se une hombro con hombro y testa con testa ante la presencia del lobo, silencioso y dispuesto a arremeter a galope violento contra el invasor, estaban esperando algo los Forsyte. También habían acudido, qué duda cabe, a orientarse respecto a los regalos de boda que se verían obligados a hacer. Pues aunque esta cuestión, generalmente la decidía cada uno tras oportunas consultas a los demás: —«¿Qué vas a regalar tú? Nicolás les regalará unos cubiertos»—, en gran parte dependía del novio: si era elegante, si vestía bien, si tenía aire de prosperidad, era necesario regalar cosas buenas. Al final, todos regalaban lo que era debido, por una especie de convenio familiar al que se llegaba muy a la manera como se llegan a regular los precios del mercado en Bolsa, regulándose todo en la casa de Timoteo, en Bayswater, en aquella casa de ladrillo rojo, dando al parque, donde vivían tías Ana, Ester y Julita…

El malestar de la familia Forsyte se justificaba mediante la simple mención de aquel sombrero… Cualquier familia acomodada que se respetase tenía forzosamente que experimentar malestar ante la existencia de aquella desgraciada prenda.

El causante del malestar estaba hablando con June junto a una puerta; su cabello rizado estaba aplastado y en cierto desorden, como si percibiera que algo se trataba en conexión con el mismo. Y el dueño del cabello parecía que estaba pasando por un trance divertido.

Jorge le decía en voz baja a su hermano Eustaquio:

—Parece que está presumiendo de sombrero… El muy pirata…

Este chocante joven, como después le llamara la señora Small, era de estatura media y corpulento, muy pálido, moreno, con bigote color tierra, de

pómulos salientes y mejillas flacas. Su frente se inclinaba hacia atrás y presentaba sendos abultamientos sobre los ojos, como la frente del león del Parque Zoológico. Tenía los ojos pardos, de mirar tan intenso que a veces desconcertaban. El cochero del viejo Jolyon, tras llevarle con June al teatro, había dicho a otro criado:

—No sé lo que me parece… Parece un leopardo a medio domesticar.

De cuando en cuando, un Forsyte se acercaba, daba una vueltecita con disimulo, le echaba una mirada y se iba otra vez.

June estaba de pie, frente a él, protegiéndole de esta tonta curiosidad; un cuerpecito diminuto, «todo pelo y viveza», como alguien había dicho, con sus azules ojos atrevidos, su mandíbula firme, su acusado color y su carita toda demasiado frágil para soportar aquella pesada corona de su pelo de oro rojo.

Una mujer alta, de bello tipo, que alguien de la familia había comparado con una diosa pagana, miraba a la pareja con sonrisa apagada.

Sus manos, enguantadas a la francesa, estaban cruzadas; su rostro, serio y encantador, se inclinaba ligeramente a un lado, y todos los hombres tenían los ojos fijos en él. Su cuerpo era tan grácil que parecía que el mismo aire iba a moverla En su rostro había simpatía, pero poco color; sus ojos, grandes y oscuros, eran de dulce mirar. Pero eran sus labios —al preguntar algo, al responder, con su sonrisa sombría— lo que atraía las miradas de los hombres; eran labios sensitivos y dulces, y de ellos parecía desprenderse cálido perfume como de una flor.

La pareja no se daba cuenta de la observación de la diosa. Fue Bosinney quien primero la vio, y preguntó su nombre.

June llevó a su novio junto a la mujer de bella figura.

—Irene es mi mejor amiga —dijo—. A ver si sois buenos amigos también.

Ante la petición de la joven, los tres sonrieron; y cuando sonreían, Soames Forsyte, apareciendo tras la mujer hermosa, que era la suya, dijo:

—Oye: preséntame a mí también.

Era raro verle muy alejado de su mujer, e incluso cuando por esas obligaciones sociales que se crean en reuniones y fiestas tenía que estar separado de ella, no dejaba de mirarla un solo instante, y en su mirada había una extraña expresión de vigilancia y deseo.

Junto a la ventana, James, su padre, seguía examinando la taza de china.

— ¡Cuánto me extraña que Jolyon consienta este noviazgo! —dijo a tía Ana.

—Me han dicho que no se van a poder casar en bastantes años. Este Bosinney —lo pronunció haciendo la palabra llana en vez de esdrújula que era — no tiene donde caerse muerto. Cuando Winifred se casó con Dartie, le hice depositar hasta el último penique. Menos mal…; si no, no tendrían ahora nada.

Tía Ana miró desde su silla de terciopelo. Grises rizos orlaban su frente, rizos que, invariables por décadas, habían extinguido en la familia toda idea del transcurso del tiempo. No dijo nada, pues hablaba raramente, administrando su cascada voz; pero a James, su mirada le valió por una respuesta.

—Claro yo no pude evitar que Irene no tuviese dinero… A Soames le entraron unas prisas… Se quedó flaquísimo haciéndole la corte.

Dejando la taza sobre el piano, miró al grupo de la puerta.

—En mi opinión —dijo inesperadamente—, las cosas están bien como están.

Tía Ana no le pidió explicación de sus extrañas palabras. Comprendía lo que pensaba. Si Irene no tenía dinero, no se permitiría hacer ninguna tontería. Se decía —se decía— que reclamaba tener habitación aparte. Pero, claro, Soames no iba a…

James interrumpió el hilo de sus pensamientos:

— ¿Pero dónde —preguntó— estaba Timoteo? ¿No había venido con ellas?

Una tierna sonrisa escapó de los labios apretados de Ana.

—No, no lo ha creído oportuno con toda esta difteria que anda por ahí. Y con lo fácilmente que él pesca esas cosas…

James comentó:

—Sí; se cuida, se cuida… Yo no puedo permitirme el lujo de cuidarme.

No podría decirse si era admiración, desprecio o envidia lo que había en el fondo de la frase.

A Timoteo, realmente, se le veía muy poco. El menor de los hermanos, editor de profesión, había varios años antes, cuando nadie se lo esperaba, olido la depresión que a su comercio esperaba y había vendido todas sus acciones de su empresa, dedicada principalmente a la edición de libros religiosos. Después invirtió su dinero en valores del Estado. Y si bien dejó garantizada su vida, con este acto se había aislado de la comunidad familiar, pues no es de Forsytes contentarse con un tres por ciento de interés: por lo menos, un cuatro… Y este aislamiento había ido poco a poco minando su espíritu, quizá más que comúnmente dotado del sentido de la precaución. No había cometido la

imprudencia de casarse, siendo el matrimonio y los hijos tan pesada carga.

Volvió James a tomar la tacita de china.

—No es Worcester auténtico. Jolyon te habrá dicho algo de ese joven, ¿no? Creo que no tiene dinero, ni negocios, ni rentas, ni nada… Pero no sé… A mí nadie me dice nada…

Tía Ana sacudió la cabeza. Por su cara ajada y aquilina pasó un ligero temblor; apretó unos contra otros sus delgados dedos, expresión de afirmar su voluntad.

Varios años mayor que los demás hermanos Forsytes, tenía entre ellos una posición especial. Oportunistas y egotistas todos ellos —claro que no más que los demás humanos—, temblaban ante su incorruptible carácter. Y cuando se les presentaba una oportunidad demasiado interesante, lo único que podían hacer era huir de su hermana…

Cruzando sus piernas largas y delgadas, James continuó:

—Jolyon tiene que hacer siempre lo que le parece. No tiene hijos… —y se detuvo, recordando la existencia del joven Jolyon, hijo del viejo, padre de June, que había dado aquel escándalo de abandonar a su mujer e hija y marchar con aquella institutriz extranjera…—. Bueno —prosiguió apresuradamente—; si le gusta hacer las cosas así, él pagará las consecuencias. Veremos lo que tiene que darle. Lo menos le habrá de pasar mil al año; no tiene que darle a nadie, pues…

Tendió la mano para saludar a un apuesto y bien afeitado visitante, casi calvo, de larga nariz, labios carnosos y ojos grises y fríos bajo unas cejas en ángulo recto.

— ¿Qué tal, Nick? —murmuró—. ¿Cómo estás?

Nicolás Forsyte, con rapidez de pájaro y aspecto de joven inteligente (había hecho una gran fortuna, honradamente, actuando de director de varias compañías), depositó y retiró en la fría palma de la mano del viejo las puntas más frías aún de sus dedos.

—Estoy mal, muy mal —murmuró con aire de preocupación—. No duermo por las noches. El médico no sabe el porqué. Es hombre que vale, pues si no, no sería mi médico, pero lo único que hace es cobrarme.

— ¡Los médicos! —exclamó James—. A mí me han visto todos los médicos de Londres… No te dicen ni una palabra que sirva para orientarte. Mira Swithin. ¿De qué le han servido también los médicos? ¡Sigue engordando! ¡Está enorme! Y no pueden hacerle perder peso. Aquí viene.

Swithin Forsyte, alto, cuadrado ya de gordo, con el pecho abultado como

un palomo buchón, brillando sus chalecos, se acercaba a ellos dando trabajosos saltitos.

—Hola, ¿cómo estáis? —dijo con su elegante tono de voz—. ¿Cómo va esa salud?

Todos los hermanos sentían recelo de que cualquiera de ellos pudiera exhibir una salud peor que la propia, eclipsando así los propios sufrimientos.

—Estábamos diciendo precisamente que no adelgazas nada…

Swithin proyectó hacia afuera sus ojos saltones en el esfuerzo de escuchar.

— ¿Adelgazar? ¡Sí, sí, adelgazar!… No tengo la suerte de estar como vosotros…

Y temeroso de perder su apostura, se echó hacia atrás en estado de completa inmovilidad, pues lo que más estimaba era una apariencia distinguida.

Tía Ana dirigió sus ojos cansados primero a uno y después a otro. Su mirada era a la vez indulgente y severa. Los tres hermanos correspondieron a sus miradas. Estaba ya temblona. ¡Maravillosa mujer! Ochenta y seis años, y como si nada; podría vivir por lo menos otros diez; y eso que nunca había tenido mucha salud. Swithin y James, los mellizos, sólo tenían setenta y cinco. Nicolás era un crío de setenta o así. Todos estaban fuertes y orgullosos de ello. De todas las formas de la propiedad, la que más interesaba a cada cual era la de su salud.

—Yo me encuentro muy bien —prosiguió James—. Pero los nervios los tengo destrozados La menor cosa me preocupa horriblemente. Tendré que ir a Bath.

— ¡Bath! —dijo Nicolás—. Ya he probado yo con Harrogate. Pero eso no sirve para nada. Lo que me sienta bien es el aire del mar. No hay nada como Yarmouth. Ahí sí que duermo bien…

—A mí es el hígado lo que me trae a mal traer —interrumpió Swithin lentamente. Tengo aquí un dolor terrible— y se colocó la mano en el lado derecho.

—Pues todo es falta de ejercicio —murmuró James con los ojos puestos en la tacita de china. Y añadió rápidamente—: También a mí me duele ahí.

Swithin enrojeció, viniendo a su rostro un gran parecido con el pavo.

— ¡Falta de ejercicio! Yo hago mucho ejercicio siempre. En el Club no tomo nunca el ascensor.

—No sé. Yo no sé nada de nadie. Nadie me dice nunca nada —dijo James.

Swithin le miró fijamente, preguntándole:

— ¿Qué tomas tú para ese dolor?

Se iluminó el rostro de James.

—Pues… —comenzó—. Tomo un compuesto de…

— ¿Qué tal, tío?

Era Juno, firme y erecta ante él, con su carita levantada y extendiendo la mano. Desapareció el brillo del rostro de James.

— ¿Cómo estás tú? —dijo inclinándose hacia ella—. ¿Conque te vas mañana u Gales, a visitar a la familia de tu novio? Allí estará lloviendo mucho. Oye: esto no es Worcester auténtico —y dio unos golpecitos en la taza —. El juego que le regalé yo a tu madre cuando se casó sí que lo era.

June dio la mano a los tres tíos y se volvió a tía Ana. A los ojos de la vieja señora había acudido una mirada de dulzura. Besó la mejilla de la muchacha con fervor tembloroso.

—Bueno, rica mía… —dijo—. Y te vas por un mesecito entero, ¿eh?

La muchacha siguió, y tía Ana contempló su esbelta figurilla. La anciana, en cuyos ojos grises y acerados se iba formando una película como en los ojos de los pájaros, continuaba mirándole, entre la gente, que empezaba a despedirse. Y sus dedos se apretaban unos contra otros queriendo retrasar su propia y definitiva despedida.

—Sí —pensó—. Todos han sido muy cariñosos, todos han venido a felicitarla. Quiera Dios que sea muy feliz.

Entre la multitud que desfilaba —la multitud bien vestida de abogados, médicos, agentes de Bolsa, profesionales de la clase media—, sólo había un veinte por ciento de Forsytes; pero todos eran Forsytes ante los ojos conocedores de tía Ana… No había muchas diferencias: eran todos de su sangre y su carne. Era su mundo, casi su familia. No conocía otras gentes. Todos sus pequeños secretos, enfermedades, compromisos, matrimonios; la manera de irles las cosas en la vida; si hacían dinero o no… todo esto era propiedad de ella, era su delicia, su vivir. Fuera de esto, sólo existía una confusa nebulosa de personas, de hechos, de cosas que no le importaban. Esto que estaba viendo era lo que tendría que dejar cuando le llegara la hora de morir; esto era lo que a ella la hacía sentirse importante, sentimiento sin el que no podemos vivir; y a esto se agarraba ansiosamente, con ansia que cada día se hacía mayor. La vida, indudablemente, se le marchaba poco a poco. Pero «esto» lo conservaría hasta el final.

Pensó en el padre de June, el joven Jolyon, que se fue con aquella chica

extranjera. ¡Qué golpe para su padre y para toda la familia! ¡Un chico que prometía tanto! Pero por lo menos no hubo escándalo, pues la mujer de Jo no pidió el divorcio. Y cuánto tiempo hacía ya… Cuando murió la madre de June, hacía seis años. Jo se había casado con aquella mujer, y había oído que tenía dos niños. Había perdido su derecho a ir allí, a casa de su padre. Y con ello la había privado a ella del placer natural de verle, de besarle…, con lo orgullosa que habría estado de poderlo hacer… Acudieron unas lágrimas a sus ojos. El pensar aquello la llenaba de amargura y avivaba la vieja herida de su corazón. Con un pañuelo de la tela más fina se limpió los ojos furtivamente.

— ¿Qué hay, tía Ana? —dijo, tras ella, una voz.

Soames Forsyte, con sus hombros caídos y su cara seria, su cintura baja, su aire reservado, la miraba desde su altura y de costado, como tratando de ver a través de su nariz.

— ¿Qué te parece el noviazgo? —le preguntó.

Tía Ana le miró con orgullo. Era el mayor de los sobrinos que quedaban desde la eliminación del joven Jolyon del seno de la familia. Era su favorito, pues reconocía en él un seguro depositario del alma familiar, que tan pronto dejaría de tenerla a ella de guardiana.

—Un joven muy simpático —respondió—. Y muy guapo también. Pero dudo que sea el novio más adecuado para June.

Soames tocó el borde de una pantalla dorada.

—Ya le domará ella —dijo, mientras furtivamente humedecía los dedos y se frotaba los nudillos—. Es laca dorada auténtica, muy antigua. Ya hoy no se la consigue. Se vendería bien en una subasta de Jobson —hablaba con delectación, conociendo que alegraba con su charla a su anciana tía. Casi nunca era confidencial—. No me importaría comprarla yo mismo. No se pierde nunca dinero invirtiéndolo en laca antigua.

— ¡Qué entendido eres en estas cosas! ¿Y cómo está Irene?

La sonrisa de James se heló.

—Bastante bien —dijo—. Se queja de no poder dormir, pero duerme mucho mejor que yo —y miró a su mujer, que estaba hablando a la puerta con Bosinney.

Suspiró tía Ana.

—Quizá —dijo— sería mejor que no viese mucho a June. ¡Tiene un carácter tan decidido y extraño esta chiquilla…!

Soames se ruborizó. Sus rubores pasaban rápidamente de las fláccidas mejillas a la zona de los ojos, y allí persistían mostrando la turbación de sus

pensamientos.

—No sé qué le encuentra a esa cría que es tan amiga suya —exclamó con cierta cólera. Pero dándose cuenta de que ya no estaban solos, volvió al examen de la lámpara.

—Dicen que Jolyon ha comprado otra casa —dijo la voz de su padre, a su lado—, debe de tener un montón de dinero. Debe de tener tanto, que no sabe en qué emplearlo… En Montpellier Square, cerca de Soames. ¡Nunca me dicen nada! ¡Sobre todo Irene… nunca me dice nada!

—Estupendamente situada, a dos minutos de la mía. Y desde la mía llego al Club en ocho… —dijo Swithin.

Las situaciones de las respectivas casas era cosa de importancia vital para los Forsytes, y no era extraño, pues el espíritu de su éxito radicaba en la ubicación de casas.

Su padre, de familia de granjeros, había venido a Dorsetshire, a comienzos del siglo.

Forsyte el Grande, como le llamaban sus íntimos, había sido peón de albañil y había llegado a constructor. Hacia el final de su vida, se había trasladado a Londres, dedicándose a la construcción hasta el día que murió. Le enterraron en Highgate. Dejó más de treinta mil libras a sus diez hijos. El viejo Jolyon decía que era «hombre fuerte, sin refinamientos excesivos». Pues la segunda generación de Forsytes pensaba que semejante padre no les hacía demasiado honor. El único rasgo aristocrático que podían recordarle era su afición a beber madeira.

Tía Ester, autoridad suprema en historia familiar, le describía así:

—No me acuerdo de que nunca hiciera nada. Por lo menos en mi época. Sí…, era propietario. Tuvo el cabello así como el tío Swithin. Era bastante fuerte, físicamente. ¿Alto? No, no era muy alto (tenía cinco pies, rematados por una cara llena de pecas). Si, muy buen color. Recuerdo que le gustaba el madeira; pero pregúntale a tía Ana. Su padre…, sí, creo que tenía alguna tierra por Dorsetshire, cerca de la costa.

Una vez James fue a ver aquella tierra de donde procedían. Se encontró con dos viejas granjas, un camino de carros discurriendo por la tierra rosácea y que llevaba a un molino junto a la playa; una pequeña iglesia gris rodeada de un muro muy remendado y apuntalado, pero con una alegre capilla. El arroyo que accionaba el molino venía repartido en una docena de arroyuelos menores, y los cerdos danzaban por su estuario. Durante cientos de años, con los pies clavados en el fango, los Forsytes habían vivido allí, recorriendo domingo tras domingo el camino de la iglesia.

No se sabe si James había ido allí con la idea de encontrar alguna herencia o algún detalle de nobleza en su ascendencia. Es el caso que vino de mal humor, tratando de disimular lo posible.

—Poco, poco se puede sacar de allí. Unas casuchas más viejas que los cerros en que están.

La antigüedad era lo único que podía tener algún interés. El viejo Jolyon, en quien de vez en vez surgían pujos nobiliarios, decía: «Terratenientes…, pero no creo que fuera mucho». Y repetía la palabra «terratenientes», tratando de obtener con ello algún consuelo.

Se habían manejado tan bien los hermanos Forsytes, que habían llegado a lo que se suele decir «disfrutar de una posición desahogada». Tenían participación en todas las empresas imaginables, excepto —excluyendo a Timoteo— en valores del Estado, pues no había en la vida nada más terrible que sacar sólo un tres por ciento de intereses. Coleccionaban cuadros además, y contribuían a todas las instituciones de caridad que podían dar algún prestigio a sus economías enfermizas. Habían heredado de su padre un natural talento para lo referente a ladrillos y argamasas Al principio, quizá hubiera pertenecido la estirpe a alguna secta de poca monta; pero con el natural devenir de las cosas, pertenecían todos ya a la Iglesia de Inglaterra, y hacían que sus mujeres e hijos acudieran a las más distinguidas iglesias de la metrópoli. Si alguien hubiese puesto en duda su cristianismo, les hubiera causado sorpresa y dolor. Algunos hasta pagaban asientos en la iglesia, expresando así, de la forma que les parecía más eficaz, su simpatía por las doctrinas de Cristo.

Sus residencias, puestas a intervalos regulares alrededor del parque, vigilaban como centinelas el corazón de Londres, no fuera a escapárseles el lugar donde debían vivir las personas de respeto.

El viejo Jolyon vivía en Stanhope Gate; James y los suyos, en Park Lane; Swithin, en la soledad gloriosa de azahar de las Hyde Park Mansions —no se había casado, ¡no!—; Roger, con su familia, en los Jardines del Príncipe. (Roger era aquel ilustre Forsyte que había ideado y obligado a seguir a sus cuatro hijos una nueva profesión: «La Propiedad Inmobiliaria… ¡No hay carrera como esa! Yo nunca me he dedicado a otra.»).

Los Hayman —la señora de Hayman era la única Forsyte casada— vivían en una casa allá arriba en Campden Hill, que tenía forma parecida a la de una jirafa, y que era tan alta que quien quisiera mirarla tenía que doblar violentamente el cuello; los Nicolases, en Ladbroke Grove, gran vivienda y buen precio; finalmente, Timoteo vivía en la carretera de Bayswater, con Ana, Julita y Ester bajo su égida protectora.

Pero James estaba muy preocupado, y preguntó a su anfitrión y hermano cuánto había pagado por la casa de Montpellier Square. Él había estado pensando, durante dos años lo menos, en comprar una casa allí mismo. Pero pedían un precio que…

El viejo Jolyon dio detalles.

— ¿Veintidós años pagando esa cantidad? —dijo James—. Es precisamente la casa que yo quería… Pero has pagado demasiado.

Frunció Jolyon el ceño.

—No es que a mí me interese —dijo James apresuradamente—. A ese precio no me conviene. Soames conoce la casa… Él te dirá si has pagado poco o mucho. Su opinión es de peso.

—A mí —dijo el viejo Jolyon— me importa un pito su opinión.

—Sí, hombre, sí… —dijo James—. Tú siempre harás lo que te dé la gana. Ésa es la mejor opinión. ¡Adiós! Vamos en coche a Hurlingham. Si June se va a Gales, te quedarás solo. Vente a cenar con nosotros.

El viejo Jolyon rehusó. Bajó hasta la puerta de la calle a despedirlos; cuando se iban en su coche les hizo un guiño; le había desaparecido el mal humor. La mujer de James, con su aire majestuoso y su pelo blanco marfil, se sentaba dando frente a los caballos; a su izquierda, Irene… Los dos maridos, padre e hijo, frente a ellas, se les inclinaban como si esperasen algo de sus respectivas mitades. El viejo Jolyon los vio partir, entre los saltos y los bandazos del coche.

En el camino, fue la señora de James quien rompió el silencio:

— ¿Habéis visto qué colección de gente rara?

Soames asintió con la mirada y con una inclinación de cabeza. Vio que Irene le miraba furtivamente con una de aquellas miradas insondables suyas. Era lo más probable que cada rama de los Forsytes, camino de casa, fuera haciendo parecidos comentarios de los demás.

Los hermanos cuarto y quinto. Nicolás y Roger, fueron de los últimos en marchar y lo hicieron juntos. Dirigieron sus pasos por Hyde Park hacia la estación del «Metro» de Praed. Al igual que los demás Forsytes de cierta edad, tenían coche y no tomaban uno de alquiler si podían evitarlo.

El día era claro y los árboles del parque presentaban su belleza plena de mediados de junio; pero los hermanos parecían no darse cuenta de esta circunstancia que, sin embargo, contribuía a la viveza de su conversación.

—Sí —decía Roger—. Es guapa la mujer de Soames; pero dicen que no andan bien.

Este hermano tenía una frente amplia y mejor color que ninguno; sus ojos gris claro medían las dimensiones de las fachadas cuando iba por la calle, y de vez en vez levantaba el paraguas para calcular la altura de una casa.

—No tiene dinero —replicó Nicolás.

Él se había casado con una mujer adinerada, de cuyos bienes, gracias a estar en tiempos anteriores a la Ley Reguladora de los Bienes de las Esposas, había podido sacar buen partido.

— ¿Qué era su padre?

—Se llamaba Heron. Era profesor de no sé qué.

Roger movió despectivamente la cabeza.

—Pues vaya cosa. Eso no da dinero.

—Dicen que el abuelo materno se dedicaba al cemento.

El rostro de Roger se animó.

—Pero parece que quebró —continuó Nicolás.

— ¡Ah! —exclamó Roger—. Le dará un disgusto a Soames, te lo digo yo; le dará disgustos… Además, tiene aspecto de extranjera.

Nicolás se relamió.

—Es una bonita mujer —y desvió con la mano a un barrendero que se le acercaba.

— ¿Cómo conseguiría que se casara con él? —preguntó Roger de repente —. Debe de gastarle un capital en vestidos.

—Dice Ana —replicó Nicolás— que estaba medio loco por ella. Le dio calabazas cinco veces. A James se le ve contrariado.

— ¡Ah! —volvió a exclamar Roger—. Lo siento por James. Ya tuvo disgustos con Dartie. —Su vivo color estaba más acusado que nunca. Levantaba frecuentemente el paraguas al nivel de los ojos. La cara de Nicolás también presentaba aspecto de agrado.

—Demasiado pálida para mí —dijo—. Pero tiene un gran tipo.

Roger no respondió.

—Es distinguida —dijo al fin; y éste era el mayor elogio que podía hacer un Forsyte—. El Bosinney ese no hará nunca nada de provecho. En casa de Burkitt dicen que es un sujeto de esos artísticos, con la manía de mejorar la arquitectura inglesa. Pero eso no da nada. Me gustaría saber lo que piensa de él Timoteo.

Entraron en la estación del «Metro».

—Yo voy en segunda. ¿Y tú?

—Yo no quiero segundas —dijo Nicolás—. Puede uno pescar cualquier cosa.

Tomó un billete de primera hasta Notting Hill Gate; Roger, uno de segunda, para South Kensington. El tren vino en seguida, y los hermanos se separaron para entrar en sus respectivos departamentos. Los dos estaban molestos porque el otro no había modificado su costumbre para acompañarle un poco más. Roger casi dijo en voz alta:

—Este Nicolás, tan roñoso como siempre.

Y Nicolás pensó:

«Este Roger, siempre tan orgulloso y amigo de echárselas».

No eran los Forsytes demasiado sentimentales. ¿Qué tiempo tenía para sentimentalismos en aquel gran Londres que habían sabido conquistar?

II

El viejo Jolyon va a la opera

Eran las cinco del siguiente día, y el viejo Jolyon estaba solo, fumando un puro y tomando una taza de té que tenía junto a sí en su mesita. Estaba cansado, y con el puro sin terminar, quedó dormido. Se le paró una mosca en la cabeza; se oía fuertemente, en el silencio, su respirar, y su labio superior tenía temblores intermitentes, rápidos. El puro se le había caído de la mano arrugada y venosa, y en el vacío hogar de la chimenea se iba consumiendo.

La tétrica habitacioncita, con vidrieras de colores en la ventana, estaba amueblada en caoba pesadamente tallada y tapizada en verde; mobiliario del que el viejo Jolyon solía decir: «No me extrañaría que algún día alcanzase buen precio».

Le era agradable pensar que después de muerto sus cosas podían valer más de lo que él pagó por ellas.

En el ambiente gris y rico, peculiar en las habitaciones interiores de la casa de Forsyte, el blanco cabello, resaltando del almohadón de su sillón de alto respaldo, comunicaba a su cabeza un aire rembrandtesco, sólo contrariado por el bigote que militarizaba su rostro. Un viejo reloj, que tenía desde que se casó cincuenta años antes, marcaba los segundos que, inexorables, se escapaban de

la posesión de su viejo dueño.

Nunca había sido aficionado a aquella habitación, y sólo la pisaba para tomar tabaco de aquella cajita de laca japonesa del rincón. Pero ahora, la habitación se estaba vengando.

Los parietales, que se curvaban como techos de barraca; los pómulos, la barbilla, que se le afilaba al dormir, proclamaban la confesión de que era un hombre viejo.

Se despertó. ¡June no estaba! James le había dicho que se encontraría solo. James había sido siempre un pobre diablo. Se acordó con satisfacción de que le había quitado a James la ocasión de comprar aquella casa. Que se fastidiara, por roñoso, por pararse tanto a mirar el precio. No pensaba más que en el dinero, el demonio del hombre… Pero ¿no habría pagado él demasiado? Habría que hacer muchas reparaciones. Se precisaría gastar mucho dinero antes de acometer la boda de June. No debía haber permitido ese noviazgo. Había conocido a Bosinney en casa de Baynes y Bildeboy, los arquitectos. Creía que Baynes, aquel cara de vieja era tío político de Bosinney. Desde que le conoció, su nieta no había dejado de perseguirle, y cuando se le metía una cosa en la cabeza no había quien la hiciera desistir. Siempre estaba metida con muertos de hambre, de una clase o de otra. Aquel tipo no tenía que llevarse a la boca, pero ella se empeñó en ser su novia…; un hombre inútil, sin espíritu práctico, que no pararía de meterse en dificultades y apuros.

Se le presentó un día y le dio la noticia del noviazgo como si tal cosa… Y para acabarlo de arreglar, le había explicado:

— ¡Es formidable!… Muchas veces ha estado viviendo de chocolate con agua por una semana…

—Y piensa mantenerte a ti a base de chocolate con agua también, ¿no?

— ¡No, no!… Ahora ya está entrando en el mar del dinero…

El viejo Jolyon se había quitado el cigarro de entre los bigotes, manchados de nicotina y café y la había mirado. ¡Que aquella pequeñez de chica se le hubiera apoderado así del corazón! Sabía de mares de dinero más que su nieta. Pero ella se le había sentado encima y frotaba la carita contra la suya haciendo un ruidito como el run de un gato… Tirando la ceniza, había explotado en desesperación nerviosa:

— ¡Sois exactamente iguales! Si no conseguís lo que queréis, no estáis a gusto. Pues si tú te empeñas en ser la desdichada, tú te lo buscas… Yo me lavo las manos.

Y con esta decisión, no quiso hablar más del asunto. La única condición que puso fue la de que no se casarían hasta que Bosinney ganara un mínimo de

cuatrocientas libras anuales.

—Yo no podré darte mucho —había dicho, frase a la que June estaba bastante acostumbrada—. Quizá el Don Nadie ese saque para el chocolate con agua…

Desde que comenzó el noviazgo veía a menos a su nieta. ¡Mal asunto! No estaba dispuesto a darle una dote que permitiera al otro vago darse buena vida sin trabajar. Ya conocía él casos parecidos. Y no acababan nunca bien. Y lo peor era que no se podía contar con hacerle desistir. Era obstinada como una borrica, desde pequeñita, siempre igual. Pero no la dejaría casarse hasta que el jovencito aquel tuviera una renta decente. ¡Pues y aquello de irse a Gales a visitar a las tías del novio! Quizá viniera bien, pues estaba seguro de que serían unos tipos raros…

Inmóvil, el viejo Jolyon contemplaba la pared, pero parecía dormido. ¡Mira que pensar que aquel majadero de Soames podía irle a él con consejos!… Y el muy necio, con sus narices mirando al cielo, llegaría a situarse, a ser un hombre acomodado. ¡Hombre acomodado Soames! Era igual que su padre, siempre venteando negociejos, siempre a la que salta… Un pordiosero de los negocios, lo mismito que su padre.

Se levantó, fue al rincón de la cajita japonesa, y lentamente empezó a llenar la petaca de habanos. No eran malos para su precio, pero ya no se encontraba un buen cigarro, nada que se pareciera a un superfino de Hanson y Bridger. ¡Aquéllos eran cigarros!

El recuerdo, cual perfume sutil aspirado sin saberlo, le hizo volver a aquellas noches maravillosas de Richmond, cuando después de cenar se sentaba a fumar en la terraza de La Corona y el Cetro con Nicolás Treffry, con Traquair, con Jack Herring y Antonio Thornworthy…

De todos aquellos, sólo debía de vivir él. También vivía Swithin, pero tan gordo, tan ofensivamente gordo, que no había que pensar en él para nada.

Se le hacía difícil creer que hubiesen pasado tantos años; él se sentía aún joven. La idea de la vejez, mientras cogía los puros, se le clavaba amargamente en el alma. Con su cabeza blanca y su soledad, se sentía joven y animoso. Y aquellas tardes de domingo en Hampstead Heat, cuando su hijo Jolyon y él iban por la calle de los Españoles a Highgate, a Child’s Hill, y volvían por la carretera de Heat a cenar a El Castillo… ¡Qué bien sabían entonces sus cigarros! ¡Y qué tiempo tan bueno hacía! Ahora no tenían ni buen tiempo…

Y cuando June era un renacuajo de cinco años y se la llevaba los domingos al Parque Zoológico, lejos de las faldas de su madre y de su abuela, y ella daba a los osos bollos pinchados en la punta de su paraguas, qué bien sabían sus

cigarros…

¡Sus cigarros! No había conseguido perder el buen paladar, aquel buen paladar que llegó a ser famoso, que hacía que se refirieran a él diciendo: «Forsyte tiene el paladar mejor de todo Londres». Su paladar había colaborado en mucho a su fortuna, la fortuna de los famosos importadores de té Forsyte y Treffry, cuyo té era el mejor del mundo, pues él sabía cuidar su aroma, el encanto de un aroma romántico y genuino. La Casa Forsyte y Treffry, en la City, tenía un gran aire de misterio, de tratos especiales con barcos especiales, procedentes de puertos especiales donde orientales especiales también le preparaban el té que su paladar especial aconsejaba como el mejor.

Había trabajado duro en aquel negocio. Entonces se trabajaba de verdad. Las nuevas generaciones no sabían ni lo que significaba la palabra trabajar. Él estaba en todos los detalles, conocía exactamente toda aparente insignificancia. Y… ¡cuántas noches se pasó en claro, sin dejar de trabajar! Y siempre había escogido personalmente sus agentes, y lo tenía a gala. Su vista para calar a la gente, decía, había sido el secreto de su éxito, y el ejercicio de su formidable capacidad de seleccionar era la parte que más le había gustado de su trabajo. Y un hombre de su habilidad no tenía ninguna carrera. Incluso ahora, que la compañía se había convertido en Sociedad Limitada y estaba declinando (él se había desprendido de sus acciones hacía mucho tiempo), sentía remordimientos, pues ¡qué de cosas podía haber hecho si hubiera estudiado! En la abogacía hubiera cosechado los mejores éxitos. Hasta hubiera pertenecido al Parlamento. Muchas veces se lo había dicho Treffry: «Tú llegarías a cualquier cosa si no te preocuparas tanto por tu porvenir». ¡Pobre Treffry! Tan buen muchacho como era…, pero muy escandaloso. Él sí que no se había preocupado nada del porvenir… Ya estaba muerto. El viejo Jolyon contó sus puros con mano firme y pensó si en fin de cuentas no se había preocupado de su porvenir en demasía.

Se guardó la petaca en el bolsillo interior de la chaqueta, se abrochó y subió la escalera que llevaba a su dormitorio, descansando pesadamente sobre los pies y apoyándose en la barandilla. La casa era demasiado grande. Cuando se casara June, que se casaría si se le metía en la cabeza, dejaría aquella casa y se marcharía a vivir a un hotel. ¿Qué necesidad tenía él de mantener media docena de criados que no hacían más que comer?

Su ayuda de cámara se personó al oírle tocar la campanilla. Era un hombre alto, con barba, de andar silencioso y una capacidad peculiar para estar callado. El viejo Jolyon le dijo que sacara su traje de etiqueta. Iba a cenar al club.

— ¿A qué hora volvió el coche de llevar a la señorita June a la estación? ¿A las dos? Que me espere a las seis y media.

El Club en que Jolyon penetró, dando las seis, era una de esas instituciones de la clase acomodada que han tenido mejores tiempos. A pesar de que todos estaban cansados de él, y quizá precisamente por eso, el Club demostraba una tremenda vitalidad. La gente se hartaba de decir que le quedaba poco tiempo de existencia. El viejo Jolyon lo decía también, pero despreciaba la cosa de forma que irritaba a todo socio con espíritu de Club debidamente desarrollado.

— ¿Por qué sigues perteneciendo? —le preguntaba Swithin, muy irritado —. ¿Por qué no te haces del Poliglota? No hay en todo Londres donde se encuentre un vino tan bueno como el nuestro a veinte chelines la botella —y bajando la voz, añadía—: Sólo nos quedan cinco mil docenas. Yo me aprovecho y bebo todas las noches.

—Pues ya lo pensaré —respondía su hermano; pero siempre que lo pensaba, pensaba también que habría de pagar una cuota de entrada de cincuenta guineas. Y seguía pensando el asunto…

Ya era demasiado viejo para ser liberal; había dejado de creer en las doctrinas políticas de su Club, incluso se afirmaba que las calificaba de majaderías, pero le causaba placer pertenecer a una institución opuesta a su criterio. Habíalo despreciado siempre, pues entró en él después de haber sido rechazado en el Hotch Potch, hacía ya muchos años, a causa de ser industrial nada más… Como si fuera menos que otros que presumían de vivir de rentas… Era natural que despreciara al Club que le admitió. Los socios eran unos pobretones, muchos de ellos con tiendas, comisionistas, corredores de Bolsa, procuradores…, cosas de ésas. Como la mayoría de los hombres de carácter, pero no muy originales, el viejo Jolyon tenía en poco a la clase social a que pertenecía. Observaba fielmente sus costumbres sociales y de todo orden, pero secretamente la despreciaba.

A fuerza de años y de filosofía, había llegado a olvidar su derrota en el Hotch Potch, y ahora, en sus sueños, lo consideraba como el Rey de los Clubs. Él hubiera ingresado, a no ser por la forma absurda con que Jack Herring, el socio que le presentó llevó las gestiones; Y ¡qué cosas!… Habían admitido a su hijo Jo sin rechistar. Todavía debía pertenecer, pues hacía ocho años había recibido una carta suya en papel del Club.

Hacía meses que no iba por su Club, y la casa había sufrido una ridícula decoración que la gente hace en las casas y barcos que quiere vender.

«¡Han dejado bonito el fumador! —pensó—. ¡Pues el comedor sí que está bueno!».

Le irritó el color chocolate con adornos verdes en que lo habían pintado.

Pidió la cena y se sentó en el mismo rincón, quizá a la misma mesa (pues las cosas no variaban mucho en aquel Club de principios casi radicales), en

que solía hacerlo veinticinco años antes, cuando después de llevarle a cenar, llevaba a su hijo al teatro en vacaciones.

Le encantaba el teatro al muchacho, y el viejo Jolyon le recordaba sentado frente a él y tratando de ocultar con charla viva la excitación que le producía el ir a ver una función.

Encargó la misma cena que el chico había escogido siempre: sopa, boquerones, chuletas y una pequeña tarta. ¡Si estuviera allí su hijo!

No le había visto en catorce años. Y en aquellos catorce años se había preguntado muchas veces si no tendría él que reprocharse la separación. Un desgraciado asunto de amores con Danae Thornworthy, la preciosa hija de Antonio Thornworthy, le había lanzado de rebote a casarse con la madre de June. Él debía quizá haber impedido aquel matrimonio; los dos eran demasiado jóvenes. Pero comprendiendo que su hijo tenía que olvidar aquellos amores desgraciados, hizo lo posible por que se casara cuanto antes. Y en cuatro años de matrimonio se había presentado la catástrofe. Haber aprobado el proceder de su hijo en aquella vergüenza hubiera sido de todo punto imposible. La razón y la costumbre —aquella combinación de potentes factores que constituía sus principios— le dijeron que era imposible del todo, aunque su corazón sufría. Y el remordimiento le agobiaba ahora. Todo fue por June, por aquella muñequita de pelo llameante que se había apoderado de él, que se había adueñado de su corazón, de aquel corazón que era el juguete de esos seres débiles y desamparados que son los niños. Con su claridad de visión de siempre, se dio cuenta de que tenía que separarse de su hijo o de su nieta: no había términos medios, y en esto radicaba la tragedia. Y su amor por la niña prevaleció. No podía encender una vela a Dios y otra al diablo…, y dijo adiós a su hijo.

Y el adiós duraba hasta el presente.

Quiso seguir pasando una corta mensualidad a su hijo, pero la rechazó, y quizá fuera eso lo que le doliera más de todo, pues era la prueba sólida y tangible de que todo había terminado.

La cena no le supo a nada; el champaña era seco y amargo, no como el de la Viuda de antaño.

Estaba tomando el café cuando se le ocurrió que podía ir a la Opera. En el Times, naturalmente, pues desconfiaba de los demás periódicos, vio que daban Fidelio. Menos mal que no era una de esas modernas pantomimas de Wagner.

Con su vieja chistera, de ala ya plana del uso y de gran volumen, parecía un emblema viviente de mejores tiempos. Poniéndose los finos guantes de cabritilla, que olían a la piel de Rusia de su petaca, por estar siempre en contacto en el mismo bolsillo, entró en un coche.

El vehículo cascabeleaba alegre por las calles y el viejo Jolyon sentía desusada animación.

«Los hoteles deben de estar haciendo un negocio bárbaro», meditó. Hacía unos años no había ninguno de aquellos grandes hoteles. Pensó satisfecho en algunas fincas que poseía por allí. Estarían subiendo de valor a saltos. Y vaya tráfico…

Pero a partir de esto se lanzó a una de aquellas extrañas especulaciones, tan poco forsyteanas, y en las que, parcialmente, descansaba su superioridad sobre todos los demás. ¡Qué pequeño es el ser humano! ¿Y qué sería de todos en fin de cuentas?

Al salir del coche, tropezó. Pagó al cochero el precio del viaje exactamente, fue a la taquilla, y ante ella quedó con el monedero en la mano. Siempre había llevado el dinero en un monedero, pues no aprobaba la costumbre de llevarlo desperdigado en los bolsillos, como hacen muchos. El taquillero se inclinó hacia adelante, asemejándose a un perro que se asomara en la perrera.

— ¡Pero si es el señor Forsyte! —dijo con una nota de sorpresa en la voz —. ¡El mismísimo señor Jolyon Forsyte! Hacía años que no le veía… Y qué tiempos éstos, señor mío… ¿Recuerda cuando usted y su señor hermano y aquel señor de las subastas, el señor Traquair y el señor Treffry, tenían abonos por toda la temporada? ¿Y cómo está usted, señor? Ya no somos tan jóvenes…

El brillo de los ojos del viejo Jolyon aumentó. No le habían olvidado. Penetró en la sala a los acordes de la obertura como un viejo caballo de guerra en el campo de batalla.

Aplastando la chistera, se sentó, se quitó los guantes a la manera antigua, y con los gemelos echó una mirada alrededor de la sala. Dejándolos finalmente en su chistera plegada, miró al escenario. Más agudamente que nunca comprendió que todo había ya terminado para él. ¿Dónde estaban las mujeres, aquellas hermosas mujeres que antaño llenaban el patio de butacas, los palcos? ¿Dónde estaba la emoción con que esperaba la aparición en escena de alguno de aquellos maravillosos cantantes? ¿Dónde estaba aquella sensación de embriaguez de vida y de su capacidad para gozarla?

¡Y él había sido el mayor aficionado a la ópera de sus tiempos! ¡Ya no había ópera tampoco! Aquel Wagner lo había echado todo a perder; ya no había melodía, ni voces, ni nada. ¡Los grandes cantantes de sus tiempos! Todos habían desaparecido. Veía las viejas escenas y su corazón estaba mudo.

Desde el rizo plateado que tenía sobre la oreja hasta las puntas de los zapatos, no había nada caduco ni viejo en Jolyon Forsyte. Estaba tan erguido —casi tanto— como en los tiempos en que venía todas las noches; su vista era

tan buena —casi tan buena— como entonces. Pero ¡qué sensación de fatiga y desilusión!…

Siempre había disfrutado de las cosas, incluso de las imperfectas (hacía muchas cosas imperfectas en la vida); había gozado con moderación, para conservarse siempre con entusiasmo juvenil. Pero ahora le había abandonado su capacidad de goce, su filosofía, quedándole solamente aquella sensación horrible de acabamiento. Ni el coro de los prisioneros de la canción de Florián podían disipar la tristeza de su soledad.

¡Si estuviera Jo con él! El muchacho debía de tener cuarenta años por aquel entonces. Y ya no era un paria social. Estaba casado. El viejo Jolyon no había sido capaz de evitar una demostración de agrado por el hecho, y le había enviado un cheque de quinientas libras. El cheque le había sido devuelto en una carta del Hotch Potch, que decía:

Mi queridísimo padre:

Tu generoso regalo ha sido recibido como prueba de que podrías pensar peor de mí. Te lo devuelvo; pero si creyeses oportuno invertirlo en beneficio del pequeño (le llamamos Jolly) que lleva nuestro nombre, aunque abreviado, te quedaría muy agradecido.

Deseo cordialmente que te encuentres tan bien como siempre.

Tu hijo que te quiere,

Jo.

La carta era muy suya. Siempre había sido un muchacho cordial. Le había contestado:

Mi querido Jo:

La suma (500 libras) consta en mis libros consignada a tu hijo, a nombre de Jolyon Forsyte, y devengará un interés anual del 5 por 100. Deseo te encuentres bien. Por ahora mi salud sigue siendo buena.

Recibe el cariño de tu padre.

Jolyon Forsyte.

Y cada día de Año Nuevo había añadido cien libras y los intereses. La suma iba creciendo, el próximo Año Nuevo llegarla a mil quinientas libras y pico. Y es difícil expresar la alegría que sacaba de aquella transacción anual. Pero la correspondencia había terminado.

A pesar de su cariño por su hijo; a pesar de un instinto en parte constitutivo de su carácter, en parte resultado —como en miles de los de su clase— de su continuo manejo y observación de negocios, que le llevaba a juzgar las

conductas antes por sus consecuencias que por los motivos que las hubieran determinado, tenía en el corazón un fondo de malestar. En aquellas circunstancias, su hijo debería haberse hundido totalmente; era la ley escrita en todas las novelas, sermones y dramas que había leído, escuchado o presenciado.

Al serle devuelto el cheque le parecía que había una equivocación en alguna parte. ¿Por qué no se había hundido su hijo? ¿Quién tenía, entonces, razón?

Se había enterado —en realidad había procurado saber noticias— de que Jo vivía en St John's Wood, que tenía una casita en la avenida Wistaria, con un jardincito, y que llevaba a su esposa a todas las reuniones de sociedad a que él iba —rara sociedad sería, sin duda—; que tenían dos niños: aquel llamado Jolly —el nombre le había parecido un cinismo, dadas las circunstancias, y al viejo Jolyon le disgustaba y le temía al cinismo— y una niña llamada Holly. Pero ¿qué podrían decir con exactitud las circunstancias de la vida de su hijo? Había capitalizado la renta que heredara de su madre, había entrado en Lloyd de agente de Seguros, pintaba acuarelas… Y el viejo Jolyon sabía esto último y había comprado subrepticiamente algunas de vez en vez, después de haberse encontrado con la sorpresa de ver el nombre de su hijo en una representación del Támesis, expuesta en un escaparate. No le gustaban los cuadros. No los ponía en su casa a causa de la firma, pero los guardaba en un cajón de una mesa.

Allí en la ópera le vino un deseo irresistible de ver a su hijo. Se acordó de los días en que se veía obligado a dejarle pasar entre sus piernas, en las veces que había corrido a su lado cuando montaba en su caballito, en el primer día que le llevó a la escuela. Había sido un niño simpático y cariñoso. Con ir a Eton había adquirido, quizá, de modo algo excesivo aquel aire que el viejo Jolyon sabía que sólo se puede obtener en esos colegios y gastando mucho; pero siempre había sido cordial, siempre buena compañía para él, incluso después de Cambridge. Quizá estuviera un poco como alejado…, pero eso era a causa de la educación superior que había recibido. El sentir del viejo Jolyon hacia Colegios y Universidades no variaba, y conservaba siempre su actitud de admiración y desconfianza por un sistema sólo accesible a los mimados de la fortuna y del que no había podido participar. Ahora que June no estaba, o aprovechando que June no estaba, sería grato ver de nuevo a su hijo. Sintiéndose culpable de traición a su familia, a sus principios, a su clase, el viejo Jolyon clavó la mirada en el cantante. ¡Un pobre diablo!… Y el Florián, más tieso que un palo.

Acabó la representación. Con poca cosa se contentaban.

En la calle atrafagada le birló un coche en sus mismas narices a un

caballero gordiflón y mucho más joven que ya lo tenía por suyo. Fue por Pall Mall, y en vez de dirigirse por Green Park, el cochero tiró por San Jaime. El viejo Jolyon no soportaba que le llevaran dando rodeos y se asomó para protestar. Pero al sacar la cabeza por la ventana vio que estaba enfrente del «Hotch Potch»…, y el deseo que le había estado consumiendo toda la velada le dominó. Mandó parar. Bajó a preguntar si Jo era todavía miembro del Club.

Entró. El hall estaba exactamente lo mismo que cuando iba a cenar allí con Jack Herring y tenían el mejor cocinero de Londres; y miró a su alrededor con aquella mirada suya que había hecho siempre que en todas partes le sirvieran mejor que a las demás personas.

— ¿Pertenece todavía al Club el señor Jolyon Forsyte?

—Sí, señor. Está ahora en el Club. ¿De parte de quién?

Al viejo Jolyon le pilló de sorpresa.

—De parte de su padre —dijo, y se acercó a calentarse a la chimenea.

El joven Jolyon se marchaba ya del Club cuando se le acercó el conserje. Ya no era tan joven… Su pelo era ya gris, y la cara, reproducción exacta de la de su padre hasta en el bigote caído, estaba decididamente ajada. Palideció. El encuentro era terrible después de tantos años. Se dieron la mano sin decir palabra. El padre, con voz temblorosa, dijo:

— ¿Cómo estás, hijo mío?

Y el hijo preguntó a su vez:

— ¿Cómo estás, papá?

La mano del viejo Jolyon temblaba en el guante.

—Si vas por mi camino —dijo, puedo llevarte.

Y reviviendo la costumbre de marchar juntos a casa por las noches, salieron uno al lado del otro y entraron en el coche.

Al viejo Jolyon le pareció que su hijo había crecido. «Ya es más que hombre», fue su comentario. Sobre el natural afable de su rostro se había extendido una máscara de dureza, cual si en las circunstancias de su vida se hubiera encontrado necesitado de una armadura protectora. Sus acciones eran, desde luego, las de los Forsyte; pero en ellas había como un mirar introspectivo propio del erudito o del filósofo… Sin duda se había obligado a serias introspecciones en aquellos quince años.

Para el joven Jolyon fue indudablemente doloroso el volver a ver a su padre. ¡Qué viejo y decaído estaba! Pero una vez en el coche volvió a parecerle el mismo de siempre, volvió a verle erguido y firme.

—Te encuentro bien, papá.

—Así, así —respondió el viejo.

Se sentía presa de una angustia que tenía que expresar forzosamente en palabras. Había recuperado a su hijo y tenía que interesarse por su situación económica.

—Jo —le dijo—. Quisiera saber cómo te desenvuelves. ¿Tienes… deudas? Es natural que tengas alguna, claro…

Lo dijo de forma que su hijo no se pudiera sentir herido.

Pero el joven Jolyon respondió con su voz llena de ironía:

—No. No tengo ninguna deuda.

Notó que se había irritado y le cogió la mano. Se había arriesgado, pero merecía la pena. Jo no había tenido nunca reservas para él. Siguieron, y sin hablar, hasta Stanhope Gate. Le invitó a pasar, pero el joven Jolyon movió la cabeza.

—June no está —explicó apresuradamente—. Ha salido fuera. ¿Sabrás ya que va a casarse?

— ¿Ya? —murmuró el joven Jolyon.

Salió el viejo del coche y pagó. Por primera vez en su vida se equivocó y dio al cochero un soberano en vez de un chelín.

El cochero se metió la moneda en la boca y fustigó al caballo con prisa.

El viejo Jolyon abrió despacito la puerta e hizo una seña. Su hijo le vio quitarse el abrigo con la expresión furtiva de un muchacho que roba cerezas.

La puerta del comedor estaba abierta; la llama del gas, amortiguada. Sobre una bandeja silbaba un infiernillo con agua para té, y junto al calorcillo, un gato dormía cínicamente sobre la mesa. El viejo le echó de un sombrerazo. El incidente sirvió de descanso a sus nervios.

—Tendrá pulgas —dijo, siguiendo al animal.

En la puerta del hall, de donde partía la escalera que daba al piso bajo, hizo fú al gato varias veces… hasta que dio la casualidad de que apareció el criado.

—Puede usted acostarse, Parfitt —dijo—. Yo cerraré y apagaré las luces.

Cuando volvió a la habitación, el gato le precedía con el rabo en alto, indicando bien a las claras que había comprendido desde el principio que no le echaban a él, que sólo se trataba de hacer retirarse al criado.

Toda su vida la fatalidad descubría las estratagemas domésticas del viejo

Jolyon.

Su hijo no pudo evitar una sonrisa. Era un gran humorista, y todo lo de aquella noche le parecía lleno de ironía amarga: el episodio del gato, el anuncio de la boda de su hija… Él era tan ajeno al gato como a June. Y la justicia dramática de esta realidad de la vida le acongojó.

—Y ¿cómo es ahora June?

—Es pequeñita. Dicen que se parece a mí, pero no es verdad. A quien se parece es a tu madre. Los mismos ojos, el mismo pelo…

— ¿Y es guapa?

El viejo Jolyon era demasiado Forsyte para elogiar a nadie abiertamente, y menos a persona por quien sintiera admiración.

—No es fea… Tiene nuestra cara. Estaré muy solo cuando se vaya, Jo.

Y el aspecto de su rostro volvió a entristecer a Jolyon.

— ¿Qué piensas hacer, papá?

— ¿Hacer? Pues tratar de vivir solo como un hongo. No sé cómo acabará la cosa. Que sea lo que Dios quiera… —se contuvo y prosiguió—: La cosa es lo que voy a hacer con esta casa.

El joven Jolyon miró a su alrededor. Era una habitación grande y temerosa, decorada con aquellas enormes naturalezas muertas que recordaba de su niñez: perros dormidos con el hocico descansando en montones de zanahorias, racimos de uvas entre cebollas, en mezcla sorprendente. La casa era grande como un elefante blanco, pero no concebía a su padre viviendo en un sitio más pequeño.

En aquella silla, con atril para leer, reposaba el viejo Jolyon, la figura principal de una familia y de una clase y un credo, con su cabeza de nieve y su frente abombada, la encarnación de la moderación, el orden, el amor a la propiedad, el hombre más solo de Londres. Allí estaba sentado, en el triste confort de aquella habitación, un muñeco impotente ante el poder de las grandes fuerzas, que no se cuidan de familia, clase ni credo, deslizándose inevitablemente hacia su fin. ¡Pobre papá! Éste era su fin, el objeto a que había entregado su vida: Quedarse solo, envejecer y envejecer, ansiando encontrar un alma a la que hablar…

Por su parte, el viejo miraba al joven. Querría hablarle de muchas cosas que no había podido decirle en tantos años, que no había podido decir a June; no había medio de comunicarle su convicción de que las propiedades urbanas de Soho iban en aumento de su valor; no había medio de que se interesara en el tremendo silencio de Pippin, el superintendente de la Nueva Compañía

Carbonera, que había presidido él tanto tiempo; no podía hacerle participar en su preocupación por la constante baja de sus valores americanos, ni en la que sentía por el medio de evitar el pago de los derechos reales que habría de pagar al morir. Al fin, bajo la influencia de una taza de té empezó a hablar a su hijo. Y así se abrió para él una nueva zona de promisión en la vida, una tierra prometida, maravillosa, de conversación, en la que podría encontrar un puerto de abrigo contra la tristeza, los presagios y los recuerdos; donde podría calmar su alma con el opio de la invención de procedimientos para evitar la merma de lo único que quedaría en la tierra de él.

El joven Jolyon sabía escuchar, era ésta su gran cualidad. Mantenía los ojos fijos en la cara de su padre, intercalando una pregunta de vez en vez.

El reloj dio la una y el viejo Jolyon no había terminado, y al sonido de la campana volvió a él el sentido del orden. Sacó el reloj del bolsillo y le echó una mirada sorprendida:

—Tengo que irme a la cama, Jo…

El joven Jolyon se levantó y le tendió la mano a su padre para ayudarle. Volvió a encontrar su rostro demacrado y macilento, con los ojos hundidos y apagados.

—Adiós, hijo; cuídate.

Salió al fin. Casi no veía, no podía sonreír. En todos aquellos quince años no se había dado cuenta de que la vida no era cosa fácil. Y la verdad era que la vida era cosa tremendamente complicada.

III

Comida en casa de Swithin

La mesa estaba puesta para doce en el comedor —azul y naranja— de Swithin. Una lámpara de cristal tallado con todas las bujías encendidas colgaba, cual enorme estalactita, del techo, lanzando luminosos rayos sobre los espejos de gran marco dorado, sobre los mármoles de los aparadores, sobre las sillas de madera lustrosa y abundantemente trabajada. Todo allí delataba ese amor por lo hermoso que tan profundamente sienten las familias que han tenido que abrirse, mediante el esfuerzo, el propio acceso a la sociedad desde la parte más recóndita y oscura del corazón de la naturaleza. Swithin tenía una gran afición por lo magnífico, que siempre le había clasificado entre sus asociados como hombre de gustos caros. Y de la noción de que nadie que entrara en su casa podría dejar de considerarle hombre rico obtenía una de las

mayores satisfacciones que pudiera darle la vida.

Desde que se había retirado de su agencia de negocios, profesión deplorable, a su juicio, especialmente en lo que se refería a la compraventa, se había abandonado a sus naturales gustos aristocráticos.

El lujo perfecto de los últimos tiempos le había embebido como a una mosca un vaso de jarabe. Y su cabeza, donde pocas veces surgían ideas complicadas, era escenario de dos sentimientos curiosamente contradictorios: la satisfacción de saberse hombre que todo se lo había hecho a sí mismo y se había logrado un puesto distinguido en la sociedad, y el sentimiento de que un hombre de su finura y distinción nunca debiera haber ensuciado su mente con el trabajo.

Estaba sentado, luciendo blanco chaleco de botones de ónice y oro, deleitándose en ver cómo su valet introducía hasta el gollete tres botellas de champaña en los cubos de hielo. Entre las puntas de su cuello almidonado, que si bien le lastimaban al moverse no hubiera cambiado por uno blando en manera alguna, estaba inmóvil la carne pálida de su sotabarba. Los ojos se le iban de botella a botella. Pensaba así: «Jolyon bebe un vaso, lo más dos… ¡Es tan cuidadoso y moderado! James no puede beber ya. Nicolás…, Fanny y él beberían agua, no le extrañaría. Soames no contaba. Aquellos jóvenes sobrinos (Soames no tenía más que treinta y ocho años) no eran capaces de beber. Pero ¿y Bosinney?». Hallando en el nombre de este advenedizo algo fuera de los límites de su filosofía, Swithin se detuvo. «¡Menudo problema! ¡No podía predecirse nada! June era una chiquilla, y además, enamorada. Emily (la mujer de James) era probable que se tomase un buen vaso de campaña. Era muy seco para Julita, la pobre…, que no sabía apreciar. Pero ¡Hatty Chessman…!». El recuerdo de su buen amigo le ensombrece el rostro. «Era muy capaz de beberse media botella…».

Al pensar en la última persona invitada le cubrió el rostro una expresión felina. «La mujer de Soames… No bebería mucho, pero sabría apreciar lo que bebía. Daba gusto ofrecerle buen vino. Linda mujer. Y tan cariñosa con él…».

Su recuerdo de ella era como el champaña. Era un placer dar buen vino a una mujer tan bonita, que vestía tan bien, que tenía modales tan distinguidos… Sí, era un placer tenerla de invitada. Entre las puntas de su cuello, su cabeza tuvo la primera oscilación, muy dolorosa por cierto, de la tarde.

— ¡Adolfo! —llamó—. Pon otra botella.

Él bebería bastante, pues gracias a aquel potin…, a aquella prescripción de Blight, estaba la mar de bien. No se había sentido tan bien en muchas semanas.

Salió a la antesala, se sentó en el borde de una silla, con las piernas muy

separadas, e inmediatamente su abultada figura quedó envuelta en su inmovilidad característica. Estaba dispuesto para levantarse al primer aviso. Hacía meses que no había dado una comida en su casa. Esta cena era en honor de June, para celebrar su compromiso, y le había parecido fastidioso al principio (entre los Forsytes, todos los acontecimientos se festejaban comiendo), pero después, con la excitante labor de enviar invitaciones y preparar bien las cosas, se había convertido en estimulante placer.

Y así, sentado, inmóvil, con el reloj en la mano, gordo, suave, reluciente, no pensaba en nada.

Un hombre altísimo, que había sido criado de Swithin, pero que ahora poseía una verdulería y llevaba patillas, entró anunciando:

— ¡La señora de Chessman! ¡La señora de Septimus Small!

Las dos señoras avanzaban. La que iba delante, totalmente vestida de rojo, tenía grandes rosetones del mismo color en la cara y ojos grandes, de mirar atrevido. Se acercó a Swithin con la mano alargada y llevando guantes rosados.

—Bien, Swithin —dijo—. Hace siglos que no te veo. ¿Cómo estás? Pero, hijo mío, ¡qué gordo te estás poniendo!…

Los ojos inmóviles de Swithin demostraron rabia. Una cólera sorda le llenó el ánimo. Era grosero ser gordo, hablar de gordura… Él tenía mucho pecho, pero nada más. Volviéndose a su hermana, le cogió la mano y le dijo con voz de mando:

—Bueno, Julita, ¿qué hay?

La señora de Septimus Small era la más alta de las cuatro hermanas. Su rostro, bueno y redondo, tenía ya un aire de cierta amargura. Por todo él se extendía una especie de rayado, como si hubiera tenido la cara metida en una jaula y se la hubiera quitado para salir. Sus ojos parecían hacer pucheros; ésta era la forma de mostrar su desconsuelo por la pérdida de su marido.

Era famosa por su especialidad en decir siempre lo que no debía decirse; y siendo su carácter tenaz, como en toda su casta, insistía en la inconveniencia que había dicho, añadía nuevas coladuras, y así sucesivamente… Era una gran habladora cuando la dejaban, y se lanzaba a monólogos interminables, monocordes, explicando prolijamente cómo la fortuna la había abandonado siempre. Pero como tenía buen corazón, no era capaz de percibir que sus oyentes comprendían y daban la razón a la fortuna.

Habiendo tenido la pobre que aguantar interminables horas junto al lecho de Small (un hombre bastante delicaducho), había adquirido la costumbre de visitar enfermos, niños malitos y personas imposibilitadas, y así nunca podía

evitar la seguridad de que este mundo es el lugar más desagradable para vivir. Domingo tras domingo, se pasaba larguísimos ratos junto a aquel agudísimo predicador, el reverendo Thomas Scoles, que ejercía gran influencia sobre ella; pero se esforzaba en convencer a la gente de que esto era una desgracia grande. Había llegado a convertirse en un símbolo para la familia, y así, cuando alguien estaba tristón o pachucho, se le decía que estaba hecho un verdadero Julita. Su modo de ser hubiera acabado con cualquiera que no fuese un Forsyte; pero ella tenía ya setenta y dos años y estaba mejor que nunca. Tenía tres canarios, el gato Tommy y medio loro, pues el otro medio era de su hermana; y estos pobres seres (mantenidos siempre bien lejos de Timoteo, pues le ponían nervioso los animales) comprendían que la hacían feliz y, generosamente, le tenían gran cariño.

Estaba sobriamente magnífica aquella tarde con su alepín negro con un pecherito malva triangular rematado con una cinta de terciopelo que rodeaba su flaca garganta; el negro y el malva se consideraban como muy castos y dignos colores por la familia.

—Ana está siempre preguntando por ti —dijo, dedicando sus pucheros a Swithin—. Hace un siglo que no vas a vernos.

Swithin se metió los pulgares en el chaleco, y replicó:

—Ana está muy floja. Debiera verla un médico.

— ¡Los señores de Forsyte!

Nicolás Forsyte, alzando sus cejas rectangulares, sonreía al entrar. Durante todo el día había estado gozándose en el placer de organizar los trabajos de una tribu del Alto Ceilán en una mina de oro. Un lindo plan, llevado a cabo a pesar de todas las dificultades. Se sentía satisfecho. El rendimiento de su mina se duplicaría. La más común de las experiencias le había convencido de que el hombre tenía que morir. Y entre morir de viejo o morir prematuramente en el fondo húmedo de una mina, la elección no era dudosa si algún beneficio había de derivarse para el Imperio británico.

Nadie ponía en duda su gran habilidad. Levantando su nariz partida hacia un oyente, solía decir:

—Por carecer de un centenar de esos individuos, no hemos pagado un dividendo en muchos años, y hay que ver el precio de las acciones. No se pueden sacar ni diez chelines…

También había estado en Yarmouth y había regresado con la seguridad de que se había aumentado la vida por lo menos en diez años. Cogió la mano de Swithin, exclamando con buen humor:

— ¡Bueno, aquí estamos otra vez!

— ¡El señor James Forsyte y señora! ¡El señor Soames Forsyte y señora!

Swithin, siempre distinguido, chocó fuertemente sus tacones.

— ¡Hola, James; hola, Emilia! ¿Cómo estás, Soames? ¿Y cómo estás tú?

Su mano estrechó la de Irene y sus ojos destellaron. ¡Qué hermosa mujer! Un poco demasiado pálida; pero ¡qué tipo, qué ojos, qué dientes!… ¡Demasiado para aquel tipo de Soames!

Los dioses habían dado a Irene, unos ojos negros y un pelo rubio como el oro, extraña combinación que se atraía las miradas de los hombres y que dicen es prueba de carácter débil. Y la total y blanda blancura de su cuello y hombros, destacando en un vestido color oro, le daba personalidad y aire extranjero.

Soames se mantenía tras ella, con los ojos clavados en su nuca. Las manillas del reloj de Swithin, que tenía abierto en la mano, habían rebasado las ocho; su hora acostumbrada de cenar había quedado treinta minutos atrás. No había almorzado, y una extraña impaciencia juvenil se había apoderado de él.

—Jolyon no acostumbra nunca llegar tarde. Ya será que June le haya entretenido —dijo a Irene, mostrando desagrado.

—Los enamorados hacen esperar siempre —respondió ella.

Swithin la miró; un color anaranjado se le había extendido por el rostro.

—Pues nunca hay razón para no ser puntual. Será una moda estúpida de ahora.

Y tras esta explosión de mal carácter, latía la violencia de las primitivas generaciones.

—Dime si te gusta mi estrella, tío Swithin —dijo Irene suavemente.

Entre el encaje de su vestido, lucía sobre su pecho una estrella de cinco puntas hecha de once diamantes.

Swithin miró la estrella. Tenía buen gusto para las piedras preciosas. No se le podía haber ocurrido a nadie un procedimiento tan ingenioso para distraerle.

— ¿Quién te la ha regalado?

—Soames.

Su cara no experimentó el menor cambio; pero los ojos claros de Swithin parecieron haber cobrado la facultad de leer dentro del alma.

—Me atrevería a asegurar que te aburres en tu casa —le dijo—. Cualquier día que se te ocurra venir a cenar conmigo, vienes y te daré el mejor vino de

Londres.

— ¡La señorita June Forsyte! ¡El señor Jolyon Forsyte! ¡El señor Bosinney!

Swithin movió el brazo, diciendo con voz retumbante:

— ¡Pues a cenar, a cenar!

Sentó a su lado a Irene, justificándolo con la explicación de no haberla tenido cerca desde su boda con Soames. June era la pareja de Bosinney, que estaba sentado entre su novia e Irene. Al otro lado de June estaba James con la señora de Nicolás; después, el viejo Jolyon junto a la señora de James: Nicolás, con Hatty Chessman; Soames, con la señora Small, cerrándose así el círculo en Swithin.

Las cenas familiares de los Forsytes se ajustan a determinadas tradiciones. Por ejemplo, no hay hors d'oeuvre. El motivo de la omisión es desconocido. Entre los más jóvenes de la familia existe la teoría de que se debe al terrible precio de las ostras; pero probablemente la razón es el deseo forsyteano de llegar pronto a lo que importa, de ir al grano cuanto antes. Tan sólo los Jameses, incapaces de resistir una costumbre casi universal en Park Lane, traicionan de cuando en cuando la familiar costumbre.

Un silencio casi agobiante, una clara desatención para el vecino, sucede al proceso de designar sitios y sentarse, y dura hasta casi terminado el primer plato. Sólo se oye de vez en vez: «Tom está otra vez malo; no sé qué es lo que le pasa»; o bien: «¿Ana no sale por las mañanas?», o un: «¿Cómo se llama tu médico, Fanny? ¿Stubbs?», o un: «¿Winifred? ¡Tiene demasiados hijos! Cuatro hijos son muchos hijos. Está más delgada que un hilo», o quizá un: «¿Cuánto te cuesta este vino, Swithin? Es demasiado seco para mí».

Al segundo vaso de champaña empieza a oírse un murmullo sordo, que al liberarse de ruidos parásitos, resulta ser James contando un cuento, y esto prosigue por tiempo considerable, hasta que se llega al momento culminante de todo banquete Forsyte: The saddle of mutton.

Ningún Forsyte da una comida sin lomo de carnero. En su jugosa solidez hay algo que lo hace muy adecuado para la gente de cierta posición. Es nutritivo… y sabroso; el manjar que uno recuerda siempre haber comido. Tiene pasado y futuro, cual una cuenta corriente; es algo acerca de lo que se puede discutir.

Cada miembro de la familia se aferraba tenazmente en preferir un determinado lugar en la tierra: el viejo Jolyon sacaba la cara por Dartmoor; James, por Gales; Swithin, por Southdown; Nicolás mantenía que la gente podría decir lo que quisiera, pero que no había nada como Nueva Zelanda. En

cuanto a Roger, el original de los hermanos, se había visto obligado a inventar un sitio maravilloso, pero no un lugar de nuestro globo: una tienda, una tienda donde vendían alemán. Al ser reprochada su fantasía había demostrado su razón sacando la factura de un carnicero, con lo que de paso demostraba que él gastaba en carne más que nadie en carne… Y esto es prueba del claro ingenio del hombre que había sabido inventar una nueva profesión para sus hijos. En casos como éste era cuando el viejo Jolyon, volviéndose a June, le decía en uno de sus arranques filosóficos:

«Te digo que son un hato de locos estos Forsyte. Ya lo irás viendo cuando te vayas haciendo vieja…».

Timoteo, que no intervenía en las conversaciones, se dedicaba a su lomo de carnero con entusiasmo, aunque afirmaba que le tenía miedo.

Para quien se interese por la psicología forsyteana, el detalle del lomo de carnero es harto significativo; no solamente ilustra acerca de su tenacidad, tanto colectiva como individual, sino que los clasifica como pertenecientes en sustancia e instinto a la amplia clase de los que creen en la nutrición y en el buen paladar, sin rendirse a ninguna idea tonta de belleza.

Los más jóvenes de la familia hubieran deseado, ésta es la verdad, un buen pollo, una langosta…, algo más de encanto e imaginación, aunque fuera menos nutritivo; pero eran sólo las mujeres, o al menos varones, a quienes habían corrompido sus esposas o madres, o que habiéndose visto obligados a comer lomo durante tiempo y tiempo, habían llegado a cansarse de él y habían conferido a sus hijos, en herencia, profundo disgusto por el manjar.

Y habiendo terminado la gran controversia sobre el lomo de carnero, comenzó a gustarse y tratarse del jamón de Tewkesbury y de las Indias occidentales.

Y Swithin se puso tan insistente con este tema, que causó una interrupción en la cena. Para poder dedicarse con gusto a comer tenía que detenerse un rato.

Desde su asiento junto a la señora de Small, Soames observaba. Tenía sus razones, relacionadas con una edificación, para observar a Bosinney. El arquitecto podía servirle para su objeto; parecía inteligente, allí recostado contra el respaldo de su silla, haciendo montoncitos con trocitos de pan. Soames observaba su traje, bien cortado, pero raquítico, como si fuera de muchos años atrás.

Le vio volverse a Irene y decirle algo, y su cara resplandeció como sólo la había visto resplandecer cuando le hablaban otros… y nunca cuando le hablaba él. Trató de darse cuenta de lo que hablaban, pero tía Julita le estaba hablando a él.

¿No le había parecido a James que aquello era extraordinario? Precisamente el último domingo su querido Mr. Scoles había estado tan agudo, tan fino en su sermón, tan sarcástico… «¿Qué provecho —había dicho— tendrá un hombre que salve su alma, pero pierda sus propiedades?». Ésta, había dicho el orador, era la pregunta que incesantemente se repetía, la clase media. Pero ¿qué había querido decir con eso? Si…, eso podría ser cosa que la clase media se preguntara, ella no sabía. ¿Qué pensaba Soames de aquello?

Le respondió distraído:

— ¿Y yo qué sé? Ese Scoles es un cuentista.

Bosinney estaba mirando por toda la mesa, como percatándose de las características de todos, y Soames quería saber lo que estaba diciendo. Por su sonrisa, Irene estaba de acuerdo con él. Siempre parecía estar de acuerdo con los demás.

Vio que sus ojos se clavaban en los de él, y Soames tuvo que bajarlos. La sonrisa se había helado en los labios de su mujer.

— ¿Un cuentista? ¿Pero qué estaba diciendo Soames? Si Mr. Scoles, un ministro, era un cuentista, ¿que serían las demás personas?… ¡Era terrible!

—Pues las demás personas son como son —dijo Soames.

Durante el momentáneo silencio de tía Julita captó estas palabras de Irene:

—Renunciad a la esperanza los que entréis aquí.

Pero ya Swithin había terminado con su jamón.

— ¿Dónde compras tú las setas? —le estaba diciendo a Irene con voz meliflua.

—Yo te recomiendo a Snileybob…, te las dará siempre frescas.

Irene se volvió para responderle, y Soames vio cómo Bosinney la miraba y sonreía para sí. Tenía una sonrisa extraña aquel sujeto. Una sonrisa sencilla, como la de un niño cuando está contento. Y viendo que Bosinney se volvía a June, también Soames sonrió irónicamente. June parecía poco complacida.

No era lógico, pues había estado manteniendo la siguiente conversación con James.

—Pasé junto al río, cuando iba a casa, tío James, y vi un sitio precioso para hacer una casita…

James, que era un comedor lento y concienzudo, detuvo la masticación.

— ¿Eh? ¿Dónde está eso?

—Junto a Pangbourne.

Se metió James un trozo de jamón en la boca, y Junes esperaba a que hablase.

— ¿No te habrás enterado si aquel terreno está libre? —dijo al fin—. ¿Y no tendrás idea de lo que cuesta el terreno?

—Sí —dijo June—. Hice algunas pesquisas —su carita resuelta mostraba expectación bajo el encendido cabello.

—Bueno…, no estarás pensando en comprar, ¿verdad? —y la miraba con aire de inquisidor.

June se sintió muy animada por su interés. Hacía tiempo tenía el plan de que sus tíos se beneficiasen y beneficiasen a Bosinney encargándole casas.

—No, nada de eso… —contestó—. Pero sería un sitio precioso para ti o alguno de vosotros…

James la miró un poco de lado y siguió comiendo jamón.

—El terreno tiene que ser muy caro por allí —dijo.

Lo que June había tomado por interés personal era solamente la excitación impersonal que todo Forsyte sentía en lo más profundo al pensar que algo bueno podía pasar a manos de otro. Pero rehusó comprender que no tenía oportunidad de conseguir nada y volvió a la carga:

—Lo mejor es vivir en el campo, tío James. Yo quisiera tener mucho dinero solamente por eso, por vivir en el campo y abandonar Londres inmediatamente.

James se sintió extrañadísimo, pues no sospechaba que su sobrina tuviera ideas tan categóricas.

— ¿Por qué no te vas a vivir al campo? —repetía June—. Además te sentaría estupendamente.

— ¿Pero por qué voy yo a comprar tierra? —dijo James, algo irritado—. No sacaría nada en limpio, ni siquiera un cuatro por ciento…

—Pero sacarías buen pulmón, respirarías bien, que es más importante.

— ¡Respirar bien! ¿Y para qué quiero yo respirar mejor de lo que respiro?

—Pues yo creía que a todo el mundo le gustaría respirar bien —dijo June con desprecio.

James pasó la servilleta a todo lo largo de la boca.

—Tú no sabes el valor del dinero —dijo evitando su mirada.

— ¡No! Y confío en que nunca lo sabré —y mordiéndose los labios, la

pobre June quedó en silencio.

¿Por qué todos sus parientes eran tan ricos, mientras que su novio no sabía nunca si podría tener para fumar al día siguiente? ¿Por qué no podrían hacer algo por él? Eran unos egoístas… ¿Por qué no podrían construirse alguna casa? Tenía todo ese cándido dogmatismo, tan conmovedor, que a veces consigue triunfar e imponerse. Bosinney, hacia quien dirigió la vista en busca de consuelo, estaba hablando con Irene, y un escalofrío se apoderó del espíritu de June. Sus ojos revelaron cólera, como los viejo Jolyon cuando se enfadaba.

James también estaba muy molesto. Le parecía que alguien amenazaba su derecho a emplear su dinero como quisiera, a colocarlo para sacar un cinco por ciento. Jolyon la había malcriado. A ninguna de sus hijas se le hubiera ocurrido semejante tontería. James había sido siempre muy condescendiente con sus hijos, pero todo tiene sus límites en la vida. Jugueteó tristemente con su plato de fresa; después añadió crema, y al fin se lo comió todo con voracidad. Al menos, eso no se le escaparía.

Y no era extraño que se sintiese molesto. Toda la vida había sido administrador de bienes y fortunas. Había pasado cincuenta y cuatro años haciendo equilibrios para sacar el último céntimo de beneficio, manejando capitales e intereses con el cuidado y la prudencia máximos para que en ningún momento se presentara peligro para él ni para sus clientes, y había llegado a interpretar todo en la vida en función del dinero. El dinero era la luz de sus ojos, el faro que le permitía ver y comparar, y sin el cual no podía apreciar nada en nada… Y tener que oír aquel «espero que nunca sabré el valor del dinero»… No comprendía cómo había podido resistir que le dijeran eso en su propia cara. ¡Cómo iba el mundo! Se había asustado. Pero recordando la historia del joven Jolyon se tranquilizó. ¡Qué se podía esperar que saliese de semejante padre! Pero también esto le hizo sufrir, pues le llevó a otros desagradables pensamientos. ¿Qué era aquello que se murmuraba de Soames e Irene? Como en todas las familias que se respetaban a sí mismas, se había creado un mercado donde los secretos familiares se feriaban y se ponía precio a las cosas íntimas. Se sabía en la Bolsa Forsyte que Irene no quería a su marido, y su sentir era generalmente desaprobado. Ya tenía edad para saber lo que se hacía cuando se casó. Una mujer seria no se equivoca en ciertas cosas. James pensó amargamente que tenían una casa muy bonita (algo pequeña), situada magníficamente; que no tenían hijos, ni tampoco problemas de dinero. Soames era muy callado en lo referente a sus asuntos, pero debía de estar haciendo una buena fortuna. Tenía una renta considerable en el negocio —pues Soames, como su padre, era miembro de aquella conocida firma de procuradores Forsyte, Bustard y Forsyte— y siempre había sido muy ahorrativo. Y había tenido éxitos sorprendentes en algunas combinaciones en que se había metido.

No había razón alguna para que Irene no pudiera sentirse feliz; sin embargo, se decía que quería tener dormitorio aparte de su marido. Y él sabía en lo que acababa eso. No era lo mismo que si, por ejemplo, Soames bebiese.

James miró a su nuera. Su mirada, subrepticia, era fría y desconfiada. Estaba cargada de inquietud y temor y reflejaba el sentimiento de una ofensa personal. ¿Por qué tendría él que sufrir con preocupaciones de ésas? Seguramente todo eran tonterías; las mujeres son tan raras… Todo lo exageraban, y uno se quedaba sin saber qué pensar. Además, a él nadie le decía nada, tenía él que enterarse de las cosas por sus propios medios… Volvió a mirar furtivamente a Irene, y después a Soames. Éste, escuchando a tía Julita, miraba a su vez a Bosinney.

«Él la quiere, desde luego», pensaba James. «Y si no, no hay más que ver cómo la está siempre regalando cosas».

Y el extraordinario absurdo del desafecto de ella le chocó con fuerza redoblada. Era una pena, pues en verdad que era atrayente; él mismo la querría mucho si se dejase querer. Ahora había intimado demasiado con June. Y eso no le convenía. Se estaba acostumbrando a tener opiniones y no necesitaba semejante cosa. Ya tenía su buena casa y todo lo que pudiera desear. Habría que buscarle amistades convenientes, pues de seguir la cosa así sucedería algo peligroso.

Y June, realmente, con su costumbre de ponerse al lado de los desdichados, había arrancado una confesión a Irene, y en consecuencia le había predicado la necesidad de hacer frente al mal, llegando a la separación si fuera necesario. Pero ante estas exhortaciones, Irene había mantenido un silencio pensativo, como si encontrase terrible la lucha y la posibilidad de llevarla a cabo a sangre fría.

—Soames no la libertaría nunca —dijo a June.

— ¡Y qué importa! —había exclamado June—. Déjale que haga lo que quiera. Tú persiste en tu razón —y no le había importado nada comentar todo esto en casa de Timoteo. James, cuando lo supo, experimentó indignación muy natural.

¿Qué ocurriría si Irene se convenciese de… —casi no podía atreverse a pensarlo— de la necesidad de dejar a Soames? Y encontraba la idea tan intolerable, que la daba inmediatamente de lado. Las sombrías visiones que le sugería, el chismorreo familiar del asunto, la vergüenza del suceso en su propia familia, en su hijo, le llenaba de horror. Menos mal que ella no tenía dinero… Total, cincuenta miserables libras al año. Y recordó con profundo desprecio al fallecido Heron, que no tuvo nada que dejar a su hija. Mirando pensativo su vaso y con sus largas piernas cruzadas bajo la mesa, omitió casi

el levantarse cuando las señoras dejaron el comedor. Tendría que hablar con Soames. Tendría que ponerle en guardia; las cosas no podían seguir así, no podía ni permitirse tal contingencia. Y vio con desagrado que June había dejado el vaso lleno de vino.

—La mona esa tiene la culpa de todo —musitó—. Irene no hubiera pensado sola tal cosa nunca —James era hombre de mucha fantasía.

La voz de Swithin le sacó de su ensueño.

—He pagado cuatrocientas libras —decía—. Es una buena obra de arte.

— ¡Cuatrocientas!… ¡Hum!… Es un dineral… —murmuraba la voz de Nicolás.

El objeto aludido era un complicado grupo escultórico en mármol italiano, que sobre un altivo pedestal, también de mármol, difundía una atmósfera de cultura por toda la habitación. Las figuras complementarias, que eran seis desnudos femeninos, de grande y complicado trabajo, señalaban todas a la figura central, que era también un desnudo femenino y que a su vez se señalaba a sí misma. Tanto señalar, le daba a quien la contemplaba una sensación de mucho valer. La tía Julita, colocada frente al grupo, se las veía y deseaba para mantener castamente apartados los ojos.

El viejo Jolyon, que era quien había empezado la conversación, habló:

— ¡Cuatrocientas libras! No me digas que has dado tú cuatrocientas libras por eso.

La garganta de Swithin hizo entre las puntas agudas de su cuello el segundo movimiento doloroso de la tarde. Había dado cuatrocientas libras, libras inglesas, moneda nacional, ni un céntimo menos… Y no estaba arrepentido; no era un trabajo inglés y vulgar, era italiano moderno auténtico…

Soames sonrió y miró a Bosinney. El arquitecto hacía guiños tras el humo de su cigarrillo. Así parecía más pirata que nunca.

—Lleva muchísimo trabajo —explicó James apresuradamente, que se sentía conmovido por el tamaño del grupo—. Podría venderse bien en Jobson.

—El pobre diablo extranjero que lo hizo —continuó Swithin— me pedía quinientas y yo le di cuatrocientas. En realidad vale ochocientas. Estaba medio muerto de hambre el desdichado.

—Sí —chilló la voz de Nicolás repentinamente—, pobrecillos artistas. No me explico cómo viven. Ahí tenemos al joven Flageoletti, a quien Fanny y las chicas están invitando siempre por oírle tocar el violín. Si saca cien libras al año, es lo más que saca…

James asintió. El tampoco comprendía cómo vivían.

El viejo Jolyon, con el cigarro en la boca, se había levantado y se había aproximado a examinar el grupo de cerca.

—Pues yo no hubiera dado ni doscientas —decidió al fin.

Soames vio que su padre y Nicolás lo miraban expectantes; mientras tanto, Bosinney seguía envuelto en humo.

«¿Qué pensará este del asunto?», se dijo Soames, que estaba bien al tanto de que el grupo era desesperadamente vieux jeu, del arte totalmente invendible en Jobson.

La respuesta de Swithin vino al fin:

—Tú no sabes una palabra de estatuas. Tú con tus pinturas tienes bastante.

El viejo Jolyon se volvió a su silla chupando violentamente su cigarro. No quería discutir él con semejante infeliz obstinado, que tenía la cabeza más dura que un borrico y que no sabía distinguir una estatua de… un sombrero de paja.

— ¡Estuco! —fue todo lo que dijo.

Swithin no podía romper a hablar. Al fin, dando un puñetazo en la mesa, exclamó:

— ¡Estuco! Me gustaría ver en tu casa algo que valiera la mitad que esto… en sus palabras resonaba la sorda violencia de generaciones primitivas.

Fue James quien salvó la situación.

— ¿Y usted qué dice, señor Bosinney? Usted es arquitecto y ha de saber todo lo que haya que saber sobre estatuas y cosas de ésas…

Todos los ojos se volvieron a Bosinney; todos esperaron la respuesta con miradas extrañas y llenas de sospecha.

Y Soames, hablando por primera vez, dijo;

—Sí. Bosinney, ¿qué opina usted?

Bosinney contestó fríamente:

—Es un trabajo notable.

Sus palabras iban dirigidas a Swithin, y sus ojos sonreían astutamente al viejo Jolyon; solamente Soames quedó insatisfecho.

—Pero notable, ¿por qué?

—Por su naiveté.

La respuesta fue seguida de un silencio absoluto. Y Swithin no sabía si

estar o no agradecido.

IV

Se proyecta una casa

Soames Forsyte salió por la puerta principal, cruzó al otro lado de la plaza y miró a su casa. Hacía tres días que había tenido lugar la cena en casa de Swithin. Ahora le parecía que necesitaba revocarse la fachada.

Su mujer había quedado sentada en el sofá de la sala, con las manos cruzadas en el regazo, esperando manifiestamente que se fuese. Y esto no dejaba de ser usual: ocurría cada día.

Él no podía comprender qué era lo que su mujer le encontraba de malo. ¡Ni que fuera un borracho o cosa parecida! ¿Es que acaso contraía deudas, o era jugador, o decía palabrotas? ¿Es que era violento, o se trataba con gente inconveniente, o salía de noche? No sucedía nada de eso, muy al contrario…

La profunda aversión que sentía en su esposa era un misterio para él y causa de constante irritación. El que se hubiera equivocado en aceptarle, el que hubiera intentado quererle sin conseguirlo, el que no le quisiera, no era, claro está, motivo que justificase su actitud.

El entender los sentimientos de su esposa hacia él hubiera significado que no era un Forsyte.

Por tanto, Soames echaba a su mujer toda la culpa de lo que sucedía. Nunca había encontrado una mujer tan capaz de despertar amor. No podía ir con ella a ningún sitio sin percibir cómo todos los hombres se sentían atraídos por ella: sus miradas, palabras y comportamiento general lo demostraban a las claras. El comportamiento de ella ante las atenciones que recibía había estado lejos de merecer reproche. El que ella fuese una de esas mujeres —no frecuentes en la raza anglosajona— nacida para amar y ser amada era cosa que no se le había ocurrido.

Su poder de atracción del interés masculino lo consideraba como algo que formaba parte de sus propiedades económicas. Y además sospechaba que, al igual que capaz de demostrar amor, era capaz de amar, si bien no a él. «Entonces, ¿por qué se casó conmigo?», pensaba constantemente. Es que ya se le había olvidado su época de noviazgo, aquel año y medio que la había asediado vanamente, inventando proyecto tras proyecto para hacerla ceder, haciéndole constantes regalos, pidiéndole que se casara con él a intervalos periódicamente espaciados y manteniendo a sus otros admiradores aparte con

su presencia constante. Había olvidado el día en que aprovechándose astutamente de una fase aguda de desagrado por su ambiente familiar, había coronado con éxito su labor de asedio. Si había algo que no había olvidado era la frialdad y distanciamiento con que aquella muchacha de cabello rubio y ojos oscuros le había tratado. Pero no quería acordarse de su cara —extraña, pensativa, doliente— en el día en que cedió y dijo que sería su esposa.

Había sido uno de aquellos cortejos amorosos que las novelas y la gente elogian, y en el que el enamorado golpea el hierro frío hasta hacerlo maleable, y ya todo tiene que ser dulce y feliz como el son de las campanas que anuncian la boda.

Soames se dirigió en dirección Éste, murmurando oscuramente algo, y siguiendo la acera de la sombra.

Habría que revocar toda la casa, a menos que se decidiera a hacerse otra en el campo.

Por centésima vez en aquel mes volvía a darle vueltas a aquel problema. ¡No había que tomar decisiones apresuradas! Él andaba muy bien de dinero, pero no tanto como su padre creía. Su padre era un tanto exagerado, y siempre creía que sus hijos estaban mejor de lo que estaban en realidad. «Puedo disponer en cualquier momento de ocho mil libras sin tener que acudir a Robertson o a Nicholl», pensó.

Se había parado para mirar una tienda de cuadros, pues Soames era un amateur de los cuadros y tenía un cuartito en Montpellier Square lleno de los lienzos que no podía colgar por falta de espacio. Los llevaba a casa a su regreso de la City, ya oscurecido, y solía ir a aquel cuartito los domingos por la tarde, pasándose horas mirando sus cuadros a la luz, examinando las marcas de los respaldos y, de vez en vez, tomando notas.

Casi todos eran paisajes con figuras en el primer plano, signo de un misterioso antilondrismo, expresión de hartura por sus casas altas y sus calles interminables, donde la vida suya y de su clase transcurría. De vez en vez solía llevarse un cuadro o dos en un coche y dejarlos en casa de Jobson, de camino para la City.

Raramente los enseñaba; Irene, cuya opinión respetaba en secreto y que nunca solicitaba quizá por esa razón, había entrado en el cuartito en muy raras ocasiones, sólo cuando tenía que realizar algún deber de ama de casa. Nadie le pedía que mirase los cuadros, y ella no los miraba. Y esto era otra ofensa para Soames. Odiaba su orgullo y le asustaba.

En el cristal del escaparate de la tienda de pinturas se reflejó su imagen, mirándole.

Su cabello, que asomaba bajo el sombrero, tenía un brillo como el sombrero mismo; sus mejillas, pálidas y chupadas; la línea de sus labios bien afeitados, su barbilla firme con un tinte azulenco del afeitado y la seriedad de su chaqueta estrictamente abrochada, implicaban una apariencia de reserva y secreto, de imperturbable y forzada compostura; pero sus ojos fríos y grises, de mirar extraño, con un pliegue en el entrecejo, le examinaban insistentemente, como si le conociesen su secreta debilidad.

Se fijó en los motivos de los cuadros, en los nombres de los pintores; hizo un cálculo de lo que valdrían, pero todo ello sin la satisfacción que generalmente experimentaba, y prosiguió su camino.

El número 62 tiraría bien otro año, aunque después se decidiera a edificar. Los tiempos eran buenos para la construcción, y el sitio que había visto en Robin Hill cuando fue allí a inspeccionar la hipoteca de Nicholl era inmejorable. A doce millas de Hyde Park Corner, el terreno tenía forzosamente que subir de precio y siempre podía sacarle más de lo que gastara; luego una casa, si la construía en estilo realmente bueno, era una magnífica inversión de fondos.

La idea de ser el único miembro de la familia con una casa de campo influía poquísimo en él, pues para un auténtico Forsyte todo sentimiento, incluso el sentimiento de superioridad social, era un lujo que sólo podía permitirse tras la satisfacción de un placer más material y pecuniario.

¡Sacar a Irene de Londres, llevarla lejos de toda oportunidad de salir y ver gente, lejos de aquellas amistades que le metían ideas en la cabeza! ¡Eso era lo que tenía que hacer! ¡Era demasiado amiga de June! Y June no le podía ver. Él le correspondía. Eran de la misma sangre.

Sacar a Irene de Londres sería el todo. La idea de la casa la encantaría, sobre todo eso de orientar la decoración y elegirlo todo, ella que era tan artista…

La casa tenía que ser de buen estilo, algo que siempre hubiera de valer un buen precio, algo único, como la casa de Parkes, que tenía una torre y todo. Pero el mismo Parkes le había dicho que su arquitecto era ruinoso. Los arquitectos eran gente con las que no se podían echar cuentas, y si tenían nombre le metían a uno en un sinfín de gastos y lo tenían a orgullo.

Y un arquitecto corriente no convenía tampoco… El recuerdo de la torre de Parkes le impedía pensar en un arquitecto corriente.

Por eso había pensado en Bosinney. Desde la cena en casa de Swithin había hecho averiguaciones y los resultados habían sido escasos, pero animadores: uno de la nueva escuela.

— ¿Pero inteligente?

—Todo lo inteligente que usted quiera. Pero un poco, un poco… en las nubes.

No había podido descubrir qué casas había construido Bosinney hasta la fecha ni qué tarifas tenía. La impresión que sacó fue que él mismo podría estipular condiciones. Y cuanto más pensaba en la idea aquella, más le gustaba. Sería hacer la cosa en familia, otro de los instintos forsyteanos, y así podría tener el trato de nación favorecida, aunque no fuera muy explícitamente, cosa completamente natural, dado que proporcionaba a Bosinney la ocasión de demostrar su talento y capacidad de construir una casa de buen estilo.

Soames reflexionó complacido en el trabajo que el encargarle él una casa podría traerle al joven Bosinney, pues como todo Forsyte, sabía ser ampliamente optimista cuando del optimismo podía sacarse alguna ventaja.

Bosinney tenía su oficina en la calle Sloane, muy cerca, de modo que él podía estar siempre al tanto de cómo iban los planos.

Por otra parte, Irene no podría poner ningún inconveniente, por tratarse de un trabajo que se confiaba al novio de su íntima amiga. La boda de June dependía de ello… Irene no podía decentemente oponerse a que June se casase; nunca liaría tal cosa, él la conocía bien. Y June quedaría muy complacida, y de esto veía él bien la ventaja.

Bosinney parecía inteligente, pero también tenía —y era uno de sus grandes atractivos— el aire de no saber nunca dónde le apretaba el zapato; no sería difícil entenderse con él en cuestiones de dinero. Soames se hizo esta última reflexión sin despreciar a Bosinney; era el modo natural de pensar en un hombre de negocios, en uno de aquellos miles de buenos hombres de negocios entre los cuales se iba abriendo el camino hacia Ludgate Hill.

Y así cumplía las leyes inescrutables de su gran clase —el género humano en realidad— cuando pensaba, con una sensación de agrado, que Bosinney sería fácil de manejar en cuestiones de dinero.

Mientras se abría paso por la calle, sus ojos, que habitualmente miraban al sitio que iba a pisar, se sintieron atraídos por la cúpula de San Pablo. Tenía para él una atracción particular esta vieja cúpula, y no uno, sino dos o tres veces cada semana, detenía su andar hacia el trabajo cotidiano y entraba cinco o diez minutos y leía los nombres y los epitafios de los monumentos. Era inexplicable la atracción que ejercía sobre él la gran iglesia, a no ser que le ayudase a meditar y concentrarle sobre los negocios del día. Si algún asunto de cierta importancia o que exigía alguna agudeza peculiar le preocupaba, invariablemente penetraba allí y vagaba con atención ratonil de epitafio en

epitafio. Después se marchaba de la misma forma silenciosa en que había entrado, con la cara llena de una luz de decisión, como si hubiera visto claro que le convenía vender o comprar.

Esta mañana también entró; pero en vez de ir furtivamente de monumento a monumento, levantó sus ojos a los capiteles de las columnas y midió con la vista distancias y espacios, y se mantuvo inmóvil.

Su rostro levantado, con el aire sobrecogido y respetuoso que las caras humanas suelen tomar en las iglesias, se presentaba pálido cual el yeso en aquel vasto edificio. Sus manos enguantadas se agarraban, nerviosas, al puño de su paraguas. Las levantó… Parecía que una inspiración divina había alcanzado su alma.

—Sí —pensó—. Necesitaré un cuarto para colgar los cuadros.

Aquella tarde, de regreso de la City, fue a la oficina de Bosinney. Allí estaba el arquitecto, tiralíneas en mano, en mangas de camisa, fumando su pipa y dibujando. Soames rehusó tomar una copa y se fue derecho al asunto.

—Si no tuviera que hacer el domingo, quisiera que me acompañase a Robin Hill para darme su opinión sobre un lugar donde construir una casa.

— ¿Va a hacerse usted una casa, entonces?

—Quizá —dijo Soames—. Pero no diga todavía nada de ello. Por ahora sólo quisiera conocer su opinión.

—Pues muy bien —dijo el arquitecto.

Soames echó una mirada por la habitación.

—Está usted muy alto aquí —dijo.

Toda información que pudiera sacar de la naturaleza de los negocios de Bosinney era interesante.

—Hasta ahora me basta con esto —dijo el arquitecto—. Usted está acostumbrado, sin duda, a sitios más elegantes.

Sacudió su pipa y la colocó de nuevo, vacía, entre los dientes; quizá le ayudaba a seguir la conversación. Soames notó que tenía un hueco en cada carrillo, a fuerza de chupar la pipa.

— ¿Cuánto paga usted por esta oficina?

—Cincuenta más de lo que quisiera —replicó Bosinney.

La respuesta causó buen efecto en Soames.

—Entonces será caro —comentó—. Vendré a buscarle el domingo sobre las once.

Y así, el domingo fue a buscarle en un coche y fueron a la estación. Al llegar a Robin Hill, no encontraron otro vehículo y echaron a andar para hacer la milla y media que les faltaba.

Era el primer día de agosto —un día hermoso, con un sol radiante y un cielo sin nubes—, y del camino estrecho que los conducía a su destino iban levantando un polvo amarillento.

—Suelo de grava —dijo Soames… y disimuladamente echó una mirada a la chaqueta de Bosinney.

En los bolsillos llevaba rollos de papel, y bajo el brazo, un bastón muy raro. Soames notó estas peculiaridades.

Nadie que no fuera un hombre muy inteligente o, claro, un pirata, se hubiera tomado tales libertades en el vestir; y aunque estas excentricidades molestaban a Soames, le producían cierta satisfacción, como evidencia de un modo de ser del cual él había de beneficiarse… Si aquel sujeto sabía construir casas, ¿qué importaba su vestimenta?

—Ya le dije que quiero que esta casa sea una sorpresa. No hable, pues, ni media palabra. Yo nunca hablo de mis asuntos hasta que están terminados.

Bosinney asintió con un gesto.

—Como deje uno que las mujeres se metan en nuestros planes, nunca se sabe cómo van a terminar.

— ¡Ah! —exclamó Bosinney—. Las mujeres son el demonio.

Este sentimiento hacía tiempo anidaba en el corazón de Soames; pero no lo había llegado a expresar nunca.

— ¡Oh! —murmuró—. Ya empieza usted a… —y se detuvo; pero añadió, en una incontrolable explosión de despecho—: June tiene un carácter muy suyo. Siempre lo ha tenido igual…

—No es mala cosa que un ángel tenga carácter.

Soames nunca había dicho de Irene que fuese un ángel. Eso sería violar sus más acendrados instintos, haciendo así partícipes a otros de la valía de su mujer, denunciándose a sí mismo. Y no hizo ningún comentario.

Llegaron a un camino a medio hacer que atravesaba un vedado. Normal a él, un camino de herradura llevaba a un hoyo, de donde se sacaba arena y en cuya orilla opuesta se alzaban las chimeneas de una granja situada entre un grupo de árboles, al borde de un espeso bosque. Una hierbecilla, fina cual pluma, cubría el áspero suelo, y, sobre todo ello, las alondras se remontaban, deleitándose al sol. En el horizonte remoto, sobre una sucesión infinita de campos y cercados, se alzaba una cresta montañosa.

Soames dirigió hasta que hubieron llegado al otro lado de la hoya, y allí se detuvo. Era el lugar elegido; pero ahora se le presentaba el peligro de participar a otro su elección y se encontraba nervioso.

—El agente vive en aquella casita —explicó—. Nos dará algo que comer. Es mejor que comamos antes de tratar del asunto.

De nuevo guio él hacia la casa, donde los recibió el encargado de la venta de los terrenos aquellos, un hombre alto, que llamado Oliver, les dio la bienvenida. Soames casi no comió y se pasó todo el tiempo mirando a Bosinney y enjugándose la frente con un pañuelo de seda. Terminó la comida al fin, y Bosinney se levantó.

—Bueno, ustedes tienen que hablar —dijo Bosinney—. Yo, mientras tanto, me daré una vuelta y echaré un vistazo a todo esto —y sin esperar respuesta salió.

Soames era procurador del dueño de aquella finca, y pasó casi una hora en compañía de su representante, estudiando el plano del terreno y hablando de intereses. Fue casi por casualidad como que sacó a relucir la cuestión de comprar alguna tierra.

—Su gente —dijo— tiene que hacerme rebaja, teniendo en cuenta que soy el primero en construir aquí.

Oliver movió la cabeza.

—Este lugar que le interesa, señor, es el más barato que tenemos. Las zonas de la cima de la colina son algo más caras.

—Yo —dijo Soames— no estoy decidido todavía a comprar; es muy posible que no construya nada. La renta de terreno es muy elevada.

—Bien, señor Forsyte, lamentaré mucho que no se decida, y me permitiré decirle que sería una equivocación. En todo el cinturón de Londres no hay unos terrenos mejor situados que éstos ni tan baratos. Conque pongamos un anuncio tenemos aquí una multitud de compradores.

Se miraron el uno al otro. Sus caras querían decir: «Yo le considero un hombre de negocios, así que no espere que le crea una sola palabra de lo que diga».

—Bueno —dijo Soames—, no me decido aún. Lo más fácil es que la cosa quede en nada —con estas palabras, tomó su paraguas, dio fríamente, sin la más ligera presión, la mano al agente y salió.

Anduvo lentamente y muy pensativo hacia el lugar que pensaba comprar. Su instinto le decía que las palabras del agente respondían a la verdad. Era barato, y lo divertido era que el agente no lo consideraba así, de forma que su

idea instintiva era ya un triunfo sobre el agente.

—Barato o no, ha de ser mío —pensó.

Las alondras cruzaban el aire ante él; volaban por doquier las mariposas, y una dulce fragancia se desprendía de las plantas silvestres. Del bosque se escapaba un fuerte olor a savia y el arrullar de las palomas escondidas en él, y de parte aún más lejana venía el sonar rítmico de las campanas de una iglesia.

Soames caminaba con los ojos fijos en el suelo, abriendo y cerrando un poco la boca, como satisfaciéndose de un rico bocado. Pero cuando llegó al sitio elegido, Bosinney no estaba. Después de esperar un rato, cruzó el vedado en dirección a la colina. Hubiera querido gritar, pero temía al sonido de su voz.

El vedado estaba solitario, silencioso, y sólo se percibía de cuando en cuando el ruido de los conejos que allí se criaban, al correr y saltar a sus agujeros, y el canto de las alondras.

Soames, el vanguardista del gran ejército de los Forsyte en avance desde la civilización hacia aquellas zonas desiertas de humanidad, sintió su espíritu atemorizado por soledad tan grande, por el canto invisible que llenaba el aire, por el calor, por la dulzura del ambiente. Ya estaba volviendo sobre sus pasos cuando vio a Bosinney.

El arquitecto estaba sentado en el suelo, bajo un gran roble, con las piernas abiertas, al borde de una hondonada.

Soames tuvo que tocarle en la espalda para que se diera cuenta de su presencia.

— ¡Hola Forsyte! —dijo—. He encontrado el sitio que usted necesita para su casa. Mire esto…

Soames miró, echándose hacia atrás, y dijo fríamente:

—Usted, sin duda, sabe elegir muy bien, pero esto me costaría lo que pienso gastar y otro tanto casi.

—Déjelo usted, hombre. Fíjese bien en el sitio…

Casi a sus pies nacía grano maduro y dorado, alejándose cuesta abajo la extensión sembrada. Una llanura de tierra labrada se extendía hacia el horizonte. A la derecha se veía platear el río.

El cielo era tan azul y el sol tan brillante que parecían hallarse en el reino de la eterna primavera. A su alrededor crecían los cardos, extáticos y felices, en la pureza y suavidad del ambiente. El sol se sentía bailar sobre el grano sembrado, y llenándolo todo se percibía un suave murmullo, el murmullo de minutos de eternidad flotando entre la tierra y el cielo.

Soames miró. A pesar suyo, había algo que le levantaba el pecho. ¡Vivir allí, a la vista de todo aquello, poderlo hacer notar a los amigos, hablar de ello, poseerlo!… Sus carrillos se colorearon. El calor, el sol radiante, el resplandor de todo, se le iba metiendo dentro, invadiendo sus sentidos, lo mismo que cuatro años antes la belleza de Irene se le había metido dentro y le había hecho suspirar. Miró a hurtadillas a Bosinney, cuyos ojos, los ojos que el cochero había llamado de «leopardo a medio domesticar», parecían recorrer, embriagados, el paisaje. La luz viva del sol hacía destacar los promontorios del rostro del hombre, los abultados pómulos, la punta de la barbilla, las arrugas verticales de su frente. Y Soames miraba aquella cara arrugada y entusiasmada, llena de desdén y descuido, con un sentimiento molesto.

Un largo y blando oleaje producido por el viento agitó los sembrados; y a sus rostros trajo una caricia de aire fragante.

—Aquí le construiría yo una maravilla —dijo Bosinney, rompiendo el silencio por fin.

—Claro. Como que no tendría usted que pagarlo.

—Por unas ocho mil le haría un palacio.

Soames empalideció… En su interior había lucha. Bajó la mirada y dijo obstinadamente:

—Yo no puedo gastar eso.

Y lentamente, como a su pesar, guio hacia el sitio que él pensaba.

Pasaron un rato discutiendo detalles, y después Soames volvió a la casa del agente.

Salió al cabo de media hora, y reuniéndose con Bosinney, se encaminaron ambos hacia la estación.

—Bueno —dijo casi sin abrir la boca—. Me he quedado con el sitio que a usted le gusta.

Y de nuevo guardó silencio, pensando confundido cómo aquel sujeto, a quien se había acostumbrado a despreciar, había podido llevarle a modificar su decisión.

V

Un matrimonio Forsyte

Al igual que otros tantos ilustres miembros de su clase y generación, que

no creen ya en sillas tapizadas en terciopelo rojo y saben que los grupos modernos en mármol de Carrara son vieux jeu, Soames Forsyte habitaba una casa que tenía su prestancia. La puerta llevaba un aldabón de cobre de modelo único; las ventanas habían sido arregladas de forma que abriesen hacia afuera; tenía tiestos con fucsias, lo que era un gran detalle, y en la parte trasera, un patinillo cubierto en parte de tejas verde jade, se adornaba con una orla de macetas de hortensias. Allí, bajo un toldo japonés, se situaban los dueños y sus visitas a tomar el té y a examinar detenidamente la última cajita de plata repujada de Soames.

La decoración interior estaba muy en la línea del primer Imperio y William Morris. Por su extensión, la casa era cómoda, con incontables rinconcitos como nidos de pájaro donde objetos de plata coquetonamente dispuestos parecían ser los huevos.

En esta perfección general se hacían la guerra dos clases de formalismos fastidiosos: el de la señora, que hubiera vivido con toda corrección y delicadeza hasta en una isla desierta, y el del señor, cuya exquisitez era, como si dijéramos, una inversión de fondos, hábilmente cultivada con intenciones de competencia y de ganancia. Esta cultivada exquisitez había hecho que Soames, en sus días de Marlborough fuese el primer muchacho que se ponía el chaleco blanco al llegar el verano y el de pana al comenzar el invierno, como había determinado que nunca apareciera en público con la corbata torcida y que siempre, en los días de velada, saliera a recitar a Moliere tras sacudirse el polvo, en el último segundo, de las bien lustradas botas.

Siempre era su aspecto inmaculado, como el de tantos otros londinenses; no se lo podía concebir con un cabello fuera de su sitio, con la corbata torcida un milímetro, con el cuello sin brillo. Por nada del mundo hubiera salido de casa sin bañarse —pues entonces se puso de moda tomar el baño—, y ¡qué grande era su desprecio por quienes omitían el hacerlo!

E Irene podría representársela uno cual blanca ninfa bañándose en claro arroyo para deleitarse con la frescura de las aguas y con la contemplación de su cuerpo bello.

En este conflicto de delicadezas, la mujer había llegado a imponerse. Al igual que en el conflicto entre lo anglo y lo sajón, que todavía persiste en la raza, el temperamento más impresionable y receptivo se había visto obligado a someterse a una superestructura de modos que dominaba la propia.

Y así, había adquirido la casa un estrecho parecido con tantas otras con la misma alta aspiración de bien parecer: «Es encantadora la casita de Soames Forsyte, tan distinguida…, realmente encantadora, querida amiga».

Para Soames Forsyte —o James Peabody, o Thomas Atkins, o Emmanuel

Spagnoletti, un nombre cualquiera de la clase media-alta de Londres, con pretensiones de buen gusto, aunque la correspondiente decoración de la casa respectiva difiera algo de la de su congénere— la frase era exacta.

En la tarde del 8 de agosto, una semana después de la expedición de Robin Hill, en el comedor de la casa —«realmente encantadora, querida amiga»—, Soames e Irene estaban sentados a la mesa. Tenían una buena cena los domingos, pues eso era también cosa distinguida, una elegancia común a todas las casas elegantes. Desde los primeros días de su vida de casado, había Soames establecido la regla: «El servicio tiene que prepararnos una buena cena los domingos…; no tienen nada que hacer, como no sea tocar la flauta». Y la norma nueva no había producido ninguna revolución en el tinelo, pues los criados —mal síntoma, a juicio de Soames— adoraban a Irene, que, desafiando la buena y vieja tradición, parecía reconocerles el derecho de participar de las debilidades que afligen a la naturaleza humana.

La feliz pareja estaba sentada no en lados opuestos de la bella mesa, sino en lados contiguos. Comían sin mantel —otro signo de elegancia—, y hasta el momento no habían cambiado una palabra.

A Soames le gustaba hablar de negocios mientras comía, explicar las inversiones o ventas que pensaba hacer, etc. Y en hablando él, estaba satisfecho y no le importaba que Irene no le contestase. Aquella tarde había decidido, por fin, hablar. La decisión de hacer la casa le había estado preocupando toda la semana y había decidido participar a su esposa su proyecto.

Le irritaba mucho estar nervioso con motivo de la noticia. No había razón para que estuviera nervioso con su propia mujer, pues ya se sabe que los esposos son dos cuerpos y un solo espíritu, y todo eso… Pero ella no le había mirado una sola vez desde que se sentaron, y él se preguntaba qué podría haber estado pensando todo el tiempo. Era duro aquello de trabajar como él trabajaba, de hacer dinero para ella, de quererla —sí, de quererla con todo su corazón como la quería—, y que ella estuviera así, mirando a la pared, sin hacerle caso. Era para levantarse y dejar la mesa.

La luz que atravesaba la rosada pantalla le daba en el cuello y los brazos, pues Soames quería que llevase traje de noche, y a él eso le daba una sensación gratísima de ser superior a la mayoría de sus amigos, cuyas esposas se contentaban con un traje de calle o una bata. Bajo aquella luz rosada, el cabello rubio de Irene y su blanca piel formaban extraño contraste sus ojos oscuros.

¿Podía un hombre poseer algo más bonito que aquella mesa de tonalidades escuras adornada con rosas de pétalos suaves, cristalería de color de rubí, aquel hermoso servicio de plata? ¿Podía un hombre poseer algo más bello que

aquella mujer suya allí sentada? La gratitud no era virtud de los Forsyte, que, esforzados y llenos de sentido común, comprendían merecer lo que poseían. Soames sólo experimentaba un nerviosismo que llegaba a la desesperación de no ser dueño de Irene con la plenitud a que tenía derecho, de no poder extender una mano y arrancarle su secreto como podía extender una mano y arrancar los pétalos de una de aquellas rosas.

De sus otras propiedades, de los demás bienes que poseía, de su plata, de sus cuadros, de sus casas, de su dinero, sacaba un íntimo y dulce placer; de su mujer no obtenía placer alguno.

En su casa encontraba algo escrito en cada muro: una misteriosa advertencia de que ella no estaba hecha para él. Y contra eso protestaba su temperamento de hombre de negocios. Él se había casado, conquistado a su mujer, haciéndola cosa suya, y le parecía totalmente contrario a toda ley el no poder disponer libremente de lo que le pertenecía. Si alguien le hubiera preguntado si deseaba la posesión de un alma, le hubiera parecido sentimental y ridículo, pero eso era lo que él ansiaba, y aquellas paredes le decían que no podría lograrlo jamás.

Siempre estaba callada, inactiva, graciosamente adversa, como si temiera que el menor gasto o palabra pudieran hacerle creer que sentía la más mínima afección por él. Y él se preguntaba: «¿Y siempre seguirá así esto?».

Como pasaba a la mayoría de los lectores de novelas de su generación, y Soames era un gran lector de novelas, la literatura comunicaba cierto tinte a sus opiniones sobre la vida, y se había forjado el criterio de que todo era mera cuestión de tiempo. Al final, el marido acababa conquistando el cariño de la esposa. Hasta en aquellos casos —y esa clase de libros no le gustaba— que acababan en tragedia, la esposa moría expresando amargo arrepentimiento, o si era el marido el que pasaba a vida mejor —desagradable pensamiento—, ella se arrojaba sobre su cuerpo presa de agónico remordimiento.

Llevaba frecuentemente a Irene al teatro, eligiendo instintivamente las modernas comedias de sociedad que trataban el problema conyugal, afortunadamente bien distinto del problema conyugal verdadero. Vio que siempre acababan de la misma forma, hasta cuando había un amante de por medio. Mientras veía la comedia, frecuentemente las simpatías de Soames eran para el amante; pero antes de haber llegado a casa, de regreso con Irene en un coche, se había dado cuenta de que aquello no podía ser, y se alegraba de que la obra hubiera acabado bien. Había una clase de marido que se había puesto de moda en el teatro: el hombre fuerte, un tanto rudo, pero noble y leal en extremo, y que al final acababa por tener un triunfo envidiable. Por este tipo de marido no tenía ninguna simpatía, y si no hubiera sido por su propia posición, Soames hubiera mostrado abiertamente su desagrado. Pero se daba

cuenta tan clara de la necesidad que tenía de ser un marido triunfante, incluso un marido fuerte, que nunca manifestaba su desagrado, nacido quizá, por un proceso perverso de la Naturaleza, de un secreto fondo de brutalidad que en él había.

Pero aquella tarde el silencio de Irene era excepcional. Nunca había visto tal expresión en su cara. Y como lo no frecuente es siempre lo que alarma, Soames se sentía alarmado. Tomó su postre y dio prisa a la muchacha, que recogía la mesa con el cepillo de plata. Cuando hubo salido de la habitación, se sirvió vino y preguntó:

— ¿Ha venido alguien esta tarde?

—June.

— ¿Qué quería? (Para los Forsytes era axiomático que la gente no iba a ningún sitio a menos que quisiera alguna cosa). ¿O vino a hablar de su novio?

Irene no respondió.

—Me parece —dijo Soames— que ella le hace más caso a él que él a ella. Siempre va detrás de él por todas partes.

La mirada de Irene le hizo sentirse molesto.

—Tú no tienes que ver nada con eso —exclamó ella.

— ¿Por qué no? Todo el mundo lo nota.

—No es así. Y si es, no hay por qué decirlo.

Soames perdió los estribos.

—Eres una esposita muy simpática. (Pero le extrañaba la viveza de su respuesta; no acostumbraba tomar con tanto calor las cosas). Esa June te tiene sorbido el seso. Y que te enteres de una cosa: Ahora que ha enganchado al Pirata, le importas tú menos que nada, ya lo comprobarás. Pero quizá no tengas que comprobar nada, pues nos vamos a vivir al campo.

Le satisfizo soltar la noticia enmascarada por aquella explosión de ira. Pero había esperado alguna exclamación de Irene, y el silencio que siguió a sus palabras acabó de alarmarle.

—Parece que no te interesa el asunto —se vio obligado a decirle.

—Ya lo sabía.

— ¿Quién te lo ha dicho?

—June.

—Y ¿cómo lo sabía ella?

No obtuvo respuesta. Azorado y molesto, dijo:

—Es algo que beneficiará a Bosinney. Le dará cierto nombre. ¿Supongo que June te lo habrá dicho todo?

—Sí.

Hubo otro silencio, y después Soames dijo:

—Creo que tú no querrás ir…

Irene no contestó.

—Bueno, yo no sé lo que quieres. Parece que aquí nunca estás contenta.

— ¿Es que mis deseos te importan algo?

Cogió el florero de las rosas y salió de la habitación. Soames se quedó sentado. ¿Y él había firmado el contrato para esto? ¿Para esto iba a gastarse casi diez mil libras? La frase de Bosinney le volvió a la memoria: «Las mujeres son el demonio».

Pero pronto se quedó más tranquilo. La cosa podía haber ido peor. Podía ella haberse indignado. Algo de esto se había esperado. Después de todo, era una suerte que June hubiera descubierto el asunto. Se habría entusiasmado al ver el trabajo que había conseguido Bosinney, no había duda.

Encendió un cigarrillo. Al fin y al cabo, Irene no le había hecho una escena. Ya volvería…, eso sí lo tenía; podía ser fría, pero no era huraña. Y lanzando el humo a una figurilla de la mesa, se sumió en un ensueño referente a la casa. No quería preocuparse, iría él a buscarla. Seguramente que estaba sentada bajo el toldo japonés haciendo labor. Hacía una noche hermosa.

En realidad, June había llegado aquella tarde con los ojos resplandecientes y diciendo: «¡Soames es estupendo!… ¡Qué formidable para Philip! ¡Es lo que necesitaba!».

Y como la cara de Irene mostrara extrañeza y asombro, June continuó:

—Tu casa de Robin Hill, de eso hablo… Pero ¿es que… no sabes nada?

Irene no sabía nada.

— ¡Vaya! Creo que he hablado de más —y mirando extrañada a su amiga, exclamó—: ¡Parece como si no te interesara! Para mí es importantísimo, he estado rezando por que sucediera, es la oportunidad que él necesita. Ya verás lo que es capaz de hacer —y le contó ya todo.

Desde que tuvo novio parecía no interesarse ya en los problemas de Irene. Las horas que pasaban juntas las dedicaba a hablar de sus propias cosas, y a veces, con toda la compasión afectuosa que sentía, no podía evitar una sonrisa

de desprecio por la mujer que había cometido tal equivocación en la vida, tan ridícula y enorme equivocación…

—También se encarga él de la decoración… Soames le ha dado carta blanca. Es estupendo —y se echó a reír, templando alegremente su cuerpecillo. Levantó la mano y la pasó por una cortina—. ¿Sabes que yo misma llegué a proponerle al tío James…?

Pero sintiendo un recuerdo desagradable de la conversación se detuvo, y muy pronto, encontrando a su amiga tan desinteresada del caso, se marchó. Se volvió a mirar desde la otra acera, y vio que Irene estaba todavía en la puerta. En respuesta a su gesto de adiós, Irene se llevó lentamente la mano a la frente, giró sobre sus talones y se entró, cerrando después.

Soames fue al salón y miró por la ventana. Allí estaba ella, sentada bajo el quitasol japonés, casi inmóvil, sin dar más señal de vida que el lento subir y bajar de su pecho.

Pero en torno a esta silente criatura parecía flotar un cálido y oculto ambiente de devoción y ternura, como si todo su ser hubiera sido agitado y en los más recónditos senos de su alma se hubiera desarrollado algún cambio profundo.

Soames, furtivamente, se retiró de la ventana y volvió al comedor.

VI

James se encuentra a gusto

No tardó mucho en divulgarse en la familia la decisión de Soames de hacerse una casa, produciendo la agitación que siempre en los Forsytes creaba cualquier decisión referente a propiedades.

No tenía él la culpa, pues bien determinado estaba a que nadie supiera nada. Pero June, en la embriaguez de alegría que llenaba su corazón, se lo había dicho a la señora de Small, autorizándole tan sólo a decírselo a tía Ana, por dar una satisfacción a la pobre, que llevaba ya tanto tiempo sin moverse de su habitación.

La señora de Small se lo dijo en seguida a tía Ana, que sonriendo, con la cabeza recostada en el almohadón, dijo con su voz temblorosa:

— ¡Cuánto me alegro por June; pero confío en que tendrán cuidado! ¡Es muy peligroso…!

Y cuando se quedó sola cruzó su frente una arruga, lo mismo que una nube

cruza el cielo presagiando una mañana lluviosa.

Todo el tiempo que estaba enferma le servía para reforzar su voluntad, y esto se mostraba en las contracciones vigorosas de sus músculos en las comisuras de los labios.

Una muchacha, Smither, que había estado a su servicio desde niña, y de la que siempre decía: «Smither es muy buena chica, pero es tan lenta…», realizaba cada mañana los complicados deberes que requería la toilette de la anciana. Sacaba del fondo de una blanquísima caja aquellos rizos postizos que eran la insignia de dignidad de su ama, se los sujetaba diestramente al poco pelo que le quedaba, y volvía la espalda.

Y cada mañana, también tía Julia y tía Ester eran requeridas de comparecencia ante su hermana para informar detalladamente sobre Timoteo, sobre las noticias que pudiera haber de Nicolás, sobre si June había conseguido acortar el plazo de su noviazgo, ya que Bosinney estaba trabajando para Soames; sobre si era cierto que la esposa del joven Roger estaba… con novedad; si realmente había salido bien la operación que hicieran a Archie; sobre la posible decisión de Swithin acerca de aquella casa vacía de la calle Wigmore; sobre todo, quien más le interesaba era Soames: — ¿Seguía Irene todavía… queriendo tener cuarto aparte?— Y todas las mañanas Smither oía las mismas palabras: «Esta tarde, sobre las dos, saldré un poquito del cuarto. La necesitaré, pues después de tantos días de cama…».

Después de informar a tía Ana, la señora Small había informado también, y con la mayor reserva la mujer de Nicolás, quien a su vez solicitó de Winifred Dartie confirmación, pues siendo hermana de Soames pensaba que estaría bien al tanto sobre si era cierto o no que aquél pensaba hacerse una casa. Llegó pronto a los oídos de James la fausta nueva, y le hizo sentirse muy agitado.

—Nadie —se quejó— me dice a mí nada —y antes que marchar a ver a Soames, cuyo carácter taciturno le imponía, cogió el paraguas y se fue a ver a Timoteo.

Se encontró con la señora de Small y con Ester (que había sido informada) dispuestas, y podríase decir, ansiosas de hablar. Pensaban que era una gran prueba de bondad la de Soames el dar trabajo al señor Bosinney, pero no dejaba de ser un tanto peligroso. ¿Cómo le había puesto Jorge? ¿El Pirata? ¡Qué gracioso! ¡Jorge era graciosísimo! Pero desde luego, encargándole a Bosinney quedaba todo en la familia…, pues había que considerar ya a Bosinney como de la familia, ¿no?, aunque pareciera un poco raro…

James rompió a hablar:

—Nadie sabe nada de él. No me explico cómo Soames se ha metido en negocios con un hombre así. No diría yo que Irene no haya intervenido en la

cosa… Tendré que decirle yo…

—Soames —intervino tía Julita— dijo al señor Bosinney que no quería que se hablase del asunto.

James hizo pabellón con la mano en la oreja.

— ¿Qué? Me estoy quedando sordo, no oigo lo que habla la gente. Emilia tiene un pie malo. No podremos salir para Gales hasta fin de mes. Siempre tiene que pasar algo… —y habiéndose enterado de lo que quería, tomó su sombrero y se marchó.

Estaba la tarde muy hermosa y fue andando, a través del parque, a casa de Soames, donde quería quedarse a cenar, pues la dolencia de Emilia la tenía en cama, y Raquel y Cicely estaban fuera. Tomó el camino que le llevaba desde Bayswater hasta Knightsbridge Gate. Caminaba rápidamente, con la cabeza inclinada, sin mirar a ningún lado. El ir por aquel parque, que había sido el verdadero centro de su campo de batalla de toda la vida, no le hacía pensar en nada. Las bajas de la lucha lanzadas allí por las oleadas de violencia y fragor, aquellas parejas de novios sentados con las caras juntas buscando una hora de dulzura robada a la monotonía de su esfuerzo por la vida, no despertaban ninguna fantasía en su mente; su nariz, como la nariz de una cabra, iba clavada al suelo, en busca siempre de hierbecillas que ramonear.

Uno de sus inquilinos había mostrado últimamente cierta tendencia a retrasarse en el pago de la casa, y le había planteado el problema de si echarle inmediatamente, corriendo así el riesgo de no realquilar antes de Navidad. Iba pensando en esto al andar, y llevaba el paraguas cogido cuidadosamente por el puño, pero por debajo del cayado, para evitar que la contera de hierro tocase el suelo y se desgastara; también tenía el cuidado de llevarlo separado para no rozar la seda. Y con sus delgados hombros inclinados, sus largas piernas moviéndose con precisión mecánica, este pasar el parque —que el sol iluminaba con clara luz en toda su inactiva belleza, iluminando también tanto desecho humano, prueba de la crueldad de la batalla entre Propiedad y Carencia— era como el vuelo de un pájaro robre el mar.

Al llegar a Albert Gate sintió que le tocaban en un hombro.

Era Soames, que, cruzando desde la acera en sombra, iba hacia su casa de vuelta de la oficina.

—Tu madre está en cama —explicó James—. Ahora iba precisamente a verte, pero creo que estorbaré.

Las relaciones entre padre e hijo eran, en lo externo, notables por la falta de sentimentalismo, muy a lo Forsyte; pero con todo, no dejaban de quererse. Quizá cada uno miraba al otro como una inversión de fondos; pero eran

atentos, se preguntaban por la salud y se mostraban contentos de verse juntos. Nunca habían cambiado media palabra sobre los problemas íntimos de la vida, ni había ninguno, en presencia del otro, revelado la existencia de ningún sentimiento profundo.

Algo más allá de la capacidad de expresión en palabras los unía, oculto profundamente en la fibra de naciones y familias —decían que la sangre no era agua—, y ninguno de ellos era hombre de sangre fría. Además, en James era ahora el amor de sus hijos lo fundamental en su existencia. Tener seres que eran parte de él, a quienes poder transmitir el dinero ahorrado, era el motivo y la razón de su ahorrar; y a los setenta y cinco años, ¿qué otra cosa podía proporcionarle satisfacción como no fuera el ahorro? El motivo de su vida era ahorrar para sus hijos.

De que James Forsyte, a pesar de todo su jonaísmo, era el hombre más sensato de Londres, de aquel Londres del que poseía tanto, no se podía dudar, si la sensatez se demuestra sabiéndose conservar y preservar. Tenía la maravillosa sensatez de la clase media. En él más que en Jolyon —con su voluntad dominante y sus momentos de ternura y filosofía—, más que en Swithin —el mártir de la chifladura—, más que en Nicolás —el que sufría de excesiva capacidad—, más que en Roger —víctima del temperamento emprendedor—, latía el pulso de la adaptación; de todos los hermanos era el menos notable en cuerpo y espíritu, y, por tanto, el que más probabilidades tenía de vivir mucho.

La familia era, para James más que para ningún otro, un algo representativo y amado. Siempre hubo algo primitivo y hogareño en su actitud frente a la vida: amaba el hogar familiar, amaba los pequeños chismes, amaba el gruñir a los suyos. Todas sus decisiones estaban formadas del extracto de la mente familiar y de las mentes de millares de familias análogas. Año tras año, semana tras semana, iba a casa de Timoteo, y allí, en el salón de su hermano, con las piernas cruzadas y las blancas patillas enmarcándole el bien afeitado rostro, se sentaba a contemplar el hervir del puchero familiar…, y se marchaba descansado, confortado, sintiéndose protegido con un indefinible sentimiento de seguridad.

Bajo el pétreo aspecto de su instinto de autoconservación había, en realidad, mucha ternura en James: una visita a Timoteo era para él como una hora pasada en el regazo materno; y el ansia profunda que tenía por la solidaridad familiar y la protección mutua se reflejaba en sus hijos; era una pesadilla tremenda el pensarles expuestos a los ataques del mundo contra su dinero, su salud o su reputación. Cuando el hijo de su viejo amigo John Street marchó voluntario en los Servicios Especiales, movió su cabeza y se preguntó cómo John Street lo había consentido.

Y cuando el joven Street murió a golpes de azagaya, lo tomó tan a pecho que hizo punto casi de honor el ir por todas partes diciendo: «Ya sabía él lo que iba a pasar a su hijo…; pero no tuvo paciencia para resistir sus peticiones».

Cuando su yerno Dartie pasó por aquella crisis financiera, debida a especulaciones con las acciones de petróleo, James se puso enfermo de preocupación. El toque de difuntos por la prosperidad parecía haber sonado. Necesitó tres meses y una visita a Baden Baden para mejorarse; había algo terrible en la idea de que si no hubiera sido por él, por su propio dinero, el nombre de Dartie hubiera aparecido en la Lista de Quiebras.

Con un temperamento tal que creía, si tenía dolor de oídos, que se moría, consideraba la dolencia presente de su esposa o cualquier enfermedad de sus hijos como una intervención personal de la Providencia para destruir su paz interior; pero no creía en las enfermedades de personas ajenas a su familia: las atribuía siempre a desatención para con el hígado. Su comentario universal era éste: «¿Qué otra cosa pueden esperar? Yo también tendría el hígado estropeado si no me lo cuidara».

Cuando aquella tarde llegó a casa de Soames pensaba que la vida era dura con él: «Emilia, con un pie malo; Raquel, danzando por ahí, en el campo. No tenía a nadie a su lado. Y Ana… estaba mal, muy mal… No tiraría el verano. Había ido tres veces a verla y no había podido recibirle ninguna. Además, esta idea de Soames de hacerse una casa… Tendría él que mirar bien aquello. Y de la situación con Irene, no sabía lo que iba a pasar…, cualquier cosa, y no buena».

Entró en el número 62 de Montpellier Square completamente decidido a sentirse desgraciado.

Ya eran las siete y media, e Irene, vestida para cenar, estaba sentada en la sala. Llevaba aquel vestido color oro, pues habiéndolo ya lucido en una cena, en una soirée y en un baile, quedaba para casa. Lo había adornado el cuello con una cascada de encaje en la que los ojos de James se quedaron fijos nada más entrar.

— ¿Dónde te haces la ropa? —preguntó con voz de agravio—. Nunca veo a Raquel ni a Cicely la mitad de guapas que tú. Y esa rosa… es artificial, ¿verdad?

Irene se le acercó para convencerle de que era natural la flor.

Y, a pesar suyo, James sintió gratamente su deferencia, sintió el efecto del perfume, débil y seductor, que emanaba de ella. Ningún Forsyte que se respetara se rendiría al primer golpe, y así, tan sólo dijo que él no entendía, pero que le parecía que estaba gastándose un buen pellizco en vestirse.

El batintín sonó, y enlazándole Irene el blanco brazo en el suyo le llevó al comedor. Le hizo sentarse en el sitio de Soames. La luz daba suavemente allí y no le preocuparía el gradual oscurecerse del día. Y empezó a hablarle acerca de él mismo.

Muy pronto James sintió un cambio, como cambia el color de una fruta suavemente acariciada por el sol: una sensación de caricia, de elogio, de mimo; y todo ello sin que Irene le concediera una sola caricia ni una sola palabra de alabanza. Notaba que lo que comía le sentaba bien. En su casa nunca notaba eso; no sabía desde cuándo no había tomado una copa de champaña con tanto gusto, y al preguntar la marca y el precio tuvo la sorpresa de saber que era precisamente el mismo que él bebía y del que guardaba siempre unas botellas. Inmediatamente decidió comunicar a su proveedor de vinos que le había engañado.

Levantando la vista de su plato, dijo:

—Tenéis muchas cosas bonitas. ¿Cuánto os ha costado ese azucarero? Ya valdrá lo suyo…

Le gustó especialmente un cuadro que había en la pared frente a él y que era, por cierto, regalo suyo.

—No creía yo que era tan bueno —dijo.

Se levantaron para pasar al salón, y James siguió bien de cerca a Irene.

— ¡Esto es lo que yo llamo una cena de primera! —murmuró—. Nada pesado y nada afrancesado en exceso. Pero no puedo cenar así en casa. Le doy a la cocinera sesenta libras al año, pero ella es incapaz de servirme nada parecido.

Hasta el momento, no había hecho alusión a lo de la casa, ni tampoco dijo nada cuando Soames, excusándose con tener que trabajar, se marchó al cuarto de arriba, donde guardaba sus cuadros.

Se quedó James a solas con su nuera. La alegría del vino y de un licor excelente la llevaba todavía dentro. Se sentía lleno de afecto por ella. Realmente era una personita deliciosa; le escuchaba a uno y sabía lo que uno estaba diciendo; y, mientras hablaba, seguía mirándola, desde los zapatos de tono bronceado hasta el pelo de oro ondulado. Estaba recostada en una butaca Imperio, con lo hombros en la parte más alta, con el cuerpo flexible, recto y sin doblarse por las caderas, moviéndose cuando se movía con una suavidad que sugería que se inclinaba hacia el amado. Sonreía y tenía entornados los ojos.

Pudo ser la percepción de un peligro en el encanto auténtico de su actitud; pudo ser un efecto de la digestión, pero algo fue lo que hizo, repentinamente,

callar a James. No recordaba haber estado nunca tan completamente a solas con su nuera.

Y al mirarla, un sentimiento extraño se apoderó de él, como si de repente se hubiera visto frente a algo extraño o exótico.

¿En qué estaría pensando aquel instante, sentada de aquella manera?

Y así, cuando habló de nuevo, fue con una voz áspera, como si le hubieran despertado de un sueño agradable.

—Bueno, y tú, ¿qué te haces? Nunca se te ve por Park Lane…

Ella pareció dar muy débiles excusas, y James no se atrevía a mirarla. No quería creer que su nuera quería evitarles, a él y a su mujer… Sería demasiado significativo.

—Creo que es que no tienes tiempo —le dijo—. Siempre estás con June. Seguramente le serás útil en su noviazgo, haciendo de carabina y cosas así. Parece que ahora no para un momento en su casa. Al tío Jolyon me figuro que no le gustará mucho que le dejen siempre solo. Dicen que ella está siempre detrás de ese joven, de Bosinney. Él vendrá aquí todos los días, ¿no? ¿Qué te parece a ti? ¿Crees tú que sabe lo que quiere? Me parece un pobre diablo.

Las mejillas de Irene se colorearon intensamente y James la miró con sospecha.

—Quizá es que no comprendes al señor Bosinney.

— ¿Que no le comprendo? —dijo James, nervioso—. ¿Por qué no le voy a comprender? Es uno de esos individuos de temperamento artístico que…, nada entre dos aguas. Dicen que es inteligente…, todos dicen que es muy inteligente. Tú sabrás eso mejor que yo —y de nuevo volvió a mirarla, lleno de sospecha.

—Está proyectando una casa para Soames —dijo ella suavemente, tratando, sin duda, de quitar importancia a la cosa.

—Pues a eso voy. Yo no sé lo que Soames se propone entrando en negocios con ese pollo. ¿Por qué no se ha dirigido a un arquitecto de primera fila?

—A lo mejor el señor Bosinney es de primera fila.

James se levantó y dio una vuelta por la habitación con la cabeza inclinada.

—Siempre pasa lo mismo. Vosotros los jóvenes os defendéis unos a otros. Siempre pensáis que sabéis de todo más que nadie.

Se detuvo frente a ella y le apuntó con el dedo, de forma acusadora, como condenándola por su belleza. Le dijo:

—Lo que yo sé es que estos artistas, o como se quiera llamarlos, son gente de poco fiar. Y mi consejo para ti es que no tengas mucho trato con él.

Irene sonrió, y en la curvatura de sus labios hubo un indicio de desafío y provocación. Pareció haber perdido toda su anterior deferencia hacia su suegro. Su pecho se agitaba como con indignación. Deslizó las manos sobre los brazos del sillón y las puso tocándose las yemas de los dedos, y sus ojos oscuros tuvieron una mirada insondable para James.

Éste, turbado, examinaba atentamente el suelo.

—Mi opinión es que es una lástima que no tengas un hijo a quien dedicarte.

Instantáneamente apareció como una nube sobre el rostro de Irene, y James no dejó de notar la apostura de violencia que adquirió su cuerpo, bajo la blandura de la seda y el encaje de su vestido.

James se asustó del efecto que había causado, y como la mayoría de los hombres de mucho carácter, trató de arreglarlo queriendo tener razón a la fuerza.

—No tienes interés por salir ni por hacer nada. ¿Por qué no vienes a Hurlingham con nosotros? Debes ir al teatro de vez en vez…, divertirte. A tu edad debieras interesarte por esas cosas. ¡Eres una chiquilla todavía!

La nube que cubría el rostro de Irene se oscureció más aún, y James se puso ya más que nervioso.

—En fin: yo no sé nada de nada, nadie me dice a mí nada. Soames debe saber lo que hace en sus cosas. Si no sabe cuidar de lo que le interesa, que no me mire a mí a la cara… No digo más.

Y mordiéndose el nudillo del dedo índice, lanzó una mirada fría y aguda a su nuera.

Encontró su mirada clavada en la suya, tan profunda y oscura, que se detuvo sintiéndose lleno de sudor.

—Bueno, tendré que irme —dijo tras una breve pausa; y unos instantes después se levantó con expresión de sorpresa, pues había esperado que le dijeran que se quedase todavía un rato… Le dio la mano a Irene, y ella le acompañó hasta la puerta de la calle. No iría en coche, prefería andar un poco. Encargó a Irene que le despidiera de Soames y le dijo que si quería pasar un buen rato, que la llevaría cualquier día a Richmond.

Llegó a su casa, y al subir las escaleras despertó a Emilia del primer sueño que había logrado conciliar en veinte horas, para decirle que las cosas iban mal para Soames. Habló del tema por media hora, y diciendo que no sería capaz de

pegar un ojo, se dio la vuelta en la cama y empezó a roncar.

En la casa de Montpellier Square, Soames ya había terminado con sus cuadros. Desde lo alto de la escalera vio a Irene hojear las cartas que había habido en el día. Después la vio volver al salón. Salió de allí con un gato entre los brazos. Pudo ver su cara inclinada sobre el animalito, que ronroneaba feliz, contra su cuello. A él nunca le había mirado con tanta ternura.

De repente le vio, y su cara cambió por completo.

— ¿Hay alguna carta para mí?

—Tres.

Se hizo a un lado y ella pasó, sin proferir una palabra, al dormitorio.

VII

El pecadillo del viejo Jolyon

El viejo Jolyon salió aquella tarde del campo de cricket de Lord con intención de irse a casa. Pero antes de llegar a Hamilton Terrace había cambiado de idea: llamó un coche y dio un número de Wistaria Avenue al cochero. Había llegado a una resolución.

En toda la semana, June casi nunca había estado en casa, no le había acompañado nada. Y esto no era nuevo. Desde que entró en relaciones con Bosinney estaba sucediendo así. Pero él no le pedía compañía, pues no era su costumbre pedir nada a nadie. Le había dado a ella por Bosinney, y le dejaba tan tranquila completamente solo en aquella enorme casa, rodeado de sirvientes y sin un alma con quien comunicar. El Club lo tenía cerrado por limpieza general. Su oficina estaba en vacación. No había, pues, nada que le llevase a la City. June quería que se fuera unos días a descansar, pero ella no quería ir porque Bosinney estaría en Londres.

Pero ¿adónde iba a ir él solo? No iba a ir al extranjero sin que nadie le acompañase, pues el mar le trastornaba el hígado y además odiaba los hoteles, Roger había marchado a un balneario, pero no iba a hacer él esas cosas a sus años. Todos esos balnearios de moda eran un puro engaño.

En semejante estado de ánimo, le invadió una gran tristeza; las arrugas de la cara se le profundizaron y los ojos expresaban esa melancolía que sienta tan mal en un rostro hecho a reflejar serenidad y fuerza.

Y así, aquella tarde se dirigió a través del parque de San Juan, pasando entre los arbustos redondeados y las acacias bañadas en luz dorada. Y miró a

su alrededor con interés, pues ésa era una zona que ningún Forsyte cruzaba sin abierta autodesaprobación y secreta curiosidad.

Su coche paró frente a una casa pequeña, de ese color indefinido que da la falta de revoco frecuente.

Se apeó con apostura extremadamente compuesta, con su gran cabeza ornada de blancos mostachos y blancos cabellos, muy levantada bajo la enorme chistera, la mirada firme y un tanto colérica. ¡Verse conducido a esto!

— ¿Está la señora de Forsyte en casa?

—Sí, señor. ¿De parte de quién, me hace el favor?

Y el viejo Jolyon no pudo evitar hacerle un guiño a la muchacha al decirle su nombre. Le parecía un renacuajo muy divertido.

La siguió a través de un hall muy oscuro que daba a una salita con muebles cubiertos de cretona, y la muchacha le indicó una silla.

—Están todos en el jardín, señor; en seguida les aviso.

Se sentó en la silla enfundada en cretona y echó una mirada a la habitación. Le pareció todo muy pobretón. Había un aire —no sabía en qué consistía— de modestia extremada, de quiero y no puedo… por más que quiera. No había ni un mueble que valiera un billete de cinco libras. Las paredes, descuidadas hacia sin duda mucho, estaban adornadas con acuarelas. En el techo había una buena grieta.

Aquellas casitas eran todas viejas. Seguramente que no rentarían más de cien libras al año. Pensar que un Forsyte vivía así le hacía más daño de lo que esperaba. ¡Que su hijo —su propio hijo— viviera en semejante sitio!

La muchacha volvió.

— ¿Sería tan amable que fuera al jardín?

La siguió a través de una ventana practicable, y al bajar los escalones notó que necesitaba una buena mano de pintura.

El joven Jolyon, su esposa, sus dos hijos y el perro Baltasar estaban todos bajo un peral.

El dirigirse hacia ellos fue el acto que más valor requirió en toda la vida del viejo Jolyon; pero no se alteró ni un músculo de su cara, ningún gesto nervioso le traicionó. Mantuvo los ojos fijamente clavados en el enemigo…

En aquellos dos minutos demostró a la perfección aquellas cualidades de fortaleza inconsciente, equilibrio y vitalidad que hicieran de él y de otros de su clase el corazón y la fibra del país. En la dirección callada y nada ostentosa de sus negocios, en el abandono y desprecio de todo lo demás, tipificaba el

individualismo esencial que nace en Britania del natural aislamiento del país.

El perro Baltasar olisqueó las bocas de sus pantalones, pues este simpático y cínico mestizo, producto de ocasionales amores de un perro de lanas raso y de una foxterrier, tenía una nariz que se deleitaba en los olores desusados.

Pasados que fueron los extraños saludos, el viejo Jolyon se sentó en una silla de mimbre, y sus dos nietos, uno a cada lado de sus piernas, le miraban en silencio, extrañados de aquel hombre tan viejo.

No se parecían nada, como si estuvieran demostrando la diferencia de circunstancias en que habían nacido. Jolly, que nació en el pecado, tenía una cara redondita con hoyuelos en las mejillas y el pelo de estopa revuelto sobre la frente. Su aire era de amable testarudez y sus ojos de Forsyte; la pequeña Holly, que nació en matrimonio, era un espíritu solemne, con piel morena y los ojos grises y pensativos de su madre.

El perro Baltasar, tras darse una vuelta alrededor de los tres macizos de flores para demostrar su indiferencia por las cosas de la sociedad y la vida, se había sentado frente al viejo Jolyon, agitando su cola retorcida y mirándole sin pestañear.

Hasta en el jardín, aquel aire de pobretería acosaba al viejo Jolyon; la silla de mimbre había crujido cuando se sentara, los arriates parecían deslucidos; más lejos, junto al muro, los gatos habían trazado un camino de arañazos.

Mientras el abuelo y los nietos se miraban con el interés y la fijeza propios del escrutinio entre los muy jóvenes y los muy viejos, el joven Jolyon miraba a su mujer.

Su carita ovalada y fina se había teñido de rubor y sus grandes ojos grises miraban al suelo. Su cabello, ondulado en ondas largas hacia atrás, ya tiraba a gris, y este color ceniciento daba a su rubor un carácter doloroso.

En su rostro había algo que su marido no había visto nunca: un resentimiento con mezcla de deseo de algo y de miedo. Estaba callada.

Jolly llevaba el peso de la conversación: Tenía muchas cosas, y le interesaba que aquel hombre de los bigotes grandes, que cruzaba las piernas como su padre —hábito que él mismo estaba intentando adquirir—, se percatara bien de sus riquezas. Pero como era un Forsyte, aunque no tenía todavía ocho años, no mencionaba lo que más tenía preso su corazón: una caja de soldados que había visto en un escaparate y que su padre le había prometido comprar. Sin duda le parecía algo demasiado precioso; mencionarlo sería tentar a la Providencia.

Y la luz del sol, filtrándose entre las hojas del peral, que hacía ya mucho no daba peras, alumbraba aquella reunión de tres generaciones, tranquilamente

constituida bajo el árbol.

La cara del viejo Jolyon se iba enrojeciendo por zonas, como se enrojece siempre la cara de un viejo por la acción del sol. Tomó una de las manitas de Jolly y el niño se subió a una de sus piernas; la niña Holly, hipnotizada por lo que veía, se subió a la otra también. Los bufidos del perro Baltasar sonaban rítmicamente.

Repentinamente, la joven señora de Jolyon se levantó, y corriendo se metió en la casa. Unos instantes después, murmurando una excusa, su marido la siguió. El viejo Jolyon quedó a solas con sus nietos.

Y la naturaleza, con una de sus extrañas ironías, empezó a desarrollar en él una de sus extravagantes revoluciones, imponiendo sus leyes ineluctables en el fondo de su corazón. Y aquella ternura por los niños, aquella pasión por la vida en sus comienzos, que una vez le hizo dejar a su hijo por quedarse con la pequeña June, le llevaba ahora a dejar a June para quedarse con sus nietos pequeñines. La juventud, como una llama, ardía siempre en su pecho, y a la juventud se inclinaba, a aquellos miembros pequeños y delicados que reclamaban cuidado, a las caritas redondas que tan irrazonablemente eran solemnes o aparecían alegres, a las lengüecillas torpes, al reír agudo, a las manitas que insistentes tocan y tocan, al contacto con los cuerpecillos pequeños contra sus piernas, a todo lo que era joven y joven y definitivamente joven. Y sus ojos se llenaron de dulzura, y su voz y sus manos venosas se hicieron blandas, y blando se le puso el corazón, convirtiéndose para aquellas criaturas en lugar deleitoso y en lugar seguro, donde los llevaría siempre con sus juegos y sus risas. Y como la luz de un sol, de la vieja silla de mimbre irradió la alegría de tres corazones.

Mas para el joven Jolyon las cosas eran muy distintas en el cuarto de su mujer.

La encontró sentada en una silla frente al espejo del tocador, con las manos cubriéndole la cara.

Los hombros se le agitaban con sollozos. Era un misterio para él aquella pasión de ella por el sufrimiento. Había pasado por un centenar de ataques de aquéllos. No sabía cómo había podido sobrevivirlos, pues nunca creyó que eran ataques, y siempre pensaba que había llegado para su esposa la última hora.

De noche, era seguro que le echaría los brazos al cuello y le diría: «¡Oh, Jo, cómo te he hecho sufrir!», lo mismo que había dicho siempre en cien ocasiones anteriores.

Cuidadosamente cogió la caja de su navaja de afeitar y se la metió en el bolsillo.

—No puedo estarme aquí —pensó—. Debo irme al jardín —y sin decir una palabra salió del cuarto y se volvió a donde su padre.

El viejo Jolyon tenía a la niña Holly en las rodillas. Se le había apoderado del reloj, Jolly congestionado, estaba demostrando que sabía tenerse cabeza abajo. El perro Baltasar, todo lo cerca que podía de la mesita del té, no quitaba ojo del bizcocho.

El joven Jolyon sintió el deseo malicioso de cortar aquel gozo.

¿Por qué tenía que presentarse su padre y trastornar a su esposa de aquella manera? Era una gran violencia, después de tantos años. Debiera haberlo comprendido, haberlos prevenido… Pero, ¿cuándo un Forsyte se da cuenta de que su proceder puede disgustar a nadie? Y en sus pensamientos era injusto para con el viejo Jolyon.

Habló a los niños con violencia y les dijo que se fueran a merendar. Muy sorprendidos, pues nunca habían oído a su padre hablar de aquella forma, se fueron de la mano, y la pequeñita Holly volvía la cabeza para mirar.

El joven Jolyon sirvió el té.

—Mi mujer no está hoy nada buena —dijo, pero conociendo que su padre comprendía el porqué de aquella retirada, y casi sentía odio por el viejo, sentado tan tranquilamente allí.

—Tienes una casita muy mona —dijo el viejo con mirada llena de agudeza —. Supongo será alquilada, ¿no?

El hijo asintió.

—No me gusta la vecindad —prosiguió el viejo—. Gente muy arruinada.

—Sí, todos somos gente arruinada —replicó el joven Jolyon.

El silencio era sólo interrumpido por los gruñidos del perro.

El viejo Jolyon dijo sencillamente:

—Creo que he hecho mal en venir aquí, Jo… Pero me sentía tan solo…

A estas palabras, el hijo se levantó y puso la mano en el hombro del padre.

En la casa de al lado alguien estaba tocando una y otra vez La donna e mobile en un piano desafinado. En el pequeño jardín había oscurecido y el rol alcanzaba solamente la parte superior del muro, donde se deleitaba en los últimos rayos un gato acurrucado, con los ojos amarillos vueltos adormecidamente hacia el perro Baltasar. Se percibía un runruneo apagado de tráfico distante y todo parecía apagarse en el cielo, que aún lanzaba algunos rayos de luz sobre la parte alta de la cara y la copa del peral.

Durante un rato estuvieron allí sentados, casi sin hablar. El viejo se levantó para irse y no dijo ni media palabra sobre futuras visitas.

Se marchó muy triste. ¡Qué lugar tan miserable aquél! Y pensó en la gran casa vacía de Stanhope Gate, vivienda apropiada para un Forsyte, con su gran sala de billar y su gran salón, en el que se pasaban las semanas sin entrar.

Le había gustado la cara de aquella mujer, pero le había dado un mal rato a su hijo. ¡Y aquellos hijos! ¡Qué encanto de ángeles!

Anduvo hacia la carretera de Edgware, entre hileras de casitas que le sugerían (erróneamente, sin duda, pero los prejuicios de un Forsyte son sagrados) historias sombrías de una clase o de otra.

La sociedad, sin duda, aquel ruidoso cotarro de brujas y mequetrefes, se había conciliado para juzgar a su hijo, su carne y su sangre… El atajo de vejestorios… Clavó el paraguas contra el suelo, como si lo clavara en el corazón de aquel cuerpo social que se había permitido aislar a su hijo y a los hijos de su hijo, en quienes él podía de nuevo revivir…

Clavó el paraguas con violencia; sin embargo, él había seguido la línea de conducta de la sociedad durante quince años, y solamente hoy había traicionado lo que se estableció entonces.

Pensó en June y en su madre muerta y en toda la historia, y retornándole toda la vieja amargura.

Era muy tardo cuando llegó a Stanhope Gate, pues con perversidad nativa, estando cansadísimo, había ido andando todo el camino.

Tras de lavarse las manos en el lavabo de abajo, subió al comedor para cenar, la única habitación que usaba cuando June estaba fuera, pues reduciendo su espacio disponible, se sentía menos solo. No había llegado todavía el periodo de la noche. Y como había ya leído entero el Times, no tenía nada que hacer.

La habitación daba a una zona de poco tráfico y era muy silenciosa. No le gustaban los perros, pero hasta un perro le hubiese servido para tener compañía. Su mirada deslizándose por las paredes, descansó en un cuadro titulado Pesqueros holandeses al atardecer; era el chef d’oeuvre de su colección. El contemplarlo no le produjo ninguna sensación agradable. Cerró los ojos. ¡Qué solo estaba! No debía quejarse, lo comprendía, pero no podía evitarlo. Era un desgraciado; siempre había sido un desgraciado…, no tenía valor para nada. Tal era su pensamiento.

El criado vino a poner la mesa, y viendo a su señor aparentemente dormido, realizó con gran cuidado todo movimiento. Este hombre llevaba barba y bigote, lo que había motivado grandes dudas en la familia,

especialmente en aquellos que, como Soames, hablan estado en colegios y estaban acostumbrados a una gran pulcritud facial en el servicio. ¿Podía, en realidad, considerarse a aquel hombre como un criado perfecto? Se movía de acá para allá entre el gran aparador brillante y la gran mesa brillante con una suavidad inimitable.

El viejo Jolyon le observaba fingiendo dormir. Aquel sujeto le parecía una serpiente; que siempre le había parecido que no se preocupaba lo más mínimo de nada y que sólo tenía interés en hacer cuanto antes las cosas para marcharse con su mujer o con Dios sabría quién. ¡Holgazán! ¡Y bien gordo que estaba! Y no le importaba lo más mínimo su amo.

Pero entonces, y contra su voluntad, le asaltó uno de aquellos momentos de filosofía que hacían que el viejo Jolyon fuera diferente de los demás Forsytes:

Después de todo, ¿por qué tenía él que preocuparse por nada? No se le pagaba para eso; ¿por qué, pues, esperarlo? En este mundo no se puede esperar afecto, a menos que se pague por él. En el otro mundo sería diferente, pero ¿en éste…? Y volvió a cerrar los ojos.

Continuadamente y en silencio, el criado siguió su trabajo, trayendo cosas desde los distintos departamentos del aparador. Parecía que estaba siempre vuelto de espaldas al viejo Jolyon; así desproveía a sus operaciones de la dificultad de realizarlas ante los ojos del amo; de vez en vez echaba vaho a la plata y la frotaba con una gamuza. Parecía meditar sobre el vino que había en las jarras, que trasladaba cuidadosamente, y, tapándolas, protector, con las barbas. Cuando terminó estuvo más de un minuto mirando a su señor, y en sus ojos verdosos había una mirada de desprecio:

Después de todo era un vejete al que no le quedaba mucho por vivir.

Silencioso como un gato cruzó la habitación para tocar el timbre. Le habían ordenado que «la cena a las siete». ¿Qué le importaba que el señor estuviese dormido? Había que acabar pronto. Y ya podría dormir por la noche. Además, él tenía que salir, pues le esperaban en su Club a las ocho y media…

En respuesta al timbrazo apareció un pinche con una sopera de plata. La tomó de sus manos y la dejó en la mesa; después, en pie junto a la puerta abierta, como si fuera a escoltar a algún invitado al comedor, dijo con voz solemne:

— ¡La mesa está servida, señor!

Lentamente, el viejo Jolyon se levantó de la butaca y se sentó a cenar.

VIII

Los planos de la casa

Todos los Forsytes, como todo el mundo sabe, tienen su caparazón, al igual que ese sustancioso animal que permite hacer tan rica sopa; en otras palabras: no se los ve nunca, y de vérselos no se los reconocería, sin la casa a cuestas, casa que, en el sentido más amplio de la palabra, se compone de circunstancias, propiedades y esposa todo lo cual parece que se mueve con ellos en su caminar por el mundo. Es inconcebible un Forsyte sin esa casa, tan inconcebible como una novela sin argumento, que ya se sabe es anomalía.

Ante los ojos forsyteanos, Bosinney parecía sin casa, uno de esos raros y desafortunados hombres que van por la vida rodeados de circunstancias, propiedades y esposas que no son de ellos.

Su vivienda, en la calle Sloane, en un ático, en cuya puerta había un cartel: «Felipe Bosinney, arquitecto», no era la vivienda de un Forsyte. No tenía otro sitio para recibir como no fuera su habitación de trabajo, y una buena parte de ella estaba encortinada para ocultar los objetos más necesarios: una cama, una butaca, unas cuantas pipas, una caja de botellas, unas novelas y unas zapatillas. La parte dedicada a cuarto de trabajo tenía el mobiliario acostumbrado: un armario con casillero, una mesa redonda de roble, un lavabo desmontable, algunas sillas muy duras y un tablero de dibujo de grandes dimensiones, lleno de planos y diseños. June había estado allí dos veces a tomar el té, mientras una tía de su novio hacía de carabina.

Se creía que disponía de un dormitorio en la parte trasera del piso.

Según lo que la familia había podido comprobar, sus ingresos consistían en dos puestos de consejero técnico con veinte libras de sueldo anual, junto con algún extra que otro, y —y esto era ya más digno e importante— una renta, heredada de su padre, de ciento cincuenta libras al año.

Lo que se sabía acerca de tal padre no era muy convincente. Parecía haberse tratado de un médico rural con ejercicio en Lincoln y oriundo de Cornwall, de aspecto raro y tendencias byronianas, tipo muy conocido en su país. Un tío político de Bosinney, apellidado Baynes, de la firma Baynes & Bildeboy, Forsyte por temperamento, ya que no de nombre, era poco comparable a su cuñado.

—Era rarísimo —decía del padre de Bosinney—. Siempre hablaba de sus hijos mayores diciendo que eran buenos, pero apagados… Y, sin embargo, todos han llegado muy alto en el Cuerpo Administrativo Colonial. Al único que quería de verdad era a Felipe. A veces, le he oído hablar de la forma más extraña; una vez me dijo: «Yo te aconsejaría, mi querido amigo, que procures que tu mujer nunca se entere de lo que piensas». Pero yo no seguí su consejo.

¡No faltaba más! Era un excéntrico. Siempre le decía a Felipe: «Aunque no vivas como un caballero, procura morir como tal». Y él mismo se hizo amortajar de levita y con corbata de raso con alfiler de diamante. Era un tipo original, lo digo yo…

Del propio Bosinney hablaba acaloradamente, con un dejo de lástima:

—Ha heredado algo del byronismo de su padre. Fijaos la oportunidad que desaprovechó dejando mi oficina para irse por ahí seis meses con la maleta al hombro para… ¿Sabéis para qué? ¡Pues para estudiar arquitectura extranjera! ¿Qué iba a sacar de eso? Pero, mira…, es muy inteligente. Mas con esas cosas no saca ni cien libras al año. En lo que ha tenido acierto es en el noviazgo este. Eso le hará arreglarse, que bien lo necesita: es un sujeto de esos que se pasan todo el día durmiendo y que están levantados de noche. Y eso oí porque no tiene método para nada. Pero de vicios, nada…; de eso, ni hablar. El viejo Forsyte es un hombre muy rico.

El señor Baynes se hizo muy simpático a June, que frecuentemente iba a su casa en la plaza de Lowndes.

—Esta casa del señor Soames Forsyte (¡Qué hombre de negocios es!) —solía decirle a June— es lo que necesitaba Felipe. Usted ahora, señorita, no debe exigirle mucho tiempo. Hay que sacrificarse, hay que sacrificarse… Ahora tiene él que abrirse camino. Cuando yo tenía su edad trabajaba día y noche. Mi mujer solía decirme: «Bobby, no trabajes tanto, piensa en tu salud». Pero yo nunca me permití perder un minuto.

June se había quejado de que su novio nunca tenía tiempo de ir a Stanhope Gate.

Y la primera vez que fue, después de mucho tiempo, cuando todavía no habían hablado ni un cuarto de hora, por una de esas coincidencias en que estaba especializada, llegó la señora de Septimus Small. De acuerdo con lo que tenían previsto si el caso se presentaba, Bosinney se levantó para meterse en el despachito de al lado y aguardar a que se marchara.

—Pero, hijita —dijo la tía Julita—, ¡si está delgadísimo! Siempre les pasa a los enamorados eso; pero tú no debes descuidarte: hazle que tome extracto de carne Barlow; a tu tía Swithin le sentó muy bien.

June, la figurilla erecta ante el hogar, con la carita haciendo muecas de desagrado, pues consideraba la inoportuna visita de su tía como una ofensa personal, replicó con desprecio:

—Es que está muy ocupado. La gente que hace algo que merece la pena no está gruesa nunca.

La tía Julita hizo un puchero, ella había sido siempre flaca, pero la única

satisfacción que aquello le proporcionaba era la posibilidad de desear estar gorda.

—No creo —dijo quejumbrosa— que debieras permitir que le llamen el Pirata; a la gente le podía llevar a sentir desconfianza, ahora que va a hacer una casa para Soames. Supongo que se esmerará; puede ser muy importante para él; además Soames tiene tan buen gusto…

— ¡Gusto! —exclamó June destellando cólera—. No daría yo ni tanto así por su buen gusto ni por el de nadie de la familia.

La señora de Small quedó muy sorprendida.

—Tu tío Swithin —dijo— siempre ha tenido muy buen gusto. Y la casita de Soames es encantadora, no dirás que no…

—Pchs… Y eso es por Irene.

La tía Julita quiso decir algo agradable.

— ¿Y qué le parece a Irenita la idea de vivir en el campo?

June la miró fijamente, con una mirada como si todas sus potencias se hubieran concentrado en sus ojos. Pero pasó aquel mirar… para que otra mirada aún más taladrante viniera a sus pupilas. Replicó imperiosamente:

—Pues ¿qué le ha de parecer? Pues muy bien.

La señora de Small se estaba poniendo nerviosa.

—No sé…, creí que le disgustaría separarse de sus amigos. Tu tío James dice que no tiene demasiado interés por las cosas. Nosotros creemos, quiero decir que Timoteo cree, que debiera salir y moverse más. Tú la echarás mucho de menos, ¿verdad?

June entrelazó sus dedos con fuerza tras la nuca.

—Lo que yo querría es que el tío Timoteo se metiera en lo que le importe.

La tía Julita se levantó todo lo larga que era.

—Él nunca habla de lo que no le importa.

Por un instante, June se sintió pesarosa. Se acercó a su tía y le dio un beso.

—Perdona, tía, pero es que me gustaría que dejaran a Irene en paz.

La tía Julita, incapaz de pensar nada más sobre el asunto que fuera adecuado, quedó callada. Se disponía a marcharse, abrochándose el abrigo de seda y tomando sus impertinentes verdes.

— ¿Y cómo está el abuelo? —preguntó en el hall—. Se encontrará muy solo ahora que dedicas todo tu tiempo al señor Bosinney —se inclinó y la

besó, y con su pasito corto se fue.

A June se le saltaron las lágrimas. Corrió al despacho donde estaba Bosinney entretenido dibujando pájaros en un sobre, y se sentó a su lado, exclamando:

— ¡Oh, Phil, qué repugnante es todo esto! —y su corazón estaba tan ardiente como el color de su pelo.

Al domingo siguiente por la mañana, cuando Soames se estaba afeitando, le trajeron recado de que Bosinney le esperaba y quería verle. Abrió la puerta que daba al tocador de su mujer y dijo:

—Bosinney está abajo. Ve tú y recíbele mientras yo termino. Bajo en seguida. Será para algo de los planos.

Irene le miró sin replicarle, dio el último toque a su vestido y bajó.

Soames no sabía lo que pensaba sobre lo de la casa. No había dicho nada en contra, y por lo que tocaba a Bosinney, estaba con él bastante afable.

Desde la ventana de su cuarto de aseo pudo verlos hablando en el patinillo.

Se dio prisa con el afeitado y se cortó dos veces. Los oía reír y pensó: «Bueno; parece que, con todo, se llevan bien».

Como había supuesto, Bosinney había venido a buscarle para que fuera a ver los planos.

Cogió el sombrero y salió.

Los planos estaban extendidos sobre la mesa de nogal del cuarto del arquitecto; y pálido, imperturbable, queriendo enterarse bien, Soames se inclinó sobre ellos sin hablar durante largo tiempo.

Al final dijo con extrañeza:

—Es una cosa rara.

Se trataba de un edificio rectangular, de dos pisos, dispuesto todo alrededor de un patio interior cuadrado. Este patio, rodeado por una galería en el piso alto, estaba cubierto de cristales, soportados por ocho columnas que arrancaban en el suelo.

En verdad que era, a los ojos de Forsyte, una casa rara.

—Hay mucho sitio desaprovechado —dijo Soames.

Bosinney empezó a andar por la habitación y a Soames no le gustó la cara que puso al oírle.

—La base fundamental es que dispondrá usted de aire para respirar como

un caballero…

Soames extendió el índice y el pulgar, como midiendo la cantidad de distinción que iba a adquirir, y replicó:

—Sí, sí…, ya lo veo.

Aquella mirada peculiar de Bosinney que venía a sus ojos indicando que le asaltaba el entusiasmo apareció.

—He tratado de proyectarle una casa que tenga carácter y grandeza en sí misma. Si no le gusta es mejor que lo diga, pues hay que tenerlo todo en cuenta. Pero ¿cómo se puede pretender grandeza en una casa queriendo meter aquí o allá un lavabo extra? —y puso el dedo repentinamente en la zona de la izquierda del rectángulo, diciendo—: Aquí puede usted bailar si quiere. Es para sus cuadros, y está separado del patio por unos cortinajes. Los retira usted y le queda un espacio de cincuenta y uno por veintitrés con seis. Aquí en el centro hay una doble estufa, con una cara que mira al patio y la otra a la galería de los cuadros; toda esta pared del fondo es una ventana, desde donde le entra luz sudeste, con luz del norte por el patio. El resto de los cuadros los puede poner en la galería de arriba y en otras habitaciones. En arquitectura —continuó, y aunque miraba a Soames parecía no verle, lo que producía a éste una sensación desagradable—, como en la vida, no se obtiene grandiosidad sin regularidad. Algunos dicen que eso está pasado de moda. Se trata de chocar siempre, no se piensa en plasmar el principio fundamental de la vida en nuestra habitación; llenamos nuestras casas de adornos, de baratijas, de rinconcitos, de cosas que nos choquen a la vista. Y debe ser todo lo contrario: proporcionar descanso a los ojos. Destacar lo que se quiera destacar con algunos, pocos, trazos fuertes, y nada más. Todo está en la regularidad. Sin regularidad no hay grandiosidad.

El Soames inconscientemente irónico fijó sus ojos en la corbata de Bosinney, que se separaba mucho de la perpendicularidad. Además iba sin afeitar, y todo su vestido no era notable por su regularidad precisamente. Toda la regularidad de que hablaba parecía írsele en la arquitectura.

— ¿No parecerá un poco un cuartel? —preguntó.

No recibió respuesta inmediata.

—Ya veo lo que le pasa —dijo al fin Bosinney—. Usted lo que quiere es una casa a lo Littlemaster, una de esas casas lindas y cómodas donde los criados viven en guardillas y la puerta principal está hundida en la casa para que tenga usted la sensación de salir dos veces. Pues nada, decídase por Littlemaster, que ya verá lo que le gusta. Yo le conozco bien.

Soames se alarmó. Realmente le habían gustado los planos, y el ocultar su

satisfacción había sido cosa instintiva. Le era difícil hacer un cumplido a nadie. Despreciaba a la gente que derrochaba elogios.

Se encontraba ahora en la embarazada posición de quien tiene que decir una fineza o correr el riesgo de perder una cosa buena. Bosinney era muy capaz de romper los planos y rehusar trabajar para él; una especie de niño caprichoso y mal criado.

Y este infantilismo de persona mayor tenía un efecto casi hipnótico en Soames, pues él nunca había sido así.

—Sí —murmuró al fin—. Verdaderamente es, es… original.

Sentía una secreta desconfianza y disgusto por la palabra original, y le pareció que se habla descubierto al pronunciarla.

Bosinney pareció complacido. Palabras así gustaban a sujetos semejantes. Y su éxito dio ánimos a Soames.

—Es… una gran casa —dijo.

—Espacio, aire, luz —oyó que murmuraba Bosinney. No se puede vivir como un caballero en una casa de Littlemaster. Construye para fabricantes.

Soames hizo un movimiento despectivo. Ahora que había sido clasificado entre los caballeros, por todo el dinero del mundo no consentiría en que le clasificasen entre los fabricantes. Pero su desconfianza innata por lo general y abstracto revivió. ¿Qué falta hacía el hablar de regularidad y grandiosidad? Tenía el presentimiento de que la casa iba a resultar fría.

—Irene no puede soportar el frío —expuso.

— ¡Ah! —dijo sarcásticamente Bosinney—. ¿Su señora? ¿No le gusta el frío? Pues ya lo tendré en cuenta, no pasará frío. Mire esto. Y señaló a cuatro marcas pactadas a intervalos regulares en las paredes del patio. Le he puesto radiadores de agua caliente de aluminio. En proyectos buenos suelen ponerse.

Soames se llenó de sospechas.

—Sí, sí, muy bien; ¿pero costará mucho?

El arquitecto sacó un papel del bolsillo.

—La casa, desde luego, ha de ser totalmente de piedra; pero como supongo que le parecerá demasiado, he contratado una buena imitación. Ha de llevar techado de cobre, pero lo pondremos de pizarra verde. En definitiva, incluyendo la herrería, le costará a usted ocho mil quinientas.

— ¿Ocho mil quinientas? Bueno… Yo le puse como límite ocho mil.

—Pues no se puede disminuir ni un penique —replicó fríamente Bosinney

—. O lo toma o lo deja.

Era la única forma, probablemente, en que semejante proposición podía habérsele hecho a Soames. Quedó pasmado. La conciencia le decía que debía dejarlo todo. Pero el proyecto era bueno, y él lo apreciaba: todo estaba perfectamente acabado, tenía dignidad. Los cuartos de los criados eran excelentes también. Viviendo en semejante casa ganaría prestigio. Todo tan bien arreglado, tan fuera de lo corriente…

Continuó observando los planos mientras Bosinney se vestía y afeitaba.

Los dos volvieron a Montpellier Square en silencio. Soames, mirando al otro con el rabillo del ojo.

El Pirata era bastante guapo, le parecía a Soames cuando iba arreglado decentemente.

Irene estaba entretenida con sus flores cuando los dos hombres entraron.

Propuso mandar al otro lado del parque a buscar a June.

—No, no, que tenemos todavía que hablar de negocios —dijo Soames.

Durante la comida estuvo casi cordial, instando constantemente a Bosinney para que comiera. Le agradaba ver al arquitecto tan animado, y le dejó pasar la tarde con Irene mientras él marchó a ver sus cuadros, según su hábito dominical. A la hora de merendar bajó al salón y se los encontró, como esperaba, charlando por los codos.

Sin que le vieran, desde la puerta los observaba, congratulándose de que las cosas hubiesen tomado tan buen giro. Era una suerte que ella y Bosinney se llevaran bien; parecía que Irene iba haciéndose a la idea de la casa nueva.

En la tranquilidad del cuarto de los cuadros se había decidido a gastar las quinientas si era necesario, pero confiaba en que la agradable tarde que había pasado hubiera suavizado los cálculos de Bosinney. Sin duda era cosa que Bosinney podía remediar si quería; habría una docena de modos de abaratar la construcción de una casa sin que se perdiera el efecto.

Así, aguardó la oportunidad de estar Irene sirviendo al arquitecto la primera taza de té. Un rayo de sol que se filtraba por el encaje de las cortinas le daba a ella en el rostro, presentándole más vivos y más brillantes los ojos. Quizá era el mismo resplandor lo que también avivaba la cara de Bosinney y le daba aquel mirar sorprendido que tenía.

Soames odiaba los rayos del sol, y pronto se levantó a correr las cortinas. Tomó de manos de su esposa su taza, y dijo de manera más fría de lo que se había propuesto:

— ¿No ve ningún modo de hacerlo por ocho mil, como quedamos al

principio? Habrá un montón de cosas pequeñas que pueda usted modificar.

Bosinney se bebió su té de un trago, dejó la taza y contestó:

— ¡No hay ningún medio!

Comprendió Soames que su sugerencia había chocado con alguna fibra de vanidad personal del arquitecto.

—Bueno, hágalo usted como lo crea conveniente —aceptó de mala gana.

Unos instantes después Bosinney se levantó para irse, y Soames se levantó también para despedirle a la puerta. El arquitecto parecía absurdamente contento. Tras verle marchar con paso animado, Soames volvió malhumorado a la sala donde Irene estaba recogiendo unos papeles de música, y llevado por una invencible curiosidad, le preguntó:

—Bueno. ¿Qué piensas tú del Pirata?

Miró la alfombra mientras ella le respondía, y tuvo que aguardar bastante. Al fin, la respuesta vino:

—No sé.

— ¿Te parece guapo?

Irene sonrió. Y le pareció a Soames que se estaba burlando de él.

—Sí —contestó—. Mucho.

IX

Muerte de tía Ana

Llegó una mañana de fines de septiembre en que tía Ana no pudo recibir de manos de Smither la insignia de su dignidad y rango. Tras una rápida mirada a su rostro, el médico, requerido con prisa, anunció que la señorita Forsyte había fallecido mientras dormía.

Tía Julita y tía Ester quedaron anonadadas por el golpe. Nunca habían imaginado semejante final. Quizá ni se habían imaginado que el fin tenía, forzosamente, que presentarse. En el fondo del alma consideraban poco razonable que Ana los hubiera dejado sin decir una palabra, sin intentar la menor lucha. No era así como solía ella proceder.

Quizá lo que más les afectaba era el hecho de que un Forsyte hubiera dejado su posesión del vivir. Y si uno lo había hecho, ¿por qué no los demás?

Pasó una hora antes que pudieran decidirse a decirlo a Timoteo. ¡Si

pudieran ocultárselo! ¡Si al menos pudieran decírselo poco a poco!

Y por mucho tiempo estuvieron juntas, a su puerta, susurrando atribuladas. Y cuando se lo hubieron dicho, volvieron, juntas, a susurrar.

Temían que, según fuera pasando el tiempo, él lo fuera sintiendo más. De todas formas había tomado el hecho con más calma de lo que podían esperar. ¡Seguiría en cama, como de costumbre, claro!

Y se separaron llorando silenciosamente.

Tía Julita se quedó en su cuarto, postrada por el golpe. Su cara, empalidecida por las lágrimas, quedó dividida en compartimientos por las diminutas cordilleras de carne que había levantado la emoción. Era imposible concebir la vida sin Ana, que había vivido con ella durante un período de setenta y tres años, sólo interrumpido por el breve lapso de su boda, que ahora parecía tan irreal. A espacios regulares de tiempo, iba al cajón y sacaba un pañuelo limpio. Su corazón cariñoso no podía soportar el pensamiento de que allí yacía Ana, tan fría.

Tía Ester, tan callada, tan paciente, la reserva de la energía familiar, estaba en el salón con los postigos cerrados. También ella había llorado al principio, pero reposadamente, sin efecto visible. Su principio fundamental de vida, la conservación de la energía, no la había abandonado en su dolor. Flaca, inmóvil, estaba allí sentada, con las manos en el regazo. Sin duda querrían que se lanzase a hacer cosas, como si el hacer algo pudiera traer a Ana otra vez. ¿Por qué, pues, hacer nada?

La hora de las cinco trajo a tres de los hermanos: Jolyon, James y Swithin; Nicolás estaba en Yarmouth, y Roger tenía un ataque de gota. La señora de Hayman había estado muy temprano y se había marchado dejando un recado para Timoteo —que no le dieron, desde luego—: que la debieran haber avisado antes. Realmente todos tenían la idea de que debieran haberles avisado antes, de que se habían perdido algo; James dijo:

—Ya sabía yo cómo había de ser. Ya dije que no duraría todo el verano.

Tía Ester no replicó; estaban casi en octubre, pero ¿para qué discutir? Había gente que nunca se quedaba satisfecha con nada.

Mandó recado a su hermana de que sus hermanos estaban allí. La señora Small bajó en seguida. Se había lavado la cara, que estaba todavía hinchada, y aunque miró severamente los pantalones de Swithin, pues eran azules —venía directamente de la oficina, con lo que llevaba puesto, pues allí le había llegado la noticia—, su aspecto era más alegre que de costumbre, pues el instinto de hacer las cosas mal se le había desatado con la emoción y la dominaba por completo.

Inmediatamente, los cinco hermanos fueron a ver el cadáver. Bajo la blanquísima sábana habían puesto una colcha de abrigo, pues ahora más que nunca la pobre Ana necesitaría calor. Quitados los almohadones, la columna y cabeza quedaron horizontales, con el aire de su viva inflexibilidad. La cofia que llevaba se la habían metido hasta las orejas casi, y entre ella y la sábana se veía la cara, con los ojos cerrados, vuelta hacia sus hermanos y hermanas. En su extraordinaria paz, aquella cara era más enérgica que nunca, casi todo hueso bajo el pergamino de su piel: mandíbula cuadrada, pómulos salientes, parietales cóncavos, nariz como hecha a cincel… Era la expresión de un espíritu indomable, rendido al fin a la muerte.

Swithin echó una mirada a aquella cara y salió de la habitación. El mirarla, dijo después, le hacía un efecto raro. Bajó las escaleras haciendo temblar la casa, y tomando su sombrero entró en su coche sin dar al cochero ninguna dirección. Llegó a su casa y se estuvo toda la tarde sin moverse de una butaca.

No pudo tomar de cena más que una perdiz y un vaso de champaña…

El viejo Jolyon se mantuvo a los pies de la cama con las manos plegadas ante sí. Él solo, de todos los que estaban en la habitación, recordaba la muerte de su madre, y aunque miraba a Ana, era en eso en lo que pensaba. Ana era vieja, pero la muerte la había alcanzado por fin. La muerte alcanzaba a todos… Su cara no se movía, y su mirada parecía contemplar algo muy lejano.

Junto a él estaba en pie tía Ester. Ya no lloraba; sus lágrimas se habían agotado, su naturaleza se negaba a perder ya más fuerza; se retorcía las manos, mirando no solamente hacia Ana, sino también a su alrededor, tratando de evitar darse cuenta de la realidad.

Fue James quien de todos los hermanos y hermanas mostró más emoción. Las lágrimas se deslizaban por los pliegues paralelos de su cara delgada. No sabía adónde acudiría ya a contar sus penas; Julita no servía para eso; Ester, todavía menos. Lamentaba la muerte de Ana más de lo que creyera. Quedaría trastornado por semanas.

Muy pronto tía Ester marchó fuera y tía Julita empezó a moverse por allí «para hacer todo lo necesario», y así, dos veces se dio contra algo. El viejo Jolyon, salido de su ensueño, aquel ensueño de tiempos más pretéritos, la miró duramente y se fue también. Sólo James quedó junto al lecho mortuorio; miró furtivamente a su alrededor, y comprobando que no le veían, inclinó su elevada estatura, besó la frente muerta y salió. Se encontró a Smither en el pasillo y le preguntó por el funeral, y viendo que ella no sabía nada, se quejó amargamente de que si nadie se ocupaba, saldrían mal las cosas. Lo mejor sería que avisase al señor Soames, quien sabía todo lo que había de hacer; su señor estaría muy agobiado, y más que otra cosa, necesitaría que se ocupasen de él. En cuanto a las señoritas, no servían para nada, no tenían arrestos.

También se pondrían malas, para acabarlo de arreglar, no le quedaba duda. Lo mejor sería avisar ya al médico. Las cosas hay que hacerlas a tiempo. En eso le parecía que su hermana Ana no había estado acertada. Si se hubiera puesto en manos del doctor Blank, ahora estaría viva. Smither podía mandar recado a Park Lane en cualquier ocasión que necesitase orientación o consejo. Desde luego, su coche estaba dispuesto para el funeral. ¿No tendría por allí un vasito de vino y una galleta? No había almorzado…

Los días que precedieron al funeral pasaron lentamente. Se sabía de tiempo atrás que Ana dejaría su dinero a Timoteo. No había, por tanto, razón alguna para la menor agitación. Soames era el único albacea y se encargó de arreglarlo todo, y oportunamente envió el siguiente aviso a los varones de la familia:

A……

Agradeceremos su asistencia al funeral por el alma de miss Ann Forsyte que tendrá lugar en el cementerio de Highgate, a las doce horas del día 1 de octubre.

Los coches podrán tomarse en «El Arquero», en la carretera de Bayswater, a las 10,45. Se ruega no lleven flores.

Rogamos acuse de recibo.

Llegó la mañana del 1 de octubre. Fría, gris, bajo un cielo típicamente londinense. A las diez y media, el primer coche, el de James, llegó. Iban en él James y su yerno Dartie, hombre muy elegante, de cara pálida y grasienta, adornada de bien recortados bigotes, amplio pecho finamente enlevitado y aquella inevitable insinuación de patillas que, evitando los efectos del más enérgico afeitado, parece la prueba de algo profundamente integrado en la personalidad del que se afeita y que es generalmente característica del especulador.

Soames, en su calidad de albacea, recibía a los que llegaban, pues Timoteo seguía en cama; se levantaría después del funeral, y las tías Julita y Ester no bajarían hasta que todo hubiera terminado, cuando habría de disponerse comida para cualquiera de los asistentes que quisiera volver a la casa. Llegó después Roger con sus tres hijos, cojeando todavía por efecto del último ataque de gota. El cuarto de sus vástagos, Jorge, llegó casi inmediatamente después y se detuvo en el hall para preguntar a Soames cómo le iba en su oficio de enterrador.

No se querían el uno al otro.

Después vinieron dos Haymans, Giles y Jesse, perfectamente silenciosos, y muy vestidos, con vueltas especiales en sus pantalones de etiqueta. Después, el

viejo Jolyon. Después, Nicolás, con la cara llena de saludable color y un movimiento alegre, cuidadosamente velado, en cabeza y cuerpo. Uno de sus hijos vino tras él, melifluo y contristado. Swithin Forsyte y Bosinney llegaron al mismo tiempo, y se pararon en la puerta a cederse mutuamente el paso, pero al abrirse la puerta, quisieron entrar simultáneamente; en el hall se entregaron a disculpas y a nuevas finezas, y al fin Swithin, arreglándose la ropa, que se había desarreglado en el coche, subió lentamente las escaleras. El otro Hayman; dos hijos casados de Nicolás, juntamente con Tweetyman, Spender y Warry, maridos de Forsytes hijas de Hayman, llegaron también. Eran, pues, veintiuno en total, sin faltar ningún hombre de la familia, excepto Timoteo y el joven Jolyon.

Al entrar en el salón escarlata y verde, tan en contraste con sus ropas de luto, todos trataron nerviosamente de encontrar sitio, para ocultar un poco al sentarse la enfática negrura de sus pantalones. Parecía haber una especie de cinismo en el color de pantalones y guantes, una especie de exageración de sus sentimientos: y muchos lanzaban miradas de secreta envidia al Pirata, que no llevaba guantes y que llevaba pantalón gris. Flotaba en el aire un murmullo apagado de conversaciones; en ellas, nadie hablaba de la difunta, sino que todos se preguntaban el uno por el otro, como si el manifestar noticias personales fuera algo así como derramar vino en honor de la muerta.

De pronto dijo James:

—Bueno, yo creo que debiéramos ya partir.

Bajaron la escalera, y de dos en dos, según habían sido instruidos, tomaron los coches.

El cortejo partió a paso lento; los coches se movían en lenta sucesión. En el primero iban el viejo Jolyon y Nicolás; en el segundo, los gemelos Swithin y James; en el tercero, Roger y el joven Roger; Soames, el joven Nicolás, Jorge y Bosinney, en el cuarto. Cada uno de los restantes vehículos, ocho en total, llevaba tres o cuatro parientes; detrás iba el coche del médico, y, finalmente, a una distancia decorosa, iban coches de alquiler con empleados de la familia y criados. Además, y vacío, iba un último coche que no llevaba a nadie, constituyendo el decimotercero de la sucesión.

Mientras seguía la carretera de Bayswater, la procesión llevaba paso retardado, pero al seguir por caminos menos importantes, se ponía al trote, que volvía a retardar en calles elegantes. Por fin, llegaron a su destino. En el primer coche, el viejo Jolyon y Nicolás hablaban de sus testamentos. En el segundo, los mellizos, tras un solo intento de conversación, se habían sumido en el silencio, pues ambos eran sordos y el esfuerzo de entenderse hubiera sido demasiado. Solamente una vez intentó James que se hablara.

—Pues ya habrá que irse buscando algún terrenito en el cementerio. ¿Has hecho tú ya algo?

—No me hables de esas cosas…

En el tercer coche se mantenía a intervalos una conversación bastante inconexa acerca del límite de vida que habían alcanzado, y Jorge estimó:

—Bueno, ya era hora de que la pobre vieja se marchara al otro mundo.

Él no creía que se debía pasar de los setenta. El joven Nicolás pensaba que la regla no era de aplicación para los Forsytes. Jorge explicó que si llegaba a los sesenta, se suicidaría. El joven Nicolás, muy sonriente y dándose palmaditas en la cara, expresó la opinión de que a su padre no le gustaría semejante idea: había hecho muchísimo dinero de los sesenta en adelante, Sí, setenta era el límite superior. Entonces ya era hora de irse y dejar el dinero a los hijos, opinaba Jorge. Soames, que hasta el momento se había mantenido silencioso, intervino en la conversación. No había olvidado la chirigota de la «profesión de enterrador», y manifestó que todo eso estaba muy bien para la gente que no sacaba ni dos céntimos con su trabajo. Él procuraría vivir lo más posible. Esto era una puñaladita para Jorge, que sabido era andaba muy mal. Bosinney murmuró distraídamente:

—Ya parece que llegamos —y Jorge, bostezando, no dijo nada, con lo que la conversación decayó.

Al llegar, llevaron al féretro a la capilla, y de dos en dos, el acompañamiento siguió detrás. Esta guardia masculina, ligada a la muerta por razones de parentesco, era una impresionante y singular visión de la gran ciudad de Londres, con su impresionante diversidad de vida, sus innumerables tendencias, placeres, deberes, sus terribles dificultades, su terrible llamada al aislamiento…

La familia se había reunido para triunfar de todo esto, para mostrar una tenaz unión, para dar una ilustración gloriosa de que la ley de la prosperidad, siendo el terreno básico de las raíces del árbol familiar, le había hecho medrar y desarrollarse, e invadiendo con su savia tronco y ramas, le había dado la plenitud en el momento oportuno. El espíritu de la anciana que dormía su último sueño los había convocado para esta gran demostración. Era su llamada final a aquella unidad que había sido su fuerza; su triunfo definitivo, el haber muerto cuando el árbol había alcanzado el desiderátum de plenitud.

Se había evitado ver algunas ramas caer por su propio peso. Ya no podría leer en los corazones de los que la sobrevivían. La misma ley que la había forjado a ella, transformándola de joven alta y derecha en mujer fuerte, de mujer fuerte en anciana angulosa y débil. Aquella misma ley estaba forjando, había ya forjado aquella familia, mirándola como una madre mira a sus hijos.

Había visto su familia joven, en desarrollo; la había visto fuerte y crecida, y antes que sus ojos pudieran ver ninguna decadencia, se habían cerrado para siempre. Ella hubiera tratado, y quién sabe si lo hubiera conseguido, de mantenerla pujante y fuerte con la acción de sus manos débiles y de sus besos temblorosos, un poco más, un poquito más… Pero, ¡ay!, ni la tía Ana hubiera podido vencer a la Naturaleza.

«Antes de caer nos vence el orgullo»… De acuerdo con esto, la más grande de las ironías de la Naturaleza, la familia Forsyte se reunía para una última y orgullosa exhibición, antes de caer. Sus caras, a la izquierda y a la derecha, estaban casi todas inclinadas, impasibles, hacia el suelo, guardando, celosas, sus secretos pensamientos; pero aquí o allí, alguna se alzaba llevando un pliegue profundo en el entrecejo, como si en las paredes de la capilla estuviera viendo, o de algún sitio estuviera oyendo, algo terrible y aterrorizador. Y los rezos, murmurados muy bajo, en voces sintonizadas, con el mismo timbre familiar, sonaban fantásticos, como duplicados y multiplicados por una misma y única persona.

Terminado que fue el oficio religioso, el cortejo volvió a desfilar tras el cadáver hacia la tumba. La fosa estaba abierta, y a su alrededor había hombres vestidos de negro.

Desde aquel alto y sagrado terreno, donde miles de miembros de la clase media acomodada dormían su último sueño, las miradas de los Forsytes repasaron la multitud innúmera de sepulcros. Allí, extendido en la distancia estaba Londres, sin sol, llorando la pérdida de su hija, acompañando en su duelo a aquella familia que había perdido su madre y su guardián. Cien mil nichos y panteones y casas, desdibujadas en la gris tela de araña del sagrado recinto, yacían como adoradores postrados ante la tumba de aquella Forsyte, la más vieja de todos.

Unas cuantas palabras, un rocío de tierra, el descenso del ataúd, y tía Ana había empezado a descansar eternamente.

Alrededor, cinco fedatarios del comienzo de aquel largo descanso, cinco hermanos que con cabezas inclinadas procuraban que Ana estuviera cómoda en donde quedaba. Su poca riqueza quedaba atrás, pero de todas formas se hizo todo lo posible.

Después, severamente, se hicieron a un lado. Y después, poniéndose los sombreros, se inclinaron a inspeccionar la nueva inscripción en el mármol de la tumba que ya era familiar:

DESCANSE EN PAZ

ANA FORSYTE

HIJA DE LOS ANTERIORES

JOLYON Y ANA FORSYTE

QUE DEJÓ ESTA VIDA EL DÍA 27

DE SEPTIEMBRE DE 1880

CONTANDO OCHENTA Y SIETE AÑOS Y CUATRO DÍAS

Muy pronto quizá hubiera que redactar otra inscripción para alguno. Era extraño e intolerable; ninguno había pensado en que tendría que ser así, que también los Forsyte tendrían que morir. Y todos y cada uno sintieron deseos vehementes de separarse de aquel dolor, de aquella escena que les recordaba cosas cuyo pensamiento no podían soportar. Marchar, marchar rápidamente, volver a los negocios y olvidar…

Hacía frío. El viento, cual una fuerza lenta desintegradora, soplaba desde lo alto de la colina sobre las tumbas y los alcanzaba a ellos, haciéndoles daño con su gélida respiración. Empezaron a disgregarse en pequeños grupos, y con toda la rapidez de que fueron capaces se metieron en sus coches.

Swithin manifestó que él podía volver a comer a casa de Timoteo y ofreció llevar a alguno en su coche. El ir en el vehículo de Timoteo se consideraba dudoso privilegio, pues no era grande; nadie aceptó, y él se marchó solo. James y Roger siguieron inmediatamente después; también irían allí a comer. Los demás se desparramaron lentamente, llevándose el viejo Jolyon a tres sobrinos en su carruaje, pues necesitaba verse entre rostros jóvenes.

Soames, a quien quedaban algunos detalles que arreglar en el cementerio, se separó con Bosinney. Tenía mucho que hablar con él, y una vez terminados sus asuntos, anduvieron hasta Hampstead y comieron juntos en la Posada del Español, dedicando largo rato a detalles concretos referentes a la construcción de la casa; después tomaron el tranvía que los llevó hasta Marble Arch, de donde Bosinney se dirigió a Stanhope Gate para ver a June.

Soames se sentía de excelente humor cuando llegó a su casa; informó a Irene que había hablado un buen rato con Bosinney, que realmente parecía un sujeto razonable; se habían dado además un buen paseo que le había sentado de primera para el hígado —llevaba algún tiempo que necesitaba hacer más ejercicio—. Y en definitiva, había sido un día totalmente satisfactorio. Si no hubiera sido por la pobre tía Ana, hubieran ido al teatro. Pero no había más remedio que quedarse en casa y pasarlo lo mejor posible.

—El Pirata ha preguntado por ti varias veces —dijo repentinamente. Y llevado de un inexplicable deseo de confirmar su propiedad, se levantó de la silla y le plantó un beso a su mujer en el hombro.

****

SEGUNDA PARTE

I

La casa sigue adelante

El invierno había sido bastante tranquilo. Los asuntos de negocios no habían tenido demasiada actividad; y conforme Soames pensara antes de decidirse, fue una buena época para edificar. El cubierto de la casa de Robin Hill quedó terminado a fines de abril.

Ahora que ya podía ver adónde iba a parar su dinero, iba una, dos y hasta tres veces a ver sus obras y a pasarse entre piedras y ladrillos un par de horas, teniendo, eso siempre, mucho cuidado en no ensuciarse la ropa, pasando calladamente por las puertas aún sin marco o dando vueltas alrededor de las columnas del patio central. Y se quedaba ante ellas largos minutos, como analizando la real cualidad de su sustancia.

El 30 de abril tuvo una cita con Bosinney para ver las cuentas, y cinco minutos antes de la hora entraba en la tienda de campaña que el arquitecto se había levantado junto al viejo roble.

Las cuentas estaban ya preparadas sobre una mesa plegable, y Soames, con una inclinación de cabeza, se sentó para estudiarlas. Pasó un buen rato antes que levantara la cabeza de los números.

—No lo entiendo —manifestó—. Ascienden a casi setecientas más de lo previsto.

Y tras mirar la cara de Bosinney, prosiguió rápidamente:

—Si usted resiste firmemente a los vendedores de los materiales, les hará rebajar los precios. Si no anda con ojo, le suben en cualquier cosa. Quite un diez por ciento de todo. No me importa que se llegue a cien libras o cosa así más allá de lo que pensábamos.

Bosinney movió la cabeza.

—Ya he rebajado hasta el último céntimo posible en cada cosa.

Soames, con un movimiento de rabia, empujó la mesa y tiró los papeles al suelo.

—Pues tengo que decirle que ha hecho usted un buen enredo…

—Ya le he dicho cien veces —replicó Bosinney, irritado— que siempre se

presentan extras. Se lo he dicho una y otra vez.

—Ya lo sé. Y no hubiera dicho nada si se hubiera tratado de un billete de diez libras de cuando en cuando. Pero ¿cómo yo iba a figurarme que por extras entiende usted setecientas libras?

El modo de ser de ambos hombres había contribuido a esta no pequeña discrepancia. Por una parte, la devoción del arquitecto por su idea, por la casa que había proyectado y en que había depositado su fe, le había llevado a ponerse nervioso ante cualquier posibilidad de detenerse y a usar de expedientes resolutivos de toda índole. Por otra parte, la no menor devoción de Soames por los mejores artículos que el dinero podía dar le había convencido de que las cosas que costaban trece chelines no pueden obtenerse por doce.

—Me gustaría no haber emprendido la construcción de su casa —dijo Bosinney repentinamente—. Siempre está usted volviéndome loco, queriendo obtener por el mismo dinero cosas que valen doble precio, y ahora que tiene usted una casa a la que no se puede comparar ninguna del condado, no quiere pagar lo necesario. Si no quiere usted gastar más, pagaré yo el exceso de gasto, pero que me ahorquen si hago en adelante el menor trabajo para usted…

Soames se serenó. Sabiendo que Bosinney no tenía ningún dinero, consideraba sus palabras pura locura. Comprendía que, además, se separaría de su trabajo en el momento crucial, en el instante en que el arquitecto que ha concebido una obra tiene que darle la mayor atención y cuidado. Además, había que tener en cuenta a Irene. Había estado muy rara en los últimos tiempos. Ya creía él que si toleraba la idea de la casa era tan sólo porque había tomado afecto a Bosinney. No podía contrariarla hasta el extremo de sustituir a Bosinney.

—No tiene usted que acalorarse —le dijo—. Si yo pago, creo, que no tiene por qué protestar. Todo lo que digo es que cuando pido un proyecto y se me dice una cosa, debe servirme para que sepa a qué atenerme.

—Mire usted —dijo Bosinney, y Soames quedó enojado y sorprendido por la agudeza de su mirada—. Usted ha contratado mis servicios a un precio ínfimo. Por la calidad del trabajo que he puesto en esta casa y la cantidad de tiempo que le he dedicado, hubiera tenido usted que pagar a Littlemaster o a otro idiota por el estilo cuatro veces más. Lo que usted quiere en realidad es un arquitecto de primera categoría al precio de uno de cuarta, y eso es exactamente lo que tiene…

Soames comprendió que hablaba en serio, y aunque estaba furioso, pudo prever las consecuencias de una ruptura muy a lo vivo. Vio la casa sin acabar, su esposa en rebeldía y él, de hazmerreír de todos sus conocidos.

—Bueno, vamos a no discutir más y veamos el empleo del dinero.

—Muy bien —convino Bosinney—. Pero, por favor, dese prisa, que tengo que irme para llevar a June al teatro.

Soames le miró furtivamente y dijo:

— ¿Va usted a nuestro palco a reunirse con ella?

¡Siempre estaba metido en su palco!

La noche anterior había llovido. Fue una lluvia primaveral y la tierra olía a savia y a flores silvestres. El aire, blando y cálido, mecía las hojas y los brotes dorados del viejo roble, y los mirlos cantaban locos de sol.

Era uno de esos días de primavera que hace sentir al hombre un deseo inefable, una dulzura dolorosa, un ansia que le hace quedarse quieto contemplando la hierba o extender sus brazos para abrazar a cualquiera. La tierra exhalaba un calor desvanecedor que se escapaba del frío vestido que le había dado el invierno. Era una larga caricia que invitaba a tumbarse, a yacer, a rodar por el suelo y hasta a poner la cara en contacto con ella.

Precisamente en un día así había obtenido Soames la aceptación de Irene. Sentados en un tronco caído, él había a su vez tenido que prometer que si su matrimonio no era un franco éxito, quedaría ella tan libre como si no se hubieran casado. «¿Lo juras?», le había preguntado ella. Y hacía pocos días le había recordado su juramento. Él había respondido: «¡Tonterías!», y había dicho que él no había jurado semejante cosa. Por una triste fatalidad, se acordaba ahora del juramento. Pero ¿qué cosa no jurará un hombre por una mujer? Él había jurado lo que ella hubiera querido por obtenerla. Y volvería a jurarlo ahora si así pudiera llegar a ella. Pero era imposible… Nadie podía ni acercársele: tenía el corazón helado.

Y el dulce viento primaveral le trajo recuerdos, recuerdos de su noviazgo.

En la primavera del año 1881 fue a ver a su compañero de estudios y después cliente Jorge Liversedge, de Braksome, que, deseando realizar obras de repoblación forestal en sus pinares de las cercanías de Bournemouth, había encargado a Soames la formación de una Compañía que pudiera acometer la empresa. La señora de Liversedge, con profundo sentido de las conveniencias, había dado una reunión, a base de música y té, en su honor. En el curso de esta reunión, que Soames, que no era un melómano, había considerado una pesadez, su vista se había sentido persistentemente atraída por el rostro de una muchacha vestida de luto, que estaba sola. Las líneas de su alta y delgada figura no desaparecían bajo el tejido de su vestido negro; sus manos enguantadas estaban cruzadas ante ella; y sus ojos, negros y muy grandes, iban examinando los rostros de las personas allí presentes. Su largo cabello brillaba como fuego sobre el negro de su vestido. Y cuando Soames la miraba, la sensación que la mayoría de los hombres han experimentado en una u otra

ocasión en su vida se apoderó de él: una particular satisfacción de los sentidos, una peculiar certeza, que los novelistas y las señoras viejas llaman flechazo, le sobrevino. Sin dejar de mirar a la muchacha se dirigió a su anfitriona, esperando calmosamente a que la música terminara.

— ¿Quién es aquella chica rubia de ojos negros? —preguntó.

— ¿Aquélla?… ¡Ah!, sí, Irene Heron. Su padre, el profesor Heron, ha muerto no hace un año. Vive con su madrastra. Es una chica muy simpática y muy guapa. Pero no tiene dinero…

—Haga el favor de presentarme, ¿no le molesta?

Fue muy poco lo que pudo decirle, y muy poco lo que ella le contestó a lo poco que él le dijo. Pero se marchó resuelto a volver a verla. Y la casualidad quiso que se cumpliera su deseo, pues se la encontró con su madrastra en el muelle, ya que la señora tenía costumbre de pasear por allí de doce a una todas las mañanas. Soames hizo el conocimiento de esta señora con toda presteza, y pronto tuvo en ella el aliado que necesitaba. Su agudo sentido del lado comercial de la vida le hizo comprender que Irene costaba a su madrastra más de las cincuenta libras al año que le proporcionaba; también comprendió que la viuda de Heron, todavía joven, querría casarse otra vez, y la extraña y creciente belleza de la hijastra era un inconveniente que se oponía a la consumación de este razonable deseo. Y Soames, con habilidad felina, hizo sus planes.

Salió de Bournemouth sin haberse delatado, pero un mes después se presentó allí de nuevo, y esta vez habló, no a la muchacha, sino a la madrastra. Había llegado a una determinación, dijo; esperaría el tiempo que fuera necesario. Y tuvo que esperar mucho, viendo cómo Irene cuajaba en mujer, cómo las líneas agudas de los pocos años se suavizaban, cómo la sangre más vigorosa animaba el brillo de sus ojos y daba a sus mejillas un tono más aterciopelado y suave. Y a cada visita la pedía en matrimonio, y al terminar la visita, se llevaba a Londres su negativa, dolido el corazón, pero persistente y definitivo cual la tumba. Trató de llegar a las fuentes secretas de su resistencia; solamente una vez tuvo un destello de orientación. Fue en una de esas reuniones en que se baila y que proporcionan los únicos escapes a la pasión de los veraneantes de las playas de moda. Estaba sentado con ella en el alféizar de una ventana, con los sentidos excitados por la melodía de un vals. Ella le miraba por encima de su abanico, que se movía lentamente, y él perdió la cabeza. Cogiendo aquella muñeca que agitaba el abanico, apretó sus labios contra el brazo de la muchacha. Y ella se estremeció…, y nunca había olvidado aquel estremecimiento, ni la mirada apasionadamente hostil que le dirigió.

Pero un año después había cedido. Lo que le hiciera ceder, él nunca lo

supo; y de la viuda de Heron, una señora dotada de gran talento diplomático, no supo tampoco nada. Una vez, estando ya casados, le preguntó: «¿Por qué me rechazabas tan insistentemente?». Ella le respondió con extraño silencio. Era un enigma entonces y lo seguía siendo…

Bosinney le estaba esperando en la puerta; y en su cara arrugada y agradable había una mirada rara y feliz, como si también él viese una promesa de felicidad en el cielo primaveral u oliese una ventana cerca en el aire de primavera. Soames le miró. ¿Qué le pasaba a aquel sujeto que parecía tan feliz? ¿Qué esperaba que tenía aquella sonrisa en boca y ojos? Soames no podía comprender qué era lo que esperaba Bosinney al estar allí bebiendo el viento perfumado de flores. Y una vez más se sintió chasqueado por aquel hombre al que despreciaba ya por hábito. Se apresuró a llegar a la casa.

—El único color para las tejas —oyó decir a Bosinney— es color rubí con un ligero tinte gris que le dé transparencia. Me gustaría conocer la opinión de Irene. Ya he encargado las cortinas de cuero púrpura para el patio; y si hacemos contrastar el color marfil del papel del salón, obtendremos una visión ficticia. Es menester apuntar con el decorado a lo que yo llamo encanto.

Soames preguntó:

— ¿Quiere decir que mi mujer tiene encanto?…

Bosinney evadió la respuesta.

—Debería usted poner un macizo de flor de lis en el centro del patio.

Soames sonrió con altivez.

—Ya miraré en casa de Bech un día de éstos y veré lo que puede ir bien.

No tenían muchas cosas que decirse el uno al otro; pero camino de la estación, Soames preguntó:

— ¿Cree usted que Irene tiene sentido artístico?

—Sí.

Y lo abrupto de la respuesta parecía decir: «Si usted tiene gana de discutirla, puede buscar con quién hacerlo».

Y la lenta y tétrica cólera que Soames sintiera durante toda la tarde reverdeció en aquel momento.

Ninguno habló hasta ya bien cerca de la estación. Entonces Soames preguntó:

— ¿Para cuándo espera haber acabado?

—Pues para fines de junio, si quiere usted que también me encargue del

decorado.

Soames asintió.

—Pero entienda usted bien —dijo— que la casa me está costando mucho más de lo que pensaba. Y quiero decirle que lo hubiera abandonado todo a no ser por la costumbre que tengo de terminar lo que empiezo.

Bosinney no contestó. Y Soames le miró de lado con disgusto profundo.

Cuando, a las siete de aquella tarde, June llegó a Montpellier Square 06, la muchacha, Bilson, le dijo que el señor Bosinney estaba en el salón. La señora, añadió, se estaba vistiendo y bajaría en seguida. Le avisaría que la señorita June había llegado.

June la detuvo:

—Está bien, Bilson, no moleste a la señora: ya la esperaré lo que sea.

Se quitó la capa, y Bilson, con mirada de comprensión, ni siquiera le abrió la puerta del salón, sino que echó a correr por la escalera.

June se detuvo un instante para mirarse al espejo que había sobre aquella antigua cómoda de roble. Después abrió la puerta del salón suavemente, pensando en dar a su novio una sorpresa. La habitación estaba cargada de suave aroma de azaleas.

Inspiró profundamente el perfume y oyó la voz de Bosinney, no en el salón, sino muy cerca, diciendo:

—Teníamos que hablar de muchísimas cosas, pero ahora no hay tiempo.

Y la voz de Irene respondía:

— ¿Por qué no a la cena? ¿Pero cómo se puede hablar…?

El primer pensamiento de June fue el de marcharse; pero, en vez de hacerlo, se dirigió a la ventana que daba al patinillo. De allí venía el olor a azaleas, y de pie y de espaldas a ella, con las caras hundidas entre las flores doradorrosáceas, estaban su novio e Irene.

En silencio, pero sin sentir vergüenza, con las mejillas enrojecidas y los ojos llenos de furia, observaba.

—Venga el domingo usted sola… Podemos ver la casa juntos.

June vio a Irene mirarle a él a través del cortinaje de flores. No era la mirada de la coqueta, sino… algo peor. Era la mirada de una mujer temerosa de decir demasiado.

—He prometido salir en coche con el tío…

— ¡El gran gordo! Hágale que la lleve; no son más que diez millas, lo mejor para sus caballos.

— ¡Pobre tío Swithin!

Una oleada de olor llegó a la cara de June; se sintió mareada y enferma.

— ¡Sí, hágalo!

—Pero ¿por qué?

—Necesito verla allí… Yo creía que usted querría ayudarme…

La respuesta le pareció a June que sonaba suavemente, temblando entre las flores:

—Sí que quiero…

Y se acercó a la ventana.

— ¡Qué cargado está esto! —dijo—. Este olor es insoportable…

Sus ojos, indignados y sinceros, cayeron sobre las caras de los dos.

— ¿Estabais hablando de la casa? Yo no la he visto todavía, ya sabéis. ¿Vamos todos el domingo?

El color se había desvanecido de la cara de Irene.

—Voy a ir en coche de paseo con el tío Swithin —contestó.

— ¿El tío Swithin? ¿Y eso qué importa? Puedes dejarle plantado.

—No acostumbro a dar plantones a la gente.

Se oyeron ruidos de pisadas, y June vio a Soames junto a ella.

—Bueno, si todos están dispuestos —dijo Irene, mirándolos a todos con una sonrisa extraña—, la cena lo está también…

II

June va al teatro

La cena comenzó en silencio; las mujeres estaban sentadas frente a frente, y los hombres también. En silencio se tomó el consomé, que era excelente, si bien un poco espeso; trajeron el pescado y, en silencio también, se sirvió. Bosinney se atrevió a decir:

—Es el primer día de primavera.

— ¡Primavera! —replicó June—. No sopla ni un poco de aire —y nadie respondió.

El pescado fue retirado: era un fino pescado de Dover, muy fresco. Y Bilson trajo champaña.

Soames dijo:

—Lo encontraréis seco.

Después se sirvieron chuletas. June no quiso probarlas, y se hizo el silencio. Quiso animarla Soames a comer:

—Debes tomar una chuleta, June, pues ya no hay nada más.

Pero June insistió en rehusar, y se las llevaron. Entonces Irene preguntó:

—Bosinney, ¿ha oído usted cantar el mirlo que tengo?

Y Bosinney contestó:

—Ya lo creo; es un buen reclamo. Cuando venía yo le oí en la plaza.

—Es un encanto.

— ¿Toma ensalada el señor?

Pero Soames estaba hablando:

—Los espárragos no valen nada. Bosinney, ¿tomará un vasito de jerez con su novia? June, tú no bebes nada…

—Ya sabes que nunca bebo. El vino es horrible.

Trajeron una jalea de manzana en servicio de plata. Y, sonriendo, Irene dijo:

—Las azaleas huelen a maravilla este año.

A lo que Bosinney comentó:

—A maravilla huelen. Es un aroma extraordinario.

June dijo:

— ¿Cómo os gustará ese olor? El azúcar, por favor, Bilson.

Le dieron el azúcar, y Soames hizo notar:

—Está bueno este dulce de manzana.

Y retiraron el dulce de manzana. Siguió un largo silencio. Irene, llamando a la muchacha, dijo:

—Llévese las flores, Bilson. Le molestan a la señorita.

—No, no, déjelas usted —dijo June.

Aceitunas francesas y caviar vinieron a continuación, en platitos pequeños. Soames preguntó:

— ¿Por qué no traen las aceitunas españolas?

Pero no obtuvo respuesta.

Y las aceitunas fueron retiradas también. Alzando su vaso, June pidió agua. Le sirvieron agua. Trajeron una bandeja de plata con ciruelas alemanas. Otro largo silencio re estableció. En perfecto acuerdo, todos comían. Bosinney contaba los huesos:

—Este año…, el que viene…, más adelante…

Irene terminó suavemente:

—Nunca… Y qué preciosa puesta de sol. Todavía el cielo parece un inmenso rubí…, es hermoso.

Y él respondió:

—Y debajo, todo es oscuro.

Sus ojos se habían encontrado, y June exclamó despectivamente:

— ¡Una puesta de sol en Londres!

Trajeron cigarrillos egipcios en una cajita de plata. Soames, cogiendo uno, preguntó:

— ¿A qué hora empieza el teatro?

No le contestaron. Vino el café turco en tazas de esmalte.

Irene, sonriendo suavemente, dijo:

—Si siempre…

—Si siempre, ¿qué? —preguntó June.

—Si siempre fuera primavera…

Se sirvió el jerez. Era pálido y viejo. Soames dijo:

—Bosinney, tome una copa.

Bebió éste un vaso, y todos se levantaron.

— ¿Queréis un coche? —preguntó Soames.

June respondió:

—No. Mi capa, por favor, Bilson.

Y le trajeron la capa.

Irene, en la ventana, murmuró:

— ¡Qué noche tan hermosa! Están saliendo las estrellas…

Añadió Soames:

—Bueno, pues que lo paséis muy bien.

Desde la puerta respondió June:

—Gracias. Vamos, Felipe.

Contestó Bosinney:

—Ya voy, ya voy.

Soames sonrió con sonrisa desagradable y dijo:

— ¡Qué mala suerte!

Bosinney dijo:

—Buenas noches.

—Buenas noches —respondió ella dulcemente.

June hizo que su novio la llevara al piso alto de un autobús, diciendo que necesitaba aire, y allí se sentó en silencio, dejando que el aire le azotara el rostro.

El conductor volvió la cabeza un par de veces con intención de aventurar un comentario, pero pareció pensarlo mejor y no dijo más. ¡Sí que eran una pareja divertida! La primavera también se había metido en la sangre del hombre, y sentía la necesidad de dejarla escapar de algún modo; chasqueó la lengua, volteando la tralla y fustigando a los caballos, que también habían olido la estación y que durante un cuarto de hora trotaron por las calles con herradura feliz.

La ciudad entera rebullía alegre, Los árboles, alzando sus ramos con hojitas menudas, parecían llamar al viento, que les llevaría, sin duda, algún regalo. Las farolas, recién encendidas, se iban imponiendo con su luz sobre la penumbra, y las caras de las personas empalidecían bajo su resplandor, mientras que arriba las grandes nubes blancas se deslizaban rápida y blandamente en el cielo de púrpura.

Muchos hombres, con traje de noche, habían dejado en casa los abrigos y entraban, animados y alegres, en su Club; la gente trabajadora vagaba por todos sitios, y las mujeres, aquellas mujeres que a esas horas de la noche van por ahí, solitarias y solitarias, aunque en multitud se dirigen hacia el este de Londres, circulaban lentamente con una gran esperanza pintada en las caras:

esperanza de buen vino y de una buena cena, y quizá, en un momento de sinceridad, en un beso dado por amor.

Aquellas incontables figuras que seguían su camino bajo las luces y bajo el cielo en movimiento, habían recibido todas y cada una alguna bendición de agitación de la diosa Primavera. Y todos y cada uno, como aquellos hombres de Club con las chaquetas desabrochadas, habían perdido algo de su casta, credo y costumbres, y por la inclinación de los sombreros, el paso vivo, la risa o el silencio, revelaban la común condición humana bajo el cielo apasionado.

Bosinney y June entraron silenciosos en el teatro, y subieron a sus asientos altos. La pieza había acabado de empezar, y el salón, medio a oscuras, con sus hileras de seres mirando todos al mismo sitio, parecía un gran jardín en que todas las flores miraran al sol.

June no había estado nunca «arriba» en un teatro. Desde los quince años había ido siempre con su abuelo a butacas; y no a butacas corrientes, sino de las mejores, hacia el centro de la tercera fila, pedidas de antemano por el viejo Jolyon a Grogan y Boyne, varios días antes cuando volvía a su casa de la City. Se guardaba las entradas en el bolsillo de la petaca y se las confiaba a June hasta la noche de la función. Y en aquellas butacas, una figura vieja y recta, con noble cabeza blanca, y una figurilla ansiosa, con pelo oro rojo, se sentaban a presenciar toda clase de obras. De vuelta a casa, el viejo Jolyon decía siempre del primer actor:

— ¡Oh, no vale nada!… ¡Tenías que haber visto a Bobson!

Ella había esperado aquella noche con intranquilidad deliciosa. Iría sola, sin carabina, sin que nada se supiera en Stanhope Gate, donde se suponía que estaba en casa de Soames. Había esperado una recompensa a su pillería, planeada para agradar a su novio. Había esperado que aquello rompiera la nube densa y fría que se había formado y que volverían a ser sus relaciones lo que fueran antes: alegres, soleadas y claras, como antes del invierno. Quería, en el teatro, decir algo definitivo, y miraba al escenario con el ceño fruncido, sin ver nada, con las manos apretadas en la falda. Un enjambre de sospechas celosas le picaba y le picaba por doquier.

Si Bosinney se daba cuenta de lo que pasaba por su ánimo, no daba muestras de ello.

El telón descendió. El primer acto había terminado.

—Hace aquí un calor horrible —dijo la muchacha—. Me gustaría salir fuera.

Estaba muy pálida y veía —pues con los nervios excitados lo veía todo— que su novio estaba molesto y tristón.

En la parte trasera del teatro había un balcón abierto que daba a la calle; se posesionó de él y allí quedó silenciosa, esperando que el otro comenzase a hablar.

Al fin no pudo soportar el silencio.

—Tengo que decirte algo, Felipe.

— ¿Sí?

El tono defensivo de su voz hizo que el color brotara a las mejillas de June y que las palabras acudieran, fluidas, a sus labios:

—No me das una ocasión de mostrarme cariñosa contigo; hace ya mucho tiempo que no provocas en mí el menor deseo de ternura o de afabilidad.

Bosinney miró a la calle. No contestó nada.

June exclamó con pasión:

—Sabes que quiero hacer todo por ti, que quiero ser todo para ti…

De la calle subió un zumbar oscuro; dominándolo, el sonido agudo de la campanilla sonó para anunciar el comienzo del segundo acto. June no se movió. En su interior se celebraba una tremenda lucha. ¿Debería hacer la prueba decisiva? ¿Debería enfrentarse directamente con aquella fuerza que le estaba separando de ella? Su naturaleza y carácter eran de lucha, y dijo:

—Felipe, llévame el domingo a ver la casa.

Con una sonrisa forzada en los labios, tratando, ¡y de qué manera!, de mostrar que no estaba observándole, miraba su rostro dudar y vacilar, vio cómo una línea fruncida aparecía en su entrecejo, cómo la sangre acudía a su cara. Le respondió:

—El domingo, no, querida, otro día…

— ¿Por qué el domingo no? El domingo no estorbaré a los que trabajan.

Él hizo un esfuerzo evidente y dijo:

—El domingo tengo un compromiso.

—Sí; es que vas a llevar a…

Los ojos de Bosinney se llenaron de furor; se encogió de hombros y contestó:

—Un compromiso que me impide llevarte a ti.

June se mordió los labios hasta hacerse sangre, y se volvió hacia su localidad sin decir una palabra, pero no pudo impedir que por sus mejillas rodasen lágrimas de cólera. Afortunadamente, había habido un apagón de luz

y la gente de la sala no vio que lloraba.

Pero que en este mundo de Forsytes nadie se crea libre de observación.

Tres filas detrás. Eufemia, la hija menor de Nicolás, con su hermana casada, la señora de Tweetyman, estaba al acecho.

Y en casa de Timoteo contaron cómo habían visto a June y a su novio en el teatro.

Hubo preguntas:

— ¿En butacas?

Y respuestas:

—En butacas precisamente…, no…

— ¿En butaca de orquesta entonces? Sí, parece que ahora la gente joven…

—Bueno, precisamente en…

Pero eso no tenía importancia. Aquel noviazgo no iba a durar mucho. Nunca habían visto a nadie mostrar tanta rabia en la mirada como a la pequeña June. Con lágrimas de alegría, contaron cómo le había dado una patada al sombrero de un hombre al volver a su sitio a la mitad de un acto, y detallaron la cara que el hombre había puesto. Eufemia tenía una risa silenciosa, que acababa inesperadamente en agudos cacareos; y cuando la señora Small, manos al cielo, decía: «¡Dios mío! ¡Una patada a un som… som… brebreeeero!», soltó tal número de risas raras de aquéllas que se desmayó y hubo que darle a oler vinagre. Y al marcharse, decía a la señora de Tweetyman:

— ¡Dar una patada a un sombrero! Es para morirse…

En cuanto a la «pequeña June», que aquella noche «había ido de teatro», se sentía profundamente desgraciada. Dios sabe que ella trataba de amortiguar su doliente orgullo, sus sospechas, sus celos…

Se separó de Bosinney a la puerta de la casa del viejo Jolyon, sin derrumbarse; la idea de que había de reconquistar a su novio fue lo suficientemente poderosa para mantenerla hasta que, al dejar de oír los pasos del que marchaba, comprendió la verdadera extensión de su desgracia.

El criado, silencioso, le abrió. Pensaba haberse escurrido a su cuarto, pero el viejo Jolyon, que la había oído, la esperaba a la puerta del comedor.

—Entra y tómate un vaso de leche. Está calentita. Vienes muy tarde. ¿Dónde has estado?

June se mantuvo junto a la chimenea con un pie en la barandilla de hierro y

un brazo en la repisa, lo mismo que su abuelo había hecho al venir por la noche de la ópera. Y estaba tan cerca de no poder contenerse más, que no se daba cuenta de que le hablaba.

—Cenamos en casa de Soames.

— ¡Hum!… El hombre bien acomodado. Su mujer también estaría, claro…, y Bosinney.

—Sí.

El viejo Jolyon la contemplaba con aquella mirada penetrante a la que era difícil ocultar las cosas; pero ella no le miraba, y cuando volvió la cabeza, el viejo cesó inmediatamente su escrutinio. Había ya visto bastante, y demasiado. Se agachó para cogerle el cacillo de leche que estaba en el hogar y le dijo:

—No hay que estar levantado hasta tan tarde, que luego uno anda todo el día sin poder hacer nada.

Con el periódico, cuya hoja volvió ruidosamente, se tapaba la cara; pero cuando June se le acercó a darle el beso de las buenas noches, dijo: «Que descanses, rica», en un tono tan trémulo e inesperado, que a June le fue casi imposible llegar a su cuarto sin romper en sollozos definitivamente.

Cuando hubo cerrado la puerta, el viejo Jolyon dejó el periódico y miró larga y dolorosamente ante sí.

«¡El granuja! —pensó—. Ya sabía yo que traería disgustos».

Y le asaltaron sospechas y angustias, y sobre todo el gran dolor de comprender que no podía hacer nada para evitar los acontecimientos.

¿Iba el tipo aquel a plantarla? Tenía ganas de ir y decirle: «Oiga usted, caballero: ¿es que va a dejar a mi niña?». Pero ¿cómo iba él a hacer eso? Sabiendo poco o nada, comprendía con su astucia infalible, que algo estaba sucediendo. Y le parecía que Bosinney estaba demasiado apegado a Montpellier Square.

—Este sujeto —pensó— podrá no ser un granuja; no tiene cara de eso, pero es un bicho raro. ¡Nunca sabré qué pensar de él! Dicen que trabaja como un negro, pero me parece que tampoco de eso va a salir nada bueno. No tiene espíritu práctico, no tiene método. Cuando viene aquí se sienta y se queda con una seriedad de burro que tira de espaldas. Si le pregunto qué vino quiere beber, me dice: «Gracias, cualquiera». «Si le ofrezco un cigarro, lo fuma como si fuera una tagarnina de diez céntimos. No le veo nunca mirar a June como debiera mirarla; y, sin embargo, no es que vaya detrás de su dinero. Si ella hiciera el menor gesto de desagrado, él se retiraría inmediatamente. Pero no, ella no hará, gesto alguno de desagrado, no faltaba más. Se agarrará a él como una lapa. Es obstinada, obstinada… Nunca le dejará escapar».

Suspirando hondamente, volvió a su periódico; quizá en la letra impresa encontrara algún consuelo.

Y arriba, en su habitación, June estaba sentada ante la ventana abierta, por donde entraba el aire de la primavera, refrescándole las mejillas y haciendo arder su corazón.

III

En coche con Swithin

Dos versos de una canción de un libro famoso de cantos escolares dicen así:

¡Cómo brillaban los botones de su levita azul, tra-la-la!

¡Cómo cantaba, cómo piaba, lo mismo que un pájaro!…

Swithin no es que cantase como un pájaro, pero casi parecía decidido a tararear cualquier melodía al salir de su casa en Hyde Park y contemplar sus caballos parados a la puerta.

La tarde era dulce y embalsamada como un día de junio, y para completar la gracia de la antigua canción, llevaba una levita azul y no llevaba abrigo, decisión a la que había llegado tras enviar tres veces a Adolfo a comprobar que no soplaba ni gota de aire del Este; la levita la llevaba abotonada tan fuertemente alrededor de su ilustre persona que si los botones no brillaban, bien podrían hacerlo. Mayestáticamente, se puso sus guantes de piel de perro; con su gran chistera acampanada, con su imponente figura, parecía demasiado juvenil para ser un Forsyte. Su espesa cabellera blanca, a la que Adolfo había concedido la caricia de una aplicación de pomada, exhalaba fragancias de opopónax y buen tabaco, de aquellos cigarros marca Swithin, por los que pagaba ciento cuarenta chelines el ciento, y de los que el viejo Jolyon había amablemente afirmado que no los fumaría ni regalados: requerían el estómago de un caballo…

— ¡Adolfo!

— ¡Señor!

— ¡La manta escocesa nueva!

Aquel sujeto no aprendería nunca las debidas elegancias. Y la señora de Soames sabía apreciar, no había duda…

— ¡Tráeme el capote! Voy con una señora…

Una linda mujer, que haría sin duda gran exhibición de elegancias. Sí… Iba a salir en coche con una señora. ¡Era como volver a los buenos tiempos!

Hacía mucho que no salía en coche con una mujer. La última vez, si no se acordaba mal, había sido con Julita, y la pobre había estado todo el tiempo más nerviosa que un gatito y había conseguido que el nerviosismo se le contagiara tanto a él, que al dejarla en Bayswater Road, le había dicho: «Bueno, ¡que me maten si vuelvo a llevarte a ninguna parte!». Y no había vuelto a llevarla, claro que no.

Acercándose a sus caballos, les examinó el bocado. No es que él entendiese una palabra de bocados, pues no les pagaba a sus cocheros sesenta libras al año para tener que saber él su oficio, pero no le parecía apropiado examinar los bocados de los caballos. Su fama de hombre entendido en caballos y en su manejo radicaba en el hecho de que alguien, en día de Derby, le había visto llegar a la puerta del Club guiando cachazudamente su tronco gris —siempre llevaba caballos grises, pues «visten más y cuestan lo mismo»— y había ironizado llamándole «el Forsyte de la cuadriga». El nombrecito le había llegado a los oídos y le había gustado. No es que hubiera guiado nunca una cuadriga, ni era fácil que lo hiciera, pero tenía su fantasía y su encanto. ¡No estaba mal! ¡Forsyte, el de la cuadriga!… Había nacido demasiado pronto para seguir su vocación, y tuvo que dedicarse a los negocios…, que si no…

Una vez sentado en el pescante y con las riendas en la mano, guiñando los ojos a causa del sol, miró cuidadosamente hacia atrás. Adolfo ya había subido; el caballerizo estaba dispuesto a soltar los animales; todo estaba listo para la señal de partida, y Swithin la dio. Los caballos se lanzaron contentos, y en un momento llegaron a la puerta de Soames. Irene salió inmediatamente, y al instante subió —después lo contaba él en casa de Timoteo— ligera como, como… eso; sin hacer tonterías, sin necesitar esto ni lo otro; y, sobre todo —y lo decía mirando a la señora de Small de forma que llegó a desconcertarla—, sin nerviosismos tontos. A la tía Ester le describió el sombrero de Irene: «No como uno de esos cacharros enormes que te pones tú, que lo ocupan todo y que se llenan de polvo, sino una cosita pequeña muy mona —e hizo un movimiento circular con la mano—, con un velo blanco… precioso».

— ¿De qué era? —preguntó tía Ester, que manifestaba un lánguido, pero intenso interés por las cuestiones de vestido y tocado.

— ¿Que de qué era? —arguyó Swithin—. ¿Y qué demonio sé yo de qué era?

Y cayó en un silencio tan profundo, que tía Ester pensó que le había dado algo. No trató de despabilarle, pues no acostumbraba ella hacer ciertas cosas.

«¡Si viniera alguien!, pensó. No me gusta nada este hombre».

Pero pronto volvió Swithin a dar señales de vida.

— ¿Que de qué estaba hecho? —murmuró lentamente—. ¿Y de qué podría estar hecho?

No habían andado ni cuatro millas, cuando ya Swithin se dio cuenta de que a Irene le gustaba ir en coche con él. Su cara era tan dulce tras el velo blanco, y sus ojos brillaban de tal forma… Cada vez que le hablaba los levantaba hacia él y sonreía.

En la mañana del sábado, Soames se la había encontrado escribiendo una nota para Swithin diciéndole que no saldría.

— ¿Por qué no había de salir? —le preguntó—. Eso no estaba bien. Podía dar plantón a la familia de ella si quería; pero a la familia de él, de ninguna manera.

Ella le había mirado fijamente y había respondido:

—Muy bien —y había roto la carta.

Y comenzó a escribir otra. Soames vio que estaba dirigida a Bosinney.

— ¿Qué tienes tú que escribir a ese individuo? —preguntó.

—Una cosa que me ha pedido —dijo lentamente, mirándole otra vez con fijeza.

— ¡Vaya por Dios!

Swithin abrió dos ojos como dos placas ante la mención de Robin Hill; era demasiado camino para sus caballos, y además él tenía que cenar a las siete y media, antes que empezara el jaleo en el Club.

Sin embargo, también le seducía la idea de echar una mirada a la casa. Una casa siempre interesaba a un Forsyte, y especialmente si se había dedicado a negocios de subasta. Sí, no estaba muy lejos. Siendo él joven, vivió en Richmond mucho tiempo, tenía allí su coche y sus caballos, y siempre iba a sus negocios con ellos. Ya le llamaban «el Forsyte de la cuadriga», ya… Su coche y sus animales eran conocidos desde Hyde Park hasta La Estrella y el Galón, y el duque de Z había querido comprárselos: no le importaba darle el doble de lo que valían; pero él no se quiso desprender de ellos ¡ni en broma! Él sabía distinguir una cosa buena de una mala, ¡pues no faltaba más!… Y un resplandor de sublime orgullo iluminó su frente.

Realmente, Irene era una mujer encantadora. Y se entretuvo después largamente, describiéndole a tía Ester las particularidades de su traje.

—Le sentaba como un guante. Lo llevaba estirado como un parche de

tambor, como le gustaban los vestidos de señora a él, de una pieza, no como vestís vosotras, que más que mujeres parecéis unos espantapájaros —y miró a la señora de Septimus Small, que se parecía a James, larguirucha y flaca—. Tiene estilo —continuó—. Boccato di cardinale. Y además, tan reposadita…

—Sí, sí, que te ha conquistado —gruñó la tía Ester desde su rincón.

Swithin oía perfectamente cuando alguien le atacaba.

—Pues ¿y qué? Yo distingo una mujer elegante cuando la veo, y todo lo que puedo decir es que no conozco un hombre digno de ella. Pero quizá… ¡vamos, anda!

— ¡Oh! —murmuró Ester—. Julita, Julita…

Antes de llegar a Robin Hill se había sentido con un sueño tremendo, y se las veía y deseaba para no quedarse dormido y hasta para mantenerse derecho.

Bosinney, que estaba esperando, se acercó a recibirlos, y los tres juntos entraron en la casa. Swithin el primero, apoyándose en un fuerte bastón de Malaca que Adolfo le había dado, pues sus rodillas se resentían de llevar mucho tiempo en la misma posición. Se había puesto el capote con pieles para protegerse de las corrientes de la casa sin acabar.

—La escalera es hermosa —dijo—; de estilo ducal. Deberían poner algunas estatuas por allí —se paró al llegar a las columnas del patio interior y las señaló con el bastón inquisitivamente—. ¿Qué iba a ser aquello? Era un vestíbulo, ¿no? ¿O cómo le llamaban? —pero viendo el techo de cristales, le acudió la inspiración—: ¡Ah, ésta es la sala de billar!

Cuando le explicaron que llevaría plantas en el centro, se volvió extrañado a Irene.

— ¿Gastar esta habitación en plantas? Tú hazme caso, y pon aquí una buena mesa de billar.

Irene sonrió. Se había levantado el velo, poniéndoselo como la cofia de una monja, por la frente, y el destello de sus ojos negros le pareció a Swithin más encantador que nunca. Hizo un gesto de satisfacción. No le cabía duda de que ella seguiría su consejo.

Tuvo poco que decir del salón y del comedor, que consideró «espaciosos»; pero cayó en rapto entusiástico al llegar a la bodega, a la que bajó por su escalera de piedra, precedido de Bosinney con una luz.

— ¡Menuda bodega! Os caben aquí seiscientas o setecientas docenas de botellas. ¡Menuda bodega!

Como Bosinney expresara el deseo de mostrarles la casa desde el matorral de debajo, Swithin se paró en seco.

—Desde aquí se disfruta de una magnífica vista; yo no sigo más. ¿No tenéis algo que se parezca a una silla?

Le llevaron una silla de la tienda de Bosinney.

—Ustedes dos pueden ir al matorral o a donde les parezca, que yo me quedo aquí.

Se sentó junto al roble, al sol; se quedó erguido y firme en su postura, con una mano en la cayada del bastón y la otra sobre una rodilla, con el capote de pieles abierto, la chistera dándole sombra al rostro y su mirada perdida en el panorama.

Los saludó cuando descendían por los campos, camino del matorral. No le desagradaba quedarse solo para reflexionar unos instantes. El aire era muy puro y no hacía demasiado calor al sol; la vista que disfrutaba era bonita, «no-ta-ble-men-te bo-ni-…». Su cabeza se inclinó hacia un lado. La alzó vivamente, bostezando. Sí… le saludaaaaban des-de a-llíií. Y la cabeza se inclinó hacia el lado contrario, volvió a levantarla, y… se quedó dormido.

Y allí dormido, centinela en la cumbre, parecía reinar sobre todo aquello que le rodeaba, como una imagen de los Forsytes primitivos, tallada por algún ignoto artista de los tiempos paganos para dejar prueba ostensible de la dominación del espíritu sobre la materia.

Y las innúmeras generaciones de sus antepasados labriegos de aquellos que el domingo se sentaban a contemplar sus pedazos de tierra con sus ojos grises, ocultando sus instintos enraizados en la violencia, sus instintos de posesión y dominio, sus instintos de excluir a todos los demás de la propiedad de toda cosa…, todas aquellas generaciones que fueron estaban allí, con él, en la cumbre, dominando el declive.

Pero escapando de él, su celoso espíritu forsyteano se le fue por Dios sabe qué ignotas regiones de la jungla de la fantasía siguiendo a aquellos dos jóvenes, para ver lo que hacían en el matorral, en el matorral que la primavera recorría, liberando el aroma de la savia de los árboles y de los capullos que querían surgir a nueva luz, liberando el trino de los pájaros y haciendo más brillante la alfombra de campanillas y otras flores que por allí se daban, y haciendo que el sol se acumulase en racimos luminosos en las copas de los árboles. Quería su espíritu ver qué hacían aquellos dos que caminaban tan juntos por tan estrecho sendero, que caminaban tan juntos que estaban en contacto permanente; quería su espíritu ver cómo brillaban los ojos de Irene, que, negros ladrones, robaban el alma de la primavera. Y como una carabina invisible, su espíritu estaba allí, inclinándose con ellos a ver el cadáver de un topo que, habiendo muerto hacía menos de una hora, conservaba su piel plateada, intocada aún por la lluvia o el rocío; mirando sobre la cabeza

inclinada de Irene, y mirando la suave pena de sus ojos ante el animalillo muerto; mirando los ojos del hombre, que miraban a Irene de una manera fuerte y extraña; andando con ellos también, a través del espacio abierto por un leñador que había estado trabajando, donde las campanillas estaban pisoteadas y donde un tronco recién abatido estaba aún unido a su muñón; saltando el tronco con ellos, llegando al límite del matorral, desde donde se columbraba un mundo desconocido y adonde, de algún sitio, llegaba el canto: Cucuuu… Cucuuu. Su espíritu, junto a ellos, estaba también en silencio, participando del silencio extraño de ellos. ¡Qué raro, qué extraño era todo esto!

Y también su espíritu empezó, junto a ellos, a desandar lo andado; llegó también al árbol caído. Y sin ser visto, tratando de mostrar que estaba allí, tratando de hacer ruidos, su espíritu vio a Irene sentada en el tronco y cómo su boca sonreía al hombre que estaba sentado en el suelo; la vio deslizarse de su asiento, deslizarse, caer a su lado…; vio cómo su cuerpo caliente y juvenil se inclinaba sobre él, cómo su cabeza se acercaba a la de él; vio el beso, oyó la exclamación del hombre:

—Tienes que saberlo… ¡Te amo! Sí, te amo, te amo…

Swithin se despertó. Tenía mal gusto de boca. ¿Dónde estaba? ¡Caramba, se había dormido! Y había estado soñando algo de una sopa que sabía a menta…

— ¿Dónde se habrán metido ésos?

Se le había dormido una pierna.

— ¡Adolfo!

El granuja no estaba allí; se habría dormido en cualquier parte.

Se puso en pie, alto, cuadrado, fuerte, mirando hacia la pendiente; y los vio venir. Irene marchaba delante, y aquel sujeto — ¿cómo le llamaban? ¡Ah, sí, el Pirata!— la seguía como un perrito. ¡Vaya idea que había tenido: llevarla tan lejos a mirar la casa!

Le vieron. Extendió los brazos, y los agitó para animarse a seguir subiendo. Pero se habían parado. Estaban hablando. ¿Qué tenían que hablar? Prosiguieron de nuevo. Sin duda, ella le había dicho algo desagradable, no lo dudaba. Aquella casa tan grande era horrible, no era la casa que a él le hubiera gustado…

Se fijó detenidamente en sus caras. La del hombre tenía un aire raro.

— ¡Esto no vale nada! —dijo, señalando la casa—. Demasiado modernista.

Bosinney le miró como si no le hubiera oído. Y hubo algo que despertó las

sospechas, que agudizó la penetración psicológica de Swithin. Quizá fuera la frente abultada de Bosinney o sus pómulos salientes, o aquel algo hambriento que había en su cara, que contrastaba con la concepción de Swithin de la tranquila saciedad que debe caracterizar al perfecto caballero.

La idea del té le alegró. Sentía desprecio por el té —su hermano Jolyon había estado en negocios de té y había sacado mucho de ellos—; pero estaba tan sediento, y tenía tan mal gusto de boca, que no le hubiera importado beber cualquier cosa. Sentía gran deseo de explicar a Irene su mal sabor bucal —ya que era tan comprensiva—, pero no sería cosa distinguida el hacerlo; pasó repetidamente la lengua por toda la cavidad bucal y suavemente la chascó contra el paladar.

En un rincón apartado de la tienda, Adolfo inclinaba sus bigotes gatunos sobre la tetera. La dejó para sacar el corcho de una botella de champaña. Swithin sorbió y dijo a Bosinney:

— ¡Caramba, vive usted como Montecristo!…

Esta famosa novela —una de la media docena que había leído— produjo una extraordinaria, impresión en su mente.

Levantando el vaso de la mesa, lo puso a la altura de los ojos para observarlo; aunque estaba sediento, no iba a beber cualquier cosa. Al fin, llevándoselo a los labios, tomó un sorbo.

—Un vino muy bueno —dijo, al fin, colocándoselo ante la nariz—. Pero no se puede comparar con mi Heidsieck.

Y fue en este momento cuando se le ocurrió la idea, que luego comunicó en casa de Timoteo, de esta forma: «No me extrañaría que el arquitecto se hubiera prendado de la mujer de Soames».

Y desde entonces, sus ojos abultados no dejaron de investigar las posibilidades de certeza de su suposición.

—El pájaro —dijo a la señora de Septimus Small— la mira con ojos de perro. ¡El muy granuja! No me extraña, no, pues ella es una mujer encantadora, pero…

Un vago recuerdo del perfume que exhalaba Irene, como el suyo una flor de pétalos semicerrados, le hizo pensar intensamente en lo que viera:

—Pero no estaba seguro de la cosa hasta que vi cómo recogía él su pañuelo.

Los ojos de la señora de Small hirvieron de excitación.

— ¿Y se lo devolvió? —preguntó.

— ¿Devolvérselo? ¡Sí, sí! Se lo metió en el bolsillo cuando pensaba que yo no estaba mirando.

La señora de Small se quedó boquiabierta y sin poder hablar.

—Pero ella no le dio ninguna esperanza —continuó Swithin; pero detuvo su charla y se quedó por unos minutos de aquella forma que alarmaba a Ester. Es que había recordado de repente que, cuando se marchaba, ella le había dado a Bosinney la mano por segunda vez, y le había permitido que la tuviera cogida unos instantes. Él había fustigado a los caballos, ansioso de tenerla sólo para él. Pero ella había vuelto la cabeza para mirar y no había respondido a su primera pregunta; tampoco había podido verle la cara, pues ella la mantenía abatida.

En algún sitio hay un cuadro —que Swithin no había visto— que muestra un hombre sentado en una roca, y junto a él, sumergida en el mar verde y tranquilo, verde como el agua, una ninfa echada sobre la espalda, con una mano cubriéndole el desnudo seno. Tiene una sonrisa en la cara, una sonrisa de rendimiento y de alegría… Sentada al lado de Swithin, Irene había sonreído así.

Y cuando, animado por el champaña, la tuvo ya sólo para él, desahogó con ella su corazón: le habló de su resentimiento contra el chef de su Club; de su preocupación por la casa de la calle de Wigmore, donde el pillo del inquilino se había arruinado por ayudar a su cuñado, como si la caridad bien entendida no comenzara por uno mismo; de su sordera, del dolor que a veces sentía en el lado derecho. Ella le escuchaba con los ojos divagando bajo los párpados. Y él creía que estaba doloridísima por sus culpas. Y así, con su capote de pieles, su chistera inclinada hacia adelante, no se había sentido nunca tan elegante y distinguido…

Mas un vendedor ambulante se sentía igualmente distinguido que él: llevaba a su chica a dar un paseo dominguero en el carrito del oficio, al galope de su burro, y se sentaba en la tabla de madera tieso como una vela, con la barbilla envuelta en un pañuelo encarnado, con la misma pompa con que Swithin la descansaba en su corbata: mientras tanto, la mujer imitaba simiescamente a una mujer elegante, con su boa al cuello flotando al viento. En su mano tenía un palito con una cuerda en la punta al que imprimía caprichosos movimientos, reproduciendo exactamente el movimiento del látigo de Swithin…

Aunque no se dio cuenta inmediata de la presencia del rufián, Swithin percibió al fin, que le estaban haciendo burla. Dio un vivo latigazo a la yegua. Sin embargo, por un algo inexplicable, los dos vehículos siguieron a la misma altura. La cara amarillenta de Swithin se puso roja; levantó su fusta para pegar al vendedor, pero una intervención especial de la Providencia le evitó caer en

semejante indignidad: otro coche, que se presentó en sentido contrario, hizo que el de Swithin se aproximara al carricoche del vendedor; las ruedas de los dos chocaron, y el más ligero volcó.

Swithin no se volvió a mirar. Por nada del mundo hubiera parado para ayudar a aquel rufián. Si se había roto el cuello, mejor.

Pero es que, además, no hubiera podido detenerse aunque hubiera querido: sus caballos grises se habían asustado. El coche volaba dando bandazos a un lado y a otro, y la gente se separaba asustada de la carretera. Los grandes brazos de Swithin, estirados con toda su fuerza, procuraban sujetar las riendas. Sus mejillas estaban como ascuas y sus labios comprimidos con furor.

Irene se agarraba al borde del pescante, y a cada salto que daban se sujetaba mejor. Le oyó preguntarle:

— ¿Vamos a tener un accidente, tío Swithin?

Él habló como pudo:

—No es nada…, una carrerita nada más.

—Yo no he tenido nunca un accidente.

— ¡No te muevas! —y la miró. Sonreía con perfecta calma—. Siéntate bien, y yo te llevaré a tu casa.

Y en medio de sus terribles esfuerzos quedó sorprendido oyéndole decir:

— ¡Y si no llego nunca más a casa, no me importa!

Intentó Swithin decir algo, pero la exclamación se le quedó en la garganta. Un bache con un salto terrible; luego, en la subida de una pendiente, el galope desenfrenado se hizo trote; y, por fin, los caballos, por propio recuerdo, se pusieron al paso.

—Cuando —explicaba Swithin en casa de Timoteo— detuve a los animales, ella estaba tan tranquila como yo ¡Dios mío!… Se comportó como si no le hubiera importado matarse. Todo lo que hizo fue decir que si no llegaba nunca a casa, que no le importaba.

Inclinándose sobre la cayada del bastón, murmuró ante el terror de la señora Small:

—Y no me sorprende. ¡Con un tipejo como Soames por marido!

No se le ocurrió pensar en lo que había hecho Bosinney cuando le dejaron: si había empezado a andar por el campo como el perro a que le había comparado; si había vuelto de nuevo a aquel matorral donde la primavera se dejaba sentir tan vehemente y donde se sentía lejano el cantar del cuco; si se había puesto a besar el pañuelo que se había apropiado, o si había

experimentado el dulce y violento dolor de corazón que le habría hecho sollozar entre los árboles. ¿Qué podría haber hecho aquel hombre? La verdad era que, hasta que estuvo en casa de Timoteo, Swithin se había olvidado por completo de su existencia.

IV

James quiere ver con sus propios ojos

Quienes desconocen la existencia de la Bolsa Forsyte, no pueden prever el gran revuelo que hizo la visita de Irene a la casa. Después que Swithin hubo contado en casa de Timoteo toda la historia de su memorable paseo, íntegramente, sin la menor malicia, sin el más leve tinte de crueldad y con la mejor intención, le fue contada a June.

— ¡Y qué cosa más terrible dijo, hija mía! —terminó tía Julita—. ¿Qué querría decir con eso de que no le importaba no volver a su casa? ¿Qué querría decir?

Fue una narración extraordinaria para la muchacha. La escuchó ruborizándose dolorosamente, y de pronto, con breve saludo, se marchó.

— ¡Ha estado casi grosera! —dijo la señora Small a tía Ester cuando June hubo partido.

Al recibir las noticias, le dio la interpretación debida. Quedó destrozada. Allí había algo verdaderamente malo. ¡Qué raro era todo! ¡Con lo amigas que ella e Irene habían sido!

Todo casaba muy bien con las insinuaciones y comentarios que se habían hecho últimamente. Lo que Eufemia había contado del teatro; el constante visitar de Bosinney al matrimonio Soames…, claro, ¿cómo no iba a verlos para tratar de la casa? Pero no se decía nada abiertamente. Solamente ante la mayor provocación, ante la más clara realidad, se hablaba claro en la Bolsa Forsyte. Esta máquina estaba demasiado bien ajustada: una insinuación, la más insignificante expresión de sentimiento o de duda, era bastante para poner en vibración el alma familiar. Nadie deseaba que hubiera malas consecuencias de esas vibraciones; lejos de eso… El movimiento vibratorio se producía con la mejor intención, con el sentimiento de que cada miembro de la familia tenía una contingencia en el alma familiar.

Y en el fondo de la murmuración había mucha ternura, que solía concretarse en visitas de condolencia, para consolar al que sufría y para autoconsuelo del sano, que sentía la satisfacción de que alguien padeciese con

lo que no padecía él En realidad, era mero deseo de que todo estuviera bien al descubierto, el deseo que mueve la Prensa pública, que llevó a James, por ejemplo, a comunicar con la señora de Small, a la señora de Small con los Nicolases, a los Nicolases, sabe Dios con quién, y así sucesivamente. La gran clase hasta la cual se habían elevado y a la que ya pertenecían requería cierta intercomunicación, cierta confianza con sus demás miembros; y aireando lo que pasaba, se aseguraban el seguir perteneciendo a ella.

Muchos de los más jóvenes Forsytes sentían, con gran naturalidad, y aun declaraban abiertamente, que no querían que nadie se inmiscuyera en sus cosas; pero tan poderosa era la corriente invisible del chismorreo familiar, que por nada del mundo se hubiera interrumpido. No había, pues, solución.

Uno de ellos (el joven Roger) había hecho un intento heroico de liberar a la nueva generación mediante el arbitrio de calificar a Timoteo de «gato viejo», para restarle así autoridad y prestigio. Pero su acción se volvió directamente contra él; sus palabras, llegando rápida y delicadamente a los oídos de tía Julita, pasaron a conocimiento de la señora Roger, quien, a su vez, las devolvió debidamente reforzadas y comentadas a su hijo.

Pero, además, sólo quienes obraban mal en la familia sufrían; por ejemplo, Jorge, cuando se arruinó en el billar; o el joven Roger mismo, cuando estuvo a punto de casarse con aquella muchacha, con quien —se murmuraba— ya estaba casado por las leyes da la Naturaleza; o la misma Irene, de quien se pensaba, más que se decía, que estaba en peligro.

Todo esto era no solamente agradable, sino saludable. Y ayudó a pasar muchas horas gratas en casa de Timoteo, en la carretera de Bayswater, horas que de otra forma hubieran sido estériles y pesadas para los tres seres que vivían allí; y la de Timoteo no era sino una de las cien mil casas de esa City de Londres…, casas de personas independientes y juiciosas de las clases de orden, que no participan ni siquiera en la batalla y deben encontrar razón de existencia en la lucha de otros.

Si no hubiera sido por los chismes familiares, la vida allí sería muy solitaria. Rumores y cuentos, noticias y suposiciones, los hacían sentirse como niños de un gran hogar, tan encantadores y queridos como hubieran sido los niños que no habían tenido hermanos y hermanas en la vida y por los que, secretamente, suspiraban en el fondo del alma. Pues si bien hay dudas sobre lo que ansiaba el corazón de Timoteo, no cabía duda alguna de que a la llegada de cada nuevo Forsytito se quedaba completamente desesperado.

Inútil que el joven Roger llamara a nadie «gato viejo»; inútil que Eufemia alzase las manos gritando: «¡Esos tres…!», y después se entregara a sus risas silenciosas, terminadas en cacareo. Inútil y, además, inconveniente.

La situación que podía apreciarse se podría calificar de extraña ante ojos forsyteanos —por no decir, con sus mismas palabras, «imposible»—; pero si se miran bien las cosas, no, no era la situación extraña del todo.

Se habían perdido de vista varias cosas.

Lo primero en el ambiente de seguridad producido por varias bodas tranquilas, se había olvidado que Amor no es flor de estufa, sino planta silvestre, nacida en noche húmeda, o en una hora de cálido sol; nacida de semilla también silvestre, sembrada al azar por viento loco, que, hecha ya planta, es silvestre también, y que cuando, por azar, crece en el recinto de nuestro jardín llamamos planta, y cuando nace fuera llamamos hierbajo, pero cuyo aroma y color son siempre violentas.

Además —estando los hechos y las cifras de sus vidas contra la percepción de la verdad—, no reconocían los Forsytes que, donde la planta silvestre nace, hombres y mujeres no son sino polillas predestinadas a caer en la llama brillante y atractiva de la silvestre flor.

Desde el escándalo del joven Jolyon se recrudeció, al olvidarse, la tradición de que el amor es una especie de sarampión del que las personas que se respetan se curan a tiempo, terminando todo en la segura convalecencia de la boda.

De todos aquellos que percibieron el extraño rumor acerca de la mujer de Soames y Bosinney, James fue el más afectado. Había olvidado, tiempo hacía ya, cómo había cortejado —larguirucho y pálido, patillas castaño claro— a Emilia en los días lejanos de su noviazgo.

Había olvidado la casita de las afueras de Mayfair en que había pasado sus primeros días de casado; o, mejor dicho, había olvidado los días que viviera en la casita, pero no la casita que había vendido después con un beneficio neto de cuatrocientas libras, cosa que no olvida fácilmente un Forsyte.

Había olvidado aquellos días, con sus esperanzas, sus miedos y sus dudas acerca de lo procedente de su matrimonio (pues Emilia, aunque bonita, no tenía nada, y él, en aquellos tiempos, casi no llegaba a las mil al año), como había olvidado aquella extraña e irresistible atracción que se apoderara de él y que le llevaba a pensar que si no se casaba con aquella chica de cabello rubio y lindos bracitos emergiendo de su ceñido corpiño, moriría.

James había pasado por aquel fuego, pero había pasado también por el río de los años que lo apagó; y había pasado por la más triste de las sensaciones: olvido de lo que parecía ser amor.

¡Había olvidado! Y había olvidado tanto, que hasta había olvidado que había olvidado.

Y ahora le asaltaba el rumor aquel, aquel rumor acerca de la esposa de su hijo; rumor fantasmal e inconcreto que surgía como una sombra de la realidad, pero que llevaba, como un fantasma, un inexpresable terror en sí.

Trataba de representarse mentalmente las cosas que pudieron y podrían suceder, pero no conseguía nada; era como ponerse a profetizar y adivinar sobre los dramas de crímenes y misterio que leía todos los días en la Prensa. Era absolutamente imposible. No podía haber nada de cierto. Todo eran tonterías. Ella se llevaría un poco mal con Soames, pero era una buena chica, una excelente personita. Al igual que no despreciable parte de los humanos, James se deleitaba un poco con el escándalo, y solía decir, relamiéndose los labios:

—Sí, sí; ésa y el joven Dyson… Sí, están viviendo juntos en Montecarlo…

Pero el significado de un asunto de esa clase —de su presente, de su pasado y de su futuro— no le haba interesado nunca. Lo que era en sí uno de aquellos amores, el dolor y el gozo que habían determinado su existencia, el hado ineluctable que había hecho que una cosa sucediera así, no le preocupaba. No tenía la costumbre de condenar, acabar, sacar deducciones o generalizar acerca de tales materias; sencillamente, las escuchaba o leía con cierta satisfacción y las repetía después, habiendo llegado, por cierto, a una gran maestría en la reproducción oral de lo que antes supiera, y sacando de hacerlo notable beneficio, como de beber jerez u otro aperitivo antes de comer.

Mas ahora que tal asunto —más bien rumor— le afectaba personalmente, se encontraba como sumergido en niebla que le llenaba la boca de mal sabor y le hacía difícil respirar.

¡Un escándalo! ¡Podría haber un escándalo!

El repetirse una y otra vez esta palabra era el único medio que tenía de enfrentarse, de palpar, de hacer concebible aquello. Había olvidado las sensaciones necesarias para entender el proceso o significado de un asunto así; sencillamente, ya no podía comprender cómo era posible que la gente se excitara y se arriesgara por pasión de amor.

Le parecería ridículo quien le dijera que de aquellas personas que él conocía, que iban a la City a trabajar, que en las horas libres hacían algo en la Bolsa, o compraban casas, o asistían a banquetes o jugaban a algún juego, una tan sólo iba a arriesgarse por una cosa tan dudosa, figurada y escondida como era el amor.

¡La pasión! Sí, había oído hablar de eso, y había oído decir cosas como: «Un hombre joven y una mujer joven no son de fiar si se quedan solos», que se le habían quedado tan fijas en la mente como los meridianos y paralelos en un mapa (pues los Forsytes, cuando se trata de casos concretos, son muy

realistas): pero… aquellos rumores de su nuera sólo podía verlos a través del prisma de la palabra escándalo.

Pero no; no podía ser verdad. No estaba asustado: ella era una chiquita muy buena. Pero ¡ay de quien se aferra a una preocupación! Y James era de temperamento nervioso, uno de esos hombres a quienes los problemas no dejan a solas, que sufren torturas de premoniciones y por indecisión. Por miedo a perder algo que de otra manera se aseguraría, era físicamente incapaz de decidirse hasta estar seguro de que no decidiéndose perdería.

Sin embargo, en la vida hay cuestiones en las que el decidirse no depende de lo que uno haga, sino de lo que hagan los demás, y ésta era una de ellas.

¿Qué podía hacer él? ¿Hablar con Soames? Eso, quizá, empeoraría la cosa. Y, además, no había nada en absoluto, estaba seguro.

Todo era por culpa de aquella casa. Desde el principio había desconfiado de la idea. ¿Para qué quería Soames ir a vivir al campo? Y puesto a gastarse una millonada en hacerse una casa, ¿por qué no había buscado un arquitecto de primera fila, y no al Bosinney aquel a quien no le conocía nadie? Ya les habrá dicho él lo que pensaba de eso. Y ya había oído que la casita le estaba saliendo a Soames por un pico más de lo que contaba gastar.

Esta circunstancia, más que ninguna otra, fue lo que le hacía a James tener sensación de peligro. Siempre pasaba lo mismo con aquellos chapuceros. Un hombre prudente no debía ni cruzar la palabra con semejantes seres. Había advertido a Irene también. ¿Y con qué resultado?

Y de repente se le puso en la cabeza a James que tendría que ir él y ver con sus propios ojos. En medio de aquella niebla desagradable en que se sentía sumido, la idea de ir a ver él mismo las cosas le proporcionaba la máxima satisfacción. Quizá fuera la posibilidad de hacer algo, o más bien la idea de curiosear la casa, lo que le tranquilizaba.

Le parecía que viendo una casa de ladrillos y argamasa, de madera y hierro, construida por el mismísimo sospechoso, podría ver en la fuente misma del rumor sobre Irene.

Y sin decir una palabra a nadie, tomó un coche hasta la estación y después el tren a Robin Hill; desde allí, como no había coches de alquiler, tuvo que ir andando.

Empezó a subir lentamente la colina, doblándosele dolorosamente piernas y espaldas, con los ojos fijos en sus zapatos, que conservaba limpios, vistiendo de chistera y levita pulquérrimas, como correspondía a la alta vigilancia a que estaban sometidas. Emilia se preocupaba de esas cosas —bueno, no es que se preocupara ella, pues eso no sería propio de una mujer de posición, sino que se

preocupaba de que el mayordomo se preocupase.

Tuvo que preguntar tres veces el camino; en cada ocasión repetía las explicaciones orientadoras que le habían dado, obligaba al preguntado a repetirlas, pues era hablador por naturaleza, y además en una nueva vecindad no se puede estar nunca muy seguro de nada.

Insistía en asegurar a sus cicerones que se trataba de una casa nueva. Pero hasta que le enseñaron el tejado entre los árboles, no estuvo seguro de que no le hubieran encaminado mal.

Un cielo plomizo parecía cubrir el mundo con una cúpula gris blanquecina. Ni había frescura ni había fragancia en el aire. En día tal ni los trabajadores británicos hacían más de lo que hubieran podido hacer, y ni siquiera se entregaban a esa charla que disimula los dolores del trabajo.

En algunos sitios se veía a hombres en mangas de camisa trabajar lentamente, y de vez en vez se percibía algún ruido: martillar espasmódico, rozar de metales, serrar de madera, chillar de carretillas por los caminillos polvorientos; de vez en vez, el ladrido del perro de la obra, atado a un madero, que parecía como el ruido de un puchero al hervir.

Los cristales recién puestos, cada uno con una mancha blanca en el centro, miraban a James como los ojos de un perro ciego.

Según se acercaba, el ruido del trabajo se hacía más intenso, ya estridente, bajo el cielo gris. Pero los pájaros, que buscaban gusanos en la tierra recién removida, estaban silenciosos.

James siguió su camino entre los montones de grava hasta llegar a la puerta. Levantó los ojos. Poco se podía ver desde aquel punto, y de ese poco se dio rápida cuenta; pero se mantuvo en aquella posición mucho tiempo, y Dios sabe lo que estuvo pensando.

Sus ojos de porcelana azul bajo las blancas cejas, que se alzaban hacia arriba como cuernecillos, no se movían; el amplio labio superior entre las finas patillas blancas se torció una o dos veces; fácilmente se deducía que era de aquella expresión absorta de donde le venía a Soames aquella mirada deprimida que tenía a veces. Parecía que James estaba diciendo para sí: «La vida es cosa dura».

En tal postura le sorprendió Bosinney.

James bajó la mirada desde las nubes al rostro de Bosinney, en el que había una sonrisa como de desprecio humorístico.

— ¿Qué tal, señor Forsyte? ¿Ha venido a ver con sus propios ojos?

Era exactamente, como sabemos, a lo que había ido James, y por eso

quedó confuso. Sin embargo, tendió la mano, diciendo:

— ¿Cómo está usted? —aunque sin mirar a Bosinney.

Éste le abrió camino con una mirada irónica y sonriente.

James olió algo sospechoso en tal cortesía.

—Me gustaría primero dar una vuelta alrededor, y ver lo que está usted haciendo.

Un camino de piedras planas había sido dispuesto alrededor de la casa, y sus márgenes, en el barro, estaban preparados para sembrar hierba. Por este camino anduvo James.

— ¿Cuánto cuesta esto? —preguntó James al ver que aquel camino era tan largo y amplio.

— ¿Cuánto diría usted? —preguntó a su vez Bosinney.

— ¿Y yo qué entiendo de esto? Doscientas o trescientas libras…

— ¡La suma exacta!

James le echó una mirada fulminante, pero el arquitecto no quiso darse cuenta, y la pregunta quedó sin contestar.

Al llegar a la entrada del jardín, se detuvo para contemplar la vista.

—Habrá que quitarlo —dijo señalando al roble.

— ¿Cree usted? ¿Le parece que si dejamos el árbol ahí no tendrá toda la vista que paga con su dinero?

Y James volvió a mirarle con mirada de sospecha; aquel jovencito tenía una forma muy particular de decir las cosas.

—Pues no sé —dijo con énfasis— para qué quiere usted ese árbol…

—Mañana se tala —dijo Bosinney.

James se alarmó.

— ¡Bueno, no vaya usted luego a decir que he dicho yo que se quitara! Yo no tengo nada que ver con esto… Si lo tala, es bajo su responsabilidad.

— ¿Pero puedo mencionar su nombre?

James se alarmó más y más.

—No tiene que mencionar mi nombre para nada. Deje usted el árbol tranquilo, que no es suyo.

Sacó un pañuelo de seda y se enjugó la frente. Entraron en la casa. Igual que Swithin, James quedó impresionado por el patio interior.

—Aquí habrá usted empleado un montón de dinero —dijo después de mirar un rato las columnas y la galería superior—. ¿Cuánto han costado estas columnas?

—No le puedo decir así de pronto —respondió como pensativo Bosinney —; pero si, fue un montón de dinero.

—No me cabe duda —dijo James—. No… —pero vio la mirada del arquitecto y calló. Y en adelante, siempre que quería saber el precio de alguna cosa, se callaba.

Bosinney parecía tan determinado a que James viera todo, que si no hubiera sido éste de naturaleza demasiado «investigadora», hubiera dado con él una segunda vuelta a la casa. Parecía tan deseoso de que le hicieran preguntas, que James se puso en guardia. Empezó a cansarse, pues aunque tenía mucho nervio, también tenía setenta y cinco años.

Y se estaba desanimando; le parecía que no iba a poder llegar a ninguna conclusión, pues de la visita no estaba obteniendo ninguno de los datos que vagamente esperaba. Tan sólo sentía mayor desconfianza por aquel joven, que le había cansado con tanta amabilidad y en cuyas atenciones comprobaba había mucho de burla.

Aquel sujeto era más agudo de lo que pensaba y más agradable de aspecto de lo que creyera Tenía una apariencia de «a mí no me importa» que James, para quien el riesgo era lo más intolerable de la vida, no apreciaba; además, su sonrisa florecía cuando menos se esperaba; y sus ojos eran muy raros. Le hacían pensar, como explicaba más tarde, en los de un gato hambriento. Esto es todo lo que pudo deducir, hablando con Emilia, de aquella suavidad burlona que había informado el proceder de Bosinney.

Al fin, tras haber visto todo lo que había de ver, salió por donde había entrado; y entonces, comprendiendo que había gastado en vano tiempo, paciencia y dinero, sacó a relucir toda la decisión de los Forsytes, y mirando fijamente a Bosinney, le dijo:

—Creo que ve usted mucho a mi nuera; ¿qué piensa ella de la casa? Pero no la ha visto, ¿verdad?

Dijo aquello sabiendo todo acerca de la visita de Irene, en la que, desde luego, no había nada de particular, excepto aquello de «no me importa no volver nunca a casa», y la forma en que June recibió la noticia.

Había decidido, al proponer así la cuestión, dar una oportunidad a Bosinney, como decía después:

Y Bosinney tardó mucho en contestar; pero mantuvo su vista molestamente clavada en James.

—Sí, ella ha visto la casa; pero no sé lo que le parece.

Nervioso y chasqueado, no podía, por su modo de ser, dejar la cosa así.

— ¡Ah, la ha visto! La habrá traído Soames, ¿no?

Bosinney replicó sonriente:

— ¡Oh, no!

— ¡Cómo! ¿Vino sola?

— ¡Oh, no!

—Entonces, ¿quién la trajo?

—La verdad es que no sé si debo decirle quién la trajo.

Para James, que sabía que la había llevado Swithin, la respuesta era incomprensible.

—Bueno… —balbució—. Usted sabe que… —pero se detuvo instantáneamente, comprendiendo que iba a descubrirse—. Si usted no quiere decírmelo, pues no me lo diga. A mí nadie me dice nada.

Causándole viva sorpresa, Bosinney le hizo a él una pregunta:

—A propósito, ¿sabe usted si va a venir alguno más de ustedes? Me gustaría saberlo para estar aquí.

— ¿Venir alguno más? —dijo James, asombrado—. ¿Quién más va a venir? Yo no sé nada. Adiós.

Y mirando al suelo, extendió la mano, la puso en leve contacto con la de Bosinney, y tomando el paraguas precisamente por encima de la seda, echó a andar.

Antes de torcer por el camino se volvió a mirar y vio que Bosinney le seguía lentamente, «como un gato», fueron sus palabras. Y no hizo caso cuando el joven alzó el sombrero.

Cuando ya hubo desaparecido, aflojó el paso. Muy despacio, más inclinado que cuando llegó, cansado, hambriento y descorazonado, se dirigió a la estación.

El Pirata, viéndole ir tan alicaído, quizá sintió pesadumbre por la forma de haberse comportado el viejo.

V

Soames y Bosinney se escriben

James no dijo nada a su hijo de su visita a la casa; pero habiéndose visto obligado a ir a casa de Timoteo por un asunto de desagüe, al que habían obligado las autoridades sanitarias a su hermano, mencionó allí lo que había hecho. No era, explicó, mala la casa. El arquitecto conocía su oficio, aunque iba a costarle a Soames un ojo de la cara.

Eufemia Forsyte, que estaba en la habitación —había ido a pedir que le prestaran la última novela del reverendo Scoles, Pasión y calma, que estaba muy en boga—, intervino con su voz chillona.

—Ayer vi a Irene en el mercado. Ella y el señor Bosinney estuvieron hablando un ratito en la verdulería.

Y así fue, con toda sencillez, como recordó una escena que le había causado mucha impresión. Había ido corriendo al almacén de tejidos —una gran institución que con su admirable sistema de no admitir otros clientes que los que pagaran al contado era lo más recomendable para los Forsytes—, a buscar un retal de seda que hiciera juego con otra tela que tenía su madre, que la esperaba en el coche.

Al pasar por la Sección de Comestibles, su mirada se vio desagradablemente atraída por una bella figura vuelta de espaldas. Era tan bien proporcionada, tan equilibrada y tan bien vestida, que el seguro instinto de Eufemia se alarmó inmediatamente; tales figuras, sabía ella por intuición más que por experiencia, no guardaban mucha relación con la virtud, sobre todo por el hecho de que su propia espalda era un tanto difícil.

Afortunadamente, sus sospechas se confirmaron. Un joven que salía de la Sección de Droguería se quitaba el sombrero y se acercaba a la señora desconocida. Y entonces vio de quiénes se trataba: la señora era, sin duda, la mujer de Soames, y el hombre, Bosinney. Disimulando rápidamente mediante el arbitrio de ponerse a comprar una caja de dátiles tunecinos, pues le desagradaba mucho encontrarse gente cuando llevaba paquetes, pudo observar, sin ningún interés malicioso, la entrevista.

La señora de Soames, habitualmente pálida, tenía aquella mañana un hermoso color; y las maneras del señor Bosinney eran extrañas, aunque atrayentes (le encontró encantador, y el mote de Jorge el Pirata, muy atrayente y romántico). Parecía que él estaba rogando algo. En verdad, que hablaban muy seriamente, o mejor dicho, él hablaba muy seriamente, pues Irene no decía nada, o muy poco, y al pararse produjeron desconsideradamente un atasco en el paso del público. Un general viejecito y muy simpático, que iba hacia el Departamento de Tabaco, se vio obligado a salirse fuera del paso, y al mirar el rostro de la señora de Soames Forsyte, se consideró en el deber de quitarse la gorra… ¡El viejo bobo! ¡Qué hombres estos!…

Pero lo que preocupó a Eufemia fueron los ojos de Irene. Ni siquiera miró a Bosinney. Sólo cuando se iba ya. ¡Pero qué mirada!

Aquella mirada había dado mucho que pensar a Eufemia. Le había herido con su dulzura y suavidad, pues parecía decir todo lo que no había dicho antes y arrastrar hacia atrás al que ya se marchaba.

Claro que no había podido enterarse de nada con el asunto aquel de la seda, pero se había quedado intriguée. No hizo sino saludar a Irene, para que comprendiera que la había visto, para que «se sintiera cogida», como decía después a su amiguita Francie, la hija de Roger…

James, completamente dispuesto a rechazar toda insinuación maliciosa, confirmación de sus propias sospechas, intentó explicarlo todo:

—Sí…, estarían buscando papel para las paredes.

Eufemia sonrió.

— ¿En la Sección de Verdulería? —dijo suavemente. Y cogiendo de la mesa Pasión y calma, añadió—: Me prestas estos, ¿verdad, tía? ¡Adiós! —y se marchó.

James también se fue; se le había hecho tarde.

Cuando llegó a las oficinas de Forsyte, Bustard & Forsyte, se encontró a Soames sentado en su silla giratoria, redactando un documento. Saludó a su padre con un breve «buenos días», y sacando un sobre del bolsillo, se lo tendió diciendo:

—Quizá te interese leer esto.

Y James leyó lo que sigue:

Querido Forsyte: Su casa está ya terminada; por tanto, mis funciones de arquitecto han terminado también. Si he de encargarme de la decoración, que a petición suya he empezado, quisiera dejar firmemente sentado que he de tener carta blanca en ella.

Usted nunca viene a ver las obras sin que sugiera algo que contraría mis proyectos. Tengo además tres cartas suyas que recomiendan cosas en las que a mí no se me ocurriría nunca pensar. También estuvo aquí su padre, ayer por la tarde, que asimismo hizo interesantes sugerencias.

Tenga la amabilidad de decidir si quiere que decore yo o no, en el entendido de que si decoro, decoro solo. Si me encargo de una cosa, la llevo a cabo por completo, pero insisto en que debo tener plena libertad de acción.

Atentamente le saluda,

FELIPE BOSINNEY.

Calle Sloane, 309 D. Londres, 15 de mayo.

La causa inmediata de la carta no puede decirse, desde luego, cuál había sido, aunque no es improbable que Bosinney se hubiera visto impelido por un movimiento repentino contra la posición de Soames, aquella eterna posición del Arte frente a la Propiedad, que viene admirablemente resumida en la etiqueta de cualquier artículo moderno de utilidad, en frase comparable a la más aguda de Tácito:

THOS T. SORROW. Inventor. BERT M. PADLAND. Propietario.

— ¿Y qué le vas a contestar? —preguntó James.

Soames ni siquiera volvió la cabeza.

—Todavía no he decidido nada —y prosiguió con su escrito.

Un cliente suyo, que había hecho construcciones en zona que no le pertenecía, había recibido orden de desedificar inmediatamente. Pero habiendo estudiado Soames el asunto a fondo, creía que su cliente podía alegar título de posesión, y que si bien el terreno no le pertenecía en modo alguno, podía quedarse con él, y así le aconsejaba que hiciera; y el cliente, encontrando justo el consejo, estaba tomando las medidas oportunas para ponerlo en práctica.

Tenía Soames merecida reputación de buen consejero; la gente decía: «Vete al joven Forsyte, que éste te aconsejará lo que tienes que hacer». Y cada día su reputación era más alta.

Su naturaleza reservada y silenciosa le ayudaba mucho; no había nada que pudiera dar a los clientes, especialmente a los clientes propietarios (Soames no tenía otros), mayor sensación de seguridad. Y era realmente hombre seguro. Tradición, costumbre, educación, recelo natural, aptitud heredada, todo se juntaba para formar una sólida honestidad profesional, superior a toda tentación, precisamente porque estaba cimentada en un sano horror al riesgo. ¿Cómo podría caer él, cuando en el fondo de su alma odiaba las circunstancias determinantes de la caída?… ¡Un hombre no puede derrumbarse así como así!

Y aquellos innumerables Forsytes, que en el curso de innumerables transacciones relacionadas con la propiedad de toda clase (desde cónyuges hasta derechos de regadío) necesitaban siempre los servicios de un hombre seguro y estimaban prudente confiarse a Soames. También hablaban en su favor su aire ligeramente orgulloso, junto con su continuo citar precedentes… ¡Un hombre no es orgulloso si no está bien enterado!

Él era en realidad quien dirigía el negocio, pues aunque James seguía yendo casi a diario a ver con sus propios ojos, hacía poco más que sentarse en su sillón directorial, cruzar las piernas y confundir las cosas ya resueltas con las que había que resolver. El otro socio, Bustard, era un pobre hombre que

trabajaba como un negro, pero cuyas opiniones no interesaban nunca.

Así, Soames prosiguió encarnizadamente con sus papeles. Pero esto no significaba que no tuviese otra preocupación. Había algo que le hacía sufrir; trataba de achacarlo al hígado, pero sabía que no era ahí donde le dolía.

Miró el reloj. Dentro de un cuarto hora tenía que estar en la asamblea general de la Nueva Compañía Carbonera, uno de los negocios del tío Jolyon; vería al tío Jolyon allí; sin duda le diría algo sobre Bosinney; no sabía qué, pero algo le diría. De todas formas, no contestaría aquella carta hasta que hubiera visto al tío Jolyon. Se levantó y recogió ordenadamente sus papeles. Entró en un cuartito oscuro, encendió la luz y se lavó las manos, utilizando una pastilla de jabón de Windsor, y para secarse una toalla sin fin que pasaba por una varilla fija. Se peinó bien, concediendo gran atención a la raya. Apagó la luz, cogió el sombrero y, diciendo que a las dos y media estaría de vuelta, se marchó.

No estaban lejos las oficinas de la Nueva Compañía Carbonera: en Ironmonger Lane (no en Carnon Street Hotel, como otras oficinas modernas y orgullosas). El viejo Jolyon, desde el principio, se había puesto en contra de la Prensa. ¿Qué tenía que ver la Prensa con los negocios?

Soames llegó a la hora en punto y se sentó junto a la mesa, desde donde cada director, tras su tintero, hacía frente a los accionistas.

En medio de los directores, el viejo Jolyon, vestido de negro, con la levita rigurosamente abrochada y sus blancos bigotes, se reclinaba hacia atrás, con las manos apoyadas sobre un ejemplar del Informe general y Balance de cuentas.

A su mano derecha, siempre a una distancia un poco mayor de la corriente, se sentaba el secretario, Hemmings, con sus ojos siempre tristes, con su barba gris y su corbata negra, que le hacía parecer de luto.

Y ciertamente que su aparente luto no estaba en desacuerdo con las circunstancias del momento; no hacia aún seis semanas que Scorrier, el técnico en minas, había telegrafiado informando que Pippin, el superintendente, se había suicidado, tras su extraordinario silencio de dos años. Había escrito una carta a la Dirección, y la carta estaba allí, para ser leída a los accionistas, a quienes se informaría detalladamente de los hechos.

Hemmings había dicho muchas veces a Soames, con los faldones de la levita abiertos ante la chimenea, para mejor calentarse:

—Lo que ignoran nuestros accionistas de los negocios no tiene la menor importancia; diga usted que se lo he dicho yo…

Una vez estaba presente el viejo Jolyon, y Soames recordó con desagrado

lo que dijera:

— ¡No diga usted tonterías, Hemmings! Lo que los accionistas saben del negocio es precisamente lo que no tiene importancia.

Al viejo Jolyon le molestaban las farsas.

Hemmings, con la mirada colérica y sonriendo como lo hubiera hecho un perrito amaestrado, replicó en una explosión de aplauso:

— ¡Qué gracia, pero qué gracia! El señor Forsyte siempre con sus bromas…

Y la primera vez que se encontró a solas con Soames le había dicho:

—El presidente se está haciendo viejo… No puedo conseguir que entienda las cosas; además, es tan tozudo… Pero ¿de qué otra forma podía ser un hombre que tiene una mandíbula como la suya?

Soames asintió con un gesto.

Todos sabían que la mandíbula del viejo Jolyon era una expresión de su carácter, como también un barómetro de su humor. Aquel día, a pesar de que había asumido su aire acostumbrado en las asambleas generales, se le veía preocupado.

Y Soames decidió que sería él quien le hablase de Bosinney.

Al otro lado del viejo Jolyon estaba el pequeño señor Booker; también llevaba cara de asamblea general y parecía buscar algún accionista de corazón particularmente tierno. A su lado estaba el director, sordo, con su ceño bien fruncido, y más abajo estaba el viejo señor Bleedham, muy suave, con aire de virtud consciente, que bien podía tenerla, pues aquel paquete que siempre llevaba a la oficina, envuelto en papel de estraza, estaba escondido debajo de su sombrero de copa…

Soames asistía siempre a la asamblea general; se consideraba conveniente que lo hiciera, por si surgía algo imprevisto. Miró a su alrededor con su aire orgulloso; vio en las paredes planos de la mina y del puerto, junto con una gran fotografía de un pozo de mina que conducía a una de las zonas de trabajo y que había demostrado ser altamente inútil. Aquella fotografía —mudo testigo de la ironía que hay en toda empresa comercial— seguía en su puesto de la pared, expresión de los caprichos directivos, pero muerta, sin significación.

Y el viejo Jolyon se levantó para leer el Informe y Balance de cuentas.

Ocultando con serenidad jovial el perpetuo antagonismo entre un director y los accionistas de la misma empresa, les hizo frente con tranquilidad. Soames, también. Conocía a casi todos de vista. Allí estaba el viejo Scrubsole, que

siempre iba a las juntas a hacer el antipático, como decía Hemmings. También el reverendo pastor Boms, que siempre proponía un voto de gracias al presidente, a la vez que expresaba su esperanza en que la Dirección no dejaría de elevar el sueldo de los empleados, palabra que pronunciaba a la anglosajona, pues tenía las vivas tendencias imperialistas que a los pastores protestantes suele dar su levita. Tenía, además, la sana costumbre de abrochar delicadamente la chaqueta de alguno de los directores, preguntándoles a la vez si pensaba que el año se daría bien para los negocios, para, de acuerdo con la respuesta, proceder a comprar o vender acciones en la quincena misma.

Y también estaba allí aquel caballero militar, que no podía dejar de intervenir aunque no fuera más que para dar la razón a otro que hubiera hablado antes y que a veces causaba serios disgustos pisando las propuestas que otros debían hacer por habérselas confiado en tiritas de papel.

Éstos, con cuatro o cinco accionistas silenciosos, a quienes Soames tenía simpatía —hombres de negocios, a quienes les gustaba tener la vista puesta en sus asuntos sin hacer ruido—, constituían la parte principal de la asamblea, de la que, una vez acabada, partirían a seguir trabajando, y más tarde a su casa, a reunirse con sus buenas y sanas esposas.

¡Buenas esposas! Y en aquel pensamiento hubo algo que volvió a despertar la inexplicable inquietud que venía sintiendo Soames.

¿Qué le diría a su tío? ¿Qué contestaría a aquella carta?

—… Si algún señor accionista tiene alguna pregunta que hacer, tendré gran satisfacción en responderle.

Se oyó un suave murmullo. El viejo Jolyon había leído el Balance de Cuentas y se mantenía en pie con los lentes en la mano.

Una sonrisa se insinuó en los labios de Soames. Les convenía darse prisa con las preguntas. Conocía bien el método de su tío —el mejor sin duda— de decir inmediatamente: «Propongo entonces la aprobación del informe y del balance de cuentas». No había que dejarlos empozar a charlar; los accionistas son personas muy aficionadas a perder el tiempo.

Un hombre alto, de barba blanca y cara flaca, que mostraba disgusto, se levantó.

—Creo, señor presidente, que no me saldré del orden del día si hago una pregunta sobre esas cinco mil libras de las cuentas que llevan el título de «Para la viuda y familia —y miró amargamente a su alrededor— de nuestro finado superintendente». Este señor, mal asesorado (dijo «mal asesorado»), se suicidó… en el momento en que sus servicios eran más útiles a la Compañía. Usted mismo ha dicho que el contrato que tan desgraciadamente interrumpió

con su propia mano era por cinco años, de los que solamente ha transcurrido uno. Yo…

El viejo Jolyon hizo un gesto de impaciencia.

—Creo que no me salgo del orden del día, señor presidente. Yo pregunto si esa cantidad a pagar, o propuesta a pagar a… al finado, es por los servicios que hubiera prestado a la Compañía, de no haberse… quitado la vida.

—Es en reconocimiento de pasados servicios, que todos sabemos, usted como el que más, que han sido de extraordinaria utilidad.

—Entonces, todo lo que tengo que decir es que, tratándose de servicios pasados, la cantidad es excesiva.

El accionista se sentó.

El viejo Jolyon aguardó unos instantes y dijo:

—Yo, por mi parte, propongo que se apruebe…

El accionista volvió a levantarse, exclamando:

—Y yo propongo que la Dirección se dé cuenta de que no es de su dinero del que dispone, sino del nuestro…

Un segundo accionista, con cara redonda y perruna, a quien Soames reconoció como cuñado del superintendente finado, se levantó, diciendo:

— ¡En mi opinión, señor mío, la suma es insuficiente!…

El reverendo míster Boms se levantó entonces:

—Si puedo emitir una opinión, diré que el hecho de haberse quitado la vida el finado es cosa que debe pesar mucho, que debe pesar mucho… en el ánimo de nuestro digno presidente. No tengo duda de que eso ha sido así, pues…, y esto lo digo en mi nombre, y creo que en el de todos los presentes («¡Bravo, bravo!»), él goza de nuestra confianza. Todos nosotros, al menos así lo espero, deseamos ser caritativos. Pero creo que nuestro presidente, de alguna forma…, mediante algunas palabras escritas, o tal vez reduciendo esa cantidad —y miró severamente al cuñado del superintendente—, expresará nuestro profundo desagrado ante el hecho de que una vida tan prometedora haya terminado de tan impía manera, haya cesado de actuar en una esfera en que su salvación y…, ¿por qué no decirlo?, nuestro interés demandaban imperativa y conjugadamente su continuación. Nosotros no debemos, mejor dicho, no podemos aprobar una infracción tan grave del deber divino y humano.

El reverendo caballero volvió a sentarse. El cuñado del superintendente difunto se levantó otra vez.

—Lo que he dicho, lo mantengo —afirmó—. Esa cantidad no es suficiente.

El primer accionista insistió en su punto de vista.

—Acuso tal pago de ilegal; según la ley, no se puede hacer. El procurador de la Compañía se halla aquí presente. Creo que no me aparto del orden del día, y le propongo que dilucide la cuestión.

Todos los ojos se volvieron a Soames. ¡Por fin se había presentado algo!

Se levantó con los labios apretados y frío; interiormente, los nervios se le agitaban, y su atención se desviaba, al fin, de la contemplación de aquella nube que enturbiaba el horizonte de su vida.

—La cuestión —dijo— no es en modo alguno sencilla. Puede haber duda sobre si el pago es estrictamente legal. Si la asamblea lo quiere, puede someterse el caso a la consideración de los tribunales.

El cuñado del superintendente frunció el ceño, y dijo en tono significativo:

—No nos cabe duda alguna de que la cuestión puede someterse a la consideración de los tribunales. ¿Puedo preguntar el nombre del caballero que nos ha dado noticia tan extraordinaria? El señor Soames Forsyte, ¿verdad? —y miró a Soames y al viejo Jolyon de manera extraña.

El rubor cubrió el rostro de Soames, pero la altivez de su entrecejo no desapareció. El viejo Jolyon fijó la mirada en el orador.

—Si —dijo— el cuñado del finado superintendente no tiene más que decir, propongo que se apruebe…

En aquel momento, uno de aquellos accionistas silenciosos que le gustaban a Soames se levantó, diciendo:

—Me opongo totalmente a la proposición. Se nos propone que hagamos caridad con la viuda e hijos de ese hombre, que parece ser dependían de él. Podrá ser verdad, eso no es cosa mía. Me opongo por principio. Ya es tiempo de que se acabe todo ese sentimentalismo humanitario que está destrozando al país. Me opongo a que se dé mi dinero a esa gente que no conozco y que no ha hecho nada para ganarlo. Me opongo a la proposición in toto; eso no es negocio. Propongo que se aplace la aprobación del informe y del estado de cuentas hasta que se anule esa partida de gastos por completo.

El viejo Jolyon había escuchado en pie la intervención del hombre silencioso. El discurso despertó un eco en todos los corazones, proclamando así la adoración del hombre fuerte, el movimiento contra la generosidad que ya había empezado a desarrollarse entre los miembros más sanos de la Sociedad. La frase «eso no es negocio» había incluso conmovido a la Dirección; cada uno de sus miembros pensaba que, efectivamente, no era

negocio. Pero todos conocían el carácter dominante y la tenacidad del presidente. También él, en el fondo, reconocería que no era negocio; pero su posición estaba comprometida. ¿Iba a abdicar de su postura? No era probable.

Todos esperaban con interés. El viejo Jolyon alzó la mano; sus lentes, sujetos entre índice y pulgar, temblaban sugiriendo amenaza.

Se dirigió al accionista silencioso, diciéndole:

Conociendo, como conoce, los esfuerzos de nuestro finado superintendente con ocasión de la explosión en las minas, ¿me propone usted en serio que anule esa partida de gastos?

—Sí.

El viejo Jolyon sometió la proposición a la asamblea.

— ¿Hay alguien conforme? —preguntó, mirando calmosamente a su alrededor.

Y fue entonces cuando Soames se percató de la enorme fuerza del anciano. Nadie se movió. Y mirando fijamente a los ojos del accionista callado, el viejo Jolyon dijo:

—Propongo la aprobación de las cuentas y gastos del año 1886. ¿Están todos conformes? Los que estén a favor de mi proposición, que lo signifiquen de la manera acostumbrada ¿Hay alguien en contra? ¿No? Queda aprobada. Otro asunto, señores.

Soames sonrió. La verdad era que el tío Jolyon tenía arte para hacer las cosas.

Y su pensamiento volvió a Bosinney. Había que ver cómo le preocupaba aquel hombre hasta en las horas de trabajo.

Aquella visita de Irene a la casa… Pero no había nada malo en ello, como no fuera que debía habérselo dicho a él; pero la verdad era que nunca le decía nada de nada. Cada día le hablaba menos. Le pedía a Dios que la casa estuviera acabada pronto, y ellos allí, lejos de Londres. La ciudad no le convenía a Irene, no tenía nervios suficientemente fuertes para resistirla. Aquella tontería del cuarto aparte…

La asamblea terminaba. Bajo las fotografías de la mina, el reverendo mister Boms abrochaba la chaqueta del señor Hemmings. El pequeño señor Booker disputaba con el viejo señor Scrubsole. Se odiaban mutuamente como al veneno. Había entre ellos resentimientos por algo referente a un asunto de alquitrán, pues el señor Booker lo había conseguido de la Dirección para un sobrino suyo, mientras que el señor Scrubsole, a quien interesaba también, se quedaba mirando. Soames lo había oído de Hemmings, a quien gustaba

murmurar de los directores, excepto del viejo Jolyon, a quien tenía miedo.

Soames esperó su oportunidad. Cuando el último accionista salía por la puerta, se acercó a su tío, que se estaba poniendo el sombrero.

— ¿Puedo hablar un momento contigo, tío Jolyon?

No estaba claro qué era lo que Soames se proponía sacar de la entrevista.

Aparte del miedo que los Forsyte en general sentían hacia el viejo Jolyon, a causa de sus filosofías, o como Hemmings hubiera dicho, de su mandíbula, había, siempre había habido, un sutil antagonismo entre tío y sobrino. Se insinuaba en su manera de saludarse, en el modo de aludirse el uno al otro, y nacía quizá de la percepción por parte del viejo Jolyon de la tenacidad («obstinación», decía él) del joven, de una duda secreta de si con él podría hacer, como con los demás, lo que le viniera en gana.

Ambos Forsytes estaban separados como los polos en la mayoría de las cuestiones; poseían, aunque en diferente manera, aquel grado de penetración para los negocios que era característica de la familia, pero más que nadie en la familia. Los dos hubieran sido grandes financieros o grandes estadistas, aunque el viejo Jolyon, cayendo en uno de sus arrebatos filosóficos, hubiera, llevado de un buen cigarro, a dudar en cualquier momento de sí mismo, mientras que Soames, que no fumaba, no hubiera dudado nunca.

Además, en el viejo Jolyon existía siempre el resentimiento de que el hijo de James —de James, que siempre había considerado un pobre diablo— estuviera en marcha por el camino del éxito, mientras que su propio hijo…

Por último, había, como todos los Forsyte, oído aquellos rumores acerca de Bosinney, y su orgullo se sentía herido.

Por su modo de ser, su irritación no iba contra Irene, sino contra Soames. La idea de que la mujer de su sobrino (¿por qué no tenía más cuidado su marido con ella?… ¡Tremenda injusticia, como si Soames pudiera tener más cuidado del que tenía!) arrancase a June su novio era intolerablemente humillante. Y percibiendo el peligro, no se ocultaba, como Soames, con estúpido nerviosismo, sino que se hacía cargo, con el desapasionamiento de su amplio ver las cosas, de que era completamente posible… ¡Había mucho de hermoso y atractivo en Irene!

Tuvo un presentimiento acerca de lo que sería el motivo de que Soames quisiera hablar con él. Salieron juntos de la asamblea, y caminaron el uno al lado del otro: Soames, con sus pasitos cortos y a veces vacilantes; el viejo Jolyon, a zancadas y apoyándose majestuosamente en su paraguas. Pronto dejaron el tráfago y ruido de Cheapside y llegaron a calle más tranquila, a Morgate, camino de otra reunión que tenía el viejo Jolyon.

Entonces, Soames, sin levantar los ojos del suelo, habló:

—He tenido esta carta de Bosinney. Ya ves lo que dice; he pensado que te lo debía decir a ti. He gastado mucho, más de lo que pensaba, y quisiera que las cosas quedaran claras.

El viejo Jolyon miró de mala gana la carta y dijo:

—Pues lo que aquí pone está bastante claro.

—Dice que quiere tener carta blanca —replicó Soames.

El viejo le miró. El antagonismo de siempre y la irritación contra su sobrino, cuyos asuntos empezaron a mezclarse con los suyos, le estalló.

—Bueno, y si no confías en él, ¿por qué le empleas de arquitecto?

Soames, mirando a otro lado, dijo:

—Ya es demasiado tarde para pensar en eso. Lo que yo quiero es que se sepa claramente que, si le doy carta blanca, no renuncio a defender mis intereses. Creo que si tú le hablaras llevaría más cuidado.

—No —dijo bruscamente el viejo Jolyon—. Yo no tengo nada que ver con eso.

Las palabras de tío y sobrino daban la impresión de cortinas de humo que ocultaban otras cosas, mucho más importantes, tras ellas. Y la mirada que cambiaron reveló que ambos lo comprendían.

—Pues muy bien —dijo Soames—. Yo pensé que, por June, te lo debía decir a ti, y eso es todo. Mejor es que sepas desde ahora que no permitiré ninguna majadería.

— ¿Y a mí qué me importa eso?

— ¡Ah, no sé! —pero alarmado por la mirada de su tío, no pudo decir más. Recobró al fin la serenidad, y añadió—: No digas a nadie lo que te he dicho.

—Mira —dijo el viejo Jolyon—. Yo no sé lo que quieres viniéndome a mí con cosas de esa índole. Ésas son cosas tuyas y sólo tú puedes resolverlas.

—Muy bien; pues yo las resolveré.

—Pues… buenos días, entonces —y el viejo Jolyon se separó de él.

Soames volvió sobre sus pasos, y entrando en una famosa casa de comidas, pidió un plato de salmón y un vaso de Chablis; no solía comer mucho a mediodía, generalmente solía hacerlo de pie, pues le parecía aquella posición beneficiosa para su hígado, que funcionaba perfectamente, pero al que Soames quería cargar con la culpa de todas sus desazones.

Cuando acabó se dirigió lentamente hacia su oficina, con la cabeza inclinada, sin ver ni a una sola de las innumerables personas que iban por la calle, quienes tampoco le veían a él.

El correo de la tarde llevó esta carta para Bosinney:

FORSYTE, BUSTARD FORSYTE

PROCURADORES Y NOTARIOS

Branch Lane, 2001

LONDRES

17 de mayo de 1887.

Amigo Bosinney:

He recibido su carta, cuyos términos me han sorprendido algo. Tenía idea de que usted tiene y había tenido siempre carta blanca, ya que no recuerdo que ninguna de las lamentables sugerencias que he tenido la desgracia de hacerle hayan jamás merecido su aprobación ni puesto en práctica. Mas en vista de su petición, le renuevo esa libertad de movimientos que pide, recordándole que, según hemos acordado, la casa terminada y decorada, incluyendo sus propios honorarios, no debe exceder en precio a las doce mil libras (12000 £). Esta cantidad le da a usted un amplio margen y es, como usted sabe, mucho mayor de la que yo pensaba gastar.

Sin otro particular, le saluda atentamente,

SOAMES FORSYTE.

Al día siguiente recibió esta nota de Bosinney:

FELIPE BAYNES BOSINNEY

ARQUITECTO

Calle Sloane, 309

Londres, S. W.

Día 18 de mayo.

Amigo Forsyte:

Sí usted piensa que en asunto tan delicado como es la decoración puedo ajustarme a la libra exacta, está equivocado.

Veo que está usted cansado de nuestro contrato, y, por tanto, dejo de molestarle con mi trabajo, cosa que debiera haber hecho antes.

Soy su s. s.,

FELIPE BAYNES BOSINNEY.

Soames meditó larga y dolorosamente sobre esta carta, y por la noche, en el comedor, cuando ya Irene se había ido a dormir, redactó la siguiente:

Querido amigo Bosinney:

Me parece que, por interés de ambos, no debe interrumpirse en este momento nuestra común empresa. No quiero decir que no vaya usted a gastar ni un céntimo más de la suma mencionada en mi carta; puede, si necesita, gastar diez, veinte o veinticinco libras, que por eso no vamos a discutir. Y siendo así la cosa, me gustaría que pensase un poco más sobre el asunto antes de decidir en firme. Tendrá, como venimos diciendo, carta blanca en la decoración, donde reconozco no se puede ser totalmente exacto al dar precios.

Su buen amigo,

SOAMES FORSYTE.

Montpellier Square, 62, Londres, S. W., a 19 de mayo de 1887.

La respuesta de Bosinney, que vino en el correo del otro día, fue:

Querido Forsyte:

Muy bien.

F. BOSINNEY

20 de mayo.

VI

El viejo Jolyon va al zoológico

El viejo Jolyon terminó rápidamente su segunda asamblea. Fue tan dictatorial, que sus codirectores quedaron asombrados del creciente espíritu de dominio del viejo Forsyte, al que, de acuerdo convinieron, no se podía aguantar.

En el Metro marchó hasta Portland, y allí tomó un coche y se dirigió al Zoológico.

Tenía allí una cita, una de esas citas que últimamente se iban haciendo frecuentísimas y a las que le empujaban sus preocupaciones por June y el cambio que estaba experimentando «esta chiquilla», como él decía.

Su nieta se aislaba continuamente, estaba adelgazando; si le hablaba, no obtenía respuesta o le respondía revolviéndole el pelo, o le miraba como si de

repente fuera a echarse a llorar. No podía estar más cambiada, y todo por culpa de Bosinney. Pero, sin embargo, no decía de él ni una sola palabra.

Y él se sentaba durante largas horas, meditando sobre el periódico que no leía, con el cigarro apagado entre los labios. ¡Con lo que le había acompañado aquella chiquilla desde que tuvo tres años! ¡Y cómo la quería!

Unas fuerzas que para nada tenían consideración de él, de su familia ni de su clase, le atacaban; sucesos sobre los que no tenía control lanzaban sobre él sombras amargas. Estaba irritado con la irritación de quien está acostumbrado a hacer y no podía hacer nada.

Nervioso por la lentitud del coche, llegó al fin al Zoológico; pero con su magnífico instinto para coger lo bueno de cada situación, olvidó el nerviosismo y se dirigió al lugar de la cita.

Desde la terraza de piedra que rodeaba el foso de los osos, su hijo y sus dos nietos vinieron corriendo hacia el viejo Jolyon al verle, y una vez reunidos, fueron hacia el albergue de los leones. Se le puso un niño a cada lado, dándole la mano, mientras que Jolly, travieso como su padre cuando niño, llevaba el paraguas del abuelo cogido por la punta e intentando agarrar las piernas de la gente con la cayada.

El joven Jolyon iba detrás.

Le alegraba como nada en el mundo ver a su padre con sus hijos, pero en su alegría había lágrimas ocultas. A cualquier hora del día es fácil ver un viejo con dos niños; pero el contemplar al viejo Jolyon con Jolly y Holly era, para el joven Jolyon, algo particularmente enternecedor. La rendición completa de aquella gran figura a las figurillas que llevaba a los lados era algo dolorosamente tierno. Aquel grupo le afectaba de forma no adecuada a un Forsyte, que si es algo en la vida, es antisentimental.

Llegaron a la Casa de los Leones.

Había habido una fiesta matinal en el Jardín Botánico, y gran número de Forsy…, es decir, de gente bien vestida y que tenía coche, se había presentado después en el Zoológico para aprovechar bien el dinero que pagaron por entrar al Botánico antes de volverse a sus casas de Rutland Gate o de la plaza Bryanston. «¡Vamos al Zoo!», se habían dicho unos a otros. «Verás qué divertido…». Era un día que costaba un penique, y no se encontrarían con que todo estaba lleno de gente molesta, que llena siempre semejantes lugares.

Frente a la larga fila de Jaulas estaban colocados en hileras, contemplando las fieras tras los barrotes, que esperaban su única satisfacción de las veinticuatro horas del día. Cuanto más hambrientas estaban, mayor era la fascinación. Se oían comentarios como éstos: «Qué aspecto tan terrible…».

«Huy, qué tigre tan hermoso…, ¡y vaya boquita que tiene!». «Mamá, no te acerques tanto».

Y frecuentemente, dándose palmaditas en los bolsillos, o metiéndose las manos en ellos, algunos miraban con sospecha alrededor, como si esperasen que el joven Jolyon u otro cualquiera les quitase algo.

Un hombre gordo, de chaleco blanco, dijo lentamente entre dientes:

—Todo es ansia en estos animales; no pueden tener hambre. No trabajan ni hacen nada…

Ante tales palabras, el tigre cogió un trozo sangriento de hígado, y el hombre gordo se echó a reír. Su esposa, que vestía un modelo de París adornado con unas pinzas de oro, le reprochó:

— ¿Cómo tendrás valor para reírte, Harry? ¡Qué espectáculo tan desagradable!

El joven Jolyon frunció el entrecejo.

Las circunstancias de su vida, aunque ya hacía tiempo no le preocupaban demasiado, le habían dejado altamente predispuesto al desprecio por la gente. Y particularmente la clase a que había pertenecido —la de la gente que tiene coche— excitaba con frecuencia su sarcasmo.

Encerrar un león o un tigre entre barrotes era sin duda una barbaridad; pero ninguna persona culta lo admitiría.

Por ejemplo, semejante idea no se le había ocurrido nunca a su padre; pertenecía a la vieja escuela, que consideraba instructivo e interesante aprisionar mandriles o panteras, pensando sin duda que debiera hacerse algo para convencer a los animales de que no se murieran de tristeza y aburrimiento tras los barrotes de sus jaulas, obligando así a la sociedad a tener que hacer nuevos gastos para adquirir otros. A sus ojos, como a los ojos de todos los Forsytes, el placer de ver aquellas hermosas criaturas en estado de cautividad compensaba el quebrantamiento de las leyes de Dios, que las había creado libres y libres las quería, pero que sin duda era un error divino dejarlas así sueltas… Además, era un beneficio para los propios animales el separarlos de los peligros de vivir sin techo y de tener que buscarse el sustento. ¡Cuánto mejor estaban allí, con sus habitaciones individuales, y con toda comodidad! No, si seguramente Dios había creado los animales para que los hombres los metieran en jaulas…

Pero como el joven Jolyon tenía en su constitución mental sobrados elementos de imparcialidad, pensó que era excesivo calificar de brutalidad en los hombres lo que era meramente falta de imaginación, pues ninguno de los que encerraban animales había estado encerrado en una jaula, y no podía, por

consiguiente, hacerse una idea de lo que las fieras sufrirían.

Hasta el momento de abandonar el Zoológico —con Holly y Jolly llenos de alegría delirante—, no tuvo el viejo Jolyon oportunidad de hablar a su hijo de la cosa que de momento más le preocupaba.

—No sé qué pensar. Si sigue como va ahora, va a acabar mal. Quisiera que la viera algún médico, pero ella no quiere. No es como yo, no parece nieta mía… Es como tu madre: obstinada como una mula. Si no quiere hacer una cosa, no la hace y no hay que esforzarse en lo contrario, que es inútil.

El joven Jolyon se sonrió y miró a su padre.

—Ya estáis buenos los dos, ya —pensó. Pero no dijo nada.

—Y además —prosiguió el viejo—, el Bosinney ese. Me gustaría romperle la cabeza, pero ya no puedo… Aunque creo que tú podrías muy bien —añadió como considerando las posibilidades del caso.

— ¿Qué ha hecho? Lo mejor es que terminen si no se llevan bien.

El viejo Jolyon miró a su hijo. Ahora, llegados a discutir un asunto referente a las relaciones entre los dos sexos, se sentía lleno de desconfianza hacia él. Ya tendría alguna idea disparatada, ya…, no había duda.

—Bueno, no te entiendo —dijo—. Parece como si le disculparas… y no me extraña; pero se está portando indecorosamente, y si se me pone delante, así pienso decírselo —y dejó de hablar de aquello.

Era imposible discutir con su hijo la naturaleza y sentido de la defección de Bosinney. ¿No había él hecho lo mismo, y peor todavía, quince años antes?

Y todo lo que pasaba ahora eran consecuencias de aquella locura.

El joven Jolyon estaba también callado; había penetrado rápidamente el pensamiento de su padre, pues, destronado de su posición de visión clara y simple de las cosas, se había hecho a la vez sutil y comprensivo.

La actitud que quince años antes había adoptado en materia de relaciones de sexos era muy diferente de la que tenía su padre. Eran radical y fundamentalmente distintas.

Dijo fríamente:

—Es que se ha enamorado de otra mujer, ¿verdad?

El viejo Jolyon le miró con desconfianza.

—Pues no sé, eso dicen…

—Entonces, probablemente es cierto —comentó el joven Jolyon inesperadamente.

—Y dirán quién es ella, ¿no?

—Sí —respondió su padre—. La mujer de Soames.

El joven Jolyon no lanzó ese silbido que suele lanzarse para mostrar extrañeza. Las circunstancias de su propia vida le hacían incapaz de silbar por nada de tal naturaleza; pero miró a su padre mientras una sonrisa pretendía a aparecer en sus labios.

Si el viejo Jolyon la vio, hizo como si no viera.

—Ella y June eran amigas del alma… —murmuró.

— ¡Pobrecita June! —susurró el joven Jolyon. Pensaba en su hija como si fuera todavía una criaturita de tres años.

Se paró el viejo Jolyon de pronto.

—Yo no creo una palabra de todo eso. Esos son cuentos de viejas. A ver si pasa un coche, Jo, que estoy cansadísimo.

Se quedaron en la esquina a ver si pasaba algún coche vacío, pero sólo pasaban particulares y ocupados, llevando Forsytes de todas clases desde el Zoológico a sus casas. Los arneses, las libreas, el brillo de la piel de los caballos, todo destellaba bajo el sol de mayo, y cada landó, birlocho, berlina, Victoria o faetón parecía cantar alegremente con sus ruedas:

Yo, mis caballos y mis hombres, ¿sabe usted?,

y todo este postín han costado buen dinero.

Pero bien valemos cada penique. ¡Mire

al amo, a la señora, a los perros!

¡Van bien cómodos y seguros! ¡Y con distinción!.

Y cantar así es buen acompañamiento, ya se sabe, para un Forsyte en coche.

Entre estos coches, un birlocho iba a más velocidad que los demás, arrastrado por un hermoso par de caballos bayos. Se mecía en sus grandes muelles y las cuatro personas que iban dentro parecían en una cuna.

Atrajo la atención del joven Jolyon, y de repente, en el asiento trasero reconoció a su tío James, inconfundible a pesar de la tremenda blancura de sus patillas; frente a él, protegidas por sombrillas, Raquel Forsyte y su hermana mayor, Winifred, la casada, con sus toilettes impecables, levantaban altaneras la cabeza, como dos de los pájaros que habían visto en el Zoológico; y junto a James iba Dartie, el marido de Winifred, con una levita a la última moda, muy ceñida y de hombros cuadrados y dejando ver parte enorme de los puños de la

camisa.

El brillo de su barniz caracterizaba al vehículo y parecía distinguirlo de los demás como posesor de una feliz extravagancia —como eso que diferencia la obra de arte del cuadro corriente—, y con todo, era el coche el trono auténtico de la grandeza forsyteana.

El viejo Jolyon no los vio, pues estaba acariciando a la pobrecita Holly, que se hallaba muy cansada, pero los del coche habían identificado al grupo parado; las cabezas de las señoras se volvieron repentinamente con un inclinar de sombrillas; la cabeza de James avanzó asombrada y boquiabierta… Las sombrillas, como adargas, se fueron haciendo más pequeñas, más pequeñas… y desaparecieron en la distancia.

El joven Jolyon vio que le habían reconocido, incluso Winifred, que no tendría más de quince años cuando él perdió su derecho a ser considerado un Forsyte. No habían cambiado mucho. Tenían el mismo aire de aquel tiempo: caballos, hombres y coche; todos eran diferentes ahora, no había duda, pero el sello de quince años antes, la misma arrogancia calculada, la misma ostentación, persistían. El balanceo, el mismo; la colocación de las sombrillas, la misma; el espíritu del grupo, el mismo.

Y seguían, protegidos por altaneras sombrillas, pasando coches bajo el sol.

—Acaba de pasar el tío James con sus mujeres —dijo el joven Jolyon.

Su padre se quedó parado.

— ¿Nos ha visto? ¿Sí? ¿Y qué demonio buscará por aquí a estas horas?

Al fin, un coche de alquiler vacío llegó, y en él se metió el viejo Jolyon.

— ¡Ya nos veremos, hijo! —exclamó—. No hagas caso de lo que he dicho de ese joven, de Bosinney… Yo no me creo ni media palabra…

Besó a los niños, que trataban de sujetarle, y partió.

El joven Jolyon, con Holly en brazos, contemplaba inmóvil al coche que se iba.

VII

Una tarde en casa de Timoteo

Si el viejo Jolyon, al entrar en el coche, hubiera dicho: «No me quiero creer ni media palabra», refiriéndose a las murmuraciones sobre Bosinney, hubiera expresado más verazmente su pensamiento.

La idea de que James y las mujeres de su familia le habían visto en compañía de su hijo despertaba en él no sólo la impaciencia que le producía una contrariedad, sino aquella secreta hostilidad frecuente entre hermanos, y que con raíces en la misma cuna, crece y se desarrolla durante toda la vida, llegando a ser árbol que da los frutos más amargos.

Hasta el presente, entre aquellos seis hermanos no había habido ningún sentimiento poco amistoso, aparte del temor a que cada uno pudiera enriquecerse más; sentimiento que iba creciendo curiosamente al acercarse la hora de la muerte para todos ellos, la hora del cierre general de todos sus negocios. El único que vivía seguro de no despertar envidias era Timoteo, ya que todo su dinero estaba invertido en algo que no podía producir beneficios sorprendentes: valores del Estado.

Pero ahora, entre dos de los hermanos al menos, se alzaba un claro sentimiento de mutua ofensa. Desde el momento en que James había tenido la impertinencia de meterse en sus asuntos —así decía el viejo Jolyon—, éste no podía ya dar crédito a la historia sobre Bosinney. ¡Su nieta despreciada por culpa de un miembro de la familia de James! Decidió que calumniaban a Bosinney. Otra debía de ser la razón de su defección. A June, desde luego, no le iban bien los amores, pues presentaba el aspecto más doliente que se pudiera imaginar.

Pensó en que convendría oír a Timoteo, a ver si se le escapaba algún dato revelador. Y sin perder tiempo iría a verle inmediatamente, con la idea de no tener que hacer una segunda visita para enterarse de cosas.

Vio el coche de James parado frente a El Arquero. Habían llegado antes que él…, para cacarear que le habían visto con su hijo… Y, además, frente a frente de los caballos de James estaban los caballos de Swithin, como celebrando conclave sobre la familia, mientras los cocheros celebraban conclave también.

El viejo Jolyon dejó el sombrero en una silla del estrecho hall, donde el sombrero de Bosinney fuera hacía tiempo confundido con un gato; pasó la mano por la cara ajada y por los bigotes, como para quitar toda traza de expresión de lo que sentía, y subió las escaleras.

El salón estaba lleno. Siempre estaba lleno, aun con pocos visitantes o con ninguno, pues Timoteo y las hermanas, siguiendo la tradición, consideraban que un salón no estaba bien de no estar debidamente amueblado. Tenían allí once sillas, un sofá, tres mesas, dos butacas, innumerables figurillas de adorno y chucherías y un piano. Y ahora, estando presentes la señora Small, tía Ester, Swithin, James, Raquel, Winifred, Eufemia, que había vuelto a devolver la novela del reverendo Scoles, que había leído a la hora de almorzar, y su íntima Francés, la hija de Roger (la Forsyte melómana, que componía canciones),

sólo quedaba una silla sin ocupante, excepto, claro está, las dos que nadie solía tomar nunca, y no había otro ser mantenido en sus pies, aparte del gato, al que el viejo Jolyon pronto echó, por tropezar con él.

En aquellos días no era raro en manera alguna que Timoteo tuviera tantas visitas. La familia había tenido siempre, individual y colectivamente, un gran respeto por la tía Ana, y ahora que ella no estaba presente, venían con mayor frecuencia a aquella casa y permanecían más tiempo.

Swithin había llegado el primero y se había sentado fatigado en una silla de satén rojo de respaldo dorado.

Su conversación, como acostumbraba últimamente, había recaído en seguida sobre Irene, y no perdió tiempo en comunicar su opinión acerca de los rumores que corrían. «No —dijo—, no: podría haber incurrido en algún ligero flirt, cosa natural en una mujer bonita; pero otra cosa, no… Tenía ella demasiado buen sentido, demasiado respeto por sí misma y por su situación social y por su familia…». No había habido ni asomos de… iba a decir escándalo, pero la palabra le sonaba tan mal refiriéndose a Irene, que agitó la mano insistiendo: No, no…

No podía Swithin tener otro punto de vista. Para él, el pertenecer a la familia Forsyte era algo que acorazaba contra cualquier posibilidad de obrar incorrecto, pues ¿qué respetos no merecía una familia en la que todos habían hecho tanto? Si bien había oído las palabras burgueses y terratenientes de poca monta con referencia a su origen, las había rechazado verbalmente y en su fuero interno.

¡No!… En lo más profundo de su alma sentía la seguridad de que algo verdaderamente distinguido había habido en su familia, en sus predecesores.

—No puede por menos —había dicho una vez al joven Jolyon antes que éste tomase por el mal camino—. Fíjate, si no, en nosotros. Nosotros hemos llegado a algo. Tiene que haber buena sangre en alguna parte…

Había tenido simpatía por el joven Jolyon; el chico había estado en un buen colegio había incluso tratado a los hijos de aquel viejo pillo de sir Charles Fiste —uno de ellos había salido un perdido, como su padre—, había estilo en él… Era una verdadera lástima que se hubiera escapado con aquella joven extranjera, con una institutriz… Si tenía que hacer eso, ¿por qué no había escogido alguien que diera lustre y prestigio a todos? ¿Y qué era ahora? Un empleadillo de Seguros. También decían que pintaba cuadros… ¡Nada entre dos platos! Podría haber llegado a ser todo un sir Jolyon Forsyte, un baronet, miembro del Parlamento, con un puesto destacado en el país…

Fue Swithin quien, siguiendo el impulso que más tarde o más temprano siente alguien en toda familia que llega, se dirigió a la Oficina de Información

Heráldica, donde le dieron seguridades de pertenecer indudablemente a la misma familia que los famosos Forsite, con «i» latina, cuyas armas eran «tres rodelas en campo de gules», así como la seguridad de que podrían llegar a demostrarlo.

Swithin, con todo, no quiso ninguna demostración, y habiéndose enterado de que en el escudo había una cresta de faisán, con el lema For Forsite, hizo imprimir cresta y lema en su papel de cartas y colocarlo en la portezuela de su coche y en los botones de su cochero. Las armas no las quiso, pues había que pagar por usarlas y además le parecían ostentación excesiva, y él, como todo hombre práctico de su país, odiaba todo lo que no entendía y pensaba que era duro de entender aquello de las tres rodelas en campo de gules.

No olvidó que si pagaba podía usar las tres rodelas y el campo aquel, y con ello se robusteció su convicción de ser cumplido caballero. Poco a poco, la familia fue usando la cresta de faisán, y alguna, más serio, el lema. El viejo Jolyon, sin embargo, se negó a tomar en serio el lema, pues decía que aquello no significaba nada, que era una tontería y un engañabobos.

Entre los viejos de la familia decíase era sabido el origen histórico de la cresta de faisán. Pero si los presionaban para que lo explicaran, como no les gustaba decir mentiras, pues creían que eso de mentir era cosa de franceses y rusos nada más, decían que era Swithin quien estaba al tanto de aquellas cosas.

Entre los jóvenes, el asunto quedaba envuelto en el tupido velo de la discreción. No querían herir los sentimientos de sus mayores, ni hacer el ridículo ellos: usaban simplemente la cresta…

—No —decía Swithin.

Él había visto con sus propios ojos, y lo único que podía decir era que en la actitud de ella hacia el Pirata o Bosinney o como se llamara, era exactamente la misma que podía ser para con él. En realidad, lo que podría afirmarse era que… Pero la entrada de Frances y Eufemia impuso un lamentable alto a sus palabras, pues éstas no eran cosas que se podían tratar ante jóvenes.

Y aunque Swithin quedó molesto por verse silenciado en el momento de decir una cosa tan importante como iba a decir, pronto recuperó su afabilidad. Tenía mucho afecto a Frances —Francie, como le decían en la familia—. Era muy linda, y además decían que hacia su dinerito componiendo canciones…

Se enorgullecía bastante de su criterio liberal y amplio en cuanto se refería a la mujer en general. No veía por qué una mujer no puede pintar cuadros o escribir melodías o libros, si se le antojaba, sobre todo si podía sacar algo de provecho.

«La pequeña Francie», como le decían con un desprecio de buena índole,

era un personaje importante, aunque no fuera más que como demostración viva de la aptitud de los Forsytes para las Bellas Artes. En realidad no era pequeña, sino bastante alta, con un pelo demasiado negro para una Forsyte, lo cual, junto con sus ojos azules, le daba lo que decían aire céltico. Escribía canciones con títulos como Dulces suspiros o Bésame, madre, antes que muera, con un refrán cual el de un himno:

Bésame, madre…, antes que muera.

¡Bésame…, bésame, madre…, ah!

¡Bésame…, ah! Bésame… antes que…

¡Bésame, madre…, antes que… muera!

Hacía ella misma la letra y también otras poesías. En momentos de intrascendencia escribía valses, uno de los cuales, Kensington Coil, era casi un poema nacional para Kensington, pues tenía una dulce profundidad.

Era muy original. Además, allí estaban sus Canciones para gente menuda, a la vez instructivas y graciosas, especialmente aquella que se llamaba La abuelita y aquella cantilena, casi proféticamente imbuida del espíritu imperialista que se acercaba, titulada: Ponle un ojo negro.

Cualquier editor tomaba con harto gusto sus producciones, y revistas como Alta Sociedad o El Guía de las Damas se llenaban de euforia escribiendo en sus páginas: «Otra de las espirituales canciones de la señorita Francie Forsyte, llena de espiritualidad, gracia y emoción. Nosotros mismos llegamos a las lágrimas y a la risa feliz. La señorita Forsyte llegará muy lejos por el camino del arte».

Con el acertado instinto de su casta, Francie había hecho punto de honor el conocer «gente bien», gente que podría escribir, prestigiándola, acerca de ella, hablar de ella gente que se movía en sociedad…, llevando un registro mental de las personas sobre las que debía ejercer su encanto y teniendo siempre la vista en la escala ascendente de los precios, cosa que para ella representaba el futuro. De esta forma hacíase respetar de todos.

Una vez que su emoción artística resultó enfriada por otro afecto —pues el tono de vida de Roger, con su devoción cordial dedicada al aumento de sus propiedades inmobiliarias, había determinado, por herencia quizá, en su hija una gran tendencia al apasionamiento— volvió a su trabajo de arte con entusiasmo y dedicación sincera, escogiendo para expresar sus sentimientos de composición una sonata para violín. Y ésta fue la única producción de Francie que turbó a los Forsytes. Todos percibieron inmediatamente que no se podría vender.

Roger, a quien agradaba tener una hija inteligente, y que con frecuencia se

satisfacía narrando lo que ganaba con el arte, quedó contrariado por aquella sonata de violín.

—Eso es una tontería —dijo.

Francie había conseguido que Eufemia le cediese a Flageoletti para que tocase su sonata en los Jardines del Príncipe.

Y, en realidad, Roger tenía razón. Era una tontería, y de las peores, la clase de tontería invendible. Como todo Forsyte sabe, las tonterías que se venden no son tonterías, ni muchísimo menos.

Con todo, a pesar del sano criterio que establecía la valía del arte en lo que rindiera en dinero, alguno de los Forsytes —tía Ester, por ejemplo, que siempre había sido muy melómana— lamentaba que las composiciones de Francie no fuesen clásicas. Y lo mismo pasaba con sus poemas. Pero la misma tía Ester lo reconocía ya no había poesía en absoluto, sólo «esas cosas ligeritas» que se estilaban. Ya nadie podía escribir un poema como El Paraíso perdido o como Child Harold, de esos que le hacen sentir a uno que está leyendo algo. De todas formas, era una cosa buena que Francie se ocupase en algo; en contraste con otras jovencitas que se pasaban la vida gastando dinero en vestidos, ella se dedicaba a ganarle. Y también tía Ester como tía Julita estaban dispuestas siempre a que les contaran cómo Francie había conseguido que le pagaran más por su último trabajito que por el penúltimo.

Ahora estaba escuchando, lo mismo que Swithin, que fingía no escuchar, pues aquellos jóvenes hablaban de una forma que él no conseguía enterarse de lo que decían.

—No puedo explicarme —decía la señora Small— cómo te atreves ni a intentarlo. Yo no tendría ese valor tuyo, hija mía…

Francie sonrió ligeramente.

—Prefiero tratar con un hombre mejor que con una mujer. ¡Las mujeres son tan taimadas!

— ¡Hija, por Dios! —exclamó la señora Small—. No creo que sea tanto…

Eufemia comenzó una de sus carcajadas silentes y, habiéndola coronado con él cacareo de costumbre, como si la ahogaran, dijo:

— ¡Ay tía!… Un día, oyéndote, me voy a morir de risa…

Swithin no comprendía la necesidad de reírse; odiaba a la gente que se reía cuando él no encontraba gracia a una cosa. Detestaba a Eufemia con todo su corazón, a la que siempre se refería diciendo: «La hija de Nicolás…, la pérfida esa, ¿cómo se llama?». No había sido su padrino, por haberse opuesto a que le pusieran aquel nombre extranjero tan raro. Le fastidiaba ser padrino de nadie.

Swithin habló entonces a Francie con mucho empaque:

—Hace un día hermoso ¿eh?… Para la época del año en que estamos…

Pero Eufemia, que sabía que no había querido ser padrino suyo, se volvió a tía Ester, y empezó a explicarle que había visto a Irene…, la mujer de Soames, en el Mercado.

— ¿Iba Soames con ella? —preguntó tía Ester, a quien la señora Small no había tenido todavía oportunidad de contarle el suceso.

— ¿Soames con ella? ¡Pues clarito que no!

— ¿Pero iba ella sola por Londres?

— ¡Oh, no! El señor Bosinney la acompañaba. Iba muy bien vestida…

Pero Swithin, al oír el nombre de Irene, miró con severidad a Eufemia, quien en verdad nunca había estado bien con ningún vestido, se hubiera puesto lo que se hubiera puesto en otras ocasiones, y dijo:

—Vestida como una señora, no tengo duda. Va siempre que da gusto mirarla.

En aquel momento fueron anunciados James y sus hijos, Dartie, que necesitaba de veras un trago, había pretextado una cita con el dentista, y habiéndose quedado en Marble Arch, tomó un coche y estaba ya sentado junto a un ventanal de su Club en Picadillo.

Su mujer, explicó a sus contertulios, le había querido llevar de visitas, pero no era ésa su especialidad. ¡Ni en broma!

Llamó al camarero y le mandó al hall a ver quién había ganado la carrera de las 4,30. «Estaba cansado», dijo, y no era para menos: había estado toda la tarde danzando con su mujer de un sitio para otro a ver tonterías. Al fin se había liberado: un hombre tiene que vivir su vida.

En aquel momento, mirando por el ventanal —le encantaba aquel sitio, pues desde allí podía ver perfectamente la gente—, descubrió a Soames, que cruzaba desde la acera de Green Park con la evidente intención de dirigirse al Club, pues él era también miembro del Iseum.

Dartie se puso en pie como una exhalación; agarró su vaso, murmuró algo sobre la carrera de las 4,30 y se fue a la sala de juego, donde Soames no entraba nunca. Allí, en soledad completa y bajo una luz semiapagada, vivió su vida hasta las siete y media, a cuya hora sabía positivamente que Soames se marchaba.

No le convenía, se decía una y otra vez cuando le ataba demasiado fuerte el deseo de irse a su ventanal a charlar con sus amigos, arriesgar una pelea con

Winifred, estando tan mal de fondos como él estaba y con lo roñoso que era el viejo (James) desde que, sin tener él la culpa, había salido mal aquel asunto de los valores aceiteros.

Si Soames le veía en el Club, ya podía estar seguro de que hasta él mismo, y a través de Winifred, llegaría la noticia de que no había estado en el dentista. En su vida había visto una familia donde se corrieran tan pronto las voces de cualquier cosa. Nervioso, entre las mesas verdes de juego, con el ceño fruncido y las botas brillándole a la débil luz de la sala, se preguntaba de dónde diablos iba a sacar dinero si Erotic no ganaba la Copa Lancashire.

Sus pensamientos rondaron a todos los Forsytes. ¡Qué colección de tipos! No había que pensar en sacarle nada a ninguno, o, por lo menos, sería dificililla la cosa. Eran tan, tan… así en cosas de dinero…; no había un verdadero caballero entre ellos, como no fuera Jorge. Aquel tipo, Soames, por ejemplo, sufriría un ataque si uno intentaba sacarle una miserable libra; y si no le daba el ataque, se le quedaría mirando a uno con aquella sonrisita idiota que ponía, como si uno fuera un pobre diablo por el hecho de no tener dinero…

En cuanto a su mujer (y a Dartie se le hizo la boca agua), él había tratado de estar en buenas relaciones con ella, como se debe hacer con una primita política guapa, pero de nada hubiera servido. Que le colgaran si la… (mentalmente usó una palabra muy expresiva) aquella le dirigía la palabra a su marido; le miraba como si fuera un bicho…, y no quedaría la cosa así, se apostaba cualquier cosa. Él conocía a las mujeres; sabía que por algo tienen ojos bonitos y cuerpos como el de Irene, y el Soames aquel lo comprobaría a no tardar si había algo de cierto en los rumores que estaban circulando sobre el Pirata ese, de que tanto hablaban.

Se levantó de la silla y se acercó a la chimenea. Allí se quedó largo rato mirándose al espejo. Le pareció que le iba a salir una espinilla en la nariz curvada y un tanto gruesa.

Mientras tanto, el viejo Jolyon se había apoderado de la silla vacante, que quedaba en el amplio salón de Timoteo. Era ostensible que su llegada había puesto un final abrupto a la conversación de los circunstantes. La tía Julita, con su buen corazón de siempre, procuraba que la gente se sintiese otra vez a sus anchas.

—Sí, Jolyon —explicaba—. Precisamente estábamos diciendo ahora que hacía mucho tiempo que no venías por aquí. Pero no es extraño, pues estás muy ocupado siempre, ¿verdad? James estaba diciendo que ésta es la época del año más ajetreada para los negocios…

— ¿Estaba diciendo eso? Pues no estaría tan ajetreado si cada uno se metiera en lo que le importa y nada más.

James estaba en una silla pequeñita, de forma que sus piernas hacían un pronunciado ángulo. Movió los pies nervioso al oírse aludir y pisó al gato que desacertadamente había buscado refugio junto a él tras el tropiezo del viejo Jolyon.

— ¡Tenéis aquí un gato! —dijo con voz de susto, al sentir que su pie se había hundido en el cuerpo blando y sedoso del animal.

—Varios —dijo el viejo Jolyon, mirando de una cara a otra—. Yo acabo de tropezar con uno.

Se hizo un silencio total.

Entonces, la señora Small, retorciéndose los dedos y mirando alrededor con calma doliente, preguntó:

— ¿Y cómo está June?

Una chispa de ironía brilló en la mirada dura del viejo Jolyon. Extraordinaria vieja aquella Julita. No había nadie en el mundo con tanto acierto como ella para decir la cosa más inconveniente.

— ¡Mal! —contestó—. Londres no le prueba. Demasiada gente, demasiada charla, demasiada murmuración… —y puso mucho énfasis en sus últimas palabras, mirando duramente a James.

Nadie dijo nada.

La sensación de ser muy peligroso aventurar un paso en cualquier sentido se había apoderado de todos. Algo de la sensación del hado inevitable, que se apodera del espectador de la tragedia griega, había entrado en el tapizado salón lleno de barbas blancas y de levitas, de mujeres elegantemente vestidas, pertenecientes a la misma familia y entre todos los cuales existía una semejanza que no podía decirse en qué consistía.

No percibían conscientemente nada, pero sentían algo difícil en el ambiente.

Swithin se levantó. Él no se iba a quedar allí en aquella situación desagradable. Y maniobrando por todo el salón con estudiada pompa, fue dando la mano a todos, uno por uno.

—Di a Timoteo de mi parte que se cuida demasiado —y dirigiéndose a Francie, a quien consideraba distinguida, le dijo—: Y tú vente cualquier día a dar un paseo en coche conmigo.

Estas palabras fueron conjuro del recuerdo de otro paseo en coche de que se había hablado tanto, y quedó inmóvil durante unos segundos, con los ojos perdidos, como esperando captar el significado de sus propias palabras. Pero dándose cuenta de pronto de que a él no le importaba nada un comino, se

volvió al viejo Jolyon:

—Bueno, Jolyon, adiós. No salgas por ahí sin abrigo, que cuando menos lo pienses cogerás una ciática o algo parecido —y dando una patadita suave al gato, marchó arrastrando su corpachón enorme.

Cuando hubo salido, todos se miraron reservadamente para ver el efecto que había causado en los demás lo del «paseo en coche», la palabra que se había hecho famosa y había adquirido una importancia insospechada, siendo la única noticia oficial, por decirlo así, referente al siniestro rumor que ocupaba la lengua de la familia.

Eufemia cediendo a un impulso automático, dijo con una risa breve:

—Me alegro de que el tío Swithin no me haya invitado a mí a pasear en coche…

La señora de Small, para tranquilizarla y suavizar cualquier tensión desagradable que en ella pudiera producir, dijo:

—Hija mía, parece que le gusta llevar siempre a alguien que vista bien en su coche para presumir un poco. Yo nunca olvidaré el día que me llevó a mí. ¡Aunque viva mil años! —y su carita redonda y vieja se iluminó con una extraña alegría, y luego empezó a hacer pucheros: se estaba acordando de aquel paseo en coche que dio, hacía mucho tiempo, con Septimus Small.

James, que había vuelto a su meditar nervioso en la silla pequeñita, se despabiló y dijo:

—Es divertido este Swithin.

El silencio del viejo Jolyon y su mirada dura los tenían a todos sometidos a parálisis total… Quedó desconcertado ante el efecto de sus palabras, un efecto que parecía ser confirmación del rumor que había venido a investigar. Estaba furioso.

Todavía no había terminado con ellos, ¡de ninguna manera! Todavía tenía que decirles un par de cosas.

No quería ser violento con sus sobrinas, pues no tenía ofensa contra ellas. Una mujer joven y presentable siempre encontraba clemencia en el corazón del viejo. Pero aquel James, y todos los demás también, tenía que oírle. Y preguntó por Timoteo.

Notando que algún peligro amenazaba al más joven de sus hermanos, la tía Julita le ofreció té.

—Estará ya frío y malo, esperando que vayas a tomarlo; pero Smither te hará más.

El viejo Jolyon se levantó.

—Gracias —dijo, mirando fijamente a James—. Pero no tengo tiempo para tés y para chismes escandalosos, ni para el resto de las cosas. Ya es hora de que esté en casa. Adiós, Julia. Adiós, Ester. Adiós, Winifred —y sin más adioses ceremoniosos se fue.

Al hallarse de nuevo en su coche, la cólera se le disipó, pues siempre le pasaba así. Se desahogaba un poco y… la tristeza le sobrevenía. Había detenido aquellas lenguas quizá. Pero ¡a qué costa! A costa de saber que el rumor que había resuelto no creer correspondía a la realidad. June abandonada, y por culpa de la mujer del hijo de aquel… Comprendía que era todo cierto, pero se esforzaba aún en considerarlo mentira. Y el dolor que sentía empezó, lentamente, a transformarse en odio contra James y su hijo.

Las seis mujeres y el hombre que dejó atrás empezaron a hablar todo lo libremente que podían tras el suceso. Pues aunque cada uno sabía que nunca incurría en murmuraciones escandalosas, sabía que los otros sí. Y todos estaban coléricos. Sólo James guardaba silencio, con la cólera escondida en el corazón.

Francie dijo:

—Por cierto, me parece que el tío Jolyon está muy cambiado este año. ¿No te parece, tía Ester?

Y la tía Ester hizo un movimiento de no querer saber nada.

—Pues no sé, pregunta a tu tía Julita.

Nadie tuvo miedo de convenir en aquello, y James dijo:

—No es ni la mitad del hombre que era.

—Ya lo había notado yo. ¡Está muy envejecido! —concluyó Francie.

Tía Julita asintió. Toda su cara era un puchero.

— ¡Pobre Jolyon! ¡Alguien debería ocuparse de él!

Se hizo otra vez el silencio; y repentinamente, como asustados todos de quedarse el último, los cinco visitantes se levantaron simultáneamente.

La señora Small, tía Ester y el gato volvieron a quedarse solos.

Aquella noche, cuando la tía Ester había empezado a quedarse dormida, se abrió la puerta de su cuarto, y la señora Small, con un gorro de dormir color de rosa y una vela en la mano, entró.

— ¡Ester! —llamó—. ¡Ester!

La tía Ester se revolvió débilmente entre las sábanas.

— ¡Ester! —repitió la tía Julita para comprobar que había despertado a su hermana—. Estoy muy preocupada por el pobre Jolyon. ¿Qué crees tú que podríamos hacer?

Volvió a moverse entre las sábanas la tía Ester, y se oyó su vocecilla:

— ¿Hacer? ¿Y qué quieres que hagamos?

La tía Julita se marchó satisfecha. Y cerrando la puerta con suavidad especial para no molestar a la pobre Ester, se volvió a su cuarto. Allí se quedó mirando la luna, que iluminaba los árboles del parque, a través de una rendija que formaban las cortinas de su balcón, púdicamente corridas para que nadie pudiera verla desde fuera. Y allí, con la cara redondita y llena de pucheros, bajo el gorro de dormir color de rosa, se dedicó a lloriquear pensando en el «pobre Jolyon», tan viejo y tan solo, y en cómo poder servirle, y en cómo él se lo agradecería, y en qué muestras de cariño no le daría, como no se las había dado nadie desde que muriera el pobre Septimus.

VIII

Baile en casa de Roger

La casa de Roger, en Prince Gardens, estaba hecha un ascua de luz. Gran número de bujías había sido dispuesto en bellos candelabros de cristal tallado, y el suelo brillante de cera del salón reflejaba aquellas constelaciones. Se había conseguido verdadera amplitud y desahogo retirando muebles a los pisos altos de la casa y dejando sólo en el salón hileras de asientos adosados a las paredes.

En un rincón, orlado por palmeras y otras plantas, estaba el piano con un ejemplar del vals Kensington en el atril.

Roger no había querido contratar una orquesta. Sería demasiado caro y no había necesidad de gastos inútiles. Francie (su madre, dispéptica crónica, había sido reducida por Roger en irse a la cama) tuvo que contentarse con suplementar el piano con un joven que tocaba la trompeta, y con el adorno de las palmeras, cualquiera que no mirase mucho, podría creerse que tras ellos se encontraban varios músicos. Había decidido pedir al pianista y al trompeta que tocasen muy alto… En la trompeta hay música en cantidades astronómicas, y si el que la toca pone el alma en soplar se obtiene una sonoridad hermosa.

Al fin, todo lo tuvo listo, incluso aquel laberinto de ficciones que hubo de disponer para hacer frente a los sanos criterios económicos de su padre. Delgadita, pero elegante con su vestido de color maíz con mucho tul por todas

partes, iba de parte a parte ajustándose los guantes y recorriéndolo todo con su mirada escrutadora.

El criado contratado (pues Roger sólo tenía criadas) para la ocasión fue debidamente instruido acerca de cómo servir el vino. ¿Había entendido bien que el señor Forsyte quería servir una docena de botellas de champaña de Whitely? Pero si se acabasen (Francie suponía que no, pues las señoras seguramente no beberían más que agua), allí estaba el sitio de guardar el champaña, y debía procurar administrar la menor cantidad lo mejor posible.

Le contrariaba tener que decir semejantes cosas a un criado, pues era humillante en extremo. Pero ¿qué iba a hacer con su padre? Roger, tras ponerse en plan molesto ante la idea del baile, se presentaría luego tan contento, como si él hubiera sido el promotor de la fiesta, sonreiría, y seguramente sentaría a su lado a la mujer más bonita de las que asistiesen; y hacia las dos, cuando todos estuvieran ya llenos de alegría, iría disimuladamente hasta los músicos y les mandaría tocar el God save the Queen, y terminar.

Francie pedía fervientemente a Dios que se sintiese fatigado y tuviera que irse a la casa.

Las tres o cuatro amigas que la ayudaban a disponerlo todo habían compartido con ella, en un cuartito medio escondido de arriba, una ligera cena, compuesta de muslos de pollo y té, apresuradamente servida; a los hombres les habían mandado a cenar al Club, comprendiendo que debían estar bien alimentados.

Hacia las nueve, apareció la señora de Small. Presentó complicadas disculpas para justificar la ausencia de Timoteo, omitiendo toda mención de Ester, que en el último instante había dicho que la dejasen en paz. Francie la recibió cariñosamente y la llevó hasta una silla, donde la dejó haciendo pucheros y sola, con su vestido de color espliego, el primero de color que se ponía desde la muerte de la tía Ana.

Las cariñosas amiguitas de Francie aparecieron en seguida, cada una con un vestido diferente, conseguida la diferencia absoluta por arte mágico, pero todas con amplias cantidades de tul en hombros y escotes, pues daba la triste casualidad de que todas eran flacas. Fueron presentadas a la señora Small, pero ninguna se quedó con ella más de un minuto, sino que reunidas en grupo parlero y ruidoso, retorciendo sus programas entre los nerviosos dedos, se fueron junto a la entrada del salón mirando insistentemente a ver si al fin llegaba algún hombre. Llegó un grupo de familiares de Nicolás, siempre puntuales, e inmediatamente Eustasio y sus hombres, tétricos y oliendo a humo.

Tres o cuatro admiradores de Francie aparecieron también, uno tras otro; ella les había hecho prometerle, respectivamente, que irían pronto. Estaban todos recién afeitados y contentos, con esa ligereza juvenil que en aquellos mismos días había invadido Kensington; parecía que a ninguno le importaba en absoluto la presencia de los demás, y llevaban las corbatas muy abultadas, los chalecos blancos y calcetines muy adornados. Todos ocultaban el pañuelo en la manga. Se movían ruidosamente por el salón, acorazados todos en alegría profesional, como si estuvieran dispuestos a realizar grandes hazañas. Sus caras, al bailar, lejos de presentar el aspecto solemne del inglés que baila, eran despreocupadas, suaves, realmente encantadoras; brincaban, imprimían veloces vueltas a su pareja, no prestaban ninguna pedantesca atención al ritmo de la música.

Miraban despectivamente a los demás bailarines… No eran, como ellos, la brigada ligera, los héroes de cien bailes en Kensington, lugar donde solamente podían aprenderse la sonrisa adecuada y el paso de baile acertado.

Tras ellos llegó la gran masa de asistentes a la fiesta; las carabinas se situaron en los sitios estratégicos y el elemento bailarín en el centro del salón, sumergido en un torbellino de alegría.

Los hombres escaseaban, y las mujeres poco agraciadas mostraban su expresión peculiar que parecía decir: «No, no espero que venga usted a pedirme que baile, ya sé que nadie quiere bailar conmigo». Y Francie seguía con uno de sus admiradores:

—Bueno, ahora para darme gusto, permítame que le presente a miss Pink. ¡Pero si es muy simpático, por Dios! Vamos… Mire, le presento a miss Pink… El señor Gathercole. ¿No te importaría concederle un baile?

Y la pobre miss Pink, sonriendo con sonrisa forzada y ruborizándose un poco, respondía:

— ¡Oh, sí, no faltaba más! Si tú me lo pides… —y ocultando su carnet vacío escribía el nombre de Gathercole, deletreándolo apasionadamente…

Pero cuando el joven había murmurado que hacía calor y que era mejor dejarlo para luego, ella se quedaba otra vez con su aire de expectación triste, con su sonrisa de ratoncito en los labios amargos.

Las mamás, abanicándose suavemente los rostros, miraban a sus pimpollos, y en sus ojos podía leerse la historia triste de sus hijitas, A ellas no les importaba estarse allí sentadas, hora tras hora, fatigadas, sin hablar, o hablando espasmódicamente… Nada importaba con tal que las niñas pasasen un buen rato. Pero verlas abandonadas, sin que nadie les hiciera caso… Sonreían, pero sus ojos apuñalaban como los ojos de un cisne en cólera. Sentían ganas de agarrar a los Gathercoles por el cuello de la levita y el

fondillo de los pantalones y llevárselos sus hijas corriendo. ¡Los estúpidos mequetrefes!…

Y todas las crueldades y durezas de la vida, sus ternuras y sus dolores, estaban representados en aquella sala de Kensington.

Aquí y allí, desde luego, admiradores, pero no admiradores como los de Francie, sino novios, novios sencillamente. Y las admiradas, las novias, ruborosas, temblorosas, sintiéndose deseadas, bailaban con sus novios, chocando a todos por la luminosidad de sus miradas felices.

Menos de un segundo después de dar las diez, llegó James con su familia: Emilia, Raquel, Winifred (a Dartie le habían dejado en casa para que no repitiera aquello de beber demasiado champaña en casa de Roger) y Cicely, la más joven, que hacía su debut en sociedad; tras ellos, en un coche y procedentes de la mansión paternal donde habían cenado, llegaron Soames e Irene.

Todas aquellas damas no llevaban tules, mostrando, en atrevida exhibición de carne, que venían de la parte más elegante del Parque.

Soames, escapándose de la proximidad de los bailarines, se colocó junto a la pared. Protegido por su sonrisa pálida, se quedó observando. Un vals terminaba y empezaba otro; a su lado pasaban, bailando, parejas sonrientes. Y la escena, con el olor de las flores, de las esencias que a las mujeres gustaban, producía un efecto agobiante y sofocador.

Silencioso, con la estereotipada sonrisa despectiva, Soames parecía no darse cuenta de nada; pero una y otra vez, hallando sus ojos lo que buscaban entre la gente, la sonrisa moría en sus labios. Él no bailaba con nadie; algunos hombres lo hacían con sus esposas; su sentido de la compostura no le había permitido, desde que se casó, bailar con Irene, y solamente el Dios de los Forsytes podría decir si aquello le satisfacía o no.

Ella pasó y repasó ante él bailando con otros, con su vestido flotando en el aire alrededor de sus pies. Bailaba bien. Estaba ya cansado de oír a otras señoras comentar: «¡Qué bien baila Irene, señor Forsyte!… ¡Da gusto verla!»; cansado también de contestarles: «¿Verdad que sí?…».

Una parejita joven estaba cerca de él dándose aire alternativamente con el abanico de ella y produciendo una corriente que le molestaba. No lejos estaba Francie con uno de sus admiradores, muy entretenida; hablaban de amor.

Oyó a Roger, detrás, dando órdenes sobre la cena a una criada. Todo era muy cursi, muy quiero y no puedo. Cuánto mejor hubiera hecho en no ir a la fiesta… Había preguntado a Irene si necesitaba que la acompañase, y ella había respondido con aquella sonrisa enloquecedora que tenía:

— ¡Oh, no!

¿Por qué había ido entonces? Durante el último cuarto de hora ni siquiera la había visto. Ahora se le acercaba Jorge; pero era demasiado tarde para escapar.

— ¿Has visto al Pirata? Viene dispuesto a romper corazones. Se ha cortado el pelo y todo…

Soames dijo que no había visto a nadie, y aprovechando que se hacía un claro entre los bailarines, cruzó el salón y fue a un balcón a mirar la calle. Un coche retrasado llegaba en aquel momento, y alrededor de él se agolpaba una masa de esos pacientes mirones de Londres, que se paraban ante una casa donde sonaba música o parecía haber una fiesta; sus caras, pálidas y vueltas hacia las ventanas que les interesaban, tenían un aire estólido que molestaba a Soames. ¿Por qué les permitirían pararse así? Debía venir un guardia y echarlos. Y un guardia había allí, pero no hacía caso; al contrario: sus pies, separados, estaban plantados en la alfombra carmesí que desde el bordillo de la acera conducía al portal, y sus ojos tenían el mismo mirar estólido que los de los otros mirones.

Frente por frente, Soames veía relucir las ramas húmedas de los árboles, y tras ellas, las casas, con sus ventanas cual múltiples ojos que contemplaban la noche.

Y por encima de todo, el cielo, aquel maravilloso cielo de Londres, iluminado por el reflejo en su niebla de infinitas luces, una bóveda tejida entre las estrellas con la refracción de las necesidades humanas y de las humanas fantasías, inmenso espejo de pompa y de miseria, que noche tras noche extiende su oscuridad sobre miles de casas y jardines, de mansiones lujosas y habitáculos miserables Forsytes, guardias urbanos y humildes observadores de la calle.

Soames se volvió, apoyando la espalda en la barandilla; oculto en el balcón, miraba el interior del salón iluminado. Se estaba más fresco allí fuera. Vio a los que acababan de llegar, June y su abuelo, que entraban en aquel momento. ¿Cómo habrían llegado tan tarde? Se quedaban en la puerta, como cansados… ¡Mira que el tío Jolyon tener que salir a aquellas horas de la noche…! ¿Cómo no habría acudido June a Irene para que la acompañara al baile? Y de repente se percató de que June había dejado de ir por su casa.

Observó con malicia su cara. Vio cómo cambiaba, cómo empalidecía, hasta sugerir que la muchacha iba a desmayarse. Después se le encendía como una llama. Se volvió un poco para ver a quién miraba June, y vio a su mujer del brazo de Bosinney, que venían desde el fondo de la sala. Los ojos de ella miraban a los de él, como contestando a una pregunta que le hubiera hecho; él

la miraba intensamente.

Soames volvió a mirar a June. Tenía la mano apoyada en el brazo del viejo Jolyon y parecía pedirle algo. Vio una mirada de sorpresa en los ojos de su tío. Se volvieron y salieron de nuevo.

La música volvió a sonar —otro vals—, e inmóvil como una estatua, sin sonreír ya, Soames observaba. Muy cerca, a un metro del balcón, Bosinney y su mujer pasaron. Percibió el olor de las gardenias que llevaba ella, vio el latido de su pecho, la languidez de sus ojos, sus labios entreabiertos y un aspecto de su cara que no le conocía. Al lento compás de la música bailaban, y le pareció que se estrechaban tiernamente; vio cómo ella levantaba los ojos hacia Bosinney y cómo los bajaba de nuevo.

Muy pálido se volvió a la baranda del balcón e, inclinándose sobre ella, contempló la calle. Los mirones estaban todavía allí, con persistencia tétrica; también seguía allí el guardia. Llegó un coche; dos figuras entraron en él, y se alejó…

Aquella noche se habían sentado a cenar June y su abuelo a la hora de costumbre. La muchacha vestía como siempre, y el viejo Jolyon, también.

En el almuerzo se había hablado del baile en casa de Roger. June quería ir, pero habíase descuidado y no se había puesto de acuerdo con nadie que fuera. Pero ahora ya era tarde.

El viejo Jolyon la miró con su mirada aguda. June iba siempre a los bailes con Irene. Y le preguntó por qué no había ido aquella vez con ella.

¡No! June no quería ir con Irene. Únicamente, si a su abuelo no le importaba llevarla, aunque no fuera más que un ratito…

Ante su mirada ansiosa y suplicante, el viejo Jolyon, de mala gana, accedió. No comprendía qué buscaba acudiendo a una fiesta como aquélla —le dijo—, una cursilada sin duda. Además, no le sentaría nada bien. Lo que necesitaba era aire del mar, y en cuanto se celebraba la asamblea general de la Compañía Mundial de Concesiones de Oro, se la llevaría a la costa. ¿Que no quería salir? Por lo visto, pensaba encerrarse en casa… Y, mirándola con pena, siguió comiendo.

June se levantó pronto de la mesa y empezó a ir de un lado para otro sin parar. Su figurilla, que en los últimos tiempos aparecía siempre lánguida e inmóvil, estaba ahora como azogada. Compró flores. Quería, necesitaba, presentarse lo más guapa posible. Él estaría allí. Sabía que le había invitado. Le demostraría que no le preocupaba lo más mínimo…, y en el fondo de su corazón pensaba que aquella noche haría lo imposible por reconquistarle. Se puso extraordinariamente alegre; tanto, que llegó a engañar a su abuelo.

Por la tarde le entró un ataque de llanto. Apretó, para que no la oyesen, la cara contra el almohadón de su cama; pero cuando terminó de llorar vio en el espejo que tenía los ojos hinchados y encarnados, rodeados de hondas ojeras moradas. Se estuvo con las luces apagadas hasta la hora de la cena.

Durante toda aquella comida estuvo tan deprimida y silenciosa, que el viejo Jolyon ordenó al criado que diera al coche contraorden: no quería que saliera a la calle en aquel estado de verdadero malestar. Lo que tenía que hacer era acostarse. June no opuso resistencia. Marchó a su cuarto y se sentó sin encender la luz. A las diez llamó a su doncella.

—Tráigame agua caliente y vaya y dígale al señor que me encuentro perfectamente bien. Que si él está cansado, que iré al baile yo sola.

La doncella se quedó como pasmada, y June se volvió imperiosamente a ella:

— ¡Dese prisa! Y traiga el agua corriendo…

Su traje de noche estaba extendido en el sofá, y con una especie de energía fiera se vistió sin que la ayudasen, cogió las flores y bajó la escalera con la carita levantada bajo el peso de su masa de cabello ígneo. Oyó al viejo Jolyon al pasar ante su cuarto.

Sorprendido y enfadado, se estaba vistiendo de etiqueta. Eran más de las diez; no llegarían hasta las once. Aquella chiquilla estaba loca… Pero no se atrevía a contrariarla: la expresión de su rostro, al cenar, le daba miedo.

Con sus grandes cepillos de marfil se alisó el pelo hasta que relució como plata bajo la luz; y salió a la escalera semioscura.

June estaba ya abajo, y, sin cambiar una palabra, entraron en el coche.

Cuando, tras el camino, que parecía eterno, entraron en el salón de Roger, ocultaba bajo una máscara de decisión un verdadero tormento de emoción y nerviosismo. El sentimiento de vergüenza que le producía el que pudieran decir que «iba tras de él», no era nada ante el temor de que no hubiera ido, y menos aún ante aquella decisión firme de reconquistarle.

La vista de la sala, con el suelo brillante, le dio sensación de alegría, de triunfo, pues le encantaba bailar, y cuando lo hacía parecía volar como un espíritu diestro en el arte. Sin duda que él la sacaría a bailar, y si bailaba con él, todo volvería a ser como antes. Miró ansiosamente a su alrededor.

El ver a Bosinney con Irene, con aquella mirada absorta en la cara al contemplarla, la hirió demasiado repentinamente. No vio nadie —ni siquiera su abuelo— la enormidad de su dolor.

Puso la mano en el brazo del viejo Jolyon y murmuró:

—Tengo que ir a casa, abuelito. Me pongo mala…

Se la llevó a toda prisa, diciendo que ya sabía él que tenía que ser así.

De momento no le preguntó nada; pero cuando estuvieron en el carruaje, que por casualidad se había aproximado a la puerta, le dijo:

—Pero ¿qué te pasa, hijita?

Al notar que todo su cuerpo se agitaba con los sollozos, se alarmó terriblemente. Al día siguiente la vería Blank. Pero no faltaría más. No podía seguir así.

— ¡Bueno, bueno; no es nada, no es nada!

June dominó su llanto, y, apretándole febrilmente la mano, se recostó en su rincón con la cara protegida por el chal.

Sólo poda verle los ojos, fijos en la oscuridad. Y no cesaba de acariciarle la manita con sus dedos largos y flacos.

IX

En Richmond

Otros ojos, además de los de June y Soames, habían visto a «esos dos» (como Eufemia había empezado a llamarlos) en el salón de Roger; otros ojos se habían fijado en el aspecto de la cara de Bosinney. Hay momentos en que la Naturaleza revela la pasión que esconde bajo su calma aparente; una viva primavera, revelada en la floración blanca de los almendros bajo las nubes rojas de un atardecer; un pico de montaña nevada iluminado por la luna con una estrella solitaria que se eleva por encima en el azul negro del cielo, o un árbol reseco destacándose de su fondo celeste como guardián silencioso de algún secreto profundo.

Hay momentos también en que en una exposición de cuadros, uno de ellos reseñado por un visitante como «¡Es un Tiziano maravilloso!», rompe las defensas del bolsillo de un Forsyte y le sujeta durante largo rato con su éxtasis: «Hay cosas —piensa el Forsyte— que…, bueno, ¡qué cosas!». Y algo inexplicable e inexplicado le domina, y cuando trata de explicárselo con los razonamientos rectos de un hombre práctico se le escapa, se le va lo mismo que un trago de vino que ha bebido y que le ha gustado tanto que no le ha consentido pensar en la cirrosis. Nota que ha sido extravagante, pródigo de algo que no debiera prodigar, que se le ha ido su virtud. Quiere evitar la atracción del Tiziano impreso en el Catálogo… ¡Que Dios le libre de sentirse

sometido a las fuerzas de la Naturaleza! ¡Que Dios no quiera que por un momento haya de reconocer siquiera que existen! Si lo admira, ¿qué sería de él? Ya había pagado un chelín por la entrada y otro por el Catálogo…

La mirada que había visto June, que habían visto otros Forsytes, era como el resplandor repentino de una luz tras un lienzo oscuro tras el que se moviera el repentino destellar de un resplandor vago, atrayente y subyugador. Hizo pensar a quienes vieron la mirada en la existencia de aquellas fuerzas peligrosas que no querían reconocer. Por un instante notaron la realidad de las fuerzas naturales con agrado; después pensaron que debieran desconocerlas en absoluto.

Con todo, daban la razón de la llegada tan a deshora de June y de su marcha inmediata, sin bailar, sin siquiera estrechar la mano de su novio. Se había puesto mala, se dijo. Y no era extraño.

Todos se miraban, sintiéndose culpables los unos a los otros. No tenían deseos de propagar el escándalo, de proceder mal, pues ¿quién iba a tenerlo? Y a los ajenos a la familia no se les dijo una palabra, en cumplimiento de la ley intangible y no escrita.

Después se supo que June había marchado a la costa con su abuelo.

La había llevado a Broadstairs, que estaba entonces de moda, pues Yarmouth había perdido categoría, mal que le pesase a Nicolás. La fatal tendencia aristocrática del primer Forsyte a beber madeira se traducía en sus descendientes en un gran amor por «lo fino».

Así, pues, June fue al mar. La familia esperaba un ulterior desarrollo del caso. De momento no había nada que hacer.

Pero… ¿hasta dónde habían llegado esos dos? ¿Y hasta dónde iban a llegar? ¿Llegarían en realidad a algo? Seguramente que no pasaría nada, pues ninguno de los dos tenía dinero. Lo más, lo más, un flirt, que acabaría, como esas cosas deben acabar, a su debido tiempo.

La hermana de Soames, Winifred, casada con Dartie, que había absorbido con los aires de Mayfair —vivía en la calle Green— principios más elegantes en lo que toca a la vida matrimonial de los que se estilaban, por ejemplo, en Landbroke Grove, se reía de la idea de que había algo a fin de cuentas. La «pequeña». —Irene era más alta que ella— estaba aburrida, y eso era todo. ¿Por qué no podía divertirse un poco? Soames era bastante aburrido, y el señor Bosinney —sólo a un idiota como Jorge se le podía haber ocurrido llamarle pirata— afirmaba que era un hombre muy chic.

Tal afirmación —la de ser Bosinney muy chic— causó cierto revuelo. No se quedaba nadie convencido. Admitían «que, en cierto modo, era guapo»;

pero que un hombre de pómulos salientes, ojos tan raros y sombrero blando fuera chic, era cosa más allá de lo que pudiera pensar nadie, y prueba de la extravagancia de Winifred el decirlo.

En aquel verano estaba de moda todo lo extravagante: hasta la tierra era extravagante, pues los árboles lucían flores como nunca y el aire olía como no había olido jamás. La hilera de coches que cruzaba los puentes conduciendo a la clase media bien acomodada al bello verdor de Bushey. Richmond, Kew o Mempton, era extravagante también por su longitud de continuidad ininterrumpida. Casi todas las familias con alguna pretensión se llegaban a hacer una visita a alguno de estos lugares. Deslizándose entre la polvareda que levantaban, miraban elegantemente a los ciervos que se paseaban por bosques que prometían a los novios sitios tan recatados para la estación como nunca soñaran. Y cuando el aire cargado de perfumes de flores les azotaba el rostro, no podían dejar de exclamar:

—Pero ¿no es esto un encanto?…

Los limoneros estaban aquel año particularmente adelantados y tenían un color que parecían de miel. En todas las esquinas de Londres exhalaban al ponerse el sol un aroma delicioso, un aroma que excitaba en los corazones de los Forsytes deseos vagos e inconcretos cuando tomaban el fresco en sus jardines privados, después de cenar.

Y aquellos anhelos los llevaban a pasearse entre los arriates de flores, queriendo aprovechar el último rayito de luz solar, dando vueltas y vueltas, como si estuvieran esperando a una persona amada.

Una vana comprensión, quizá provocada por el olor de los limoneros; un deseo irresistible de «ver con sus propios ojos» quizá; una tendencia a demostrar «que no había nada de particular en aquello», o meramente tal vez el deseo incontenido de ir a Richmond aquel verano, llevó a la mamá de los pequeños Darties (de Publio, Imogen, Maud y Benedicto) a escribir la siguiente carta a su cuñada:

Hoy, 30 de junio.

Mi querida Irene: He sabido que Soames se va mañana a Henley y que se quedará allí toda la noche. Sería muy divertido que hiciéramos una excursioncita hasta Richmond. Tú podías invitar al señor Bosinney y yo llevaría al joven Flippard.

Emilia (llamaban a su madre Emilia, pues eso era muy chic) nos dejaría el coche. Te iré a buscar a ti y a tu caballero a las siete.

Tu hermana que te quiere,

WINIFRED.

Montague dice que la comida de La Corona y el Cetro es estupenda.

Montague era el segundo y más bonito nombre de Dartie; el primero y más feo era Moisés. Pero él era hombre de mundo…

El plan de Winifred encontró por parte de la Providencia una oposición mayor que la que tan inocente plan merece. En primer lugar, el joven Flippard escribió:

Mi querida señora Dartie: Lo siento muchísimo. Estoy demasiado comprometido.

Su servidor y amigo.

AUGUSTO FLIPPARD.

Ya era tarde para remediar la desgracia buscando otro acompañante. Con la prontitud de una madre en salvar a su hijo, Winifred cayó sobre su marido. Tenía el temperamento decidido, aunque tolerante, que suele acompañar a las personas de perfil facial acusado, pelo rubio y ojos verdosos. Nunca se encontraba en fallo, y si se encontraba alguna vez, del fallo sabía hacer una ganancia.

Dartie también estaba en un buen momento. Erotic había fracasado en la Copa Lancashire, pues aquel famoso animal, considerado como uno de los más firmes pilares del hipismo, ni siquiera se había molestado en correr. Las cuarenta y ocho horas que siguieron a su fracaso fueron las más negras de la vida de Dartie.

La sombra de James le perseguía día y noche. Negros pensamientos sobre Soames se mezclaban con levísimas esperanzas. La noche del viernes se emborrachó para combatir las penas. Pero la mañana del sábado triunfó en él el buen sentido y pensó en la Bolsa. Debiendo varios cientos de libras que no podía pagar de ninguna manera, fue y se arriesgó en una jugada a crédito: apostó una cantidad igual a la que debía, por Concertina, en el Saltow Handicap.

Le dijo al mayor Scrotton, con quien almorzó en el Iseum, que «Nathans, el muchacho judío», le había dado la idea. Si las cosas no salían bien…, ya pagaría el viejo.

Una botella de buen vino le llenó del más subido desprecio por James.

Y salió bien: Concertina ganó por una cabeza. Y lo que dijo Dartie: «No hay como saber arriesgarse en los malos momentos».

No opuso nada en absoluto a la expedición de Richmond. ¡Él lo pagaría todo! Admiraba a Irene, y quería mostrarse afable y galante con ella.

A las cinco y media vino uno de los caballerizos de Park Lane diciendo

que la señora de Forsyte lo sentía mucho, pero que uno de los caballos tenía tos.

Sin amilanarse por el nuevo golpe de la suerte, Winifred mandó al pequeño Publio con la niñera a Montpellier Square, para avisar que sería mejor ir en coche de alquiler, y que se encontrarían en La Corona y el Cetro a las siete y cuarenta y cinco.

Cuando Dartie supo la modificación se alegró mucho. Era eso mejor que ir dando la espalda a los caballos. No tenía nada que objetar a la idea de ir en el coche con Irene. Creía que irían a buscarla a ella y a Bosinney y que luego alquilarían los carruajes.

Informado de que el encuentro se celebraría en La Corona y el Cetro, y de que tendría que ir hasta allí con su mujer, se puso de mal humor y opinó que el viaje era demasiado largo y lento.

A las siete partieron, y Dartie prometió al cochero buena propina si llegaba pronto.

Tan sólo dos veces hablaron marido y mujer por el camino.

Dartie dijo:

—Mister Soames se va a tirar de los pelos cuando sepa que su mujer ha salido en coche con míster Bosinney…

Winifred replicó:

—No digas tonterías, Monty.

— ¡Sí, sí, tonterías! Tú no sabes lo que sois las mujeres, amiguita…

Otra vez, él preguntó simplemente:

— ¿Qué aspecto tengo? Un poco gordo, ¿no? Es que el vino que le gusta al viejo Jorge alimenta mucho.

Pues había estado cenando con Jorge Forsyte en el Havernsake.

Bosinney e Irene llegaron antes. Estaban sentados a una de las ventanas que daban al río.

Aquel verano todas las ventanas estaban siempre abiertas, y por ellas, noche y día, penetraban el vivo olor de las flores y los árboles, el aroma de la hierba que quemaba el sol y el perfume fresco de los días nublados.

Le pareció a Dartie que sus invitados no habían aprovechado mucho su soledad. Bosinney tenía aspecto hambriento; no le pareció capaz de decidirse a nada con Irene.

Los dejó con Winifred y fue a encargar la cena.

Un Forsyte necesita buena comida, aunque no delicada; pero un Dartie necesitaba poner en juego todos los recursos del arte culinario de La Corona y el Cetro. Viviendo como él vivía, nada le parecía demasiado bueno para comer y buscaba siempre lo más exquisito. También necesitaba beber cosa selecta y, desde luego, abundante. Pagando lo que pagaba por las cosas, no había razón con satisfacerle a medias. El satisfacerse con lo primero que hubiera era ser tonto.

¡Lo mejor de todo! No hay mejor principio en que un hombre pueda fundamentar su vida, sobre todo teniendo un suegro rico que sentía debilidad por los nietos.

Con su mirada nada torpe, Dartie había descubierto esta debilidad en James al año de nacer Publio, y se había aprovechado. Cuatro pequeños Darties eran ahora segura fuente de provecho vitalicio.

El gran detalle del banquete debería ser, sin duda, el plato de salmonetes. Este delicioso pescado, traído desde muy lejos en estado de perfecta conservación, se freía, se rebozaba y se servía en hielo con vino de Madera en vez de salsa, según receta sólo conocida de unos pocos privilegiados.

Fuera de esto, nada de notable había en la cena, como no fuera el hecho de que Dartie cargaba con la cuenta.

Durante la comida trató de hacerse agradable a Irene: su mirada atrevida y admirada no se separaba del rostro o de la figura de la mujer. Y se veía obligado a confesarse que no obtenía de ella ni una mirada de favor. Se presentaba tan fría como fríos debían de estar sus hombros bajo el velo de encaje crema con que los cubría. Tampoco captó ningún detalle significativo en sus miradas o palabras a Bosinney; y éste era más aburrido y que un oso con dolor de cabeza. Winifred casi no conseguía hacerle hablar; comía muy poco, y lo único que hacía era beber algo de vino; su cara se iba poniendo más pálida y sus ojos iban cobrando cada vez un color más extraño.

Muy divertido todo.

Dartie, por su parte, estaba en gran forma, hablando libremente, con cierto desdén e inteligencia. Contó dos o tres sucesos muy cercanos de lo imposible, lo que era una concesión a sus invitados, pues todo lo que contaba, en general, solía aparecer imposible por completo. Brindó por Irene con palabras humorísticas. Nadie le acompañó en el brindis, y Winifred le dijo:

—No seas payaso, Monty.

A petición de ésta fueron a la terraza que daba al río cuando hubieron acabado la cena.

—Me gustaría ver a la gente de abajo hacerse el amor… ¡Qué divertido

tiene que ser! —dijo.

Había alguna gente de abajo paseando por la terraza, refrescando tras el día caluroso, y el aire estaba cargado de voces, ásperas y altas o suaves, como murmurando secretos.

No pasó mucho sin que el buen sentido de Winifred volviera —era la única Forsyte presente— y aconsejara que se sentaran en un banco algo retirado. Y se sentaron. Un árbol muy grande extendía sobre ellos un espeso dosel de ramas y la niebla iba aumentando sobre el río.

Dartie estaba en un extremo; a su lado, Irene; después, Bosinney, y, por último, Winifred. Casi no cabían los cuatro, y el hombre de mundo sentía el brazo de Irene rozando contra el suyo; comprendía que no podría retirarlo sin incurrir en rudeza, y esto le divertía; ideaba de vez en vez un movimiento que le aproximaba a ella cada vez más, pensando: «El pirata Juanito no lo va a tener todo para él. Y hay que ver lo durita que está…».

Allá lejos, desde el río, les llegó el sonar de una mandolina y de unas voces que cantaban:

Una barca, una barca en el embarcadero,

Pues vamos a navegar y a estar alegres,

Y a reírnos, y a beber, y a apurar el jerez bueno.

Repentinamente, la luna apareció, joven y púdica, recostando su espalda en la rama de un árbol; como si hubiera lanzado un suspiro, el aire fue más fresco, pero el aire siempre llevaba el cálido olor del limonero.

Dartie miró por encima de su puro a Bosinney, que estaba callado, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos fijos en el vacío, con todo el aspecto de un hombre que sufre. Y lanzó también una mirada a la cara que tenía entre los dos, tan velada por la sombra misteriosa de las ramas, que no era sino un poco de oscuridad ambiente conformada a lo humano y dotada de un suave movimiento de respiración: suave, misteriosa, incitante.

En la terraza se había establecido un completo silencio, como si todos los paseantes estuvieran comunicándose secretos demasiado preciosos para ser dichos en voz alta.

Y Dartie pensó: «¡Mujeres, mujeres…!».

Cesó el brillar del río, cesó la canción. La luna niña se escondió detrás de un árbol y reinó la oscuridad más completa. Dartie se apretó contra Irene. No le alarmó el escalofrío que percibió en todo su cuerpo, ni la mirada turbada y enojada que le dirigió, ni que se moviera tratando de separarse.

Sin duda, el hombre de mundo había bebido más de lo que debiera.

Con sus gruesos labios partidos en una sonrisa bajo el bien rizado bigote, los ojos atrevidamente clavados en ella, tenía todo el aspecto de un sátiro.

A todo lo largo de la banda de cielo que se percibía entre las ramas altas de los árboles las estrellas se apiñaban, relucientes; como los mortales de la tierra, parecían juntarse para secretear y decirse cosas al oído. En la terraza, el murmullo de conversaciones se produjo de nuevo, y Dartie pensó: «Este Bosinney es un pobre diablo hambriento», y volvió a apretujarse contra Irene.

El movimiento merecía mayor éxito. Ella se levantó y todos la imitaron.

El hombre de mundo estaba más decidido que nunca a ver de qué estaba hecha aquella mujer. Andando por la terraza, se mantuvo pegado a ella. Había bebido demasiado vino… Pensó que tenía ante sí una gran oportunidad: en el largo camino de regreso, en la cálida reclusión del coche, aislamiento magnífico ideado sin duda por algún gran hombre… Que el arquitecto fuera con su mujer y que se divirtiera con ella. Y consciente de que su voz no era muy firme, se abstenía de hablar; pero una sonrisa se había clavado en sus gruesos labios.

Siguieron hasta donde los coches los esperaban. Su plan tenía el mérito de todos los planes grandiosos; su sencillez era casi brutal; no tenía sino que seguir a su lado hasta que ella subiera, y entonces subir rápidamente al mismo coche también.

Pero cuando Irene llegó a uno de los vehículos, no entró; en vez de hacerlo, siguió hasta la cabeza del caballo. Dartie no era en aquel momento lo suficientemente dueño de sus piernas para seguirla a ella, que se puso a acariciar al bruto, mientras que, para su enojo, Bosinney se le aproximaba. Se volvió y le habló rápidamente; las palabras «ese hombre» llegaron a los oídos de Dartie. Se mantuvo insistente en la portezuela, esperando que entrara. A una treta, otra…

A la luz del farolillo, su figura, de estatura media, cuadrada en su chaleco blanco, con el ligero abrigo que llevaba al brazo, un clavel en el ojal y en la cara una mirada de desvergonzada seguridad, se encontraba en su elemento: el hombre de mundo ejecutando una de sus astucias.

Winifred estaba ya en el otro coche. Dartie pensó que Bosinney lo pasaría bastante mal si no se despabilaba. De repente, recibió un empujón que a poco más le derriba. La voz de Bosinney le sonó junto a la oreja:

—Irene viene conmigo, ¿lo entiende? —y vio una cara pálida de pasión y rabia y unos ojos que le miraban amenazadores.

— ¿Cómo? ¡Nada de eso! Usted lleva a mi mujer.

— ¡Fuera! —silbó Bosinney—. ¡Fuera de aquí o le aparto yo!

Dartie retrocedió. Vio con toda claridad que estaba en peligro. Irene, al instante, subió al coche. Sus faldas le rozaron al pasar. Bosinney, inmediatamente, subió tras ella.

— ¡Vamos, rápido! —oyó que el Pirata gritaba al cochero.

El caballo salió disparado.

Dartie quedó un momento como aniquilado. Después, lanzándose al coche de su mujer, mandó enérgico:

— ¡De prisa! ¡Y sin perder de vista al coche que va delante!

Sentado junto a su esposa, se desató en imprecaciones y blasfemias. Calmándose por fin con un gran esfuerzo, añadió:

—Buena la has hecho dejando al Pirata ir con ella. ¿Cómo diablos no has podido sujetarle? ¿No ves que está loco por Irene? ¡Si un tonto lo hubiera visto!…

Rechazó los razonamientos tranquilizadores de Winifred con grandes llamadas a la ayuda de Dios. Hasta llegar a Barnes no cesó en su jeremíaca lamentación, durante la cual la insultó a ella, a su padre, a su hermano, a Irene, a Bosinney, al nombre de Forsyte, a sus propios hijos y maldijo el día en que se había casado.

Winifred, mujer de carácter fuerte, le dejó maldecir todo lo que quiso, hasta que al fin se calló. No quitaba los ojos del coche que iba delante, que corría como un fantasma en la noche.

Afortunadamente, no podía oír el ruego apasionado de Bosinney, ruego que la conducta del hombre de mundo había desatado como un río incontenible; no podía ver a Irene estremecerse y temblar, como si le hubieran arrancado sus vestiduras, dejándola descubierta ante todos, ni podía ver sus ojos negros y tristes como los de un niño azotado. No podía oír a Bosinney rogar, rogar, rogar siempre, ni el repentino llorar de ella, ni el rostro aterrorizado del pobre diablo, que humildemente tocaba su mano.

En Montpellier Square, su cochero, siguiendo instrucciones que le diera, paró exactamente detrás del otro coche. Los Darties vieron cómo Bosinney saltaba a la acera e Irene tras él, con la cabeza abatida y corriendo hacia su casa.

Sin duda llevaba la llave en la mano, pues desapareció instantáneamente en el portal. No se podía decir si se había vuelto a decir algo a Bosinney.

Éste quedó perfectamente iluminado por un farol, y ambos esposos pudieron ver que tenía la cara contraída por la más viva de las emociones.

— ¡Buenas noches, señor Bosinney! —dijo Winifred.

Bosinney se sobresaltó; se quitó automáticamente el sombrero y echó a andar. Sin duda se había olvidado hasta de que existían ellos.

— ¿Tú ves? —dijo Dartie—. ¿Tú ves la cara que pone ese bestia? ¿Qué te decía yo? Está bien claro que aquí hay lío…

Habíase producido una crisis tan grande y tan ostensible en el otro coche, que Winifred se vio incapaz de defender su, teoría. Solamente dijo:

—Pues no hay que decir una palabra de nada; no hay necesidad de armar un escándalo.

Dartie estuvo en esto de acuerdo; considerando a James como su reserva económica, pensaba que no convenía añadir a su caso el caso de otros.

—Eso es. Que Soames se las componga como pueda. Ya es mayorcito para saber lo que tiene que hacer.

Y en esta conversación, los Dartie llegaron a su casa de Green Street, cuyo alquiler pagaba James, en busca de un buen merecido descanso. Ya era medianoche y no quedaban Forsytes por las calles para espiar las andanzas de Bosinney, para ver cómo volvía de Montpellier Square, cómo se quedaba entre los árboles de la plaza contemplando aquella casa cerrada, pensando que daría la vida por ver un solo instante a la que era para él el perfume de los limoneros, la explicación de la luz de las estrellas, el latido de su corazón.

X

Diagnóstico de un Forsyte

Por naturaleza, un Forsyte ignora que es un Forsyte; pero el joven Jolyon se daba perfecta cuenta de serlo. No lo había sabido hasta después de dar el paso decisivo que le había llevado a ser un proscrito; desde entonces, percibía bien su condición forsyteana. Lo percibía a través de su vida matrimonial, a través de todo el trato con su segunda esposa, que no era Forsyte.

Sabía que de no poseer en gran medida su aguda comprensión de lo que quería, la tenacidad necesaria para seguir queriéndolo, el claro sentido de lo absurdo que sería el perder aquello que tanto le había costado obtener —en otras palabras, «el sentido de la propiedad»—, hubiera perdido a su mujer (quizá hubiera perdido el deseo de conservarla) a causa de todas las dificultades económicas, de todas las fallas, de todas las complicaciones de aquellos quince años; que nunca la hubiera decidido a casarse con él a la muerte de su primera esposa; que nunca hubiera podido sobrevivir tanta calamidad con poca carne sobre los huesos, eso sí, pero con la sonrisa en los

labios.

Era uno de esos hombres que, sentados como idolillos chinos, se sonríen a sí mismos con sonrisa de duda… Claro que su sonrisa, tan particular y perenne, no se interponía en el desarrollo de sus acciones, no; pues éstas eran, como su carácter, una curiosa mezcla de ternura y determinación.

También en su trabajo de pintar acuarelas, al que dedicaba tanto tiempo y energía, se daba cuenta de ser un Forsyte; siempre vigilándose para no tomar demasiado en serio actividad tan poco práctica, y siempre con una molesta intranquilidad por no sacarle más dinero.

Fue, con su consciencia de ser un Forsyte, por lo que recibió con mezcla de alegría y de disgusto la siguiente carta del viejo Jolyon:

Sheldrake House. Broadstains, 1 de julio.

Mi querido Jo: (La escritura de su padre había cambiado muy poco en los treinta años que la venía recordando).

Llevamos aquí una quincena, y durante toda ella hemos disfrutado de buen tiempo. El aire de aquí es muy sano, pero mi hígado marcha bastante mal y quisiera volverme a Londres. No puedo decirte muchas cosas de June, pues su salud y su ánimo andan ni bien ni mal: indiferentes. No sé lo que va a salir de todo esto. No habla nada, pero está claro que sufre por su noviazgo, que es noviazgo y no es noviazgo, o al menos yo no sé lo que es, ni creo que pueda saberse. Tengo grandes dudas sobre si dejarla volver a Londres, pero ella es tan determinada y voluntariosa, que muy bien pudiera metérsele en la cabeza regresar en cualquier momento. El hecho es que alguien debería hablar con Bosinney y salir de dudas de una vez sobre sus propósitos. Tengo miedo de hablarle yo, pues lo más fácil es que le cantara las cuarenta bien cantadas; pero creo que tú, que le conoces del Club, podías decirle algo y ver cuál es su postura en definitiva. Claro que, todo ello, sin que quede June en mal lugar. Tendré mucho gusto en saber dentro de unos días si has tenido éxito en el intento de obtener alguna orientación. La situación me es muy dolorosa, y por las noches no duermo y estoy dándole vueltas a la cabeza sobre el asunto. Muchos besos a Jolly y a Holly y para ti de tu padre, que te quiere,

JOLYON FORSYTE.

Al joven Jolyon le preocupó tanto la carta, que su mujer se dio cuenta de que algo le pasaba, y le preguntó. Él contestó:

—No me pasa nada.

Era principio inmutable para él no nombrar nunca a June. Ella podría alarmarse, pensar cualquier cosa extraña… Así, que se dio prisa y maña a hacer desaparecer de su rostro toda traza de preocupación; pero en estos

intentos era tan poco acertado como su padre: había heredado de él toda su transparencia e imposibilidad de fingimiento que le caracterizaba en los asuntos domésticos; y la joven señora de Jolyon se fue a sus cosas con la boca fruncida y lanzándole miradas insondables.

Por la tarde se fue hacia el Club con la carta en el bolsillo y sin haber decidido nada.

Aquella proyectada entrevista le desagradaba, no sólo por su manera de ser, sino por la posición en que se encontraba respecto de su hija. ¡Y es que era tan forsyteano eso de acercarse a un hombre y ponerle entre la espada y la pared, imponerle lo que ellos decían «sus derechos» y, como si se tratase de un negocio, hacerle hablar de sus sentimientos más íntimos y personales!

La frase de la carta «sin que quede June en mal lugar» expresaba muy a las claras el sentido de la entrevista.

Con todo, la carta, con su expresión de disgusto, con su preocupación por June, con aquello de «cantarle las cuarenta bien cantadas», era una carta completamente espontánea y natural; nada más natural que su padre quisiera saber a qué atenerse sobre Bosinney, nada más natural que estuviera furioso.

¡Y era difícil negarse al encargo! Pero ¿por qué hacérselo a él? Era, sin duda, lo menos procedente; pero cuando un Forsyte se propone una cosa, le importan poco los medios de conseguirla, con tal de salvar las apariencias.

Era imposible rehusar; así que se dijo: «Adelante, Jolyon…».

Llegó al Club a las tres, y la primera persona a quien vio fue Bosinney sentado en un rincón y mirando por la ventana.

El joven Jolyon se sentó no lejos, y se puso, nervioso, a reconsiderar su posición. Miraba disimuladamente a Bosinney, quien parecía abstraído. No le conocía bien, y por primera vez quizá le estudió con atención; era un hombre de aspecto chocante en vestir, cara y maneras; completamente distinto de los demás miembros del Club, incluso el joven Jolyon, que si bien había cambiado en temperamento y en humor, conservaba completamente la apariencia de Forsyte. Él era únicamente entre los Forsytes el que ignoraba el apodo de Bosinney. El hombre era chocante; no raro, pero chocante; parecía gastado, macilento, de cara chupada bajo los abultados pómulos, pero con todo no tenía aire enfermizo, pues era de cuerpo fuerte y con un pelo rizado que parecía mostrar toda la vitalidad de un organismo dinámico.

Había algo en el rostro que conmovía al joven Jolyon. Bien sabía él lo que era sufrir, y aquel hombre daba sensación de sufrir mucho.

Se acercó a él y le tocó en el brazo.

Bosinney se sorprendió, pero no mostró ningún embarazo ni apocamiento

al ver quién era.

El joven Jolyon se sentó.

—Hacía tiempo que no le veía ¿Sigue usted con la casa de mi primo?

—Pues en una semana estará concluida.

—Mi enhorabuena.

—Muchas gracias…; pero no me parece una cosa digna de enhorabuena.

— ¿No? Creí que le habría alegrado terminar con un trabajo tan largo y difícil de una vez para siempre. Pero quizá le pase lo que me pasa a mí cuando acabo un cuadro y me separo de él: algo así como si perdiera un hijo —y miró amablemente a Bosinney.

—Sí —contestó éste—. Se va de las manos de uno, y ya no tiene uno nada que ver con su obra. No sabía que usted pintaba.

—Acuarelas. Pero no puedo decir que me enorgullezco mucho de mi arte.

— ¿No encuentra orgullo en su trabajo? Entonces, ¿cómo puede realizarlo? El trabajo no es nada a menos que se crea en él.

—Muy bien…; es exactamente lo que yo he pensado siempre. Pero a propósito: ¿se ha fijado usted en que cuando se dice «muy bien», se añade inevitablemente: «Eso es lo que yo he pensado siempre»? Pero si usted me pregunta cómo puedo pintar sin creer en mi trabajo, le responderé que porque soy un Forsyte.

— ¿Un Forsyte? Nunca había pensado yo eso de usted.

—El Forsyte —respondió el joven Jolyon— es un animal muy común. Hay cientos entre los socios de este Club, cientos y miles por la calle. Se los encuentra usted en cualquier sitio que vaya.

— ¿Y cómo los identifica usted, si puedo preguntárselo?

—Pues por el modo que tienen de manifestar su sentido de la propiedad. Un Forsyte adquiere siempre un punto de vista práctico de sentido común de las cosas.

Y el punto de vista práctico es la piedra fundamental del sentido de la propiedad. Un Forsyte, usted puede notarlo, nunca se delata.

— ¿Habla usted en broma?

El joven Jolyon guiñó los ojos.

—No mucho —respondió—. Como Forsyte que soy, no puedo opinar con gran acierto. Pero no soy un Forsyte puro, soy un tanto híbrido; pero no quiero

engañarle: usted es tan distinto de mí como yo del tío James, que es el espécimen del forsyteísmo. Su sentido de la propiedad es extremado, mientras que usted, prácticamente, no tiene ninguno. Sin estar yo entre ambos, usted y él parecerían pertenecer a especies diferentes. Yo soy el eslabón que los une. Todos somos, desde luego, más o menos esclavos de la propiedad, y admito que todo es cuestión de gradación; pero lo que yo llamo un Forsyte por antonomasia es un hombre que se considera francamente esclavo de la propiedad. Sabe distinguir una cosa buena de una cosa mala, una cosa segura de una insegura, y su modo de clavar las uñas sobre su propiedad —esposa, casa, dinero, reputación, no importa qué…— es señal característica.

—Caramba, debiera usted patentar la palabra…

—Me gustaría —dijo el joven Jolyon— dar una conferencia con el título «Propiedades y características del Forsyte»… Este animalillo, sensibilísimo a las impresiones que causa entre sus congéneres, no se inmuta ante la risa u opinión de otras criaturas, usted o yo, por ejemplo. Hereditariamente sufre de gran miopía y reconoce solamente a los seres de su propia especie, entre los que pasa la vida en una tranquilidad que sólo puede compararse con aquella de que disfrutan sus hermanos.

—Habla usted de ellos como si fueran media Inglaterra —dijo Bosinney.

—Son media Inglaterra, y la mejor mitad, por cierto; la mitad de la seguridad, de la garantía, del tres por ciento de interés; la mitad que pesa y cuenta en la vida nacional. Gracias a su riqueza y a su seguridad son posibles muchas cosas: ellos hacen posible su arte, hacen posible la literatura, la ciencia y quizá, quizá, hasta la religión. Sin Forsytes, que no creen en nada de todo eso, pero que hacen que todo eso tenga utilidad, ¿adónde iríamos a parar? Querido amigo, el Forsyte es el hombre medio, el común de la sociedad, su pilar y base…, el convencionalismo útil…, todo lo que hay de admirable en nuestro mundo.

—No sé si estoy siguiendo su exposición —dijo Bosinney—. Pero me parece que en la profesión mía hay mucho Forsyte.

—Seguro que los hay. La vasta mayoría de los pintores, arquitectos y escritores carecen de principios, como los Forsytes mismos. Arte, literatura y religión perviven porque hay unos cuantos locos idealistas que realmente creen en esas cosas y porque luego los Forsytes hacen un uso comercial de sus creaciones. Calculando muy por lo bajo, las tres cuartas parles de nuestros académicos reales son.

Forsytes, y los siete octavos de nuestros novelistas y mayor proporción todavía en la prensa. De la Ciencia no puedo yo hablar; en nuestro clero, están magníficamente representados; en los Comunes quizá sean más numerosos

que en parte alguna; la aristocracia por sí misma dice lo que hay. Pero no me burlo, no. Es peligroso ir contra la mayoría… que ¡qué mayoría es! —fijó la mirada en Bosinney y dijo—: Es peligroso dejarse arrastrar por algo…, por un cuadro, por una casa, por una mujer…, por lo que sea…

Se miraron los dos hombres. Y como había hecho lo que no hace ningún Forsyte, denunciarse a sí mismo, el joven Jolyon se replegó en su caparazón. Fue Bosinney quien rompió el silencio.

— ¿Por qué habla de los suyos como de seres típicos y representativos de la sociedad?

—Los míos —dijo Jolyon— no son muy extremados en nada y tienen sus propias particularidades, como cualquier familia; pero poseen en grado notable las dos características del Forsyte auténtico: la capacidad de no dedicarse nunca en cuerpo y alma a nada y el sentido de la propiedad.

Bosinney sonrió.

— ¿Qué me dice, por ejemplo, del gordo?

— ¿Swithin quiere usted decir? ¡Ah!… En Swithin queda todavía algo de juvenil. La vida ciudadana, la vida de la clase media, todavía no le han asimilado por completo. Todos los siglos de fuerza bruta que han pasado han pasado también por él y han dejado residuo dentro de él.

El arquitecto pareció meditar. Luego dijo repentinamente:

—Ha descrito usted con toda exactitud a su primo Soames. Ése no caería en la sensiblería de pegarse un tiro, precisamente…

— ¡No! ¡De ninguna manera! Por eso es por lo que hay que tener cuidado con él. ¡Que no le ponga un Forsyte la garra encima! No me entienda usted mal… No conviene despreciar a un Forsyte; no trae cuenta pensar que un Forsyte es un don Nadie…

—Pues usted los ha despreciado, y bien que los ha despreciado…

Jolyon encajó el golpe y se le borró la sonrisa. Añadió, rehaciéndose:

—Pero usted olvida —y habló con cierto orgullo— que yo soy uno de ellos, y puedo hacerles frente. Pero otro que se oponga a ellos, el hombre que se atreva a romper con…, usted ya me entiende… No sé, no le recomendaré a nadie que siguiera mi camino…, pues…

El rubor acudió a la cara de Bosinney, pero le pasó en seguida, quedándose tan pálido como siempre. Soltó una risita corta, que quedó fija en sus labios, rara, despectiva; y sus ojos miraron con burla al joven Jolyon.

—Muchas gracias Es usted muy amable advirtiéndome. Pero no solamente

un Forsyte puede hacer frente a los Forsytes —y se levantó y se fue.

El joven Jolyon le contempló mientras se marchaba. Descansó la cabeza en la mano y suspiró profundamente.

En el salón soñoliento y casi vacío, el ruido de plegar y desplegar periódicos era el único que se percibía. De vez en vez se oía también el raspar de una cerilla. Permaneció largo rato sin moverse, reviviendo aquellos días en que él, también, se había pasado largas horas mirando al reloj, esperando, ansioso, que quisieran pasar los minutos, las horas largas llenas de tormentos e incertidumbre… Y aquella lenta agonía por que pasara volvió a revivirla por unos instantes. El ver a Bosinney, con su cara macilenta, sus ojos mirando incansables, una y otra vez, al reloj, había despertado en él lástima, mezclada con una extraña, irresistible envidia.

Conocía bien los síntomas. ¿Hacia dónde iba? ¿Cuál era su destino? ¿Qué clase de mujer era aquella que le atraía con una especie de fuerza magnética desconocedora del honor, de todo principio e imposible de resistir? La única posibilidad de salvación estaba en la huida.

¡La huida! Pero ¿por qué tenía Bosinney que huir? Un hombre debe huir cuando está en peligro de destruir una casa, un hogar; cuando había hijos, cuando destruyese un ideal, cuando rompiera algo. Pero en aquel caso, tenía entendido, ya todo estaba roto de antemano.

Él no había huido, ni huiría si se repitiesen las cosas. Había llegado más allá de Bosinney, pues había destruido su propio, si bien desgraciado, hogar, aunque no el de nadie. Y el antiguo dicho volvió a su mente: «El hado de un hombre está escrito en su propio corazón».

Pero… la calidad del pan se comprueba comiendo. Y Bosinney tenía todavía que dar el primer mordisco a su libreta.

Pensó en la mujer, a la que no conocía, pero de la que había oído hablar.

¡Un matrimonio desgraciado! No había malos tratos ni nada parecido; sólo aquella sensación indefinible de malestar, aquella terrible atmósfera que mata toda la dulzura que puso Dios en la tierra… Y esto un día y otro día, una noche y la siguiente, semanas, años, hasta la muerte así.

Pero Jolyon, como con los años había visto limar la amargura de sus sentimientos, se ponía en el caso de Soames también. ¿De dónde podría un hombre como su primo, saturado de los prejuicios y opiniones de su clase, sacar la inspiración, la fuerza necesaria para terminar con esa clase de vida? Era, problema de imaginación, de proyectarse en el futuro más allá de las murmuraciones desagradables, de los comentarios y las burlas que seguían a decisiones de aquella clase, más allá de la desaprobación de las gentes sesudas

y prudentes. Pocos hombres, sobre todo pocos hombres como Soames, poseen la imaginación necesaria para algo de esa naturaleza… Pues ¡qué diferencia entre la teoría y la práctica! Muchos hombres, quizá el mismo Soames, tenían puntos de vista generosos que podrían poner en práctica; pero cuando se trataba de ellos mismos, encontraban una razón para exceptuarse de cumplir lo que creían debido.

Además, desconfiaba de su buen juicio. Él también había pasado por la triste experiencia de un matrimonio desgraciado, y no podía por eso mismo colocarse por completo en la posición desapasionada de quienes no han percibido el fragor de la tremenda batalla. Su experiencia no era en cabeza ajena, sino de primera mano, como lo es en cuestiones militares la del soldado que ha pasado por muchos años de servicio, en contraste con el hombre civil que no ha tenido la, desagradable ventaja de ver de cerca las cosas de la guerra. La mayoría de las personas considerarían el matrimonio de Irene y Soames como un franco éxito: él era rico ella era hermosa…, ¿qué más se podía pedir? No había, pues, razón para que no se entendieran perfectamente, aunque incluso se odiaran. No importaba que anduvieran un poco por sus propios caminos, con tal que las apariencias se salvaran, que se respetara la santidad del lazo matrimonial, el respeto del hogar común. La mitad de los matrimonios de las clases altas eran así: se limitaban a no ofender la susceptibilidad de la sociedad, a no ofender la susceptibilidad de la Iglesia. El evitar tales ofensas merece que se sacrifiquen un tanto los sentimientos. Las ventajas de un hogar serio son claramente visibles, son verdadera propiedad que conviene defender; no conviene arriesgar el statu quo. Romper el hogar es mal negocio.

Éstas eran las razones que pudieran alegarse en pro del mantenimiento del compromiso matrimonial de sus primos, y el joven Jolyon suspiró.

—El fundamento de todo —pensó— es la propiedad, pero hay mucha gente que no quiere que se planteen las cosas con realidad tan cruda. Para esa gente hay que decir: «La santidad del vínculo»; pero la santidad del vínculo depende de la santidad de la familia, y la santidad de la familia depende a su vez de la santidad de la propiedad. Y con todo, esas personas dicen seguir a Aquel que nunca poseyó nada. ¡Qué sarcasmo!

Y Jolyon volvió a suspirar.

—Ahora al irme a mi casa, ¿voy a invitar a todos los mendigos que me encuentre a participar de mi comida? Si así lo hago, quedará muy poco o nada para mí ni para mi esposa; y, sin embargo, esa comida es necesaria para mi vida y mi felicidad. Pues puede que después de todo tenga razón Soames en ejercer sus derechos y mantener el principio de propiedad que a todos nos beneficia, excepto a los que sufren por que tal derecho se ejerza.

Y así, se levantó de su silla, se puso el sombrero y, lento y abatido, se encaminó a su casa por las calles llenas de coches y de polvo.

Antes de llegar a la Avenida Wistaria, sacó del bolsillo la carta de su padre, la rompió cuidadosamente en menudos pedazos y los esparció por la carretera.

Abrió la puerta con su llave, y llamó a su mujer. Pero se había ido llevándose a Jolly y a Holly, y la casa estaba vacía; solo en el jardín estaba el perro Baltasar, tumbado a la sombra y sacudiéndose las moscas.

Allí se quedó el joven Jolyon también bajo el peral que no daba fruto.

XI

Confianza provisional

Al día siguiente al de la excursión de su mujer a Richmond, Soames volvió de Henley en el tren de la mañana. Al no interesarle, por temperamento, los deportes anfibios, si había ido allí había sido naturalmente, por negocios, a requerimiento de un cliente de importancia.

Se marchó directamente a la City; pero viendo que no tenía demasiado trabajo, lo dejó a las tres, satisfecho de poder volver un día temprano a casa. Irene no le esperaba, estaba seguro. Y no es que quisiera, presentándose impensadamente, espiar sus acciones, pero no vendría nada mal echar una mirada sin previo aviso.

Tras cambiarse de ropa, fue a la sala. Allí estaba Irene, sentada en el extremo del sofá, su sitio predilecto; tenía profundas ojeras, y Soames dedujo que había dormido mal.

Le preguntó:

— ¿Cómo es que no has salido? ¿Esperas a alguien?

—Sí, pero no con seguridad. El señor Bosinney dijo que tal vez viniera.

— ¿Bosinney? Lo que tenía que hacer es estar trabajando.

A esto no respondió ella.

—Bueno —dijo Soames—. Quiero que vengas a comprar unas cosas conmigo y después al parque.

—No tengo gana de salir. Me duele la cabeza.

—Siempre que te pido que hagas algo, te duele la cabeza. Te aliviará salir y sentarte un rato al aire libre.

Ella no respondió.

Soames quedó silencioso por unos minutos; después dijo:

—Yo no sé qué idea tienes tú de cuáles son los deberes de una esposa. No puedo ni figurarme lo que crees que debes hacer.

No esperaba que le contestase, pero ella lo hizo.

—He tratado de hacer lo que tú quieres; pero no es culpa mía si no lo he procurado con todo mi corazón.

— ¿De quién es la culpa, entonces?

—Antes de casarnos me prometiste dejar que me marchara si nuestro matrimonio no era un éxito. ¿Es un éxito?

Soames frunció el ceño.

— ¿Éxito? Lo sería si tú te comportases debidamente.

—Ya lo he procurado. ¿Me dejas que me vaya?

Soames se volvió. Secretamente alarmado, disfrazó su emoción haciendo grandes aspavientos.

— ¿Dejarte que te vayas? No sabes lo que dices… ¿Cómo voy a dejar que te vayas? Creo que estamos casados, ¿no? ¿Qué es, entonces, lo que estás diciendo? ¡Por el amor de Dios, no digas tonterías! Anda, ponte el sombrero y vámonos al parque.

—Entonces, ¿no me dejas que me vaya?

Y vio que le miraba con una mirada conmovedora y extraña.

— ¿Pero cómo te voy a dejar que te vayas? ¿Y qué ibas a hacer si te dejara? ¿Pero no sabes que no tienes dinero?

—Ya me las arreglaría para vivir.

Se dio una vuelta rápida y nerviosa por la habitación. Después, parándose junto a ella, le dijo:

—Entérate bien y para siempre: no quiero que vuelvas ni a mencionar el asunto. Y ahora ponte el sombrero, que nos vamos.

Ella no se movió.

— ¿O es que no quieres salir por si viene Bosinney?

Irene se levantó lentamente y salió. Después volvió con el sombrero puesto.

Se marcharon.

En el parque había pasado esa hora en que extranjeros y otras gentes se pasean en coche, creyendo hacer algo muy a la moda. La hora elegante de verdad era aquélla, y se estaba extinguiendo cuando Irene y Soames se sentaron junto a la estatua de Aquiles.

Hacía bastante tiempo que no había estado con ella en el parque. Era uno de sus deleites de los dos primeros años de vida matrimonial, cuando el mostrar a todo Londres que aquella hermosa criatura le pertenecía era su más grande orgullo. ¡Cuántas tardes se había sentado allí con ella, elegantísimo, con su sonrisa altanera, saludando ligeramente a los conocidos que pasaban y quitándose de vez en cuando el sombrero!

Todavía llevaba sus elegantes guantes grises y la sonrisa en los labios. Pero ¿quedaba algún sentimiento en su corazón?

Los asientos del parque se desocupaban rápidamente; pero Soames quería hacerla seguir allí, silenciosa y pálida, como para que soportara un castigo. Una vez o dos le dijo algo, pero ella le respondía con un movimiento de cabeza o con un imperceptible «sí».

Por el paseo venía avanzando un hombre con paso tan rápido, que la gente se volvía a mirarle cuando pasaba.

— ¡Mira aquel borrico de hombre! ¡Hace falta estar loco para andar así con este calor!

Irene había hecho un movimiento vivísimo.

— ¡Hombre! ¡Si es nuestro amigo el Pirata! —y se estuvo quieto en su asiento, con su sonrisa despectiva, viendo que Irene estaba quieta y sonreía también.

— ¿Será capaz de saludarle? —pensó. Pero ella no insinuó el menor movimiento.

Bosinney llegó al final del paseo y dio la vuelta, desandando su camino entre las sillas y mirando a todas partes con el aire inquisitivo de un perro perdiguero. Cuando los vio se paró en seco y se quitó el sombrero.

La sonrisa no abandonó los labios de Soames; también él se descubrió.

Se acercó Bosinney; su aspecto era de fatiga, como si hubiera hecho algún ejercicio violento; el sudor le corría por la frente en gruesas gotas, y Soames tenía ganas de decirle que se le veía destrozado de tanto trabajar. Y le dijo:

— ¡Pero usted en el parque! ¡Creíamos que despreciaba semejante frivolidad!

Bosinney pareció no oírle. Se dirigió a Irene, diciendo:

—He estado en su casa. Creía que la encontraría allí.

Alguien le dio a Soames unos golpecitos en la espalda y le habló; y con el intercambio inútil de saludos y cumplimientos, no pudo oír la respuesta de Irene. Pero en aquellos instantes tomó una resolución.

—Pues ya nos íbamos a marchar. Conque si quiere acompañarnos y cenar con nosotros, queda invitado —y en la invitación puso una rara presunción y una gran amargura. El tono de su voz quería decir: «Tú a mí no me la das. Pero ya ves: tengo confianza, no te temo».

Echaron a andar juntos hacia Montpellier Square, marchando Irene entre los dos hombres. En los sitios demasiado llenos de gente, Soames tomaba la delantera. No pretendía escuchar lo que hablaban: la extraña resolución de confiar que había tomado animaba en esa manera su conducta. Como si fuera en un juego de naipes, se decía: «Es una carta que no me atrevo a echar… Tengo que aprovecharla bien; no puedo perder muchas oportunidades».

Se vistió lentamente para la cena. La oyó a ella salir de la habitación y todavía aguardó cinco largos minutos antes de bajar. Cuando salió, cerró con gran portazo, para indicar que se les acercaba. Los encontró de pie junto a la chimenea, quizá hablando, quizá no…

Representó su papel en la farsa durante la sesión entera, estando con su invitado más amable que nunca; y cuando al fin se despidió Bosinney, le dijo:

—Venga pronto por aquí. A Irene le gusta mucho hablar con usted de la casa —y su voz volvió a sonar con presunción y amargura; pero su mano estaba fría como el hielo.

Leal a su resolución, se marchó en el instante en que Bosinney se despedía de Irene, lejos de aquel cabello que la lámpara hacía destellar como oro, lejos de aquellos labios que sonreían con tristeza, lejos de aquellos ojos de Bosinney, que miraban a Irene como un perro mira a su amo.

Y se fue a acostar, completamente poseído de la certeza de que Bosinney estaba enamorado de su mujer.

La noche estival era cálida, tan cálida y tranquila que por las ventanas abiertas entraba todavía más calor. Durante largas horas permaneció despierto oyendo a Irene respirar.

Ella dormiría, pero él no podía dormir. Y en su vigilia, fortaleció su resolución de hacer el papel de marido sereno y confiado.

Ya de madrugada, saltó de la cama, pasó a su cuarto de vestir y se asomó por la ventana abierta.

Casi no podía respirar.

El recuerdo de una noche de cuatro años antes le asaltó: el recuerdo de la noche anterior a su boda; fue igual de calurosa que aquélla.

Recordaba cómo había estado sentado en una butaca de mimbre a la ventana de su sala de estar en la calle Victoria. En una calle inmediata, un hombre había golpeado una puerta y un mujer había gritado; recordaba, como si acabara de oírlo, el ruido de violencia que hubo, el cerrarse la puerta sonoramente, el silencio mortal que siguió. Entonces, el carro de los regadores había pasado ruidoso, se había ido alejando y, por fin, su sonido cesó.

Desde la ventana se puso, sacando el cuerpo hacia afuera, a mirar el patio, y vio cómo el día se iba haciendo. Por un instante, todas las formas se hicieron más confusas; pero después recobraron su forma con mayor precisión y nitidez.

Recordaba cómo aquella otra noche había visto el progresivo palidecer de los faroles de la calle Victoria; cómo se había vestido apresuradamente y había salido a la calle, encaminándose a la casa en que estaba ella, y allí se había quedado, mirando a la fachada de la casita, inmóvil y gris como la cara de un hombre muerto.

Y de repente, en su imaginación, con la rapidez del rayo, surgió la pregunta:

— ¿Qué está haciendo ése? ¿Qué hace ahora el hombre que me agobia, que estuvo aquí esta tarde, que se ha enamorado de mi mujer? A lo mejor está por ahí fuera suspirando por ella como suspiré yo, vigilando mi casa en este instante, pensando en ella y mirándola en su recuerdo como la miraba esta tarde…

Se dirigió a una de las ventanas de la fachada principal, levantó cuidadosamente un visillo y miró por una ventana.

La luz grisácea parecía encontrarse en los árboles de la plaza, como si durante la noche los hubieran lavado para que amanecieran más frescos y claros. Los faroles seguían encendidos, dando pálida luz, pero no se veía un alma, un ser vivo que se moviese en lo que alcanzaba la vista.

De repente, muy débil, lejos en la distancia inmóvil, oyó un grito angustiado, como el de un ser expulsado del cielo y buscando, ansioso, un poco de felicidad. ¡Otra vez el grito aquel…, otra vez! Soames cerró la ventana, temblando:

Pero pensó:

— ¡Ah, bueno…! Son los pavos reales, son los pavos reales que gritan.

XII

June va de visitas

El viejo Jolyon estaba en el estrecho hall de Brodstairs inhalando el aire oloroso a lona embreada y pescado de toda casa que alquila habitaciones en una ciudad veraniega de la costa. En una silla brillante de cuero tenía un maletín. Lo estaba llenando de papeles; guardando unas hojas del Times y un frasco de colonia. Aquel día tenía algunas reuniones: en la Compañía Mundial de Concesiones de Oro y en la Nueva Compañía Carbonera. Asistiría a las dos, pues él no faltaba jamás a una junta. El faltar a una junta sería reconocer que estaba cansado, que se sentía viejo…, y esto no lo hace un Forsyte.

Sus ojos, mientras llenaba de documentos su maleta, tenían el aire de ir a reventar, de cólera, de un momento a otro. Era un brillo como el de los ojos de un colegial a quien fastidian persistentemente sus compañeros; pero se dominaba mediante un poderoso esfuerzo de voluntad, lo mismo que había hecho siempre, cuando tuvo que dominar su deseo de rebelarse contra las dificultades y contrariedades que la vida le iba regalando.

Había recibido de su hijo una carta que no decía nada, vaguedades tan sólo, con las que parecía querer desentenderse del asunto: «He visto a Bosinney; no es un miserable. Cuanto más trato a la gente, más me hago a la idea de que no se es ni malo ni bueno tan sólo cómico o conmovedor… Seguramente, tú no pensarás lo mismo».

Y así era; y, además, le parecía un cinismo grande decir aquello; todavía no había llegado al grado de alta vejez en que hasta los Forsytes, despojados de aquellas ilusiones y principios que habían mantenido para obtener resultados prácticos, pero sin creer en absoluto en ellos, despojados de toda satisfacción, dolidos en el alma por no haber respetado en su fuero interno nada en que confiar y esperar, rompen todas las barreras y se lanzan a decir cosas que nunca hubieran soñado decir.

Quizá tampoco, como su hijo, creía él en la Bondad o la Malicia. Pero algo habría de cierto en eso cuando todo el mundo creía. ¿Para qué, pues, arriesgar nada con necias expresiones de incredulidad?

Acostumbrado a pasar sus asuetos entre las montañas, si bien, como Forsyte, no hizo nunca inútiles intentos de alpinismo, las amaba apasionadamente. Y cuando la vista maravillosa que desde alguna se captaba (de las que reseña el Baedeker como «fatigosas de alcanzar, pero compensadoras de la fatiga») se extendía ante sus ojos, sentía la indudable existencia de algo superior, de un principio inmanente que había creado y armonizado las elevaciones y los precipicios y también la vida.

Y éste era el punto más cercano a la religiosidad a que podía elevarse su espíritu concreto y práctico.

Pero hacía ya muchos años que no iba a las montañas. Dos veranos seguidos, tras la muerte de su esposa, había llevado a June a sus montañas preferidas y había comprobado amargamente que sus días andariegos habían terminado para siempre. Y aquel sentimiento que la montaña creaba en él, aquella creencia en un Ordenador Supremo de las cosas, se le había borrado por completo.

Se daba cuenta de que era viejo; pero se sentía joven, y este sentimiento le turbaba. Le turbaba y le extrañaba también que él, que había sido siempre tan cuidadoso y metódico, pudiera ser padre y abuelo de aquellos dos seres que parecían nacidos para el desastre. No tenía nada que decir contra Jo pues ¿quién podría decir nada contra el muchacho, con lo agradable y bueno que era? Pero su situación era deplorable, y este asunto de June era deplorable también. Parecía una cosa de fatalidad y la fatalidad era una de esas cosas que un hombre de su carácter ni podía comprender ni podía aceptar resignadamente.

Al escribir a su hijo, no esperaba, desde luego, obtener nada positivo. Desde el baile de Roger, había visto demasiado claramente cuál era la realidad, y como sabía deducir de sus observaciones las consecuencias atinadas, y quizá con más rapidez que la mayoría de los humanos, y además tenía ante los ojos el ejemplo de su propio hijo, sabía mejor que los demás Forsytes que la llama del amor quema a los hombres, aunque se empeñen en evitarlo.

Antes del noviazgo de June, cuando ella y la mujer de Soames estaban siempre juntas, había tenido oportunidad de tratar a Irene lo suficiente para comprender la fascinación que ejercía sobre los hombres. No flirteaba ni siquiera coqueteaba —por emplear esos verbos tan amados de aquella generación—, pero era peligrosa. No podía decir por qué. Que no le vinieran hablando de una condición innata en algunas mujeres, una capacidad de seducción superior a su voluntad y a su control, que él diría que todo eso era ficción y engañifa pura. Irene era peligrosa y no había que analizar más. Quería cerrar ojos y oídos a todo lo que se refiriese a aquel asunto. Las cosas son de una forma determinada y no hay que darles vueltas. Lo único que quería era restituir a June su tranquilidad y paz de espíritu. Aún confiaba en que podría volver a ser una compañía grata para él.

Por eso había escrito. Sacó poco en limpio de la respuesta. Sobre lo que su hijo había obtenido de la entrevista, no había en realidad sino una frase extraña: «Me parece que está en la pendiente». ¡La pendiente! ¿Qué pendiente sería aquélla? ¿Qué modo de hablar era el que se traía la gente ahora?

Suspiró y dobló el último de sus papeles y lo guardó en la maleta.

June salió del comedor y le ayudó a ponerse su ligero abrigo de verano. Del traje que llevaba y de la expresión de su cara, el viejo Jolyon dedujo inmediatamente que iba a Londres con él.

—Te acompaño —dijo.

—No puede ser, hija. Yo voy directa y exclusivamente a la City. No te vas a quedar por ahí danzando.

—Tengo que ver a la señora Smeech.

— ¡Caramba con tus protegidos! —gruñó el abuelo.

No creía su excusa, pero no hizo más oposición, pues era completamente inútil.

En la estación Victoria la metió en el coche previamente avisado para él, pues no tenía egoísmos pequeños.

—Ahora procura no fatigarte, hija —y tomó otro coche y se fue a la City.

June fue primero a una calle de Paddington, donde su protegida la señora Smeech vivía. Pero en media hora acabó la visita y salió.

Había decidido saber algo a toda costa. Lo mejor era enfrentarse con la realidad y salir de una vez de dudas. Y éste era su plan; primero, ir a casa de la señora de Baynes, tía de Bosinney, y si allí no obtenía información, ir directamente a ver a Irene. No tenía idea clara de lo que iba a resultar de tales visitas.

A las tres estaba en la plaza de Londres. Con instinto femenino, se había puesto su mejor vestido. Y con una mirada de decisión como la de su abuelo, entró en batalla. Sus temores se habían transformado en impaciencia.

La señora de Baynes (Luisa de nombre), tía de Bosinney, estaba en la cocina cuando le anunciaron a June, preparando la cena, pues era una excelente ama de casa, y, como Baynes decía siempre, en que la comida esté bien radican muchas cosas. Su marido hacía sus mejores trabajos después de cenar: había sido él el constructor de aquella hermosa hilera de casas de Kensington, que disputa a tantas otras el título de «las más feas de Londres».

Al oír el nombre de June, la buena señora se lanzó rápidamente a su dormitorio y, sacando dos hermosas pulseras de un joyero repujado, se las puso en las blancas muñecas, pues poseía en alto grado ese sentido de «lo que es debido», que, como es sabido, es la característica del forsyteísmo y el fundamento de la verdadera moral.

Su cuerpo, de altura media, fuerte, con tendencia a la obesidad, aparecía

reflejado en la luna de su armario, envuelto en una bata confeccionada bajo su propia dirección en una tela de mezclilla, de esas que recuerdan el empapelado de los pasillos de los hoteles baratos. Se llevó las manos al pelo, cortado a lo princesa de Gales, y se dio unos toquecitos para arreglárselo bien. En sus ojos había una mirada de realismo inconsciente, como si se encontrara frente a uno de los hechos feos y lamentables de la vida y tratase de ver lo poco de bueno que podía haber en él. En su juventud, sus mejillas habían sido de nieve y de rosas; pero ahora tenía esas manchas inherentes a la madurez; al darse polvos, en su mirada apareció la clara visión que veía las cosas feas perfectamente. Dejando la borla en la polvera, se quedó inmóvil frente al espejo, iniciando una sonrisa bajo su nariz acaballada e importante, sobre su mandíbula, que nunca fue grande y que ahora se estaba empequeñeciendo más aún, pues a expensas de ella aumentaba el diámetro de su cuello. Rápidamente, para que la sonrisa no le desapareciera, se agarró las faldas con ambas manos y bajó las escaleras.

Hacía tiempo que se esperaba aquella visita. Le habían llegado rumores de que las cosas no iban bien entre su sobrino y su novia. Ninguno de los dos habían estado en su casa hacía ya meses. Había invitado a Felipe a comer, pero se había excusado diciendo que tenía mucho trabajo.

Su instinto se había alarmado, y el instinto de la buena señora era en ciertas cosas infalible. Debiera haber pertenecido a la familia Forsyte; y en el sentido que el joven Jolyon daba a la palabra, pertenecía por completo y merece ser considerada como tal.

Había casado a sus tres hijas en forma que la gente estimaba no merecían, pues no tenía nada de particular; sólo aparecía en ellas esa vulgaridad que sólo se encuentra en las familias de poca posición. Daba su nombre a innúmeras asociaciones de caridad, de las que organizan tómbolas, representaciones teatrales de aficionados y bailes de juventud, y nunca había querido inscribirse en ninguna de tales actividades, de no estar segura de que todo estaba ya organizado.

Ella creía, y lo decía siempre que había ocasión, en la conveniencia de establecer las cosas sobre una base comercial; la función propia de la Iglesia, de la caridad también, de todo, en definitiva, era robustecer la economía de la sociedad. Por eso consideraba inmoral toda acción individual. La organización lo era todo para ella, pues sólo mediante una organización perfecta puede tenerse la seguridad de percibir lo debido a cambio del dinero que se empleara en lo que fuera.

¡Organización, organización y siempre organización!

Las empresas a las que cedía su nombre estaban organizadas tan admirablemente, que cuando llegaba la hora de dar, por caridad, alguna cosa,

era leche desprovista de toda crema de sentimiento y humanidad. Pues, como decía acertadamente, el sentimiento es una anormalidad despreciable. Era una señora algo académica.

Esta grande y noble mujer, tan considerada en los círculos religiosos, era una de las principales sacerdotisas del templo del forsyteísmo, que mantenía viva día y noche la llama sagrada del dios de la propiedad, en cuyo altar están inscritas estas admirables palabras: «Nada por nada, y poquísimo por seis peniques».

Cuando aparecía en la habitación se notaba que algo sustancial había entrado; quizá por eso era tan solicitado su patrocinio de empresas caritativas. A la gente le gustan las cosas sustanciales cuando da su dinero; y la solían mirar con su nariz orgullosa, su figura firme y rodeada de su Comité organizador, como a un general rodeado de sus ayudantes.

Lo único que podía reprochársele era no tener un nombre engolado y altisonante. Era toda una potencia en la sociedad de la clase media acomodada, con sus centenares de círculos y sus equipos coincidentes en el campo de batalla común de las funciones de caridad y que se rozan con tanto gusto con los miembros de quienes pertenecían a la Sociedad con S mayúscula. Su potencia era de la sociedad con s minúscula, de la verdadera sociedad, de la que era más amplia, más poderosa e importante, donde las instituciones comerciales cristianas, máximas y principios que personificaba la señora de Baynes, eran sangre y savia en libre circulación, como la buena moneda, y no mera imitación de lo que circulaba entre la Sociedad con S mayúscula. La gente que la conocía sabía que era sana, mujer que nunca se descubría ni descubría a nadie, a menos que no pudiera evitarlo.

Se había llevado muy mal con el padre de Bosinney, que con frecuencia la había hecho objeto de burlas imperdonables. Ahora que estaba muerto, aludía al buen señor con la frase de «mi pobre y equivocado hermano».

Saludó a June con la calculada efusión que tan magistralmente sabía poner en sus saludos, un poco asustada, o lo asustada que una mujer de su posición en el mundo comercial y cristiana puede estar, pues aunque era muy joven, June tenía una gran dignidad y compostura a causa de su mirar franco y atrevido.

Y la señora de Baynes agudamente reconocía que en los modales desenvueltos de la muchacha había mucho de Forsyte. Si June hubiera sido tan sólo franca y decidida, la hubiera despreciado. Si hubiera sido meramente una Forsyte estilo Francie, por ejemplo, la hubiera adulado a causa de su dinero. Pero siendo como era June, y a pesar de ser tan pequeñita —la señora Baynes admiraba la cantidad en todo—, le producía una sensación de superioridad que la rebajaba ante su propia consideración. La colocó en una silla frente a la luz.

Y sentía la emoción que se siente al leer en una novela la descripción del heredero de una gran herencia, temerosos de que por capricho del novelista, se quede al final de la obra sin sitio donde caerse muerto.

Fue amabilísima con June; nunca hasta ahora se había dado cuenta de que la muchacha era tan rica. Le preguntó por la salud del viejo Jolyon. Un hombre tan fuerte para su edad, pues ¿cuántos años tenía? ¿Ochenta y uno? ¡Nunca lo hubiera creído viéndole tan sano y tan derecho! ¿Y estaban veraneando en la costa? ¡Muy bien, muy bien!… ¿Recibiría carta de Felipe todos los días, claro? Y los ojos parecían querer salírsele de las órbitas cuando le hacía la pregunta; pero la muchacha soportó la mirada sin pestañear.

—No —le contestó—. No me escribe.

La señora Baynes tuvo que bajar los ojos; no hubiera querido hacerlo, pero no tuvo más remedio Se recuperó al instante.

—Claro, son las cosas de Felipe… Él es así…

—Conque es así, ¿verdad?

Y la sonrisa de la señora Baynes vaciló por un momento en sus labios; lo disimuló con un gesto rápido, y estirándose la falda, dijo:

—Sí, querida mía: es el hombre más descuidado del mundo. No hay que tomarle nada en cuenta, créame; no hay que tomarle nada en cuenta…

Inmediatamente se convenció June de que de aquella mujer no sacaría nada en limpio. Aunque le hiciera una pregunta sin ambages y a quema ropa, no sacarla nada.

— ¿Usted le ve? —le preguntó, ruborizándose.

Bajo la capa de polvos que llevaba en la cara brotó el sudor de la señora de Baynes.

—Pues sí… No recuerdo cuándo estuvo aquí la última vez; en realidad, en estos últimos tiempos no le hemos visto mucho. Está muy ocupado con la casa de su señor primo. Creo que ya la está acabando. Tenemos que organizar una buena cena para celebrarlo. Puede usted venir y pasar la noche con nosotros, ¿le parece?

—Muchas gracias —contestó June, y volvió a pensar: «Estoy perdiendo el tiempo. Esta mujer no me dice nada».

Se levantó para marcharse. Y la señora Baynes sufrió un cambio: le temblaron los labios y se retorcía las manos. Había algo que estaba mal y que no se atrevía a preguntarle a aquella chiquilla que estaba en pie, con su figurilla erecta y su mandíbula firme y los ojos llenos de sentimiento… Y, sin embargo, nunca hasta ahora había temido preguntar: toda buena organización

está basada en hacer preguntas. Estaba muy nerviosa, pues aquella misma mañana su marido había dicho:

—El viejo Forsyte debe de tener más de cien mil libras…

Se le iba a escapar la oportunidad de tener aquella chica en la familia…

Sus ojos siguieron a June hasta la puerta.

Y se cerró.

Entonces, con una exclamación, la señora de Baynes echó a correr hacia abajo, bamboleando su gruesa figura de una parte a otra, y abrió la puerta otra vez.

Pero era demasiado tarde. June acababa de cerrar la puerta de la calle, y no pudo hacer ya más que quedarse quieta, con una expresión de rabia en la cara.

June siguió andando por la calle con su rapidez de pajarito. Odiaba ahora a aquella mujer, a la que en días más felices había considerado buena y amable. ¿Es que nadie iba a explicarse nada? ¿Es que siempre iba a tener que soportar la tortura de no saber nada en definitiva?

Pues iría a Felipe mismo y le preguntaría qué pasaba por fin. Tenía derecho a saber. Corrió por la calle Sloane hasta que llegó al portal de Bosinney. Subió las escaleras de prisa, mientras le latía dolorosamente el corazón.

En el descansillo del tercer piso se detuvo a descansar, y agarrándose a la barandilla, escuchó. De arriba no venía ningún sonido.

Muy pálida, subió el último piso. Vio la puerta con el nombre de él en la placa. Y la resolución que la llevó hasta allí se le disipó en un instante.

Comprendió lo que estaba haciendo. Sintió que un gran sudor la invadía. Miró la escalera, pero no bajó. Combatió el sentimiento de estar haciendo una cosa impropia. No. ¡Llamaría! ¿Qué importaba lo que dijera la gente? Además, nadie lo sabría. Y nadie la ayudaría si no se ayudaba ella a sí misma. ¡Adelante, pues!

Obligándose a mantenerse sin apoyo en la barandilla, tocó la campanilla del cuarto. La puerta no se abrió, y toda la vergüenza y el miedo que sintiera unos minutos antes le desaparecieron. Llamó una y otra vez, como si vacío y todo, aquel cuarto pudiera dar alguna respuesta a su pregunta angustiada, como si llamando pudiera obtener alguna recompensa al miedo y a la vergüenza que la visita le había costado. Y la puerta no se abrió. Dejando de llamar, se sentó en un escalón y ocultó la cara entre las manos.

Al momento echó a andar hacia abajo, en busca de aire que respirar. Se sentía como si hubiera pasado por alguna larga enfermedad, y lo único que quería era llegar a casa cuanto antes. La gente que iba por la calle parecía

saber de dónde venía o qué había estado haciendo. Y de pronto…, de pronto, por la acera de enfrente, dirigiéndose hacia su casa desde Montpellier Square, vio a Bosinney.

Fue a cruzar. Sus ojos se encontraron, y él se quitó el sombrero. Pasó un ómnibus, interceptándole la vista. Por un instante, por un claro del tráfico, le volvió a ver que seguía andando.

Y June quedó inmóvil, viendo cómo se alejaba.

XIII

La casa sigue adelante

Un mockturtle claro; un oxtail; dos vasos de oporto…

En el salón alto de French, donde un Forsyte puede tomar una buena comida inglesa de sustancia, James y su hijo estaban almorzando.

De todos los restantes, aquél era el que más gustaba a James; había algo de sencillo, de bien oliente a comida hogareña, de satisfactorio en el ambiente, que, aunque en cierto modo se había corrompido por la necesidad de sentirse persona elegante y por el tren de costumbre que había de mantenerse a la par con una renta que todavía había de aumentar, le gustaba percibir en algunos momentos de tranquilidad en la City. Allí le servían a uno típicas muchachas inglesas con delantal; en el suelo había serrín, y en las paredes, espejos con marco dorado, colgados a la altura de la cabeza. No hacía mucho tiempo que habían quitado aquellos reservados pequeños y tranquilos donde uno podía comerse sus buenas chuletas con patatas, sin que nadie le viera, como un caballero.

Metió el pico de la servilleta tras el tercer botón de su chaleco, costumbre que había tenido que dejar hacía años.

Tras el primer bocado de pan casero, crujiente y grato, preguntó:

— ¿Cómo llevas las cosas en Robin Hill? ¿Vas a llevar a Irene? Debes llevarla, que sin duda habrá muchas cosas que haya que mirar bien.

Sin levantar la vista, Soames respondió:

—No quiere ir.

— ¿Que no quiere ir? Pues no lo entiendo. ¿No tiene ella que ocupar la casa?

Soames no dijo nada.

—No sé qué les pasa a las mujeres hoy día. Yo no he tenido nunca dificultades con las de antes. Pero tú has mimado mucho a la tuya. Tiene demasiada libertad.

Soames levantó los ojos.

—No quiero que nadie diga nada contra ella —dijo inesperadamente.

El silencio sólo se interrumpía por el ruido que hacía James al tomar la sopa.

El camarero trajo dos vasos de oporto, pero Soames le detuvo.

—Ésta no es manera de servir el oporto. Llévese eso y traiga la botella.

Despertándose de su ensueño sobre la sopa, James hizo una de sus rápidas apreciaciones de los hechos del momento.

—Tu madre está en cama; puedes llevarte el coche para ir allí. Creo que a Irene le gustará el paseo. Bosinney estará allí para enseñaros todo, ¿no?

Soames asintió.

—A mí me gustaría ir a ver con mis propios ojos qué clase de trabajo te está haciendo —prosiguió James—. Nada, iré y os recogeré a los dos.

—Yo voy en tren. Si tú quieres, llégate y mira a ver si Irene va contigo.

Y pidió la cuenta al camarero, que James pagó.

Se separaron en San Pablo; Soames dirigióse hacia el tren, y James, hacia el Oeste, en un ómnibus.

Se sentó junto al conductor, pues allí iba muy bien, ya que con sus largas piernas ocupaba todo el rincón y nadie le molestaba poniéndosele al lado; y si alguna vez alguien lo hacía, le miraba resentido, como si no tuviera derecho a respirar su aire.

Quería tener aquella tarde una oportunidad de hablar con Irene. Una palabra a tiempo ahorra muchas, y ahora que iba a irse a vivir al campo, tenía oportunidad de hacer un cambio de vida. Él comprendía que Soames no estaba satisfecho de las andanzas de su mujer.

No se le ocurrió concretar lo que pensaba que pudieran ser esas andanzas. Era una expresión inconcreta, vaya, muy Forsyte. Y James, después de comer, se sentía con coraje para acometer cualquier empresa.

Al llegar a su casa, pidió el coche, diciendo que el groom también iba. Quería ser amable con ella y darle todas las oportunidades posibles.

Cuando se abrió la puerta del número 62, la oyó cantar, y así lo dijo a la muchacha, para evitar que le dijeran que la señora no estaba.

Sí que estaba la señora, le dijeron; pero no sabían si recibiría.

James, moviéndose con la rapidez que a todos asombraba y chocaba en tan larga estatura y absorta expresión, se metió de rondón en la sala Allí estaba Irene sentada al piano, con las manos paradas sobre las teclas, escuchando sin duda las voces que sonaban en el hall. Le saludó sin sonreírle.

—Tu suegra está en cama —le dijo para despertar su interés—. He traído el coche. A ver si eres buena chica y quieres acompañarme a dar un paseo. Verás qué bien te sienta.

Irene le miró como a punto de negarse. Pero pareció cambiar de opinión y se fue arriba, bajando al momento con el sombrero puesto.

— ¿Adónde me vas a llevar? —preguntó.

—Vamos a llegarnos a Robin Hill —contestó, hablando muy de prisa—. Los caballos necesitan ejercicio, y a mí me gustaría ver qué hacen por allí.

Irene dio un paso hacia atrás, pero volvió a cambiar de opinión y entró en el coche, con James pegado a ella como para cortarle la retirada.

No antes de haber hecho la mitad del camino, empezó a decirle:

—Soames te quiere mucho… No quiere que nadie te vitupere. ¿Por qué no le muestras tú más cariño?

Se ruborizó ella y contestó:

—Yo no puedo mostrar lo que no siento.

James la miró ásperamente, pues dándose cuenta de que la llevaba en su coche, con sus caballos y sus criados, comprendía que él era el dueño de la situación. No podía echarle ni podía hacer una escena en público.

—Pues no sé lo que quieres tú. Soames es un buen marido.

La respuesta de Irene fue tan baja que casi no la oyó. Le dijo:

—Es que tú no estás casado con él.

—Pero ¿qué inconveniente puedes ponerle? Él te da todo lo que necesitas. Está siempre dispuesto a llevarte a todos sitios, y ahora te ha hecho hasta una casa en el campo. ¿No tienes entonces todo lo que quieres?

—No.

James no podía interpretar su cara. Parecía que iba a echarse a llorar, y sin embargo…

—Yo creo —murmuró apresuradamente— que todos hemos hecho lo posible por ser cariñosos contigo.

Temblaron los labios de Irene; y para su horror, James vio que las lágrimas empezaban a correrle por las mejillas. Sintió que se le ponía un nudo en la garganta.

—Todos te queremos Solamente que tú… —iba a decir que tenía que reportarse, pero no dijo sino—: …deberías ser más cariñosa para él.

Irene se calló, y James también. Había algo en su silencio que le desconcertaba; no era silencio de terquedad, sino más bien de aquiescencia a lo que él decía; y con todo le parecía que le quedaba por decir la última palabra. No comprendía aquel fenómeno.

No pudo persistir mucho tiempo en su silencio, y dijo:

—Ahora, ese joven Bosinney se casará en seguida con June, ¿no?

La cara de Irene cambió.

—Yo no sé —dijo—. Pregúntale a ella.

— ¿Te escribe ella a ti?

—No.

— ¿Cómo es eso? Yo creía que erais las dos muy amigas.

—Pues te digo lo mismo: pregúntale a ella.

—Está bien —dijo James, asustado de la manera de mirarle Irene—. Parece imposible que me des una contestación clara a una pregunta clara…

Se quedó meditando en sus respuestas ariscas, y al final le soltó:

—Mira: yo ya te he advertido. Soames no dice nada, pero yo veo que no está dispuesto a soportar por mucho tiempo el presente estado de cosas. No podrás echar a nadie la culpa de lo que pueda suceder, y lo que es peor, no tendrás a nadie que te compadezca.

Irene bajó la cabeza con una pequeña inclinación, y sonriendo:

—Te quedo muy agradecida —dijo.

Y James se quedó sin saber qué contestar.

El día, que tuvo una mañana hermosa, se hallaba ahora en una tarde gris y opresiva; un pesado banco de nubes, con un tinte amarillento precursor de tormenta, avanzaba desde el Sur. Las ramas de los árboles colgaban inmóviles sobre la carretera, sin un soplo de aire que agitara sus hojas. Se percibía el olor de los caballos. El cochero y el groom, inmóviles en sus asientos, cambiaban algunas palabras sin mirarse.

Para descanso de James, llegaron a la casa por fin; el silencio e

impenetrabilidad de aquella mujer que había considerado siempre tan amable le alarmaban.

El coche los dejó a la puerta y entraron. El hall estaba frío, y tan inmóvil su atmósfera, que producía la sensación de entrar en una tumba; James sintió un escalofrío. Levantó rápidamente las cortinas que daban al patio interior y no pudo reprimir una exclamación de agrado.

El decorado era, efectivamente, de excelente buen gusto. Los ladrillos rubí oscuro que cubrían desde la base de las paredes hasta el centro, donde había un macizo de altas plantas irisadas, que rodeaban a su vez una pila empotrada hecha de mármol blanco y llena de agua, eran indudablemente de la mejor calidad. Admiró grandemente las cortinas de cuero rojo que tapaban todo un lateral. Las partes centrales de la claraboya estaban abiertas y un aire cálido penetraba desde el exterior de la casa.

En pie, con las manos a la espalda y la cabeza echada hacia atrás, observaba los capiteles de las columnas y el friso color marfil que se extendía por las paredes. Indudablemente, no se había ahorrado esfuerzo. Era aquélla la casa de un caballero. Se acercó a las cortinas, y habiendo observado su repujado, las separó y descubrió la galería para cuadros, que terminaba en la gran ventana que ocupaba toda la pared. Tenía suelo de roble negro, y las paredes eran también blanco marfil, Prosiguió abriendo puertas, mirando por todas partes. Todo estaba terminado y dispuesto para su inmediata ocupación.

Se volvió para hablar a Irene y la vio a la entrada del jardín con su marido y con Bosinney.

Aunque no era de sensibilidad demasiado aguda, James percibió que algo allí no estaba bien. Se dirigió hacia ellos, y vagamente alarmado, ignorando la naturaleza del mal en cuestión, intentó suavizar las cosas.

— ¿Qué tal, señor Bosinney? —dijo tendiéndole la mano—. Ha estado usted gastando buen dinero aquí, ¿eh?…

Soames volvió la espalda y echó a andar. James miró a la cara enfurruñada de Bosinney y a Irene, y en su agitación habló en voz alta lo que sentía:

—Bueno…, pero ¿qué es lo que pasa? ¡A mí nadie me dice nada!

Y echando a andar tras de su hijo, oyó una corta risa de Bosinney y que decía:

— ¡Gracias a Dios! Usted parece… —pero por desgracia no entendió el resto.

¿Qué había pasado? Miró hacia atrás. Irene estaba muy cerca del arquitecto y su cara no era la cara que él le conocía. Se dio prisa en alcanzar a su hijo.

Soames se paseaba por la galería de los cuadros.

— ¿Qué pasa? —preguntó James—. ¿Qué es lo que ocurre?

Le miró Soames con su sonrisa despectiva y el rostro en perfecta calma; pero él comprendió que estaba furioso.

—Nuestro amigo —dijo al fin— se ha vuelto a exceder en sus atribuciones, eso es todo. Pero esta vez él va a pagar las consecuencias.

Se volvió y se dirigió hacia la puerta. James le siguió. Y vio cómo Irene retiraba el dedo de sus labios, le oyó decir algo en voz normal, y empezó a hablar antes de alcanzarle:

—Va a descargar una buena tormenta. Lo mejor es que nos vayamos corriendo a casa. No puede venir usted con nosotros, me parece, señor Bosinney, ¿verdad? Entonces, adiós.

Y le tendió la mano. Bosinney no la tomó, sino que, riéndose, le dijo:

—Que no le pesque la tormenta, señor Forsyte. ¡Adiós! —y se fue.

—Bueno… —empezó a decir James—. Yo no sé…

Pero el aspecto del rostro de Irene le contuvo. Cogiéndola por el brazo, la escoltó hasta el coche. Estaba seguro, completamente seguro, de que se habían dado cita en alguna parte.

No hay nada en este mundo que pueda trastornar más a un Forsyte que el saber que algo para cuya adquisición había estipulado una suma determinada ha costado más dinero. Y esto es natural, pues la política general de su vida se ordena teniendo en cuenta las estimaciones precisas que haya hecho. Si no puede confiar en los valores fijos de la propiedad, pierde la brújula y se encuentra en las más difíciles aguas sin medio alguno de orientación.

Tras escribir a Bosinney en los términos ya registrados en esta crónica, Soames había dejado de pensar en el coste de la casa. Creía haber puesto las cosas tan claras, que la posibilidad de mayores gastos no había realmente entrado en su imaginación. Y al decirle Bosinney que el límite de doce mil libras había sido rebasado en unas cuatrocientas, había empalidecido de rabia. Su cálculo primero había sido gastar diez mil libras, y se había censurado a sí mismo repetidas veces por haber incurrido en semejante exceso. Y sobre el último desborde, Bosinney había ido más allá de todo lo concebible. Cómo puede equivocarse un hombre en tanto dinero, era cosa que Soames no se podía explicar. Pero se había equivocado, y mucho. Y todo el rencor o todos los celos acumulados en su alma durante tanto tiempo se habían visto excitados por la última salida de tono del arquitecto. Aquella actitud de marido amistoso y confiado había desaparecido por completo. Para asegurar una propiedad —su esposa—, la había adoptado. Para asegurar otra propiedad de

otra clase, la abandonaba.

— ¡Y se quedará usted tan tranquilo! —había dicho a Bosinney cuando pudo hablar—. Pues lo que le digo es que usted se ha equivocado conmigo.

Lo que con aquellas palabras había querido decir, no lo supo en aquel momento, sino después de cenar, cuando revisó su correspondencia con Bosinney para asegurarse. No cabía una mala interpretación: el tipo aquel era responsable de un gasto indebido de cuatrocientas libras, o, por lo menos, de trescientas cincuenta, y tendría que arreglarlo como pudiera.

Llegó a esta conclusión mirando el rostro de su mujer. Sentada en su sitio acostumbrado del sofá, estaba arreglando el encaje de un cuello. No le había hablado ni una sola vez en toda la tarde.

Se acercó a la chimenea, y mirándose al espejo, dijo:

—Tu amigo el Pirata ha hecho una tontería, y ahora va a tener que pagarla.

Ella le miró despectivamente y dijo:

—Yo no sé de lo que hablas.

—Pues pronto lo vas a saber. Una insignificancia, que tú no puedes ni tomarla en cuenta para despreciarla siquiera. Cuatrocientas libras.

— ¿Quieres decir que le vas a hacer pagar eso que ha gastado en esa casa odiosa?

—Eso precisamente es lo que quiero decir.

— ¿Y no sabes que no tiene nada?

—Sí que lo sé.

—Entonces eres todavía más vil de lo que yo pensaba.

Soames se volvió del espejo, y tomando inconscientemente una tacita de china de la chimenea, la rodeó con las manos como si estuviera rezando. Vio que su pecho latía y que tenía los ojos llenos de rabia. No haciendo aparentemente caso del insulto, preguntó con calma:

— ¿Estás sosteniendo un flirt con Bosinney?

—No, nada de eso.

Se cruzaron sus miradas, y él tuvo que bajar los ojos. Ni la creía ni la dejaba de creer, pero comprendió que se había equivocado haciendo semejante pregunta: nunca había sabido, nunca sabría lo que ella pensaba. El recuerdo de todas las tardes que ella había estado sentada allí, tranquila, suave y pensativa, pero inabordable e incognoscible, le enfureció.

—Creo que estás hecha de piedra —dijo cerrando los puños hasta que rompió la taza; los pedazos cayeron ante la chimenea. E Irene sonrió.

—Pareces olvidar que la taza no…

Soames agarró violentamente su brazo.

—Una buena paliza es lo que te hace a ti falta, a ver si vuelves a tus cabales —pero soltándola, salió de la habitación.

XIV

Soames en la escalera

Soames subió al dormitorio con la sensación de haberse excedido. Estaba dispuesto a presentar sus excusas.

Apagó la luz de gas que todavía estaba encendida en el pasillo. Deteniéndose, con la mano en el picaporte, se puso a pensar en cómo se disculparía, pues aunque quería hacerlo, no quería demostrar que estaba nervioso.

Pero la puerta no se abrió ni aun empujando con fuerza. Irene habría cerrado por alguna razón y se le habría olvidado volver a abrir.

Atravesando su cuarto de vestir, donde la luz ardía también, fue a la otra puerta del dormitorio. También estaba cerrada. Entonces se dio cuenta de que su cama de campaña, que pocas veces usaba, estaba hecha y sus ropas de dormir tendidas sobre ella. Se llevó la mano a la frente y la retiró mojada de sudor. Comprendía que su mujer le cerraba el paso hacia ella.

Volvió a la puerta, y, sacudiendo el picaporte, exclamó:

— ¡Abre la puerta! ¿Me oyes? ¡Abre la puerta! —percibió un leve ruido, pero no obtuvo respuesta—. ¿Me oyes? ¡Déjame entrar inmediatamente! ¡Te digo que abras!

La oía respirar junto a la puerta, y el sonido era como el de la respiración de una criatura amenazada por un gran peligro.

Había algo terrorífico en aquel silencio inexorable, en la imposibilidad de llegar hasta ella. Fue a la otra puerta, y lanzando todo el peso de su cuerpo contra ella, trató de abrirla por fuerza. Pero la puerta era nueva… Él mismo había hecho renovar las puertas cuando arregló la casa tras su boda. Colérico, levantó una pierna para dar una gran patada y astillar la madera, pero pensó en los criados y se contuvo; comprendió que estaba derrotado.

Se lanzó a su cuarto de aseo y tomó un libro. Pero no veía lo escrito, sino a su mujer…, con su cabello rubio flotando sobre los hombros desnudos y los grandes ojos negros abiertos como los de un animal acosado. Y captó plenamente el significado de su acción: le rechazaba para siempre, para siempre.

No podía permanecer tranquilo y se dirigió a la puerta. Todavía oía su respirar. La llamó.

— ¡Irene, Irene!

No quería que su voz sonase a lamento. Un silencio total fue la respuesta ominosa que obtuvo. Quedó inmóvil, con los puños crispados, pensando, pensando…

Rápidamente se alejó de puntillas, llegó a la otra puerta sin hacer ruido y trató de abrirla con un esfuerzo supremo. La puerta crujió, pero siguió cerrada. Se sentó en un escalón y ocultó el rostro entre las manos.

Así estuvo mucho rato, sentado en la oscuridad, iluminado por un rayo de luna que penetraba por una claraboya. Trataba de hacer frente a la situación con filosofía: Puesto que le había cerrado la puerta, no podía reclamarle nada como esposa. Ya encontraría él distracciones en otra parte…

Pero sus figuraciones eran como un viaje triste por zonas desagradables. Ciertas cosas no le habían gustado nunca, y ahora, menos. Él sólo quería a su mujer, su mujer inexorable y atemorizada detrás de aquella puerta… No; en ninguna otra mujer encontraría consuelo. Se daba cuenta de ello con una convicción fortísima en aquellos instantes de silencio y oscuridad. Le abandonó la serenidad y una furia sorda se apoderó de él. La conducta de ella era mala, inmoral, merecedora del mayor castigo que pudiera infligirle. Él la quería a ella solamente, y ella le rechazaba…

Verdaderamente que debía de odiarle para hacer eso. Nunca lo hubiera creído.

Y no lo creía aún. Era, realmente, increíble… Le parecía que había perdido para siempre su capacidad de enjuiciar razonablemente las cosas. Si ella, tan suave como siempre la había creído, era capaz de obrar así, ¿ante qué se detendría, hasta dónde no se atrevería a llegar?

Se preguntó si no estaría haciendo algo nefando con Bosinney. No, no lo creía, no podía aceptar que ése fuera el motivo de su proceder de aquella noche, no podía ni pensarlo…

La idea de que su vida matrimonial pudiera llegar a ser comidilla de la gente era intolerable. Carente en absoluto de prueba alguna positiva, rehusaba creer…; pero en el fondo, creía.

La luz de la luna daba un tinte grisáceo a su cara y a toda su figura, reclinada contra la pared de la escalera.

¡Bosinney estaba enamorado de ella! Le odiaba, y ahora sí que no le perdonaría los gastos excesivos que había hecho. Se negaría a pagar ni un céntimo más de las doce mil cincuenta libras, límite superior estipulado en la correspondencia que habían mantenido. O mejor aún, pagaría. Sí, pagaría y le demandaría por daños y perjuicios. Iría a Jobling y Boulter y los encargaría del caso. ¡Tenía que arruinar a aquel mendigo indecente! Y de repente — ¿qué conexión misteriosa existe entre unos y otros pensamientos?—, se dio cuenta de que Irene no tenía tampoco dinero. Los dos eran unos pordioseros. Y el pensar en esto le produjo una gran satisfacción.

El silencio se interrumpió por un débil chasquido al otro lado de la pared. Ya se iba ella a acostar. ¡Que durmiera bien! Aunque ahora le abriera la puerta de par en par, no entraría…

Pero sus labios, contraídos en sonrisa amarga, temblaron; se tapó los ojos con las manos…

***

Al día siguiente, a última hora de la tarde, Soames miraba desde el comedor a la calle.

La luz del sol todavía iluminaba los árboles, y la brisa movía sus hojas a los acordes de un organillo trashumante. Tocaba un vals, un viejo vals pasado de moda, de ritmo desagradable en aquel instrumento chillón. Y lo repetía una y otra vez, aunque nadie, excepto las hojas, bailaban a su música.

La mujer no parecía muy feliz, pues estaba cansada, y de las altas casas nadie le arrojaba una moneda de cobre. Empujó el organillo y tres portales más allá recomenzó su música.

Era el vals que en casa de Roger bailaron Irene y Bosinney; y el perfume de las gardenias que ella llevara volvió al recuerdo de Soames, arrastrado por la música maliciosa, como lo arrastrara aquella noche, cuando ella pasaba ante él, con el cabello resplandeciente, los ojos tan dulces, bailando con Bosinney de un lado a otro del gran salón.

La mujer giraba lentamente la manivela del organillo; había estado moliendo todo el día la melodía aquella, quizá en la calle Sloane, quizá para los oídos del propio Bosinney.

Soames se volvió, tomó un cigarrillo de la cajita con relieves y se dirigió otra vez a la ventana. La melodía le había hipnotizado, y ante su vista apareció Irene, con la sombrilla plegada, corriendo hacia casa, con su blusa color de rosa, de mangas desvanecidas y que él no había observado nunca. Se paró ante

el organillo, sacó el monedero y le dio algo a la mujer.

Soames se hizo hacia atrás y se quedó de forma que pudiera ver el hall.

Ella abrió con su llavín, dejó la sombrilla y se quedó mirándose al espejo. Tenía las mejillas encarnadas, como tostadas por el sol, y los labios abiertos en sonrisa. Alargó los brazos como para abrazarse a sí misma, con una risa que más que nada era un sollozo.

Soames avanzó unos pasos.

— ¡Muy bonito! —dijo.

Y ella echó a correr pretendiendo pasar rápidamente por su lado; pero él le cerró el paso.

—No tengas tanta prisa —y sus ojos quedaron presos de un rizo que le caía por encima de una oreja. Casi no la reconocía. Parecía encendida en fuego, con las mejillas ardiendo, y los ojos y los labios, y la blusa que no le parecía conocer.

Ella se arregló aquel rizo con la mano. Respiraba rápida y profundamente, como si hubiera venido corriendo, y de su cuerpo en cada espiración, parecía desprenderse el perfume de todas las flores.

—No me gusta esa blusa —dijo él lentamente—. Es muy floja, sin forma… —y levantó el dedo hacia su seno, pero ella le dio un manotazo.

— ¡No me toques! —gritó.

La cogió por la muñeca; pero ella se soltó retorciéndose.

— ¿De dónde vienes? ¿Dónde has estado?

—En el cielo, fuera de esta casa… —y echó a correr escaleras arriba.

Fuera —en acción de gracias—, el organillo estaba tocando el vals.

Soames quedó inmóvil. ¿Qué le impedía seguirla?

¿Era que con los ojos de la sospecha veía a Bosinney asomado a su ventana tratando de captar una última visión de la figura de Irene, que desaparecía a lo lejos? ¿Es que le veía refrescar su rostro abrasado, con aire de ensueño, recordando el momento en que ella se lanzó en sus brazos con una risa que parecía un sollozo?

****

TERCERA PARTE

I

La señora Mac Anders los vio

Mucha gente, incluyendo al director de El Ultra Viviseccionista, entonces en la floración plena de su primera juventud, diría que Soames había abdicado de su condición de hombre por no haber quitado los cerrojos de las puertas del dormitorio conyugal, tras administrar una buena paliza a su mujer, volviendo así a disfrutar de la felicidad perdida.

La brutalidad no se halla tan completamente mezclada con la fibra humana como solía estarlo antes; así, pues, las gentes sensibles de la sociedad quedarán muy tranquilas al saber que Soames no hizo nada de eso. La verdad es que la brutalidad no es muy forsyteana: son los Forsytes demasiado circunspectos y, sobre todo, muy tiernos de corazón. Y en Soames había un orgullo que si bien no le llevaba a ninguna acción heroicamente generosa, tampoco le permitía realizar ninguna vileza, a menos que estuviera muy excitado y sin posibilidad de contener sus ímpetus. Y, sobre todo, este digno Forsyte tenía un agudo sentido del ridículo. De no apalear a su mujer, no sabía que pudiera hacer razonablemente otra cosa; así, pues, aceptó la nueva situación sin añadir palabra.

Verano y otoño continuó con su trabajo, con sus cuadros, con sus invitados a cenar. No salió de Londres: Irene rehusaba ir a otra parte. La casa de Robin Hill, aunque terminada, continuaba vacía y como sin dueño. Soames había promovido recurso legal contra el Pirata, reclamándole la suma de trescientas cincuenta libras.

Los señores Freak y Able, procuradores, se habían encargado de la defensa de Bosinney. Admitiendo los hechos, se agarraban a un punto de la correspondencia, que, explicándolo sin fraseología legal, venía a ser esto: Soames había dado a Bosinney plena libertad de acción en sus cartas.

Soames supo lo que pensaban Freak y Able; lo manifestó a Jobling y Boulter, más bien a Boulter que a Jobling, pues había muerto hace unos años, si bien su nombre seguía figurando en la firma a que en vida perteneciera; Jobling y Boulter pensaron que convendría consultar con otro abogado; y consultaron con uno de primera fila: Waterbuck, del Consejo Real, que a su vez consideró el caso muy interesante, y a las seis semanas emitió su opinión de que lo necesario era arrancar al arquitecto la declaración de que él había recibido plenos poderes, sí, pero dentro de los límites que se fijaban en la correspondencia con Soames. Además, a juicio del digno jurista, era de aplicación lo juzgado en el caso Boileau a propósito de la Blasted Cement, Ltda.

Orientados por esta opinión, Jobling y Boulter actuaron, administrando interrogatorios a discreción; mas, para amargura suya, Freak y Able, en nombre de su defendido, respondían con grandísimo tino y acierto, sin dar la oportunidad que deseaban de coger en renuncio al arquitecto.

Soames se informaba de la marcha del asunto. Ardía en deseos de poner el pie en el cuello al Pirata, y para conseguirlo no permitía que la preocupación por el comportamiento de Irene le turbara: tenía que volcarse por completo y exclusivamente en su pleito.

Aunque no había vuelto a ver a Bosinney desde el día de Robin Hill, sentía su presencia por doquier. Estaba seguro de que Irene se entrevistaba con él; pero cómo, cuándo y dónde no sabía ni quería saber, aterrorizado por el temor de llegar a saber demasiado.

A veces, cuando preguntaba a su esposa dónde había estado, cosa que todo Forsyte que se estime ha de hacer, tomaba ella un aspecto extrañísimo. Aunque se dominaba perfectamente, en ocasiones, tras su máscara inescrutable de frialdad, asomaba algo que no había visto nunca en ella.

Se estaba acostumbrando a almorzar fuera. Muchas veces, cuando preguntaba a la muchacha si la señora había comido en casa, le respondían que no. Le parecía muy mal que fuese sola por ahí; pero aunque se lo dijo, ella no hizo el menor caso. Había algo que le sorprendía, le enfurecía y casi le hacía gracia, en la calma con que despreciaba sus indicaciones y deseos. Era como si le estuviera siempre presentando ante los ojos el hecho de que le había vencido.

Un día suspendió la lectura de la opinión de Waterbuck y se dirigió al dormitorio, pues de día no cerraba ella las puertas, quizá por causa de los sirvientes. Se estaba cepillando el pelo y se volvió a él con rara violencia.

— ¿Qué quieres? —le preguntó—. Haz el favor de salir de mi cuarto.

—Quiero saber —le contestó— hasta cuándo va a durar este estado de cosas entre nosotros. Ya me parece que he aguardado bastante.

— ¿Quieres hacer el favor de salir de mi cuarto?

— ¿Quieres tú percatarte de que soy tu marido?

—No.

—Entonces yo daré los pasos necesarios para que te hagan entrar en razón.

—Cuanto antes, mejor.

La miró, sorprendido de la calma con que le había contestado. Tenía los labios apretados en una fina línea; el cabello le caía en cascadas rubias sobre los hombros blancos, y en sus ojos había una mirada de miedo, odio y

desprecio y, rara cosa, de triunfo.

— ¿Quieres salir de una vez de mi cuarto?

Giró sobre los talones y salió.

Sabía de antemano que no daría paso alguno para que entrara, por fuerza, en razón, y sabía que ella lo sabía también, que sabía que le daba miedo hacerlo.

Era costumbre en él contarle lo que había hecho durante el día; qué clientes le habían visitado, como había arreglado una hipoteca a Parkes, cómo aquel larguísimo pleito de Fryer sobre Forsyte, a causa del enredo sobrenatural que había hecho el tío Nicolás, duraría todavía unos cuantos años y quizá hasta el día del Juicio… Y cómo había ido a casa de Jobson y había visto un Bucher vendido. Se le había escapado aquel Bucher por haber estado en Pall Mall comprando acciones de Talleyrand e Hijos.

Él admiraba a Bucher, a Watteau y a todos los de aquella escuela. Estaba acostumbrado a hablarle de todas aquellas cosas, y todavía continuaba haciéndolo, hablando y hablando durante largos ratos mientras cenaban, como si con las palabras pudiera ocultar a sí mismo el dolor de su corazón.

Frecuentemente, si estaban solos, intentaba besarla al darse las buenas noches. Quizá suponía que una buena noche le permitiría hacerlo, o quizá era sólo la idea de que un marido debe dar un beso a su mujer al acostarse lo que le llevaba al intento. Aunque ella le odiase, de ninguna manera podía omitir la práctica del antiguo rito.

Y ¿por qué le odiaba ella? Todavía no podía casi creerlo. Era una cosa rara el odio; sin embargo, él odiaba a Bosinney, al pirata aquel, a aquel vagabundo, a aquel rondador nocturno. Pues siempre, en pensamiento, Soames le veía al acecho. ¡Ah, pero sin duda lo estaba pasando muy mal! El joven Burkitt, el arquitecto, le había visto salir de un restaurante ínfimo…

Durante todo el tiempo que no dormía, pensando en aquella situación, que parecía no tener fin, a menos que ella volviera al buen camino, la idea de una separación no entró seriamente en sus cálculos…

Pero ¿y los Forsytes? ¿Qué papel desempeñaban en la tragedia de Soames?

La verdad era que poco o ningún papel, pues todos estaban de veraneo. Desde hoteles, balnearios y casas de huéspedes partían diariamente al baño, acumulando ozono para todo el invierno.

Al final de septiembre empezaron a regresar a sus casas. Llenos de salud y en pequeños ómnibus, con los carrillos bien colorados, llegaban cada día de los diversos lugares de veraneo, y a la mañana siguiente se reintegraban a sus actividades.

El primer domingo de recepción en casa de Timoteo se registró un lleno, que duró desde después del almuerzo hasta antes de la cena.

Entre otras cosas, demasiado interesantes para relatarlas todas, la señora de Septimus Small mencionó el hecho de que Soames e Irene no habían salido. Sólo faltaba ya que uno cualquiera diera la siguiente noticia referente a ellos para que se convirtieran en centro de interés de la reunión. Y para el hecho, que una tarde, en el mes de septiembre por más señas, la señora Mac Ander, la mejor amiga de Winifred Dartie, dando un paseo prescrito por el médico, en compañía del joven Augusto Flippard y en bicicleta, por Richmond, había visto a Irene y a Bosinney paseando también por allí en dirección a Sheen Gate.

Quizá la pobrecita señora tenía sed, pues había pedaleado de lo lindo por una dura y empinada carretera, y montar en bicicleta y soportar al joven Flippard simultáneamente son cosas que, como todo Londres sabe, agotan a cualquiera; quizá fue el contemplar el verde y fresco bosque lo que excitó el deseo de la buena señora; pero el caso es que detuvo su carrera para observar bien a «aquellos dos», pues había cosas que le interesaban mucho: su propio matrimonio había sido un desastre y había sido preciso recurrir al divorcio, aunque sin dar lugar a comentarios desfavorables, ya que había tenido el buen sentido y la habilidad de inducir a su marido a cometer los necesarios disparates para que cayera sobre él toda la culpa. Por saber mucho de aquellas cosas se había detenido a observar. Y si estaba sedienta, el ver a sus conocidos fue un refresco, y si hambrienta, un tentempié.

Esta buena señora merece gran atención y estudio: su mirada agudísima y su no menos aguda lengua servían sin duda a muchos de inescrutables fines de la Providencia. Parecía siempre que se iba a morir de un momento a otro; pero sin duda no sucedía esta desgracia por la gran ciencia que tenía en cuidarse. Había hecho ella sola quizá más que nadie para destruir el sentido de caballerosidad que todavía se adhiere a la rueda de la civilización: se hablaba de ella con un cariño…

Vestía muy bien y pertenecía a un Club de mujeres; pero no era de ninguna manera el tipo neurótico y triste de afiliada que está siempre pensando en sus derechos: los ejercía con toda naturalidad, y sabía cómo aprovecharlos de forma que no despertaba sino admiración entre la gran clase a que pertenecía no sólo por nacimiento y estilo, sino por estricto sentido de la propiedad.

Aunque su marido, un pintor medio chiflado en su amor por la Naturaleza, la había abandonado por una actriz, no se sintió descorazonada, y al recobrar legalmente su libertad, se había incorporado al cogollo del forsyteísmo.

Siempre de buen humor, siempre «llena de información», todo el mundo la recibía con agrado. No provocaba ni sorpresa ni desaprobación cuando se la

encontraba en el Rhin o el Zermatt, bien sola, bien con otra dama y dos caballeros. Ya era conocido que sabía cuidarse, y el corazón de los Forsytes se alegraba ante su maravilloso instinto, que le permitía gozar de todo sin dar a cambio nada. Todo el mundo pensaba que mujeres así debieran ser las encargadas de perpetuar el género femenino en la especie humana. Nunca había tenido hijos.

Si había algo en la vida que le molestase, eran aquellas mujeres suaves de las que los hombres dicen tienen encanto. Y la mujer de Soames era una de ésas, y siempre le había merecido la más viva antipatía.

Comprendía oscuramente que si se admite la existencia del encanto, la habilidad y el savoir faire caen en el más completo desprecio. Y odiaba —con odio tanto más profundo cuanto que muchas veces el «encanto» había anulado sus cálculos— aquella sutil seducción que emanaba Irene y que no podía negarle por más que quisiera.

Decía, con todo, que no veía nada de particular en aquella mujer, que no tenía «ese no sé qué» que hay que tener, y que cualquier otra triunfaría sobre ella con sólo proponérselo, y que no sabía qué podían encontrarle los hombres.

No es que fuera de mal natural; mas para mantener su situación tras el abandono de su marido le era necesario estar «llena de información»; y ni por un momento pensó en callar que había visto juntos a «aquellos dos».

Y así sucedió que aquella misma tarde estaba invitada a cenar en casa de Timoteo, adonde solía ir a veces a «alegrar a los viejos», como ella decía. Siempre se invitaba a las mismas personas para que tuvieran compañía: Winifred Dartie y su marido; Francie, porque pertenecía a los círculos artísticos, ya que se sabía que la señora Mac Ander escribía en El Reino de las Mujeres se aproxima, y para que flirteara con ellos, si se podía, un par de muchachos de Hayman, que, aunque no decían nunca nada, estaban en íntimas relaciones con lo más elegante de la buena sociedad.

A las siete y veinticinco de la tarde apagó la luz eléctrica de su pequeño hall, se envolvió en su elegante capa y, tras comprobar que llevaba el llavín, salió. Aquellos pisitos como el de ella eran muy convenientes; claro que no tenían aire ni luz, pero podían cerrarse en cualquier momento y salir sin preocuparse de criados ni de nada, y nunca se sentía atada como cuando el pobre Fred andaba por allí con su aire abstraído. No guardaba ningún rencor al «pobre Fred»; era un idiota. Pero el recuerdo de aquella actriz provocaba en ella una sonrisa triste y despectiva.

Cerrando de un portazo, recorrió el pasillo con su tétrica pintura ocre y con toda su teoría de puertas numeradas. El ascensor estaba bajando; y envuelta hasta las orejas en el cuello de la capa, con todos sus cabellos bien ordenados

y en su sitio, esperó hasta que el cómodo artilugio se detuviera ante ella. Las rejas de hierro se abrieron y entró. Ya había dentro tres personas: un hombre con chaleco blanco y una cara grande, tan suave y tan lisa como la de un niño, y dos señoras de edad, vestidas de negro y con mitones.

La señora Mac Ander les sonrió; conocía a todo el mundo; y las tres personas, que hasta aquel instante habían callado, empezaron a hablar simultáneamente. Era el secreto de la señora Mac Ander: provocaba la conversación.

Y durante el descenso de cinco pisos la conversación continuó, mientras el chico del ascensor asomaba su cara cínica entre las barras de la reja. Al final se fue cada cual para su lado: el caballero del chaleco blanco, a una sala de billar; las otras señoras, a cenar juntas y a decir: «Pero ¡qué mujer tan simpática! Es un verdadero cascabel…», y la señora Mac Ander, a tomar un coche.

Cuando la señora Mac Ander cenaba en casa de Timoteo se hablaba mucho más que de costumbre, y la señora Small y la tía Ester la gozaban de lo lindo. «¡Cuánto disfrutaría Timoteo si pudiera cenar con ella!», se decía la una a la otra. Estaban seguras de que le aliviaría en sus dolencias. Pues sabía, por ejemplo, los últimos detalles de la historia del hijo de sir Charlie Fiste, que estaba en Montecarlo; quién era la verdadera heroína de la elegante novela de Tynemouth Eddy, que en aquellos días todo el mundo comentaba; qué había en París acerca del uso de pantalones por parte de las señoras. Y no solamente esto, sino que era tan sensata que conocía al dedillo el grave problema del hijo menor del joven Nicolás, que estaba planteado en estos términos: o mandarle a estudiar Marina, como quería su madre, o hacer de él un buen contable, como creía más conveniente su padre. Ella estaba decididamente en contra de la carrera naval. Si no se era excepcionalmente brillante o se estaba excepcionalmente bien relacionado, no se llegaba a nada. Y en el caso de llegar a ser almirante, ¿qué? Pues nada en absoluto: un sueldo y nada más. En cambio, un contable tiene muchas más oportunidades. Claro que había que empezar entrando en una buena empresa, y así no se arriesgaba ningún dinero y se hacían grandes ganancias.

A veces hasta hacía un comentario sobre la marcha de la Bolsa. No es que la señora Small o la tía Ester tuvieran que invertir ningún dinero en obligaciones o acciones de ninguna clase; pero es que el hablar de esas cosas pone intensamente en contacto con las interesantes realidades de la vida. «Ya consultarían la opinión de Timoteo», decían. Pero nunca le preguntaban nada de eso, pues sabían que le desagradaría profundamente que le mencionaran la soga. Pero a la chita callando miraban en los periódicos, tratando de ver cómo andaban las cotizaciones de Bright Rubíes o de The Woolen Mackintosh Company. Casi nunca podían encontrar los nombres de las compañías, y

cuando iban Roger o Swithin se les acercaban, y con voces temblando de curiosidad les preguntaban qué tal estaban las Bolivia Lime and Speltrate.

Roger solía preguntar a su vez:

—Pero ¿quién os ha hablado de eso? No os metáis a comprar cuando no conozcáis un valor, que os podéis coger los dedos. ¿Quién os ha hablado de eso?

Y sabiendo quién les había hablado, al día siguiente preguntaba en la City, y a veces invertía algún dinero en eso.

La cena iba por su mitad, precisamente por el lomo de carnero, cuando la señora Mac Ander, como recordando algo, dijo:

— ¡Por cierto! ¿A quiénes creen ustedes que he visto en Richmond? Por mucho que piensen, no lo adivinarán… ¡A la señora de Soames Forsyte y a… al señor Bosinney! Quizá estarían tratando de… la casa.

Winifred Dartie tosió y nadie dijo ni media palabra. Habían obtenido la comprobación que todos habían estado esperando.

Para hacer justicia a la señora Mac Ander, hay que decir que había estado en Suiza y en los lagos italianos y que no sabía nada del conflicto de Soames con su arquitecto. Por tanto, no comprendió la profunda impresión que causaron sus palabras.

Erguida y un poco confusa miró a una y otra parte, escudriñando con sus ojillos todas las caras para explicarse el efecto de lo que había dicho. A cada lado de ella, un muchacho de los Hayman, con la cara triste y hambrienta sobre el plato, comía ávidamente su carne. Aquellos dos, Giles y Jesse, eran tan parecidos e inseparables que los llamaban «Los Dromios». Nunca hablaban, y parecían ocuparse exclusivamente en no hacer nada. La gente suponía que estaban preparando insistentemente algún examen. Durante muchas horas paseaban sin sombrero por el jardín de su casa, libro en mano, con un perro siguiéndoles los pasos, sin decirse una palabra y fumando constantemente. Todas las mañanas montaban a caballo, y todas las tardes, después de cenar, podía vérselos, hacia las diez y media, recostados contra la balaustrada del paseo de la Alhambra.

No se los veía como no fuera juntos, y de esta manera pasaban la vida aparentemente felices.

Inspirados por algo que conmovió en su interior sus sentimientos de caballero, ambos preguntaron a la señora Mac Ander exactamente lo mismo y con la misma voz:

— ¿Ha visto usted a…?

Tan sorprendida quedó de oírles dirigirse a ella de aquella forma, que dejó el tenedor, y Smither, que pasaba, retiró inmediatamente el plato. Sin embargo, la señora Mac Ander no perdió la serenidad y presencia de ánimo y dijo al instante:

—Voy a tomar un poquito más todavía…

Después, en el salón, se sentó al lado de la señora Small, determinada a penetrar en los más recónditos senos del misterio. Y empezó así:

— ¡Qué mujer más encantadora es Irene! ¡Tan simpática! Soames es verdaderamente un hombre de suerte…

Pero sus deseos de saber no le habían permitido tener en cuenta la existencia de esa dura piel forsyteana que impide que los extraños a la familia perciban lo que pasa dentro de ellos. Y la señora Small, estirándole con toda dignidad y temblando de emoción, le dijo:

—Querida mía… Ése es un tema del que no hablamos nunca en la familia.

II

Noche en el parque

Aunque con su instinto de decir siempre lo más inconveniente la señora Small había dejado a su invitada más intrigada que nunca, es difícil decir que pudiera haber hablado con mayor acierto.

No era aquél un tema del que los Forsytes pudieran hablar siquiera entre ellos mismos. Para usar la palabra que Soames había inventado para denominar la situación, aquello era «subterráneo».

Sin embargo, no pasó una semana del encuentro de la señora Mac Ander en Richmond sin que todos —excepto Timoteo, a quien se ocultaban cuidadosamente esas cosas— supieran, desde James a George, que «aquellos dos» habían incurrido en excesos reprobables.

George, que era el inventor de muchos de los modismos que circulan todavía entre los círculos elegantes, expresó a su hermano Eustaquio que sin duda el Pirata «avanzaba en todos los frentes» y que creía que Soames estaba casi «copado».

Y así debía ser, pero ¿qué podía hacerse? Él haría lo que le pareciese mejor, pero el hacer algo podía ser deplorable. Sin dar un escándalo formidable, cosa que ellos no podían aceptar, no se podía hacer nada. No había más que callarse y dejar pasar el tiempo.

Mostrando hacia Irene una frialdad digna, quizá se consiguiera algo; pero no se la veía casi nunca ahora, y parecía difícil hacerle presentarse ante ellos con el solo objeto de mostrarle frialdad digna. A veces, en el retiro del dormitorio, James solía revelar a Emilia el gran sufrimiento que la desgracia de su hijo le producía.

—No sé…, es horrible. Habrá un escándalo y le producirá a Soames mucho perjuicio. Yo no le aconsejaré nada. Puede que, en definitiva, no haya nada malo. ¿Qué te parece a ti? Lo que a lo mejor pasa es que como ella le gusta tanto el arte… ¿No te parece? ¡Pero di algo! ¡Estás hecha una verdadera tía Julita! Yo no sé… Me temo lo peor. Esto es lo que pasa por no tener hijos. Yo siempre me lo he temido. Nunca me han dicho nada de si les gustaría tener hijos o no… A mí nadie me dice nunca nada…

De rodillas, al lado de la cama, vistiendo su camisón de dormir, con los ojos fijos por el miedo y el cuello estirado, parecía un pájaro blanco y grande.

—Padre nuestro… —decía una y otra vez, pues se distraía pensando en el posible escándalo.

Igual que el viejo Jolyon, estaba convencido, aunque no se lo decía ni a sí mismo, de que la culpa de la tragedia la tenían las interferencias familiares. ¿Por qué se habría metido nadie —y en el «nadie» incluía al viejo Jolyon y a su nieta— a introducir en la familia a un tipo como Bosinney? (Conocía el remoquete del Pirata, pero no le decía nada, ya que Bosinney era arquitecto).

Empezaba a pensar que su hermano Jolyon, a quien siempre había considerado y respetado, no era tan inteligente como le creía.

Careciendo de la fuerza de carácter de su hermano, estaba más triste que furioso. Su gran satisfacción era ir a casa de Winifred y llevarse a los pequeños Darties en su coche a los jardines de Kensington, y allí, junto al Estanque Redondo, se le podía ver mirando ansioso al pequeño Publio Dartie jugar con su barquito, que él había cargado con un penique y que temía que no volviera a la orilla, mientras Publio —a quien James se complacía en decir que no era en nada como su padre— intentaba que se apostase otro penique a que volvía, pues había descubierto que siempre regresaba. Y James hacía la apuesta, y siempre perdía y siempre pagaba, y había tarde que el niño le sacaba cuatro o cinco peniques. Y a cada uno que le daba le decía:

—Esto lo guardas en la hucha… y verás cómo te haces un hombre rico.

Y la idea de que su nieto llegaría a ser rico le producía una verdadera satisfacción. Pero el pequeño Publio conocía una confitería estupenda.

Y paseaban por el parque, proyectándose la alta y agobiada figura de James sobre los cuerpecillos robustos de Imogen y Publio.

Pero aquellos jardines no eran un recinto sagrado, exclusivo para James: Forsytes y vagabundos, niños y novios, descansaban o vagaban de día y de noche, buscando algún reposo a sus trabajos o a la agitación y ruido de la calle.

Las hojas de los árboles iban lentamente tomando color oscuro.

El sábado 5 de octubre, el cielo, que había estado azul todo el día, se puso al atardecer del color rojo de las uvas negras sin madurar. No había luna, y un tono oscuro claro, como terciopelo, se iba cuajando en torno a los árboles de ramas finas como plumas que no se movían un ápice en el aire tranquilo. Todo Londres estaba en el Parque, apurando las últimas heces de la copa del verano.

Las parejas, que en gran número entraban por todas las puertas, iban lentamente paseando por los caminillos de arena o por la hierba quemada; después, silenciosamente, por las zonas sin luz, iban desapareciendo entre los árboles protectores o entre las sombras de los macizos altos, y desdibujados por algún tronco, se perdían para todo el mundo, menos para ellos, en la calma y la dulzura de la oscuridad.

Para los que iban llegando por los paseos, aquellos que huían parecían meros átomos de aquel polvo apasionado y brillante que, junto con un murmullo suave y confuso, los rodeaba por entero. Pero cuando aquel murmullo alcanzaba a una nueva pareja, sus voces temblaban y cesaban, sus brazos se enlazaban, sus ojos empezaban a otear, a rebuscar en la oscuridad, y cuando encontraban, desaparecían también lejos de la luz.

La tranquilidad del parque, circunscrita por el ruido lejano de la ciudad, vibraba y vivía con las miríadas de pasiones, de esperanzas, de amores de aquella multitud de átomos humanos en cósmica agitación; pues a despecho de la desaprobación del gran cuerpo forsyteano, del Consejo Municipal, al que el amor consideraba como su peor enemigo, el proceso seguía aquella noche en el Parque y en cientos de parques, proceso sin el cual los miles de fábricas, tiendas e intereses de que eran, custodios los ediles vivirían el vivir de un río seco, de un hombre sin corazón.

El instinto de olvido, de pasión y de amor, escondiéndose bajo los árboles, lejos de los esbirros de su mortal enemigo, el «sentido de la propiedad», gozaba de una gran delicia escondida, y Soames, que volvía de Bayswater —pues había estado él solo cenando en casa de Timoteo— y que iba hacia su casa pensando en su pleito, se quedó sin sangre al oír una risa apagada y el ruido de besos. Pensó en escribir una carta al Times al día siguiente, para llamar la atención del señor director sobre la condición de nuestros parques. Pero no lo hizo, pues tenía horror a ver su nombre en letras de molde.

Aunque no estaba muerto de hambre, sino todo lo contrario, los susurros

que le venían de las formas medio ocultas actuaron sobre él como estimulante morboso. Se salió del paseo y se adentró bajo los árboles, siguiendo la sombra densa de los arriates, donde las copas frondosas de los castaños proyectaban más negrura aún sobre las sillas de hierro colocadas contra los troncos y ocupadas, cómo no, por parejas de enamorados, que se revolvían al pasar él.

Llegó a la plazoleta que dominaba La Serpentina, y allí, a plena luz, resaltando su sombra contra el agua plateada, estaba una pareja inmóvil, la cara de la mujer oculta en el hombro del varón, formado como una estatua, expresión clara de la pasión amorosa, silenciosa y sin mostrar la menor vergüenza.

Aturdido por lo que veía. Soames echó a correr hacia las sombras de los árboles.

En su andar por el parque, ¿quién sabe lo que buscaba y lo que esperaba hallar? ¿Pan para su hambre, luz para sus tinieblas? ¿Conocimiento de lo que es el corazón humano? ¿Fin para su tragedia subterránea? Pues… ¿por qué no? Cada pareja oscura, innominada, innominable, podían ser ella y él…

Pero no podía ser eso lo que buscaba allí; era inconcebible que la mujer de Soames Forsyte estuviera en el parque como una golfa cualquiera. ¡Absurdo!

Pero un instante después sufrió un gran sobresalto; hasta él llegó el murmullo: «Si siempre pudiera ser así…». Y la sangre se le acumuló en el corazón, y se paró, aguardando inmóvil a que los dos salieran de entre las sombras. Pero sólo se trataba de una chiquilla que parecía dependienta de comercio, colgada del brazo de su novio.

Y otros cien amantes murmuraban palabras de esperanza en la tranquilidad de los árboles amigos, y cien más paseaban cogidos del brazo.

Y reaccionando con repentino disgusto de sí mismo, Soames volvió al paseo sin seguir buscando aquello que buscaba sin saber qué era.

III

En el botánico

Aquel Jolyon cuyas circunstancias no eran las propias de un Forsyte, el joven Jolyon, encontraba difícil hallar el dinero necesario para ir al campo, para acercarse a la Naturaleza e investigar su secreto, sin cuya investigación era imposible que un pintor pintase.

Había de conformarse las más de las veces con tomar sus colores y

pinceles y marchar al Jardín Botánico, y allí, sentado en su banqueta, a la sombra de un árbol, pasaba largas horas dibujando y pintando.

Un crítico de arte que había observado su trabajo no hacía mucho tiempo se había expresado en estos términos:

—En cierto aspecto, su trabajo es muy bueno: consigue usted dar una clara idea de la Naturaleza con su tono de color. Pero sus temas son tan variados… No conseguirá así que el público de Londres se fije en su obra. Lo que debía hacer es limitarse a un tema determinado (por ejemplo, Londres de noche o El Palacio de Cristal en primavera) y hacer series de obras con esos temas, o con otros… Así, la gente identificaría inmediatamente su producción. Nunca se insistirá demasiado en la conveniencia de proceder así. Todos los pintores que se están haciendo un nombre, como Crum Stone o Bleeder, lo están consiguiendo evitando cuidadosamente lo inesperado, lo que se separe de un tema…, especializándose, y poniendo toda su obra en el mismo casillero, de forma que el público sepa al instante qué es lo que ve. Y esto es lo más natural, pues si una persona se dedica a coleccionar cuadros, no le gusta que sus visitantes tengan que meter la nariz en el lienzo para averiguar quién es el autor; lo que se desea siempre es que todo el mundo, a primera vista, pueda decir: «¡Hombre, aquí tiene usted un Forsyte!». Es importantísimo para usted elegir un tema que se pueda identificar de golpe, ya que no hay una marcada originalidad en su estilo.

El joven Jolyon, de pie junto al piano, sobre el que unas cuantas rosas ya marchitas, único producto del jardín, estaban colocadas en un cacharro sobre un pañito de damasco descolorido, escuchaba al crítico con sonrisa apagada.

Volviéndose a su esposa, que miraba intensamente al crítico con expresión airada en su fina carita, le dijo:

— ¿Qué te parece, querida mía?

—No me parece nada —respondió ella con su tono staccato de voz, todavía con algo de acento extranjero—. En tu estilo hay originalidad.

El crítico la miró, sonriéndole con deferencia, y no añadió ni una palabra más. Como todo el mundo, conocía la historia de aquella pareja.

La opinión del entendido en arte hizo mella en el ánimo de Jolyon; era contraria a toda su convicción, a todo lo que él pensaba que debía ser el arte; pero un instinto extraño y profundo le llevó a seguir aquellos consejos.

Una buena mañana descubrió que se le había ocurrido la idea de hacer una serie de acuarelas sobre Londres. Cómo le había venido la idea, no podría decirlo: y no fue sino hasta el año siguiente, en que había completado y vendido la serie a buen precio, cuando le vino a la cabeza el pensamiento de

que seguir los consejos del crítico era prueba tajante de su condición de Forsyte.

Comenzó por el Jardín Botánico, donde había hecho ya tantos estudios, y escogió el laguito artificial sobre el que caían de vez en vez ligeros chaparrones de hojas amarillas y rojizas otoñales, pues aunque los jardineros querían quitarlas todas, no llegaban allí con sus escobas. El resto de los jardines los barrían a conciencia, quitando todas las mañanas la lluvia de hojas que regalaba la Naturaleza, apilándolas en montones, de donde, en fuego lento, surgía el olor acre que, como el canto del cuco en su época, es el anuncio seguro de que otra estación viene. La manía de barrer de los jardineros quería contradecir la ley natural: no podía haber hojas por el suelo, los caminillos debían estar recortados, precisos en su línea, sin que las hojas que caían cubrieran la tierra de su gloria dorada. Y así, cada hoja que caía estaba condenada, desde que empezaba su vuelo, a la hoguera.

Pero en aquel laguito las hojas flotaban en paz, y con sus tonos suaves daban gracias al cielo por haberles deparado salvación.

Y allí las encontró el joven Jolyon.

Al llegar al sitio elegido una mañana a mediados de octubre, vio con horror que a veinte pasos de donde se ponía había un banco ocupado, pues horror era lo que le producía que alguien le viera trabajar.

Una mujer con una chaqueta de terciopelo estaba allí sentada, con los ojos fijos en el suelo. Un laurel florecido estaba, empero, entre ellos, y tras él, el joven Jolyon preparó su caballete.

Sus preparativos eran lentos; se agarraba, como todo artista verdadero, a todo lo que pudiera dilatar el comienzo de su trabajo, y se halló mirando furtivamente a aquella dama desconocida.

Había Jolyon heredado de su padre la capacidad de saber cuándo una cara era bonita. Y aquella mujer tenía una cara encantadora.

Observó una barbilla redonda reposando en unos lazos crema, un rostro delicado, con grandes ojos y tierna boca. Un sombrero negro le ocultaba el cabello; se reclinaba ligeramente contra el respaldo del banco y tenía las piernas cruzadas, asomando la punta del zapato de cuero por debajo de la falda. Había algo indeciblemente delicado en su figura; pero lo que más atraía la atención de Jolyon era el aspecto de su rostro, que le recordaba el de su mujer. Era como si su dueña hubiese entrado en colisión con fuerzas superiores a las que podía resistir. El verla le perturbaba, levantando en él vagos sentimientos de caballerosidad hacia ella. ¿Quién sería? ¿Y qué hacía allí ella sola?

Dos jóvenes de aquella raza peculiar de Regent Park, a la vez tímidos y atrevidos, se dirigían por allí al campo de tenis, y notó, con desaprobación, las miradas furtivas y admiradas que dirigieron a la mujer. Un jardinero de andar cansino se detuvo a hacer algo completamente innecesario en un montón de hierba: buscaba también poderla mirar. Un caballero, ya viejo, con sombrero que delataba al profesor de Horticultura, pasó tres veces para mirarla con todo detenimiento, con una expresión extraña en los labios.

Contra todos aquellos hombres sintió el joven Jolyon la misma vaga irritación. Ella no miró a ninguno, pero Jolyon estaba cierto de que todo el que pasara la miraría a ella de la misma manera.

Su cara no era la de una encantadora de almas, que con una simple mirada atraía a los hombres haciéndolos soñar en dádivas de placer; no tenía aquella «diabólica belleza» que tanto admiraban los Forsytes primitivos del país: tampoco pertenecía a la clase adorable de mujeres que se asocian inmediatamente con la caja de bombones; tampoco era de esas que expresan pasión espiritual, y que vemos tanto en la decoración y en la poesía moderna; ni tampoco parecía ofrecer al dramaturgo material para inspirar una heroína neurasténica, de esas que se suicidan al tercer acto.

Por forma y color, por el carácter suave y persuasivo, por su pureza, la cara de aquella mujer le recordaba a Jolyon el Amor celestial, de Tiziano, una reproducción del cual tenía él en el comedor de su casa. Y su atracción parecía radicar en aquella dulce pasividad, en la impresión que producía de que ante alguna ligera presión tenía que ceder y quebrantarse.

¿Qué o a quién esperaba allí en aquella mañana otoñal, en que las hojas caían de cuando en cuando de las ramas?

En un instante, su rostro encantador demostró ansia, y mirando alrededor, el joven Jolyon, casi con celos de enamorado, vio a Bosinney que se acercaba rápidamente.

Lleno de curiosidad, observó el encuentro, la mirada que apareció en los ojos de ambos, el largo apretón de manos que se dieron. Se sentaron muy juntos, unidos por un aire de discreción y secreto. Oía el rápido murmullo de su charla, pero no percibía lo que se decían.

¡Ya sabía Jolyon lo que era aquello! ¡Él también había remado en la galera! Conocía bien las largas horas de espera y los rápidos minutos de encuentro en sitios públicos, la tortura que sufre el amante no recompensado.

No hacía falta más que mirarlos una vez para darse cuenta de que aquello no era un amor pasajero, de esos que duran seis semanas, que son apetito repentino, que surgen con violencia y se apagan con rapidez. ¡Aquello era amor de verdad! Era lo mismísimo que había experimentado. De aquel amor

podía resultar cualquier cosa…

Bosinney estaba suplicando algo, mientras ella, tranquila, tierna, inmóvil, seguía sentada y mirando al suelo.

¿Sería aquél el hombre capaz de arrastrar a aquel ser, incapaz por sí misma de tomar ninguna decisión, que le había dado por completo su alma, que sería capaz de morir por él, pero que quizá jamás manchara su amor con la entrega física?

Al joven Jolyon le pareció oírle decir: «Pero eso sería tu ruina, vida mía». Pero quizá no le oyó, y sólo era que él sabía bien que toda mujer teme ser causa de daño para el hombre a quien ama.

Y no los miró más; pero su rápido hablar en voz baja llegaba a sus oídos con el tono del canto de un pájaro que en otoño tratara de recordar los días de primavera. ¿Felicidad, tragedia? ¿Qué, qué?

Y, gradualmente, su charla fue cesando; y un largo silencio siguió.

—Y ¿qué pinta aquí Soames? —pensó Jolyon—. La gente creerá que a ella le preocupa el pecado de engañar a su marido. ¡Poco sabe el mundo del corazón de las mujeres! Ella, tras el hombre, está comiendo tras la hambruna…, vengándose. Y que el cielo la ayude, pues él… ya recibirá lo suyo.

Oyó el crujir de la seda y, mirando al otro lado del laurel, los vio marchar con las manos furtivamente enlazadas…

A finales de julio, el viejo Jolyon había llevado a su nieta a las montañas: y en esta visita (la última que les había de hacer) la nieta había recuperado mucho de su salud y viveza de espíritu. En los hoteles, llenos de Forsytes británicos, pues el viejo Jolyon no podía soportar a los alemanes —nombre con que designaba a todos los extranjeros—, la chica era considerada y atendida con los máximos respetos, como correspondía a la única nieta de un caballero tan agradable y evidentemente tan rico como era el señor Forsyte. No alternaba ella libremente con la gente, pues no era ésa su costumbre, sino que se limitó a unas pocas amistades, y particularmente a la de una muchacha francesa que moría de tisis.

Decidiendo irrevocablemente que su amiga no había de morir, olvidó, en su lucha contra las Parcas, mucho de su propio dolor.

El viejo Jolyon observaba aquella amistad nueva con descanso y desagrado a la vez, pues esta última prueba de que la vida de su nieta había de consumirse entre «gente desgraciada» le hacía daño. ¿Es que no se interesaría nunca por nada ni nadie que le pudiera reportar algún provecho?

—Mírala siempre enredada con una pandilla de extranjeros —se decía el

abuelo.

Sin embargo, de vez en vez compraba un hermoso racimo de uvas o unas rosas y se las regalaba a la enfermita, con una sonrisa cordial.

A fines de septiembre, a pesar de la decisión de June, mademoiselle Vigor exhaló su último suspiro en el hotelito de St. Luc, adonde la habían llevado; y June sintió tan profundamente la derrota que le infligió la Enemiga, que, por distraerla, el viejo Jolyon se la llevó a París. Allí, contemplando la Venus de Milo y la rue Madeleine, se libró de su depresión, y cuando, hacia mediados de octubre, regresaron a casa, el abuelo creía que su nieta se había curado de sus penas.

Pero tan pronto como volvieron a instalarse en Stanhope Gate, se dio cuenta con dolor de que la muchacha volvía a su ensimismamiento y tristeza. Solía sentarse y quedar con la mirada perdida y la cara en la mano, como un pequeño espíritu nórdico, con gesto amargo preocupado, resaltando de aquel mobiliario de Baple y Pullbred, iluminado por la luz eléctrica, que se acababa de instalar. Y en el enorme espejo de marco dorado en que se reflejaban, indiferentes, aquellas figurillas de porcelana de Dresde que había comprado el viejo Jolyon de soltero, que representaban caballeros con pantalones abotonados a media pierna contemplando a sus damas en cuyos regazos yacía un corderillo, y que eran tan admirados en aquellos días de gusto averiado. Él era un hombre de gran amplitud de ideas, que había evolucionado con los tiempos más que ningún Forsyte, pero que no podía olvidar que había comprado aquellos grupos escultóricos en Jobson y que había pagado mucho dinero por ellos. Muchas veces le decía a June con desilusión:

— ¡Tú no les haces caso! No son tonterías de esas que a los jóvenes de ahora os gustan, que me han costado mis buenas setenta libras… —y no consentía que su gusto fuera tenido en poco cuando tenía buenas razones para saber que era bueno.

Una de las primeras cosas que hizo June al regresar fue ir a casa de Timoteo. Se convenció a sí misma de que tenía el deber de ir por allí para entretenerle un poco con la narración de sus viajes; pero, en realidad, fue porque sabía que era el sitio donde podía oír alguna noticia de Bosinney.

La recibieron con la máxima cordialidad:

— ¿Cómo está el abuelito? No ha venido por aquí desde mayo último. El tío Timoteo está, el pobre, muy mal. Y se había puesto peor por culpa del limpiachimeneas, que había dejado todo el hollín en la de su cuarto…

Fue muy larga la visita de June. La pobre quería a todo evento, aunque lo temía, que le hablasen de Bosinney.

Mas paralizada por una inexplicable discreción, la señora de Septimus Small no soltaba prenda, ni preguntó a June por él. Desesperada, la muchacha se decidió a preguntar si Irene y Soames habían salido de veraneo… No sabía nada de la familia, pues aquélla era la primera visita que hacía…

Fue la tía Ester quien le contestó. Sí, estaban en Londres; no habían salido, no… Había oído que tenían algunas dificultades con el asunto de su casa nueva. ¿No sabía ella nada? La tía Julita podría decirle…

June se volvió a la señora Small, que estaba sentada muy derecha en su silla, haciendo pucheros. En respuesta a la mirada de su sobrina, mantuvo silencio, y cuando habló fue para preguntar a June si había dormido con calcetines de lana en aquellos hoteles tan fríos donde había estado…

June contestó que no, y se fue.

El silencio de la señora Small era más intolerable que cualquier mala noticia que hubiera podido darle.

Pero antes de media hora sabía toda la verdad de labios de la señora de Baynes. Supo que Soames había llevado a Bosinney a los tribunales, con motivo de la decoración de la casa.

En vez de excitarla, la noticia tuvo para ella un extraño efecto sedante, como si en la lucha que se avecinaba hubiera una nueva esperanza para ella. Supo que el caso se vería dentro de un mes aproximadamente y que había pocas esperanzas de que Bosinney saliese triunfante.

—Y entonces no sé lo que va a hacer —explicó la señora Baynes—. Va a ser terrible para él, pues ya sabe usted que no tiene dinero… Está lo que se dice muy mal… Y nosotros no podemos ayudarle. Y me dicen que los prestamistas no dan nada si no se les ofrece una buena garantía, y él no tiene ninguna, lo que se dice ninguna…

Su en bon point había aumentado últimamente; estaba lanzada plenamente a su organización de otoño, con la mesa literalmente cubierta de menús y de invitaciones para funciones de caridad. Miró significativamente a June con sus ojos de verde loro.

El rubor instantáneo que cubrió la cara de la muchacha no lo olvidaría en muchos años la ilustrísima señora de Baynes (ilustrísima porque a Baynes le habían hecho caballero en recompensa de la construcción de aquel museo que había hecho y que sirvió para colocar a tantos burócratas, en contraste con la poquísima satisfacción de las clases trabajadoras, para las que había sido construido).

El recuerdo de aquel cambio de expresión de la cara de June, vivido y conmovedor como el abrirse de una flor o como el primer rayo de sol tras

largo invierno; el recuerdo también de lo que después vino se presentaba después, inoportuno, a la ilustrísima señora de Baynes, cuando su mente estaba ocupada con los más importantes problemas de organización.

Fue la misma tarde que el joven Jolyon presenció el encuentro del Botánico cuando el viejo Jolyon visitó a sus procuradores Forsyte, Bustard y Forsyte. Soames no estaba; Bustard estaba enterrado literalmente en papeles en aquel despacho suyo, convenientemente aislado de toda molestia, para que pudiera trabajar lo más posible; pero James sí que estaba, chupándose el dedo en su oficina, entreteniéndose en considerar tristemente el asunto de Forsyte contra Bosinney. Y la tristeza le venía, no por el temor de que su hijo perdiera, sino por el de que Bosinney no pudiera pagar y su hijo se quedara sin recobrar su dinero y teniendo además que correr con las costas. Además, tras este temor estaba siempre el pánico que le producía el verdadero motivo del juicio, el fondo escandaloso del que el juicio no era sino mera forma o símbolo exterior.

Levantó la cabeza cuando entró el viejo Jolyon, murmurando:

— ¿Cómo estás, Jolyon? Hacía un siglo que no nos veíamos. Ya me han dicho que has estado en Suiza. Este Bosinney se ha metido en un lío gordo. Ya sabía yo que acabaríamos así —y le tendió a su hermano los documentos del juicio.

El viejo Jolyon los leyó en silencio; mientras tanto, James miraba al suelo y se mordía las uñas.

Dejó Jolyon los papeles por fin y cayeron sobre el certificado de defunción de Bucomber, uno de los muchos documentos, mera hoja de aquel frondoso árbol judicial llamado Fryer contra Forsyte.

—Pues yo no sé lo que anda buscando Soames. No comprendo por qué tanta matraca por unas pocas libras. Creía yo que era un hombre bien acomodado.

El labio superior de James tembló de cólera; no podía soportar que se atacase a su hijo en semejante punto.

—No se trata del dinero… —comenzó a decir; pero viendo la mirada dura y fija de su hermano, calló.

Se hizo un silencio difícil.

—He venido a buscar mi testamento —dijo por fin el viejo Jolyon, tirándose del bigote.

La curiosidad de James se excitó al momento. Quizá, la cosa más interesante en la vida, para él, era un testamento; era el testamento el supremo contacto con la propiedad, el inventario final de la valía de un hombre, la última palabra, la calificación inapelable de su rendimiento en la vida. Tocó la

campanilla.

—Traiga inmediatamente el testamento del señor Forsyte —dijo al empleado que con toda diligencia se presentó.

Y después, dirigiéndose al viejo Jolyon:

— ¿Vas a hacer alguna modificación? —y por su mente pasó, como un relámpago, la idea de que tal vez fuera su hermano más rico que él.

El viejo Jolyon se metió el documento en el bolsillo interior de la chaqueta, y James cruzó la pierna desolado.

—Me han dicho que últimamente has hecho algunas compritas muy buenas, ¿eh?

—No sé de dónde sacarás tus informes —respondió el viejo Jolyon desabridamente—. ¿Cuándo va a ser eso? ¿El mes que viene? No sé qué tendréis metido en la cabeza. Claro que es cosa vuestra; pero si me hicierais caso, arreglaríais el asunto al margen de los tribunales. ¡Adiós! —y, tras un apretón de manos muy frío, se marchó.

James volvió a chuparse el dedo.

El viejo Jolyon se fue con su testamento a las oficinas de la Nueva Compañía Carbonera y se sentó en la mesa de la Dirección a leerlo de cabo a rabo. Respondió con un «¡Maldita sea!» a Hemmings cuando éste, muy diligente, se le acercó a mostrarle el primer informe del nuevo superintendente, y el secretario se retiró muy herido en su dignidad; para curarse la herida, llamó al primer oficial y le dijo tantas cosas que el pobre joven no sabía dónde meterse.

No era propio, por todos los demonios, que un jovenzuelo como él (¡maldita sea!) entrase en aquella oficina creyéndose que era un dios. Él (¡maldita sea!) había sido jefe de aquella oficina durante muchos años y le informaba que si creía que podía estar todo el día sentado sin hacer nada, estaba equivocado, y que él, Hemmings (¡maldita sea!), se lo haría comprender, y etcétera, etcétera.

Al otro lado de la puerta de bayeta verde, sentado a la gran mesa de caoba y hule, con los lentes cabalgando sobre la nariz, el viejo Jolyon leía su testamento, siguiendo con su lápiz de oro los renglones de las cláusulas.

Era un testamento claro y conciso, pues no contenía ninguno de esos pequeños legados tan molestos, ni donativos, ni caridades que ejecutar sus albaceas, que además parece que quitan grandeza a los bienes del difunto y hasta hacen que las esquelas de los periódicos sean más modestas. Concretamente, un legado de veinte mil a su hijo, y «el resto de mis propiedades de todas clases, en efectivo o en valores a realizar o que

participen simultáneamente de ambas naturalezas, en usufructo, a percibir en renta o intereses, en dividendos anuales, los dejo a mi antedicha nieta June Forsyte, con carácter vitalicio y para su solo beneficio…, y tras su muerte o desaparición, los mismos antedichos bienes pasarán en usufructo a la persona o personas que legalmente sean herederos suyos, establecido el carácter de tal mediante su testamento o acto de última voluntad análogo debidamente suscrito por la antedicha June Forsyte. Y de no haberlo… Siempre que…», y así en siete folios de breve y sencilla redacción.

El testamento habíalo hecho James en sus buenos días, cuando su hermano Jolyon podía confiar en sus dotes de abogado y no había dejado imprevista ninguna contingencia.

El viejo Jolyon pasó un buen rato leyendo el documento; al fin tomó una hoja de papel y escribió a lápiz una larga nota. Después se lo guardó todo, hizo llamar un coche y se dirigió a las oficinas de Paramor y Herring, en Lincoln's Inn Fields. Jack Herring había muerto, pero su sobrino le había sustituido, y el viejo Jolyon se encerró con él durante media hora.

El coche le esperaba, y al salir montó de nuevo y dio al cochero las señas de Avenida Wistaria, 3.

Notaba una extraña y notable satisfacción, como si se hubiera apuntado una victoria sobre James y el hombre bien acomodado. Ya no meterían la nariz en sus asuntos; acababa de cancelar su comisión de albaceas testamentarios; les quitaría por completo el asunto de las manos, poniéndolo todo en manos del joven Herring, y destituiría a Soames del cargo de abogado de sus compañías. Si era de verdad un hombre bien acomodado, no le importaría perderse mil libritas al año. Bajo el bigote del viejo se extendió, maliciosa, una sonrisa. Pensaba que estaba procediendo en estricta justicia, ampliamente merecida.

Lenta, firmemente, con el proceso despacioso y seguro de corrosión que abate el más robusto árbol, el veneno de las lesiones a su felicidad, su voluntad y su orgullo, había corroído el bello edificio de su filosofía. La vida le había fracasado en un flanco, hasta que, como la familia de que era cabeza, había perdido el equilibrio.

La idea de su nueva disposición testamentaria le parecía un golpe punitivo asestado contra aquella familia y aquella sociedad de las que James y su hijo le parecían los auténticos representantes. Había hecho una restitución al joven Jolyon, y esta restitución satisfacía su deseo de venganza…, venganza contra el tiempo, contra el dolor, contra la interferencia entre él y su hijo, contra la inmensurable montaña de desaprobación que el mundo, durante quince años, había hecho soportar a Jo. Le parecía que había hecho lo único que podía recompensarle a él de la desviación de su voluntad de amor por su único hijo.

Obligaba a James, a Soames, a la familia, a la enorme masa de Forsytes que en el mundo había, a reconocer que él hacía su voluntad, que él era el amo. Y era dulcísimo pensar que al fin iba a hacer a Jo mucho más rico que Soames, que el hijo de James, el hombre bien acomodado. Y era dulcísimo dar su dinero a Jo…

Ni el joven Jolyon ni su mujer estaban en casa (Jolyon no había regresado del Jardín Botánico); pero la muchacha le informó que el señor regresaría pronto:

—Siempre viene a la hora de merendar a jugar con los niños, señor.

El viejo Jolyon dijo que esperaría, y se sentó, paciente, en el descolorido y marchito salón, donde ahora que habían quitado las cretonas del verano se mostraba claramente la vejez y deterioro de los muebles sin fundas. Deseaba hacer venir a los niños, tenerlos a su lado, sentados en sus piernas, oír el «¡Hola, abuelito!», de Jolly, y sentir la caricia de la manita de Holly en las mejillas. Pero no los llamaría. Lo que había venido a hacer requería solemnidad, y hasta no haberlo hecho no jugaría con sus nietos. Le divertía pensar cómo de dos plumazos iba a restablecer el aire de casta, tan por completo ausente en aquella casita; cómo llenaría las habitaciones o las de otra casa mejor con maravillas artísticas de Baple y Pullbred; cómo podría mandar al pequeño Jolly a Harrow y Oxford (ya no creía en Eton y Cambridge, pues su hijo había estado allí); cómo podría procurar a la pequeña Holly la mejor educación musical, para la que la niña mostraba ya una notable aptitud.

Y todos estos proyectos cobraban realidad ante su imaginación y hacían que su alma se sintiera henchida de dulzura. Se levantó y se acercó a la ventana, mirando al jardinillo, donde el peral, sin hojas antes de tiempo, estaba con sus ruinosas ramas apuñalando la niebla de la tarde otoñal. El perro Baltasar, con la cola apretada en estrecha espiral contra el lomo, se paseaba oliendo las plantas.

Y el viejo reflexionaba.

¿Qué placer le quedaba en la vida que no fuera el de dar? Era agradable dar cuando se encontraba con alguien que agradecía la dádiva…, alguien de la propia sangre. No había satisfacción en dar a los que no eran de uno. Dádivas así supondrían traiciones a las concepciones personales que le habían guiado en la vida a todo su esfuerzo, a todo su trabajo, a su moderación mantenida años y años, al hecho grandioso de que, como cientos y miles de Forsytes anteriores a él, como cientos y miles de Forsytes que le sucederían, él se lo había hecho todo en la vida.

Y mientras estaba allí, mirando al jardín, observando al perro, todo el sufrimiento de aquellos quince años se mezclaba a la dulzura presentida del

momento que se acercaba.

El joven Jolyon vino por fin, satisfecho de su trabajo, fortalecido por las horas de estancia al aire libre. Al oír que su padre estaba en el salón, preguntó apresuradamente si la señora estaba en casa, y al saber que no, lanzó un suspiro de alivio. Dejando sus útiles de pintura, fue a ver a su padre.

Con su decisión característica, el viejo Jolyon fue inmediatamente a lo que le interesaba:

—He arreglado mi testamento, Jo. Puedes ya vivir con algún mayor desahogo que antes. June tendrá cincuenta mil a mi muerte; tú, el resto. El perro ese está estropeando el jardín. Yo que tú, lo echaría.

El perro Baltasar, sentado, estaba mirándose atentamente la cola.

Jo miró al perro, pero lo vio muy borrosamente, pues tenía los ojos húmedos.

—Lo tuyo no será menos de cien mil, hijo mío —dijo el viejo—. Creo que debes saberlo. Ya no creo que pueda vivir mucho, con los años que tengo. No volveremos a hablar del asunto. ¿Cómo está tu mujer? Dale un beso de mi parte.

El joven Jolynn puso una mano en el hombro de su padre, y como ninguno de ellos dijo nada, el episodio concluyó.

Tras de dejar a su padre en un coche, Jolyon volvió al salón y quedó en pie donde el viejo había estado y se puso también a mirar al jardín. Trataba de darse cuenta de todo lo que representaba para él lo que había oído, y como Forsyte que era, un panorama de propiedades se abrió ante sus ojos; los años de medias raciones que había pasado no habían destruido su natural instinto. Con criterio extremadamente práctico pensó en viajes, en los vestidos de su mujer, en la educación de sus hijos, en comprar una jaquita para Jolly, en mil cosas… Pero además de todo eso, pensó en Bosinney y en su amada, y en la canción de los tordos en el Botánico. ¿Alegría, tragedia? ¿Qué, qué?

El viejo ayer…, el doloroso, punzante, apasionado, maravilloso ayer, que ningún dinero podría pagar, que con nada podría restaurar en su dulzura quemante, se presentó ante él.

Cuando volvió su mujer, se fue derecho hacia ella y la estrechó entre los brazos, y por mucho tiempo, allí estuvo sin hablar, apretándola contra su corazón, mientras ella le miraba con extrañeza, con amor…

IV

Viaje al infierno

La mañana que siguió a cierta noche en que Soames, por fin, restableció sus derechos y actuó como un hombre, se desayunó solo. Se desayunó a la luz del gas, pues la niebla de últimos de noviembre, que envolvía la ciudad como un sudario monstruoso, no dejaba ni ver los árboles de la plaza desde las ventanas del comedor.

Comió firmemente; pero no podía, de cuando en cuando, evitar la sensación de que tenía un nudo en la garganta que no le dejaba pasar bocado. ¿Había procedido bien la noche anterior, al dejarse vencer por su deseo y romper la resistencia que había estado soportando durante tanto tiempo en la que era su mujer ante la ley y ante la sociedad?

Le perseguía el recuerdo de su cara, de la que para calmarla había tratado de separar las manos; le perseguía el recuerdo de sus sollozos angustiados, como no hubiera oído nunca sollozar a nadie; y le perseguía el raro, intolerable sentimiento de vergüenza y remordimiento que había sentido al contemplarla, a la luz de la única bujía que estaba encendida, antes de desvanecerse silenciosamente.

Y por algo, ahora que había actuado como lo había hecho, estaba sorprendido de sí mismo.

Dos noches antes, en casa de Winifred Dartie, había dado el brazo a la señora Mac Ander hasta el comedor. Ella le había dicho, mirándole a la cara con sus ojos insolentes:

—De modo que su mujer es muy amiga del señor Bosinney, ¿verdad?

No le preguntó qué quería decir, pero desde aquel instante no había podido olvidar sus palabras.

Habían despertado en él los más fieros celos, que con la particular perversión de su instinto, se habrían transformado en un deseo más fiero todavía.

Sin el incentivo de las palabras de la señora Mac Ander, nunca hubiera hecho lo que hizo Sin ese incentivo y sin encontrar por primera vez abierta la puerta del cuarto de su mujer, no hubiera entrado nunca, aprovechando que estaba dormida.

Con el sueño habían desaparecido sus pensamientos; pero a la mañana siguiente se le habían presentado de nuevo. Sólo una cosa le tranquilizaba: nadie lo sabría; no era cosa que ella pudiera contar a nadie.

Y al empezar a marchar el tren de su rutina diaria, que tan imperiosamente

necesitaba el lubricante de una mente clara y serena, desaparecieron un tanto sus preocupaciones. El incidente no era en realidad demasiado grave; las mujeres, en los libros, en las novelas, dan a eso una importancia exagerada y absurda, pero los hombres, los hombres de sano juicio, de esos que reciben alabanza en el Tribunal de Divorcios, le darían la razón a él, le asegurarían que no había hecho sino lo necesario para mantener la limpieza de su hogar, para evitar que un buen día se marchara con Bosinney… No, no se arrepentía. Y ahora que se había dado el primer paso hacia la reconciliación, lo demás sería relativamente…, relativamente…

Se levantó y fue a la ventana. Tenía los nervios alterados. El sonido de aquel sollozo se le había metido en el cerebro. No podía desprenderse de él.

Se puso su abrigo de pieles y salió a la niebla; teniendo que ir a la City, tomó el Metro en la estación de Sloane Square.

En su rincón del departamento de primera clase, lleno de hombres de la City, los sollozos de Irene seguían martilleándole los oídos; abrió el Times, deleitándose con el rudo crujir del periódico, que ahoga todo otro ruido, y protegido tras él, se puso a leer con firmeza las noticias.

Leyó que el día anterior se habían señalado más causas delictivas para el siguiente que de costumbre; tres asesinatos, cinco casos de lesiones graves, siete incendios intencionados y ¡once casos de abusos deshonestos!, a más de otros delitos de menor gravedad. Y de hoja en hoja, seguía leyendo con el periódico bien cerca de la cara.

Mas, a pesar de la lectura, en su imaginación estaba presente la cara bañada en lágrimas de Irene, y en su recuerdo persistían sus sollozos.

Tuvo un día muy ocupado, pues a más de los asuntos ordinarios de su clientela, hubo de hacer una visita a sus agentes de Bolsa señores Grin y Grinning, para darles instrucciones de vender sus acciones de la Nueva Compañía Carbonera, cuya actividad de negocios sospechaba más bien que sabía, se estaba paralizando (la empresa declinó después lentamente, hasta que hubo de ser vendida por nada a un Sindicato americano); hubo también de tener una larga conferencia en el bufete de Waterbuck, consejero real, a la que asistieron Boulter, Fiske y el mismo Waterbuck.

El caso Forsyte contra Bosinney era esperado se viera inmediatamente ante el juez Bentham.

El juez Bentham, hombre de buen sentido, más que teórico, del Derecho, se consideraba como el mejor que hubiera podido deparar la suerte a Soames. Era un juez «duro».

Waterbuck prestó a Soames mucha atención, pues el instinto le decía que

era hombre bien acomodado.

Con notable persistencia mantuvo el punto de vista que ya había expresado por escrito, de que el éxito se conseguiría si iba bien la prueba testifical, y con unas bien dirigidas insinuaciones aconsejó a Soames que no fuera demasiado escrupuloso en su declaración.

—Un poquitín de embrollo, señor Forsyte, un poquitín de embrollo —le dijo, y tras hablar así, rio sonoramente, cerró la boca con fuerza y se rascó la cabeza, dejando traslucir al campesino-señor que le gustaba que la gente le creyera.

Soames volvió a tomar el Metro para ir a su casa.

La niebla era más fuerte que nunca en la estación de Sloane. Entre el ambiente denso e inmóvil hombres y mujeres buscaban afanosos sus caminos tapándose bien la boca. Los coches, coronados por la sombra fantástica de sus cocheros, dejaban junto al encintado a sus ocupantes, que saltaban como un conejo al surco.

Y cada persona, envuelta en su sudario de niebla, ni se fijaba en las demás.

Un hombre, no lejos de Soames, parado, estaba esperando a alguien o algo a la entrada del Metro.

Algún enamorado, un pirata cualquiera…, pensó todo Forsyte transeúnte, que por acaso le veía. Y el corazón forsyteano palpitaba algo más de prisa por causa de aquel pobre infeliz que esperaba bajo la niebla, y se apresuraban, sabiendo que ellos no tenían tiempo ni dinero para ningún ser que sufriera como no fueran ellos mismos.

Sólo un guardia, que patrullaba lentamente por intervalos fijos, sintió interés por aquel solitario, el ala de cuyo sombrero no ocultaba del todo su cara enrojecida por el frío, cara flaca y macilenta, por la que pasaba de vez en vez una mano que quería disipar la ansiedad que reflejaba o quizá renovar la resolución de mantenerse a la espera hasta que llegara la amada. Pero el paciente enamorado —si era un enamorado en fin de cuentas— estaba acostumbrado al escrutinio de los guardias o demasiado absorto en su ansiedad para notar la observación de que era objeto. Un caso de pertinacia; un ser acostumbrado a plantones, a esperar contra esperanza, a la niebla, al frío, a lo que fuera necesario para ver a la dueña de su corazón. ¡Ser completamente ridículo! Las nieblas duran hasta la primavera; también hay lluvias y nieve, malestar en todas partes; también miedo a que ella salga; miedo a que no salga…

— ¡Que se fastidie y aprenda a vivir!

Así pensaba cualquier Forsyte respetable. Sin embargo, si el respetable

Forsyte hubiera escuchado los pálpitos del entristecido corazón, hubiera pensado: «¡Pobrecillo! Está pasando un mal rato…».

Soames entró en un coche y siguió, con el cristal echado, por Sloane y Brompton, hasta casa. Llegó a las cinco.

Su mujer no estaba. Había salido hacía un cuarto de hora. ¿Adónde iría a aquellas horas y con aquella niebla? ¿Qué significaba eso?

Se sentó junto al fuego del comedor, con la puerta abierta, el corazón conturbado, tratando de leer el periódico de la tarde. Un libro no le hubiera servido para nada; sólo en los periódicos se encuentra panacea para dolores como el suyo. De los sucesos anodinos registrados en el periódico obtuvo alguna satisfacción: «Suicidio de una actriz». «Grave indisposición de un hombre público» (aquel hombre público crónicamente enfermo). «Divorcio de un oficial del Ejército». «Fuego en una carbonería», los leyó todos y le ayudaron algo, pues era la mejor medicina recetada por el mejor de los médicos: nuestro gusto por determinadas cosas.

Eran casi las siete cuando la oyó entrar.

El incidente de la noche anterior había ya perdido por completo su importancia a causa de la ansiedad de la extraña salida de su mujer a hora tan extemporánea. Pero ahora que Irene estaba de nuevo en casa, el recuerdo de su dolor y de sus sollozos le volvió de nuevo, y le puso nervioso la idea de enfrentarse con ella.

Ya subía la escalera; su abrigo de piel gris le llegaba hasta las rodillas y el alto cuello le ocultaba casi el rostro; llevaba un espeso velo.

Ni se volvió a mirarle ni le habló. Un fantasma no hubiera pasado en mayor silencio.

Bilson puso la mesa y le dijo que la señora cenaría en su habitación. Por una vez Soames no se cambió de ropa. Era quizá la primera vez en su vida que se había sentado a cenar con los puños sucios. Mandó a Bilson que encendiera fuego en el cuarto de los cuadros, y muy pronto se fue allí.

Encendiendo el gas, exhaló un profundo suspiro, como si entre aquellas obras de arte hubiera encontrado, por fin, reposo. Se dirigió inmediatamente a su mayor tesoro; un Turner auténtico, y poniéndolo en el caballete que tenía, lo situó bien frente a la luz. Habían subido de precio los Turners, pero no se había decidido a venderlo. Quedó en pie un buen rato, con la cara pálida y bien afeitada inclinada sobre el cuello de la camisa, mirando al cuadro como si estuviera haciendo una suma; quizá le pareció que no salía mucho. Lo quitó del caballete y lo dejó contra la pared; pero al dejarlo cuidadosamente, le pareció que oía sollozos.

No era nada…; era lo que le había estado sucediendo toda la mañana. Y pronto se deslizó escaleras abajo.

«¡Día terminado!», pensó. Pero pasó mucho tiempo antes que se pudiera dormir.

Y ahora tenemos que dirigir nuestra atención a Jorge Forsyte para enterarnos de lo que pasó en aquella tarde de niebla.

El más agudo y listo de todos los Forsytes había pasado el día leyendo una novela en la casa paternal de los Jardines de la Princesa. A consecuencia de una crisis en su economía, se había visto obligado a residir «en casa».

Hacia las cinco salió, y tomó el tren hacia la estación de South Kensington (pues todo el mundo iba en el Metro en días así). Su intención era cenar y pasar la velada jugando al billar en el Red Pottle, el sitio mejor de los mejores: ni club ni hotel ni restaurante.

Salió en Charing Cross, escogiendo así un camino más iluminado hacia su objetivo, en vez del más acostumbrado de St. James Park.

En el andén, sus ojos —pues además de muy interesantes eran de muy aguda visión— se vieron atraídos por un hombre que, apeándose de un coche de primera clase, trotaba más que andaba hacia la salida.

— ¡Hombre! ¡Si es el Pirata! —se dio cuenta Jorge.

Y se puso a seguirle; no había nada que le divirtiera tanto como un borracho.

Bosinney, que llevaba sombrero blando, se paró de repente, y trató de volver al coche que había dejado. Pero era demasiado tarde; un empleado le sujetó, pues el tren empezaba ya a andar.

La rápida vista de Jorge captó la imagen de una cara de mujer vestida con un abrigo de piel gris en la ventanilla del vagón. Era la mujer de Soames. Y a Jorge le pareció la cosa interesante.

Entonces siguió a Bosinney más de cerca que antes, por la escalera, ante la taquilla de entregar los billetes, por la calle. En aquella persecución, sus sentimientos iban experimentando un cambio: ya no le divertía el presunto borracho; sentía lástima y compasión por él. El Pirata no estaba bebido, pero parecía bajo los efectos de una grande y dolorosa emoción. Hablaba solo, y Jorge pudo oírle decir: «¡Ay, Dios mío!». Parecía no darse cuenta de lo que hacía ni de donde pisaba, sino que miraba, se paraba y andaba como un alucinado. Y de bromista en busca de diversión, Jorge se convirtió en un ser convencido de que debía hacer algo por aquel pobre hombre.

Se había quedado hecho polvo, lo que se dice hecho polvo… Y Jorge se

preguntaba qué le podía haber dicho la mujer de Soames en el Metro, que le había puesto así. Ella también parecía estar hecha polvo, y le dio pena el pensar que en tal estado viajaba en el Metro sola.

Siguió a Bosinney pisándole los talones, que con su alta estatura, andando lentamente, descuidadamente, parecía la imagen del dolor. Se le perdía Bosinney en la niebla, pero Jorge no se engañaba y podía seguirle, pues a más de su instinto compasivo se había despertado en él el instinto de la persecución y la caza.

Bosinney se lanzó a atravesar una calle entre una densidad de niebla enorme, donde no se veía un palmo delante y donde el ruido de voces, pitos y bocinas contribuía más todavía a desorientar. De vez en cuando, una sombra misteriosa se lanzaba sobre el transeúnte, y de vez en cuando una luz inmediata daba la sensación al viandante de hallarse en una islilla rodeada por un mar de oscuridad.

Rápidamente iba atravesando Bosinney este mar proceloso de la noche, y rápidamente iba Jorge tras él. Si el pobre diablo intentaba meterse debajo de un autobús, ya lo evitaría. Al otro lado de la calle continuaron, perseguido y perseguidor, andando sin vacilar, sin tender las manos hacia adelante como los demás hacían. Y esta persecución iba teniendo para Jorge fascinadores encantos.

Llegó un momento en que comprendió que se acordaría toda su vida de la persecución aquella. Bosinney dijo algo, y Jorge comprendió. Ya no fueron para él un misterio las palabras que Irene le había dicho en el Metro al arquitecto: que Soames había ejercido en ella sus derechos de esposo sobre una mujer indignada y rechazante; el acto más grande, el acto supremo de la propiedad.

Su fantasía le llevó al campo de la situación, y le impresionó; adivinó algo de la angustia y el horror que llenaban el corazón de Bosinney. Y pensó que era un trago amargo, y no le extrañó que el pobre se sitiera enloquecido.

Bosinney se dejó caer en un banco de los situados bajo uno de los leones de Trafalgar Square, monstruosa esfinge, como ellos perdida en la oscuridad. Allí quedó Bosinney abatido, deshecho, y Jorge, en cuya paciencia había un toque de sentimiento fraternal por él, quedó detrás y en pie. No le faltaba cierta delicadeza —un sentido de las formas sociales— que le impedía meterse en aquella tragedia a la que era extraño por completo. Y esperó inmóvil, con el cuello subido y la cara tapada, sin dejar al descubierto más que los ojos, con su mirada a la vez sardónica y compasiva. Y los hombres pasaban, dirigiéndose desde sus negocios a sus clubs; hombres que, envueltos en mantos de niebla, aparecían y desaparecían como espectros. Y hasta en su gran compasión por Bosinney, no perdía Jorge su humor burlón, que le hacía sentir deseos de decir

a los que pasaban:

— ¡Eh, espectros! ¿Habéis visto algo tan divertido como esto? ¡Mirad un pobre hombre destrozado porque su amiga le ha contado una historia acerca de su marido!

Y en imaginación, los veía boquiabiertos alrededor del torturado amante; y se sonreía como si pensase en algún espectro recién casado y respetable, capaz, por el estado de sus sentimientos, de captar una insinuación de lo que pasaba en el alma de Bosinney; se imaginaba ver su boca tan abierta, tan abierta, que la niebla le entraba por ella. Pues en Jorge se almacenaba todo el desprecio por la clase media —particularmente por la clase media recién casada— natural en los brillantes y distinguidos espíritus de quienes pertenecían a su situación social.

Pero empezaba ya a cansarse. Darse un plantón no era lo más agradable.

«Ya reaccionará este pobre sujeto —pensaba—. No será ni el primero ni el último a quien suceda una cosa así en esta pequeña ciudad».

Pero Bosinney comenzaba a murmurar palabras de odio y desesperación. Y siguiendo un impulso repentino, Jorge le puso la mano en el hombro.

Bosinney se volvió rápidamente.

— ¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

Jorge hubiera hecho frente a la situación con toda desenvoltura si hubiera sido de día; pero a aquellas horas y con aquella niebla sintió pensamientos extraños. Le miró a los ojos y le pareció hallarse frente a un loco.

«Si veo un guardia, lo llamo. Este tío no debe de andar por ahí suelto», pensó.

Sin esperar respuesta, Bosinney echó de nuevo a andar entre la niebla, y Jorge le siguió, manteniéndose quizá a una distancia más prudente.

—No puede seguir andando de este modo. Si no ha sido ya atropellado, se debe a un milagro de Dios.

Y no pensó ya en llamar a un guardia. Hay cosas que un caballero está obligado a hacer por sí mismo.

Bosinney comenzó a andar con más rapidez que nunca. Pero en su locura, Jorge percibió cierto método: se dirigía claramente hacia el Oeste.

«¡Éste va por Soames!», pensó Jorge. La idea era interesante. Sería un bonito remate de la larga persecución entre la bruma. Siempre había sentido disgusto por su primo.

Un coche que pasaba le rozó el hombro y tuvo que dar un salto hacia atrás.

No quería que por el Pirata ni por nadie le matasen a él. Sin embargo, con la tenacidad de su raza siguió tras el hombre que se perdía entre aquellos vapores que lo borraban todo, excepto la sombra perseguida y la luz de los faroles cuando estaban muy cerca.

Repentinamente, con el instinto de un trotacalles, Jorge se dio cuenta de hallarse en Piccadilly. Allí podría orientarse con los ojos vendados; y libre del esfuerzo de la incertidumbre por donde se hallara, su mente se concentró en el problema de Bosinney.

Y recordó algo que le había sucedido a él mismo. El recuerdo, todavía doloroso, le trajo el olor de heno, el resplandor de la luna, todo un verano maravilloso de su juventud. Pero en aquel verano, entre las sombras oscuras de una noche, oyó de los labios de una mujer que él no era el único… Y por un momento, Jorge no anduvo por Piccadilly, sino que estuvo tumbado sobre la hierba, bajo el árbol que ocultaba la luna, reviviendo la amargura de su corazón como la sintiera entonces, con la cara escondida entre la hierba.

Le acosó un deseo vehemente de acercarse a Bosinney, cogerle del brazo y decirle: «Vamos pobre amigo. El tiempo lo cura todo. Vamos a tomarnos una copa juntos…». Pero un coche que le pasó muy cerca le despertó de su ensueño. Entonces se dio cuenta de que había perdido a Bosinney. Corrió hacia adelante y hacia atrás, sintiendo el corazón apretado por el miedo, el negro miedo que vive en las alas de la niebla… Tenía la frente cubierta de sudor. Se paró, escuchando con toda atención.

—Pero —confiaba a Dartie aquella misma noche, mientras jugaban al billar en el Red Pottle—, le había perdido de vista por completo.

Dartie se retorció complacidamente el bigote. Había hecho una tacadita muy bonita de veintitrés carambolas, fallando en la vigésima cuarta porque el taco le hizo «pifia».

— ¿Y quién era ella? —preguntó.

Jorge miró lentamente la cara grasienta y abultada de «hombre de mundo», y una sonrisa le jugueteó en las comisuras de los labios.

«No, no, amiguito —pensó—. No será a ti a quien te lo diga». Pues aunque se trataba mucho con Dartie le consideraba bastante canalla.

—Pues sería una mujer de esas a las que se ama un día o dos, y luego, contra lo que parece, se las olvida al tercero —y dio tiza a su taco.

—A las que se ama un día o dos, ¿eh? Me apostaría a que es la mujer de So…

— ¿Sí? Pues te equivocas.

Y tuvo mucho cuidado de no aludir al asunto otra vez, hasta que a las once, hora en que, habiendo tomado otra copa antes de retirarse, se le ocurrió mirar a ver si persistía la niebla. Casi seguía igual que horas antes, y no se percibía sombra de persona ni de cosa alguna por la calle.

—No puedo olvidarme del pobre Pirata, hombre —dijo—. ¿Andará todavía por ahí dando vueltas de un lado para otro? Si no le ha aplastado un coche…

— ¡Aplastarle un coche! —exclamó Dartie, encendido por el recuerdo de su derrota en Richmond—. Está mejor que tú y que yo. Lo que le pasaba es que estaba curda.

Jorge le miró con mirada realmente formidable, con una especie de furor salvaje en el rostro.

— ¡Iba completamente en seco! Lo que le pasaba es lo que yo te digo: ¡Que estaba hecho polvo!

V

El juicio

En la mañana que se vio su caso, que era el segundo de la lista. Soames tuvo que marchar una vez más sin ver a Irene, y no dejó de ser una solución para él, pues todavía no sabía qué actitud tomar ante ella.

Había sido requerido en comparecencia ante el tribunal para las diez y media, en previsión de que la primera vista no se celebrara, lo que no sucedió. El Jurado se retiró a deliberar a la hora del almuerzo. Soames salió también a comer algo, y en el restaurante se encontró con su padre. No tardó James en preguntarle:

— ¿A qué hora empieza lo tuyo? Supongo que será inmediatamente. No me extrañaría nada que ese Bosinney recurriera a alguna estratagema. Si el fallo le es contrario, se quedaba arruinado —dio un gran bocado a su sándwich y bebió un gran trago de vino; luego añadió—: Tu madre quiere que Irene y tú vengáis a cenar esta noche.

Una sonrisa helada se dibujó en los labios de Soames, y miró a su padre. Cualquiera que hubiera visto la mirada fría y furtiva que cambiaron, tendría completa disculpa si no la hubiera sabido interpretar. James acabó su vino de otro sorbo.

— ¿Cuánto es? —preguntó.

De nuevo en la Sala, Soames se sentó en el sitio debido, frente a su abogado. Comprobó que su padre estaba entre el público con una mirada muy amplia, para no comprometer a nadie.

James, con las manos cruzadas sobre la cayada del paraguas, estaba sentado cerca de una puerta para poder salir inmediatamente que terminara la vista. Consideraba el proceder de Bosinney totalmente punible, pero no quería tropezarse con él, pensando que el encuentro sería desagradable y difícil.

Después del Tribunal de Divorcios, aquel Tribunal era quizá el más favorecido por casos desagradables, como delitos de difamación, quebrantos de compromiso, etcétera. Mucha gente que no tenía nada que ver con las leyes ocupaba los asientos del fondo, reservados al público, y un par de sombreros de señora se veían de trecho en trecho con cierta frecuencia.

Las dos hileras de asientos inmediatamente fronteras a James estaban llenas de abogados tocados con peluca, que, sentados, tomaban notas a lápiz y hablaban: pero su atención se concentró muy pronto en la entrada a la sala de Waterbuck, del Consejo Real, con su toga de seda, que producía con suave sonido al andar, y su rostro colorado e imponente adornado de dos cortas patillas oscuras. El famoso consejero real tenía todo el aspecto, y a James no le desagradaba admitirlo, de ser capaz de penetrar y hurgar en el fondo del más difícil testigo. Sucedía que hasta entonces no había tenido el gusto de ver a Waterbuck, consejero real; y como cualquier Forsyte menos destacado que el ilustre hombre en el foro, sentía una gran admiración por un letrado capaz de hacer sabias y agudas preguntas, de esas a las que ni reos ni testigos saben responder. Los pliegues pronunciados y lúgubres de James se dulcificaron un poco al contemplar a Waterbuck y al ver que sólo Soames tenía allí un gran abogado para defenderle.

No había acabado Waterbuck de apoyar el codo en la mesa y la cara en la mano, para así hablar cómodamente con su pasante, cuando penetró en la Sala su señoría el juez Bentham. Era éste un hombrecillo con aspecto de gallinácea, algo jorobadito, y bajo su nítida peluca aparecía la cara pulquérrimamente afeitada. Como todo el mundo en la Sala, Waterbuck, consejero real, se puso en pie, y en pie permaneció hasta que el juez se hubo sentado. James se levantó también, pero no del todo. Ya se sentía totalmente tranquilo. No tenía formada opinión sobre Bentham, pues le conocía sólo de haberse sentado a su lado en una cena. Y junto con su tranquilidad, experimentaba gran extrañeza al no ver a Bosinney.

«¿Qué se propondrá con no venir?», pensaba, sin encontrar respuesta.

Habiéndose declarado abierta la sesión, Waterbuck, consejero real, tomó la palabra. Con una mirada que abarcó la Sala, como de hombre que va a luchar, se dirigió al Tribunal.

—Los hechos —explicó— no se discutían por las partes contendientes, y todo lo que se pedía a su señoría era interpretar la correspondencia cruzada entre su cliente y la otra parte, un arquitecto, con referencia a la decoración de una casa. Creía que, de todas formas, aquella correspondencia era algo clarísimo sobre cuyo contenido no cabía duda alguna. Y tras breve exposición de la historia de la casa de Robin Hill, que calificó de señorial mansión, prosiguió como sigue: Mi cliente, el señor Soames Forsyte, es un caballero, un hombre bien acomodado, el último que entraría en pleito tan enojoso como éste, a no habérsele hecho algo que, por principio, repugna a su carácter. Y en esto nunca insistiré bastante: el señor Forsyte, si acude ante este Tribunal, es por defensa de los principios que deben regir toda transacción entre quien encarga un trabajo de cualquier índole y quien lo ejecuta. Defendiendo los principios, el señor Forsyte defiende a la colectividad… Lo que alega el arquitecto, me permite sugerir a su señoría, no resiste un instante de seria consideración —y después leyó la correspondencia.

Su cliente, «hombre de posición reconocida», estaba dispuesto a jurar que nunca autorizó ni pensó en autorizar siquiera el gasto de ninguna cantidad superior a las doce mil cincuenta libras que había claramente fijado como límite; y para no cansar inútilmente al Tribunal, pedía al señor Forsyte que presentase inmediatamente juramento.

Soames fue ante el Tribunal. Su aspecto era notable por su dignidad. Su cara, ligeramente orgullosa, pálida y bien afeitada, con una ligera arruga entre ambos ojos y con los labios comprimidos; su traje, sencillo y sin pretensiones; una mano debidamente enguantada y la otra desnuda; prestó juramento en voz baja, pero clara. Su declaración rebosaba serenidad y un poco de aburrimiento.

— ¿Había concedido «carta blanca» al arquitecto?

—No.

— ¡Ha jurado decir verdad!

Lo que había hecho era dejar amplitud de movimientos al arquitecto dentro de los límites de lo estipulado, no más allá de ellos.

— ¿Y estaba seguro de poder afirmar ante el Tribunal que se había expresado en buen inglés, claro y comprensible?

—Sí.

— ¿Qué quería decir?

— ¡Exactamente lo que decía!

— ¿Estaba dispuesto a negar que hubiera contradicho sus órdenes de gastar dentro de los expresados límites?

— ¡Sí!

— ¿Era el demandante irlandés?

—No.

— ¿Escribía en inglés correctamente?

—Sí.

— ¿Y persistía en su afirmación?

—Sí.

Tras estas y otras preguntas, que pretendían aclarar hasta qué punto había dejado en libertad de acción a su arquitecto, Soames se sentó, mientras su padre, haciéndose pantalla con la mano en la oreja para mejor oírle, le miraba admirado.

Estaba orgulloso de él. Comprendía que él, en circunstancias similares, se habría dejado llevar de arrebato y habría dado respuestas mucho menos concisas; mas por instinto comprendía que aquella concisión era altamente beneficiosa. Con todo, suspiró descansado cuando Soames giró lentamente sobre sus talones y se encaminó a su asiento.

Cuando llegó el turno del abogado de Bosinney, James redobló su atención y miró insistentemente a todos lados, a ver si al fin estaba allí Bosinney o no.

El joven Chankery empezó a hablar muy nervioso; la ausencia de Bosinney le ponía en situación difícil. Con todo, hizo lo posible por volver aquella ausencia en ventaja.

—No podía menos de temer —dijo— que su cliente hubiera tenido un accidente grave. Estaba firmemente convencido de que acudiría a declarar ante el Tribunal. Había enviado a buscar al señor Bosinney, tanto a su despacho como a su domicilio (aunque no mencionó el hecho de que uno y otro eran uno mismo); pero nadie sabía dónde estaba, y esto era tristemente sintomático para él, conociendo como conocía el vehemente deseo del señor Bosinney de exponer cuanto tenía que decir ante su señoría. No solicita un aplazamiento de la vista, por cuanto su cliente estaba interesado en su pronta celebración, y creía que su deber era satisfacer los naturales deseos de su cliente de terminar pronto con aquel enojoso asunto. Lo que tenía que decir era que las expresiones orales y escritas de «carta blanca» y «libertad de acción», que tanto se habían usado, están en contradicción claramente con toda la idea de limitación, y que nada puede desposeerlas de su significado. Se atrevía a decir algo más, y era que la correspondencia cruzada entre ambas partes evidenciaba que el señor Forsyte no tuvo nunca pensamiento de rechazar ninguno de los trabajos que para él había ejecutado el señor Bosinney. El demandado no pudo nunca concebir tal posibilidad, pues de otra forma nunca hubiera proseguido

sus trabajos, trabajos muy delicados y difíciles, llevados a cabo con toda eficiencia y acierto, a pesar de tener que ser a satisfacción de un entendido en arte, de un hombre rico, de un hombre bien acomodado. Quería insistir mucho en esta circunstancia personal del demandante, y por eso se veía obligado a calificar duramente su demanda de inexplicable, inesperada, injustificada y realmente sin precedentes en la Sala. Si su señoría hubiese tenido la oportunidad que él, por deber, había tenido de ver la causa, y deleitarse en la contemplación de la delicadeza del adorno y decorado, en la belleza de la construcción ejecutada por su cliente (un artista en el más alto y honroso sentido de la palabra), estaba convencido de que ni por un momento vacilaría su señoría en patentizar repulsa por aquel intento ilegal de evadir el compromiso que el demandante había contraído de pagar lo que en justicia debía. Su cliente no era un hombre rico, y el asunto revestía caracteres de seriedad para él; era un arquitecto de gran talento, cuyo prestigio profesional se estaba poniendo en entredicho. Concluyó con una llamada quizá demasiado personal al juez, como amante de las Bellas Artes que era, para mostrarse el protector de los artistas contra lo que era ocasionalmente —dijo ocasionalmente— la mano férrea del capitalismo. ¿Cuál será —dijo— la posición del artista si hombres bien acomodados, como este señor Forsyte, rehúsan, y se les permite hacerlo, el pago de los encargos que hacen? Y ahora llamaría a su cliente, no fuera que en los últimos momentos hubiera acudido a la Sala.

Los ujieres repitieron por tres veces el nombre de Felipe Baynes Bosinney, y el sonido de aquel nombre tuvo un eco triste en el ámbito de la Sala y de los pasillos.

El oír este nombre, al que nadie contestó, tuvo sobre James un efecto curioso: era como llamar al perro por la calle cuando se ha perdido. Y el sentimiento que le producía eso de que un hombre faltara le hacía sentirse molesto, le arañaba en su tranquilidad, en su comodidad…

Miró el reloj: ¡las tres menos cuarto! Dentro de un cuarto de hora estaría todo terminado. ¿Dónde se habría metido Bosinney?

Tan sólo cuando su señoría el juez Bentham dictó sentencia se rehízo de su desasosiego.

Detrás de la barandilla que le separaba del común de los mortales, el sabio juez emitió su veredicto. La luz eléctrica, acabada de encender sobre su cabeza, le daba de lleno en el rostro, haciéndole tan blanco como la nívea peluca que llevaba; sus vestiduras judiciales parecían más amplias; toda su figura, iluminada más que la Sala, irradiaba majestad impresionante. Se aclaró la garganta, bebió un sorbo de agua, rompió la punta de una pluma contra el pupitre y, plegando las manos huesudas ante el pecho, comenzó.

A James le pareció mucho más alto de lo que el juez Bentham era. Era la grandeza de la ley; y una persona dotada de un espíritu menos positivo que James no hubiera podido tener reproche si no despreciaba aquel halo de majestad que rodeaba a un vulgar Forsyte que andaba por las calles con el nombre de sir Walter Bentham.

Emitió juicio en estas palabras:

—Los hechos de este caso no se discuten. El quince de mayo último, el demandado escribió al demandante pidiéndole le permitiera retirarse del trabajo de decorar la casa del demandante, a menos que le concediera libertad de acción. El demandante, en diecisiete de mayo, respondió contestando que le concedía aquella libertad de acción, en el entendido de que los gastos no habrían de exceder, incluidos los honorarios, la cifra de doce mil libras. A esta carta el demandado respondió diciendo que en materia tan delicada como es la decoración no podía ceñirse al céntimo exacto. En diecinueve de mayo, el demandante contestó manifestando que no se oponía a pagar diez o veinte libras de más sobre las doce mil acordadas, y que en eso tenía libertad de acción. El veinte de mayo, el demandado respondió concisamente con las palabras escritas: «muy bien». Al contemplar las decoraciones, el demandado incurrió en gastos que elevaron el coste de la casa a doce mil cuatrocientas libras, cantidad que en modo alguno había autorizado a gastar el demandante. El demandante solicita de la ley recobrar del demandado la suma de trescientas cincuenta libras en que excedió a las doce mil cincuenta libras que el demandante alega haber sido establecido como gasto tope. Por ley, me corresponde determinar si el demandado es responsable del gasto indebido de trescientas cincuenta libras. Y, a mi juicio, el demandado es responsable. Lo que el demandante ha dicho al demandado es que podía gastar hasta cincuenta libras sobre la cifra tope de doce mil, y que si excedía esa suma, lo hacía sin autorización. No está claro ante mí si el demandante hubiera podido evitar el gasto superior a las doce mil cincuenta libras hecho en su nombre. De todas formas, el demandante no se ha negado a pagar el exceso. Lo que ha hecho es recurrir ante la ley en pretensión de recobrar la tan citada suma del demandado. A mi juicio, el demandante está en el derecho de recobrar esa suma del demandado. Se ha argüido, en defensa del demandado, que no se había fijado límite alguno de gastos al conceder libertad de acción el demandante al demandado. Si eso fuera así, me explico la razón de fijar en la correspondencia las cantidades de doce mil libras y de cincuenta libras después. Por todo lo dicho, se condena al demandado a pagar la cantidad que se le reclama y las costas de este juicio.

James suspiró, y agachándose, recogió el paraguas que se le había caído con la emoción que sintiera al oír hablar al juez.

Desenredándose las piernas, salió inmediatamente del Tribunal; sin esperar

a su hijo, saltó en un coche de alquiler y se dirigió instantáneamente a casa de Timoteo, donde se encontró con Swithin; y a éste, a la señora de Septimus Small, a tía Ester, narró detenidamente cuanto había sucedido, no comiéndose ni dos bizcochos durante la narración.

—Soames estuvo muy bien. Tiene mucha cabeza. A Jolyon esto no le va a gustar. Es un asunto malo para Bosinney; va a quedar arruinado por completo —y tras una larga pausa, en que estuvo mirando ausentemente al fuego, añadió —: No estaba allí. ¿Por qué no habrá ido?

Se oyó un ruido de pasos. La figura de un hombre gordo, con una cara coloradota y morena, rebosante de salud, apareció en el saloncito que comunicaba con el salón donde se reunían los Forsytes. Tenía el dedo levantado como en gesto de recriminación. Habló con voz de reproche:

—No puedo detenerme, James —y se marchó.

Era Timoteo.

James se levantó de su silla, diciendo:

— ¡Hombre…, hombre!… Ya sabía yo que…

Pero se calló y quedó con la mirada perdida, como si hubiese visto un fantasma.

VI

Soames difunde la noticia

Cuando salió del Tribunal, Soames no marchó directamente a su casa. No tenía gana de ir a la City, y llevado por la necesidad de sentir comprensión en su momento de triunfo, también él se encaminó a casa de Timoteo, en la carretera de Bayswater.

Su padre acababa de marchar. La señora de Small y la tía Ester, en posesión de la buena noticia, le felicitaron calurosas. Sin duda tenía hambre después de aquella declaración tan hermosa que había prestado. Smither le prepararía algunas tostadas, pues su padre se las había comido todas. Lo mejor era que pusiera las piernas en el sofá, y así, bien cómodo, se tomaría un vasito de licor de ciruela, que era un gran reconstituyente.

Swithin estaba todavía allí, pues creía que no estando en casa hacía ejercicio. Al oír aquello emitió un «pchs» despectivo. ¡Bien andaba aquella juventud! Tomando jarabe de ciruela como los viejos…

Y se marchó por fin, diciendo a Soames:

— ¿Y cómo está tu mujer? Dile de mi parte que si está aburrida y quiere venir a cenar conmigo, le daré una botellita de champaña del que no se bebe todos los días —y sacando el pecho, echó a andar lentamente.

La señora Small y tía Ester quedaron horrorizadas. ¡Qué cosas tenía Swithin! Ellas estaban deseando preguntar por Irene y cómo recibiría el resultado del juicio, pero no se atrevían; quizá Soames dijera algo sin preguntarle, algo que aclarara un poco el negro problema de sus vidas en aquel entonces, la cuestión que por su obligatorio silencio las torturaba más allá de lo que podían soportar, pues hasta Timoteo había sido ya informado, y el efecto que produjo a su salud fue muy alarmante. ¿Y qué haría, además, June? También aquélla era una interesante y peligrosa especulación…

No se habían olvidado de la visita del viejo Jolyon, que desde entonces no había vuelto a verlas. No habían podido olvidar la impresión que sacaron todos los presentes de que la familia había dejado de ser familia, que se había deshecho la piña forsyteana.

Pero Soames no satisfizo en nada su curiosidad y siguió sentado con las piernas cruzadas hablando de la escuela pictórica de Barbizon, que acababa de descubrir. Aquéllos eran los hombres de porvenir en el arte; no le extrañaría que se ganase muchísimo dinero con sus cuadros; ya tenía él echado el ojo a un par de cuadros de un sujeto apellidado Corot, unos cuadros preciosos; si se los dejaba a un precio razonable, los compraría; alcanzarían, no tenía duda, un precio elevadísimo en días no muy lejanos.

Interesadas en lo que querían saber, estaban desconsoladísimas las dos ancianas por verse así defraudadas.

Aquello de los cuadros era interesante…, muy interesante. Pero había ganado su pleito. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Iba a marcharse inmediatamente a Londres?

Soames contestó que aún no sabía, que creía que se mudarían pronto. Se levantó y besó a sus tías.

No había recibido tía Julita esta prueba de despedida, cuando sin poderse contener le espetó a su sobrino:

—Tenía pensado hace tiempo, hijo mío, que si nadie te lo decía, te diría yo que…

La tía Ester la interrumpió:

— ¡Cuidado, Julia! ¡Si se lo dices, es bajo tu entera responsabilidad!

La señora Small continuó como si no la hubiera oído:

—… te diría yo que la señora Mac Ander vio a Irene paseándose por Richmond Park con Bosinney.

La tía Ester, que se había levantado, cayó sentada otra vez y volvió la cara. Verdaderamente que Julita era… No debía hacer cosas así cuando ella, Ester, estuviera delante; y sin poder respirar por la emoción, aguardó impaciente a lo que Soames pudiera decir.

Éste se había ruborizado con aquel particular rubor que se le centraba entre ambos ojos; levantó la mano con los dedos extendidos, como si estuviera escogiendo uno; después, mordiéndose delicadamente la uña, dijo:

—La señora Mac Ander es un loro.

Y sin esperar respuesta, salió de la habitación.

Cuando se dirigía hacia casa de Timoteo, había decidido qué postura adoptar al llegar a la suya. Iría a Irene y le diría:

—Bueno, he ganado mi pleito, y no hay ya nada que hacer. No quiero ser duro con Bosinney; veré a ver si podemos llegar a un acuerdo. No le apretaré el tornillo. Y ahora prepárate y vámonos a Robin Hill cuanto antes. Yo…, yo nunca quise ser violento contigo. Venga esa mano… —y quizá le permitiera besarla y quisiera olvidar.

Cuando salió de casa de Timoteo, sus proyectos no eran ya tan sencillos. La terrible sospecha y los celos de tantos meses volvían a atacarle. Había que acabar con aquella situación de una vez para siempre; no consentiría ver su nombre arrastrado por los suelos. Si ella no quería o no podía quererle como era su deber y él tenía derecho, no iba a tolerarle encima ultrajes con nadie. La amenazaría con el divorcio, y eso la haría reportarse, pues nunca se atrevería a hacer frente al divorcio. Pero… ¿y si se atrevía? Ahí estaba lo malo… Nunca se le había ocurrido pensar que podría atreverse.

¿Y si se atrevía? ¿Y si se le confesaba desleal? ¿Cómo lo debía él recibir? ¡Tendría que divorciarse!

¡El divorcio! La palabra era terrorífica, una variante tremenda de los principios que habían guiado siempre su vida. La falta de decoro de la palabra, su crudeza, le aterrorizaba; se sentía como el capitán de un barco que arroja por la borda lo más precioso de su cargamento. Y este echar al abismo su propiedad le parecía monstruoso a Soames. Le perjudicaría en su profesión. Tendría que deshacerse de su casa de Robin Hill, que le había llevado tanto dinero, tanto quebradero de cabeza. ¡Y ella! Ella dejaría de ser suya, de pertenecerle, ni siquiera nominalmente… Ella desaparecería de su vida…, y él no volvería a verla más.

Recorrió en el coche que había tomado toda la calle sin poderse sustraer a

la idea de que no la volvería a ver más.

Pero quizá no hubiera ella podido confesarle, aun queriendo, nada vergonzoso. ¿Era razonable dejarse llevar tan lejos de la imaginación? ¿Y era prudente ponerse a sí mismo en una situación en la que quizá tuviera que comerse sus palabras? El resultado del juicio arruinaría a Bosinney; un hombre arruinado era un ser desesperado, pero… ¿qué podía hacer? Quizá se marchase al extranjero. Los hombres que se arruinan siempre se van al extranjero. ¿Cómo se las arreglaría sin dinero? Lo mejor era esperar y ver cómo se desenvolvían los acontecimientos. Si era necesario, podía hacerla vigilar. La agonía de los celos (peor que el dolor de muelas) le asaltó otra vez, y casi gritó. Pero tenía que decidirse, adoptar algún modo de acción antes de llegar a casa. Cuando el coche paró ante su puerta no había decidido nada.

Entró, pálido, las manos húmedas de sudor, temiendo encontrársela, sin imaginarse lo que diría.

Bilson, la muchacha, estaba en el hall, y a la pregunta de «¿Dónde está la señora?», respondió que hacia el mediodía se había ido, llevándose un baúl y un saco de viaje.

— ¿Qué? —exclamó—. ¿Qué dice usted? —repentinamente, recordando que no debía mostrar emoción alguna, preguntó—: ¿Qué recado dejó? —y vio con terror la sorpresa pintada en los ojos de la muchacha.

—La señora no dejó ningún recado, señor.

—Ningún recado, ¿verdad? Muy bien, está bien. Cenaré fuera.

La muchacha se marchó, dejándole solo, con el abrigo puesto, leyendo las tarjetas de visita que había en una bandeja de porcelana:

Señor y señora de Bareham Culcher. Señora de Septimus Small. Señora de Baynes. Señor Salomón Thornworthy. Señora de Bellis. Señorita Hermione Bellis. Señorita Winifred Bellis. Señorita Ella Bellis.

¿Quiénes diablos eran aquellas gentes? Parecía haber olvidado todo lo que antes le era conocido y familiar. Las palabras «no dejó ningún recado…, un baúl y un saco de viaje» danzaban fantásticamente en su cerebro. Era increíble que no le hubiera dejado ningún recado. Y sin quitarse el abrigo corrió por las escaleras, subiéndolas de dos en dos, como un recién casado llega a casa y busca a su esposa.

Todo estaba limpio, agradable, oliendo bien; todo en perfecto orden. En la cama de matrimonio, con su colcha color lila, estaba la bolsa de ropa que ella había hecho y bordado con sus propias manos para guardar su ropa de dormir; sus zapatillas estaban al pie del lecho; el embozo, abierto, como esperándola.

En el tocador estaban los peines guarnecidos en plata y los frasquitos con

tapas del mismo metal que él le había regalado. Tenía que haber habido algún error. ¿Qué saco de viaje se había llevado? Fue a llamar a Bilson; pero acordándose a tiempo de que debía fingir saber de la partida de Irene, no llamó ni preguntó nada.

Cerró las puertas y trató de reflexionar, pero la cabeza le daba vueltas; y de repente las lágrimas se presentaron incontenibles en sus ojos.

Corrió y se miró al espejo: estaba muy pálido, con un tinte verdoso extendido por toda la cara; echó agua al lavabo y empezó a lavarse febrilmente.

Los cepillos de su mujer olían suavemente a la loción que empleaba para el cabello; y ante el olor del perfume, la ardiente dolencia de los celos le atacó de nuevo.

Salió corriendo hacia la calle.

No había perdido por completo el dominio de sí mismo, y mientras bajaba por Sloane inventó una historia que decir en caso de no hallarla en casa de Bosinney. ¿Pero y si la encontraba allí? Su decisión de ir a buscarla flaqueó y llegó a la casa sin saber qué hacer.

La puerta de la calle estaba cerrada; la mujer que le abrió no sabía si el señor Bosinney estaba o había salido; no le había visto aquel día, ni hacía ya dos o tres; no esperaba que viniese, ni había tampoco nadie esperándole.

Soames dijo que subiría él mismo a ver si estaba, y subió las escaleras, pálido como la cera.

El descansillo no tenía luz, la puerta estaba cerrada, y nadie respondió a su llamada ni pudo percibir ningún sonido. Bajó temblando bajo su abrigo de piel, llamó un coche y se hizo conducir a Park Lane.

Por el camino trató de recordar en qué fecha había dado a Irene el último cheque: no podía tener más de tres o cuatro libras; pero tenía sus joyas, y con dolor exquisito calculó que podía sacar mucho de ellas: lo bastante para poder marchar los dos al extranjero, lo bastante para poder vivir varios meses. Quiso calcular cuánto tiempo podrían vivir; el coche paró y descendió de él sin haber hecho el cálculo.

El criado que abrió le preguntó si la señora estaba en el coche, pues el amo le había dicho que vendrían los dos a cenar.

Soames dijo:

—No, la señora está indispuesta.

El criado expresó su condolencia.

A Soames le pareció que le miraba inquisitivamente, y recordando que no se había vestido de etiqueta, preguntó:

— ¿Habrá alguien más a cenar, Warmson?

—Nadie, señor, aparte de los señores Dartie.

Volvió a parecerle que el criado le miraba con curiosidad, y perdió la paciencia:

— ¿Qué me está usted mirando tanto? ¿Tengo monos en la cara?

—Por Dios, señor… Nada, señor —y ruborizándose, el criado escapó todo lo de prisa que pudo.

Soames subió la escalera. Atravesando el salón sin detenerse, fue derecho al dormitorio de sus padres. James estaba en mangas de camisa y con el chaleco de noche puesto, haciéndose con gran cuidado el nudo de la corbata. Soames se detuvo, extrañado de haber entrado allí. Nadie le había dicho que entrara. Nunca…

Oyó la voz de su padre, dolorosa, como si tuviera un alfiler en la garganta:

— ¿Qué pasa? ¿Qué quieres?

Y su madre decía:

— ¡Venga, Felicia, y abrócheme! El señor no acabará nunca…

Se llevó la mano al cuello y dijo:

—Soy yo, Soames.

Notó con agradecimiento la sorpresa grata de Emilia:

—Hola, hijo… ¿Qué te trae por aquí?

Y James:

— ¿Qué te pasa? ¿No estás bien?

—Estoy perfectamente.

Y los miró, pareciéndole imposible darles la noticia.

James, siempre pronto a la alarma, le dijo:

—Pues tienes muy mala cara. Has debido de enfriarte. O será del hígado…, no me extrañaría nada. Tu madre te dará de eso que ella toma…

Emilia interrumpió:

— ¿Has traído a Irene?

Soames denegó con la cabeza.

—No —murmuró—. Me ha dejado…

Emilia abandonó el espejo en que se estaba mirando. Su alta figura perdió toda su majestad, se hizo más humana al dirigirse a Soames.

— ¡Hijo mío! ¡Hijo de mi vida!

Le besó y le acarició las manos.

James le miraba asombrado. De repente, parecía haber envejecido.

— ¿Que te ha dejado? ¿Cómo que te ha dejado? ¿Qué vamos a hacer entonces?

James empezó a andar por la habitación. Sin chaqueta, parecía una cigüeña.

— ¿Qué podíamos hacer? ¿Qué sé yo lo que podíamos hacer? ¿Por qué preguntarme a mí? Nadie me dice a mí nunca nada, y después me vienen a mí a contarme las cosas que pasan. Quisiera yo saber qué decir, sin haberme dicho antes nada. Aquí está tu madre, parada como una tonta. ¡Nunca me dice nada! Pues lo que yo digo es que tienes que buscarla.

Soames sonrió, y nunca su sonrisa peculiar fue más lamentable.

—Yo no sé adónde se habrá ido…

— ¿Cómo que no sabes adonde se ha ido? ¿Qué quieres decir con que no sabes adonde se ha ido? —preguntaba James—. ¿Adónde piensas tú que ha podido ir? Pues se ha ido con Bosinney, no te quepa duda. Ya sabía yo lo que tenía que suceder.

Soames, en el largo silencio que se hizo, notó la presión de la mano de su madre sobre la suya. Y todo pasaba como si su capacidad de pensar, de participar en los sucesos, se hubiera esfumado.

Su padre tenía la cara como si fuera a llorar, y sus palabras parecían salir dolorosamente del fondo del alma.

—Habrá un gran escándalo. Siempre me lo temí.

Y como nadie le decía nada, exclamó:

— ¡Y ahí estáis los dos, tu madre y tú, sin abrir la boca!

Y se oyó la voz de Emilia tranquila, un tanto despectiva:

—Bueno, James. Ya sabe Soames lo que tiene que hacer…

Y James, mirando al suelo, muy decaído, dijo:

—Yo no puedo ayudarte; ya soy muy viejo. No te apresures en resolver, hijo mío. Emilia habló de nuevo:

—Soames hará todo lo que pueda para volverla a casa. No hablemos más del asunto; me da el corazón que todo saldrá bien.

James comentó:

—No veo yo cómo va a salir todo bien. Si no se ha marchado con Bosinney, mi consejo es que la obligues a volver contigo.

De nuevo volvió Soames a sentir que su madre le estrechaba la mano, como adhiriéndose a lo que decía su padre. Y Soames murmuró entre dientes:

— ¡La obligaré!

Los tres bajaron al salón. Allí estaban los Darties; si no hubiera faltado Irene, la familia hubiera estado completa.

James se hundió en su sillón, y excepto unas palabras de salutación a Dartie, al que a la vez despreciaba y temía, no dijo nada hasta que anunciaron la cena. Soames también estaba callado. Sólo Emilia, con gran coraje, mantenía conversación sobre temas triviales con Winifred. Nunca mostró más compostura y dominio que aquella noche.

Habiéndose llegado a la conclusión de no hablar de la fuga de Irene, ningún miembro de la familia expresó opinión alguna acerca del partido que tomar en el asunto; no había que dudarlo; las palabras de James: «Mi consejo es que la obligues a volver contigo», serian casi sin excepción consideradas como las más razonables y prudentes, no sólo en Park Lane, sino entre los de Nicolás, los de Rogelio, los de casa de Timoteo. Y lo mismo pensaría el gran cuerpo forsyteano que se extiende por Londres y cuya opinión no se había podido formar meramente por desconocimiento del suceso.

A pesar de los esfuerzos de Emilia, la cena transcurrió casi en silencio: Dartie estaba ceñudo y bebía cuanto estaba a su alcance; las niñas se hablaban raramente. James preguntó una vez dónde estaba June y qué estaba haciendo en aquellos días. Nadie pudo informarle y se quedó muy deprimido. Solamente se animó un poco cuando Winifred contó que Publio le había dado a un mendigo una perra falsa de limosna.

— ¡Oh! —dijo—. ¡Tiene talento ese niño! Si sigue así, llegará muy lejos, muy lejos…

Pero aquello fue sólo un resplandor que se apagó pronto.

A las diez, Soames se fue; dos veces, ante preguntas concretas, contestó que Irene no estaba bien. Su madre le besó con largos y blandos besos, y él le apretó la mano, sintiendo las mejillas llenas de calor. Marchó luchando contra el viento que silbaba desoladamente en las esquinas de las calles, bajo un cielo azul acero cuajado de estrellas. No notó ni su saludo gélido, ni el ruido de las hojas rizadas y secas de algunos árboles, ni vio a las mujeres nocturnas

envueltas en abrigos de piel andrajosos, ni a los vagabundos de caras esqueléticas. El invierno había llegado. Pero Soames no se dio cuenta y llegó a su casa, donde recogió el correo depositado en la cestilla de alambre dorado a que daba el buzón practicado en la puerta.

Ninguna carta era de Irene.

Entró en el comedor; el fuego estaba encendido; su butaca, cerca de la chimenea, las zapatillas no lejos, así como el licor que solía tomar y el tabaco. Tras mirarlo todo durante unos minutos, apagó la luz y subió al dormitorio. Entró en él. Estaba frío y apagado.

Hizo gran iluminación con bujías, y por largo rato se paseó en la habitación de un lado para otro. No se hacía a la idea de que ella se había ido, y buscando alguna comprobación del hecho, algo que le orientara, empezó a abrir cajones y muebles, a ver si encontraba la clave de su desgracia matrimonial por alguna parte.

Allí estaban sus vestidos; siempre había querido y había insistido mucho en que se vistiera muy bien. No se había llevado casi ninguno: dos o lo más tres. Todo lo demás estaba como de costumbre.

Quizá todo fuera un ataque de histerismo, una huida momentánea a una playa o algún lugar agradable. Si así fuera y ella regresara, no volvería a hacer nunca lo que hizo aquella noche fatal, no volvería a correr ningún riesgo, si bien ella estaba obligada… Pero, sin duda, no estaba bien de la cabeza.

Se inclinó sobre el cajón donde ella guardaba las joyas. No estaba cerrado y el cofrecillo que directamente las contenía tenía la llave puesta. Esto le sorprendió primero y le pareció normal después, cuando comprendió que debía de estar vacío. Lo abrió.

Pero no estaba vacío: había un papelito doblado en cuatro, sobre el que ponía «A Soames Forsyte»; desdoblándolo leyó: «Creo que no me llevo nada de lo que tú o tu familia me habéis regalado». No decía más. Y, efectivamente, además de la corta misiva, el cofrecillo contenía el reloj que él le regalara, de oro con un adorno de un gran diamante rodeado de zafiros, y algunas pulseras y brazaletes, cadenillas y sortijas, todo ordenadamente dispuesto en los compartimientos del forro de terciopelo. Se le saltaron las lágrimas, y algunas cayeron sobre aquellas cosas que destellaban a la luz.

Nada de lo que había hecho Irene, nada de todo lo que pudiera haber hecho, le parecía más significativo que aquello. Por un instante comprendió todo lo que había que comprender: que ella le odiaba, que le había odiado años y años, que en todo eran personas que vivían en mundos distintos, que no cabía tener esperanza, que nunca debiera haberla tenido; que ella había sufrido, que debiera tenerle lástima.

En aquel momento de emoción, traicionó al Forsyte que era, se olvidó de sí mismo, de sus intereses, de sus propiedades…; se elevó al plano del puro ser, de lo humano, de lo que no tenía que ver nada con intereses económicos ni con la propiedad.

Pero aquel instante fue sumamente breve.

Y como si derramando lágrimas se hubiera purgado de toda debilidad, se levantó, cerró la caja, y lentamente, temblando casi, se la llevó a la que venía siendo últimamente su habitación.

VII

La victoria de June

June había esperado su oportunidad, mirando con ansia las más aburridas columnas de los periódicos matutinos y vespertinos, con una ansiedad que al principio extrañó al viejo Jolyon, y cuando su oportunidad vino, la cogió con toda la prontitud y resuelta tenacidad que caracterizaban su modo de ser.

Toda la vida se acordaría de aquella mañana en que en el Times, bajo el encabezamiento «Sala XIII de Justicia. — Juez, Sr. Bentham», vio la convocatoria del juicio Forsyte contra Bosinney.

Como un jugador empedernido, se había dispuesto a intentar recuperar todo con su última moneda; no estaba en su naturaleza el temer la derrota. Nadie podría explicar cómo su instinto de mujer le había hecho ver la seguridad de que Bosinney perdería el caso; pero en este supuesto, que para ella era certeza, había basado sus esperanzas.

A las once y media estaba en los pasillos de la Sala XIII, y allí permaneció hasta que el juicio acabó por completo. La ausencia de Bosinney no le produjo ninguna inquietud; el instinto le había prevenido de ella. Cuando terminó el juicio, salió corriendo, tomó un coche y se fue a verle.

Pasó la puerta de la calle y las oficinas de los tres pisos anteriores sin que nadie la viera, y hasta que llegó al piso de Bosinney no comenzaron las dificultades.

Su llamada no obtuvo respuesta; tenía que decidir si bajar de nuevo y pedir a la portera que le abriese el cuarto de Bosinney o si esperar hasta que llegara, aguardándole a la puerta del piso, confiando en que nadie subiría hasta allí. Se decidió por lo último.

Pasó un cuarto de hora de espera nerviosa antes que se le ocurriera que

Bosinney acostumbraba dejar la llave debajo de la esterilla de la puerta. Miró y allí estaba. Por unos instantes no se decidió a utilizarla; por fin abrió y entró, dejándose la puerta abierta para que si alguien venía pudiera comprender que no andaba ocultándose.

No era la misma June que había ido allí, temblorosa, unos meses antes; aquellos meses de sufrimiento la habían insensibilizado; además, había pensado en la nueva visita con tanta seguridad de que tendría que hacerla, que tenía previstos los menores detalles, y había eliminado su miedo y reparo de antemano. Aquella vez no podía fracasar, pues si fracasaba, nadie podría ayudarla.

Como una leona que cuida a sus cachorros, no estaba quieta, sino que recorría a grandes pasos la habitación, de pared a pared, de ventana a puerta, tocando ahora una cosa, después otra. Había polvo por todas partes; sin duda que en varias semanas no habían limpiado, y June, rápida en considerar cualquier cosa que pudiera contribuir a levantar sus esperanzas, vio en ello un signo de que por falta de dinero Bosinney había tenido que prescindir de todo servicio.

Se asomó al dormitorio; la cama estaba mal hecha, como por mano de hombre.

Escuchando atentamente, se decidió a entrar y miró en los cajones de los muebles. Sólo halló unas pocas camisas y unos cuellos, unas botas llenas de barro. Todo lo demás faltaba.

Volvió a la sala de espera y notó la ausencia de todo lo que tenía allí antes: el reloj que había sido de su madre, los gemelos de campaña que colgaban sobre el sofá, dos cuadritos muy buenos de Harrow, donde se había educado su padre. Todo había desaparecido, y a pesar de la rabia que se despertó en su alma protectora de que el mundo le tratase así, la desaparición de todo lo que valía algo le auguraba éxito en su plan.

Y era cuando estaba mirando al sitio que antes ocupara el adorno japonés cuando se dio cuenta de que alguien la miraba a ella. Se volvió y vio a Irene en la puerta.

Se miraron ambas en silencio; después, June avanzó y le tendió la mano. Irene no la cogió.

Al serle rechazada la puso a sus espaldas. En sus ojos se reflejó la cólera; aguardó a que Irene hablase, y mientras esperaba anotó mentalmente, quién sabe con qué sensación de celos, todo detalle del rostro y del vestido de la otra mujer.

Irene llevaba su largo abrigo de piel; de su sombrero de viaje escapaba una

crencha de pelo rubio, lo que daba a su cara un aspecto completamente infantil.

Al contrario de June, su rostro estaba pálido. Alrededor de sus ojos había grandes círculos morados. En una mano tenía un ramito de violetas.

Miraba a June sin el menor atisbo de sonrisa en los labios, y ante aquellos hermosos ojos que se clavaban en los suyos, la muchacha sintió toda la fuerza del antiguo encanto.

Habló ella por fin:

— ¿A qué has venido?

Pero la idea de que lo mismo podían preguntarle a ella, le hizo decir:

—El horrible pleito… He venido a decirle que lo ha perdido.

Irene seguía callada; sus ojos no se separaban del rostro de June, y nerviosa, la muchacha exclamó:

— ¡Pero, bueno, parece que estás hecha de piedra!

Irene se rio, diciendo:

— ¡Ojalá fuera así!

Pero June habló de nuevo:

— ¡Calla! ¡No hables, no me digas nada! No quiero saber a qué has venido, no quiero saber nada…

Y echó a andar por la habitación como loca. De repente, exclamó:

—Yo estaba aquí primero. Tienes que marcharte. No podemos estar las dos.

Una sonrisa apareció cuando June percibió en su inmovilidad algo dramático y desesperado; algo que no podía modificarse, algo peligroso. Se quitó el sombrero, y apretándose con ambas manos la masa cobre de su cabello, dijo:

— ¡Tú no tienes derecho a estar aquí!

Irene dijo:

—No tengo derecho a estar en ninguna parte.

— ¿Qué quieres decir?

—He dejado a Soames. Tú siempre me decías que le dejara.

June se tapó los oídos.

— ¡No! ¡No quiero saber nada! Es imposible luchar contigo. ¿Por qué te

quedas quieta? ¿Por qué no te vas?

Los labios de Irene temblaron:

— ¿Y adónde voy a ir?

June se fue a la ventana. Veía un reloj en la calle. Eran casi las cuatro. En cualquier momento, él podría venir. Volvió la cabeza y su cara reflejó ira. Allí estaba Irene. En sus manos enguantadas giraba incesantemente el manojo de violetas.

Por las mejillas de June corrieron lágrimas de furia y decepción.

— ¿Cómo te has atrevido a venir? ¡Has sido una amiga mala y desleal conmigo!

Irene volvió a reír. June comprendió que había jugado una mala carta y trató de enmendarlo.

— ¿Por qué has venido? ¡Has arruinado mi vida y quieres también arruinar la suya!

Temblaron otra vez los labios de Irene. Sus ojos fueron a los de June con una mirada tan profunda de dolor que la muchacha exclamó, entre sollozos:

— ¡No! ¡No!

Pero la cabeza de Irene se inclinaba hasta tocar el pecho. Giró y echó a andar rápidamente, tapándose la cara con el ramo de violetas.

June corrió a la puerta. Oyó que Irene bajaba la escalera. La llamó:

— ¡Irene, ven! ¡Vuelve, Irene, Irene!

Pero el sonido de los pasos se perdió a lo lejos…

Sorprendida y destrozada, la muchacha quedó en el comienzo de la escalera. ¿Por qué se había ido Irene dejándola dueña del campo? ¿Qué significaba aquello? ¿Quería decir que abandonaba la lucha, que cedía ante ella? ¿O había…?

Se sentía presa de la mayor inquietud. Bosinney no venía.

Hacia las seis volvió aquella tarde el viejo Jolyon de la avenida Wistaria, donde todos, los días pasaba ahora un buen rato. Preguntó si había vuelto su nieta, y al contestarle que acababa de llegar, mandó buscarla, pues quería hablarle.

Se había decidido a decirle que estaba reconciliado con su padre. En adelante, lo pasado, pasado. No seguiría viviendo solo o casi solo en aquella casa; iba a dejarla y a tomar una en el campo para su hijo, donde podrían vivir todos. Si a June no le agradaba esto, le pasaría una mensualidad y que viviera

donde quisiera. No supondría mucho para ella separarse de su abuelo: hacía ya mucho tiempo que no le daba la menor prueba de cariño…

Cuando June fue a él, tenía la cara atribulada y doliente, y en sus ojos había una conmovedora mirada de dolor. Se acurrucó en la vieja forma en el brazo de la butaca de su abuelo, y éste tuvo que hablarle en forma distinta a la autoritaria y firme que había pensado usar. La dolía el corazón como, cuando los pajarillos al volar por primera vez se rompen las alas, le duele a la madre. Sus palabras alternaban frecuentemente con silencios, como si quisiera disculparse de haberse desviado al fin del camino de la rectitud, por haber sucumbido a la tentación del cariño paternal en perjuicio de más rigurosos principios.

Estaba nervioso, como si al exponer sus intenciones estuviera dando a su nieta un pernicioso ejemplo. Y lo más delicado era el proponerle que se fuera a vivir sola si no quería vivir con él y con su padre.

—Y si por alguna razón, hija mía, resulta que no estás a gusto —le dijo—, lo arreglaremos todo. Te buscaremos un pisito en Londres, adonde puedas vivir y donde yo pueda ir a verte continuamente. ¡Si vieras qué ricos son los niños! —añadió.

En medio de este anuncio de cambio de política, guiñaba los ojos.

—Esto le destrozaría los nervios al pobrecito Timoteo. Y esta niña va a decirme algo gordo, tan seguro como que la estoy viendo.

June no había dicho aún nada. Sentada en el brazo de la butaca, y los brazos cruzados sobre el respaldo, su abuelo no podía verle la cara. Pero en seguida notó el cálido contacto del rostro de su nieta con el suyo, y comprendió que la cosa no se presentaba tan mal como había temido. Empezó a sentirse tranquilo.

—Verás cómo te gusta tu padre —le aseguró—. Es muy simpático, y te llevarás bien con él. Es muy entendido en arte y cosas de ésas.

Y el viejo Jolyon se acordó de la media docena de acuarelas cuidadosamente encerradas en su dormitorio; ahora que su hijo iba a ser hombre acomodado, ya no le parecían tonterías sus pinturas como antes.

—Respecto a tu…, a tu madrastra —dijo usando la palabra con dificultad —, ya verás que es una mujer muy distinguida. Un poco señora Gumidge, creo yo, pero quiere mucho a Jo. Y los niños —repitió— son un encanto —y esta frase la pronunció como disculpa a su decisión.

June no sabía que aquellas palabras eran repetición de la historia que había hecho que abandonase a su padre por ella y que ahora hacía que la abandonase a ella por los otros nietos.

Empezó a sentirse alarmado por el silencio de la muchacha, e impaciente le preguntó:

—Bueno, ¿qué dices de todo esto?

Se deslizó June hasta sentársele en las piernas, y empezó a decirle sus ideas. Le parecía todo muy bien; no veía ninguna dificultad y no le importaba lo que la gente pensara.

El viejo Jolyon emitió un suspiro. Sí; la gente pensaría y comentaría. Por un momento se había hecho la esperanza de que, con el tiempo que había pasado, la gente ya no se acordaría del escándalo de su hijo. Pero veía bien claro que no sería así. Con todo, no le gustaba el desprecio de su nieta por la opinión ajena.

Pero no le dijo nada. Sus pensamientos y sentimientos eran demasiado confusos para expresarse con palabras.

—No —continuó June—, no le importaba la gente. ¿Qué tenía nadie que ver con lo que no le afectaba? Sólo había una cosa —y por la forma de restregarle la carita contra la suya, el viejo Jolyon comprendió que la cosa no era tan fácil—. Puesto que iba a comprar una casa, ¿por qué no comprar la de Soames, en Robin Hill? Ya estaba terminada, era preciosa, nadie había vivido en ella… Allí serían todos tan felices…

El viejo Jolyon se puso alerta al instante. ¿No iba el hombre bien acomodado a vivir en su casa? Nunca llamaba a Soames de otra manera.

—No —dijo June—; ella sabía que no iba a vivir allí.

¿Cómo lo sabía?

No podía decírselo, pero lo sabía. Estaba completamente segura. Las circunstancias habían cambiado. Todavía resonaban en sus oídos las palabras de Irene: «He dejado a Soames… ¿Adónde voy a ir?».

Pero no quería hablar de aquello.

¡Si su abuelo quisiera comprar la casa y arreglar aquel maldito asunto del dinero que le reclamaba a Felipe! Sería lo mejor para todos. Todo quedaría arreglado.

Y June puso los labios en la frente de su abuelo y le dio un beso muy apretado.

El viejo Jolyon se liberó de caricias, y su cara adquirió el aspecto oficial que tomaba en los negocios. Le preguntó que qué quería. Comprendía que había allí gato encerrado. ¿Había visto a Bosinney?

June respondió:

—No, pero he estado en su casa.

— ¿Que has estado en su casa? ¿Y quién te ha llevado allí?

June le miró con fijeza.

—He estado sola. Había perdido el pleito. No me importaba que estuviese bien o mal. Quería ayudarle, quiero ayudarle y le ayudaré…

El viejo Jolyon preguntó de nuevo:

— ¿Le has visto? —y su mirada quería calar hasta el fondo del alma de su niela.

—No, no estaba. Le esperé, pero no fue.

Hizo el viejo Jolyon un movimiento de descanso. Ella se había levantado y le miraba; tan pequeñita, tan menuda, pero tan firme y determinada…; y triste, agobiado como estaba, no podía retirar los ojos de los de su nieta. El sentimiento de haber sido desbordado, de haber perdido las riendas, de estar dominado, de ser viejo, le pesaba en el alma.

— ¡Sí, sí…! ¡Tú te meterás en un buen lío cualquier día! —le dijo al fin—. Tú quieres salirte siempre con la tuya, y eso no puede ser.

Asaltado por uno de sus momentos de filosofía, siguió:

—Así naciste, así eres y así te morirás.

Y él, que en sus tratos con hombres de negocio, con Forsytes de todas clases y con hombres que no eran Forsytes, se había salido siempre con la suya, miraba con tristeza a su indomable nieta, pues percibía en ella aquella cualidad que admiraba como ninguna otra.

— ¿Sabes tú lo que dicen que ocurre? —preguntó, recalcando sus palabras.

June se puso colorada.

—Sí…, no. Sé y no sé. ¡Pero no me importa! —y dio una patada en el suelo.

—Creo —dijo el viejo Jolyon, bajando los ojos— que te casarás con Bosinney, aunque esté muerto.

Se hizo un silencio muy prolongado.

—Y de lo de comprar esa casa, ¿tú sabes lo que te dices?

June dijo que sabía perfectamente lo que se decía. Sabía que podría comprarla si quería. No tenía sino que dar lo que costaba.

— ¡Dar lo que cuesta! Tú no sabes lo que cuesta. Y yo no quiero tratar con Soames…, no quiero más cuentas con ese pollo.

—No necesitas tenerlas. Puedes arreglarlo con el tío James. Y si no quieres comprar la casa, ¿querrás pagar el dinero ese que han condenado a pagar a… a Bosinney? Tú no sabes lo arruinado que está; yo lo he visto con mis ojos. Puedes deducirlo de lo que vaya a ser mío.

Destellaron los ojos de Jolyon.

—De lo que vaya a ser tuyo… ¡Muy bonito! ¿Y qué vas a hacer tú sin ese dinero?

Pero, secretamente, la idea de quitarle la casa a James y a su hijo le estaba agradando… Había oído en la Bolsa Forsyte demasiados comentarios, demasiadas alabanzas a aquella casa… Era demasiado artística, pero era hermosa. Quitando al hombre bien acomodado aquello en que había puesto su corazón, sería una buena jugada, el triunfo definitivo sobre James, la prueba definitiva de que él iba a hacer otro hombre bien acomodado de Jo, a ponerle en la situación debida y a mantenerle en ella con toda garantía y seguridad. ¡Sería castigar con justicia a los que habían tomado a su hijo por un derrotado, por un don Nadie, por un mendigo que no tiene donde caerse muerto!

¡Lo estudiaría, vaya que sí lo estudiaría! Desde luego que no iba a pagar el oro y el moro; pero si interesara, quizá se decidiera…

Y en el fondo de su corazón sabía que no se negaría a la pretensión de su nieta.

Pero no se comprometió a nada. Tenía que pensarlo bien, le dijo a June.

VIII

La partida de Bosinney

El viejo Jolyon no era hombre dado a las decisiones impensadas; es probable que hubiera tardado en decidirse a la compra de Robin Hill si la cara de June no le hubiera dicho que no le iba a dejar en paz hasta que se decidiera.

Al desayuno, la mañana siguiente, le preguntó ella la hora en que quería el coche.

— ¿El coche? —le preguntó con aire de inocencia—. ¿Para qué quiero yo el coche? No tengo que salir.

Ella le respondió:

—Si no vas pronto, no cogerás al tío James antes que salga para la City.

— ¡El tío James! ¿Pero para qué tengo yo que ver al tío James?

— ¡La casa! —replicó ella en voz tal que ya no se atrevió a seguir fingiendo ignorancia.

—Todavía no me he decidido.

—Tienes que decidirte… ¡Abuelito! ¡Piensa en mí!

El viejo Jolyon gruñó:

—Piensa en mí, piensa en mí… Siempre tengo que pensar en ti; pero tú eres la que no piensas en ti misma. No sabes lo que estás haciendo. Bueno, pide el coche para las diez.

Y un cuarto después de esa hora dejaba el paraguas en el perchero de Park Lane, sin querer dejar el sombrero ni el abrigo, y diciendo a Warmson que quería ver al señor, entró sin esperar que le anunciasen y se sentó.

James estaba todavía en el comedor hablando con Soames, que había ido antes de desayunar. Al oír quién era el visitante, preguntó:

— ¿Qué querrá ahora?

Se levantó. Dijo a Soames:

—No hagas nada sin meditarlo bien. Lo primero es averiguar dónde está… Yo encargaría de eso a Steiner. Tiene los mejores hombres. Si ellos no lo descubren, no lo descubre nadie —y, conmovido por extraña ternura, dijo—: Pobrecilla… Yo no sé lo que ha estado pensando —y salió sonándose ruidosamente.

El viejo Jolyon no se levantó al ver a su hermano, pero le tendió la mano y se dieron el apretón Forsyte.

James tomó otra silla junto a la mesa y apoyó la mano en la cara.

—Bueno, ¿cómo andas? No se te ve ahora nunca…

El viejo Jolyon no hizo caso, y preguntó a su vez:

— ¿Cómo está Emilia? —y sin aguardar respuesta prosiguió diciendo—: He venido para hablarte del asunto de ese joven Bosinney. Me han dicho que la casa es una maravilla.

—Yo no sé nada de maravilla —contestó James—. Lo que sé es que ha perdido el pleito y que se va a quedar arruinado.

No tardó el viejo Jolyon en aprovechar la oportunidad que se le venía:

—No me extrañaría —convino—. Y arruinándole el hombre bien acomodado, Soames quiero decir, se hinchará los bolsillos. Pero, bueno, a lo que iba era a esto: si es que no va a vivir allí…

Pero viendo sorpresa y sospecha en la mirada de James, prosiguió rápidamente:

—Yo no quiero saber nada. Me figuro que Irene no querrá ir allí; pero eso no es cosa mía. De todas formas, yo estoy pensando en comprar una casa en el campo, no muy lejos de Londres, y si me conviniera el precio, pues lo pensaría…

James escuchó aquello con una mezcla de duda, sospecha y descanso, junto con una especie de temor por algo, a la vez que sintiendo la vieja confianza en la rectitud de juicio y buena fe de su hermano mayor. Le preocupaba lo que el viejo Jolyon pudiera saber o haber oído, y simultáneamente le vino la esperanza de que June y Bosinney hubieran quedado definitivamente arreglados, y que por eso el abuelo quería arreglar la situación del novio de su nieta. Estaba por completo sorprendido; como no quería parecerlo ni comprometerse en nada, dijo:

—Me han dicho que has alterado tu testamento en favor de tu hijo.

Nadie le había dicho nada de eso; meramente había sumado el hecho de haber sido vistos juntos los dos Jolyon al de haber retirado el testamento de la custodia de Forsyte, Bustard y Forsyte. Y el tiro dio en el blanco.

— ¿Quién te ha dicho eso? —preguntó Jolyon.

—Pues… la verdad que no me acuerdo. Se me olvidan los nombres muy fácilmente… Sólo sé que alguien me lo ha dicho. Soames ha gastado un montón de dinero en la casa. No creo que la deje, a menos de sacar un buen precio.

—Pues si cree que voy a pagar un precio de fantasía, está listo… Yo no tengo el dinero que él tiene para tirarlo por la ventana. Que intente vender la casa y veremos lo que saca. He oído que no es casa para cualquier pobrete.

James, que era de la misma opinión, dijo:

—Es la cara de un caballero. Soames está ahora aquí… Si quieres hablarle…

—No, no —dijo el viejo Jolyon—. No voy a llegar a tanto como a eso por ahora, ni es probable que llegue, si tenéis, como parece, tantas pretensiones.

James quedó un poco parado. Cuando se trataba de negocios, sólo se sentía a gusto al empezar a tratar con cifras, pues eso eran hechos concretos. Pero ahora se trataba de hombres, de circunstancias humanas, y estaba nervioso.

—Mira, yo no sé nada del asunto. Soames no me dice nunca nada…

Se abrió la puerta y entró Soames diciendo:

—Abajo hay un guardia. Pregunta por el tío Jolyon —y sonreía con su media sonrisa.

Jolyon le miró furioso, y James dijo:

— ¿Un guardia? Yo no sé nada de guardias. Tú sabrás… —y miró a Jolyon con mirada de sospecha—. Lo mejor será que te entiendas con él.

En el hall había, efectivamente, un inspector de Policía, que miraba cuidadosamente el hermoso mobiliario inglés adquirido por James en la famosa venta de Mavrojano, en Portman Square.

—Dentro está mi hermano —dijo James.

El inspector se llevó respetuosamente los dedos al borde del casco, y entró a ver al viejo Jolyon.

James le vio andar y experimentó una sensación extraña.

—Bueno —dijo a Soames—. Vamos a esperar a ver qué quiere. Tu tío tiene interés en comprarte la casa.

Volvió con Soames al comedor, pero no estaba tranquilo.

— ¿Qué es lo que pasa?

— ¿El inspector? —murmuró Soames—. Lo único que sé es que le han enviado aquí de Stanhope Gate. No me extrañaría que el tío Jolyon hubiera robado algo…

Pero, a pesar de su broma, él también estaba inquieto.

Al cabo de diez minutos, el viejo Jolyon entró en el comedor. Se acercó a la mesa, y allí quedó silencioso tirándose de los bigotes. James le miraba con la boca abierta. Nunca había visto a su hermano así.

Jolyon levantó la mano y dijo lentamente:

—El joven Bosinney ha sido atropellado en la niebla y ha muerto —y mirando alternativamente a su hermano y a su sobrino, dijo—: Se habla de… suicidio.

James abrió todavía más la boca.

— ¡Suicidio! ¿Y por qué se iba a suicidar?

El viejo Jolyon respondió:

—Dios lo sabrá, si tú y tu hijo no lo sabéis.

Pero James no contestó.

Para todos los hombres viejos, incluso para los Forsytes, la vida tiene sucesos amargos. El transeúnte que los ve envueltos en ropas elegantes, caras

y confortables, nunca se figura los momentos negros por que han atravesado. Para todo hombre de edad avanzada —para sir Walter Bentham incluso— la idea de suicidio se ha presentado al menos una vez en la antesala de su alma, en el mismo umbral, tratando de entrar, no entrando por alguna realidad que la casualidad deparó beneficiosa, por alguna esperanza débil que fue, poco a poco, cobrando verosimilitud. Para los Forsytes, aquel último renunciar a la propiedad es duro. ¡Sí, demasiado duro! Raramente —quizá nunca— llegan a la suprema renunciación; y sin embargo, ¡cuán cerca de ella han estado muchas veces!

Tal era el caso de James. Por fin habló:

— ¡Es lo que yo vi en el periódico ayer! Ponía: «Atropellado en la niebla». Pero no sabían el nombre.

Se volvió para mirar, lleno de confusión, los semblantes de su hijo y hermano; pero instintivamente rechazaba la idea del suicidio. No se atrevía a admitirla; iba contra sus intereses, contra los intereses de su hijo, de toda la familia Forsyte. Luchaba contra ella; y como su naturaleza rechazaba lo que no podía admitir sin perjuicio, poco a poco fue tranquilizándose. Era un accidente, no cabía la menor duda.

El viejo Jolyon habló como saliendo de un ensueño:

—La muerte fue instantánea. Ayer estuvo todo el día en el hospital. Nadie sabía quién era. Yo voy allí ahora mismo. Tú y tu hijo debierais venir también para ayudar a la identificación.

Nadie se opuso a esto, que fue una orden tajante, y le siguieron.

El día estaba claro y alegre, y desde Park Lane a Stanhope Gate, Jolyon llevó la ventanilla del coche abierta. Reclinado en los almohadones, apurando su cigarro, percibía con placer la limpieza del aire, el movimiento de la gente, la extraña y casi parisiense viveza que el día ponía en Londres tras el agobio de la niebla. Y se sentía a gusto, como no se había sentido en muchos meses. Su confesión a June de los proyectos que tenía se le había olvidado por completo, y sólo existían para él los proyectos de dicha en compañía de su hijo. (Se había citado con el joven Jolyon en el Hotch Potch aquella misma mañana para tratar de nuevo). Y además estaba en perspectiva la victoria sobre James y sobre el hombre bien acomodado en el asunto de la casa.

Pero ahora llevaba la ventanilla cerrada; no tenía corazón para mostrarse satisfecho. Además, no estaba bien que vieran a un Forsyte con un guardia.

En el coche, el inspector habló nuevamente refiriéndose al accidente.

—No estaba la niebla tan mal allí donde el atropello. El conductor dice que el caballero había tenido tiempo de retirarse tranquilamente del paso, pero que

lo que hizo fue meterse debajo. Parece que andaba muy mal de medios, pues hemos encontrado varias papeletas de empeño en su habitación, y su cuenta del Banco estaba ya agotada, y además lo del pleito, que viene en la Prensa… —y sus ojos tranquilos y fríos fueron de un Forsyte a otro, examinando a todos los que iban en el coche.

El viejo Jolyon vio cómo cambiaba la cara de su hermano. Ante las palabras del inspector, todos sus temores le volvieron. Mal de medios… papeletas de empeño…, cuenta agotada… Aquellas palabras, que siempre habían sido como una pesadilla lejana para él, hacían que cobrara fuerza la sospecha del suicidio, que quería desalojar de su mente. Buscó la mirada de su hijo. Pero inmóvil, taciturno, como una esfinge, Soames no correspondió a lo que esperaba su padre de sus ojos. Y el viejo Jolyon, que observaba, que adivinaba la liga defensiva que James intentaba formar con su hijo, sintió deseos de tener al suyo a su lado, como si la visita al cadáver de Bosinney fuera una batalla que, de no llamar a Jo, habría de luchar a solas. Y la idea de mantener a June fuera del triste asunto le punzaba el cerebro. James tenía a su hijo para apoyarse en él. ¿Por qué no había él de tener el apoyo de Jo?

Sacó el tarjetero y garrapateó el siguiente mensaje: «Ven inmediatamente. Te envío el coche».

Al salir, le dio la tarjeta al cochero, encargándole de ir lo más de prisa posible al Club Hotch Potch y preguntar si el señor Jolyon Forsyte estaba allí, darle el recado escrito y traerle al instante. Si no estaba, debía esperar hasta que llegara.

Siguió a los otros lentamente, apoyándose en el paraguas, y se paró un momento para tomar aliento. El inspector dijo:

—Éste es el Depósito, señor. Pero no tenga prisa.

En la blanca y fría habitación, vacía de todo, excepto de los rayos de sol que entraban dulcemente, había un cuerpo cubierto por una sábana. Con mano firme y movimiento preciso, el inspector se quitó el casco y lo mantuvo sobre el brazo doblado. Una cara sin vida los miraba, desafiante. Y ante aquella cara se detuvieron los tres Forsytes. Y en cada uno de ellos, las emociones calladas, el miedo y la compasión se alzaron, de acuerdo con la respectiva naturaleza y modo de ser, como se alzan las olas de la vida que ya nunca más se habían de alzar para Bosinney. Y cada uno de ellos, la naturaleza, el muelle fundamental, aquello que en los hombres es tan igual y tan enormemente distinto, los llevó a diferentes actitudes de pensamiento. Alejado de los otros, cada uno encerrado en sí mismo, cada uno estaba a solas con el muerto, en silencio y con los ojos bajos.

El inspector murmuró en voz baja.

— ¿Identifica usted al caballero, señor?

El viejo Jolyon asintió con un movimiento de cabeza. Miró a su hermano y a su sobrino al otro lado del cadáver, y los vio pálidos y confusos. Y todo lo que sintiera contra ellos desapareció ante la presencia de la Muerte. ¿De dónde viene? ¿Cómo viene? Repentina transformación de todo lo pasado, ciego que camina por camino ignoto hacia un fin previsto…, negro extinguirse del fuego vital, violento, brutal aplastamiento que todos los hombres han de padecer manteniendo los ojos firmes y valientes hasta el final… ¡Qué insignificante gusano es el hombre! Y el viejo Jolyon tuvo un gesto de supremo desprecio al ver que Soames, murmurando algo al oído del inspector, salió de allí.

James le miró repentinamente. Había una rara súplica en sus ojos: «Ya sé que yo no puedo compararme contigo», parecían querer decir. Y buscando el pañuelo en el bolsillo, se secó con él la frente sudorosa. Y salió de allí todo lo de prisa que pudo.

El viejo Jolyon se quedó solo, mirando fijamente al cadáver. ¿Quién podría decir lo que pensaba? ¿Quizá en él mismo, cuando su pelo era negro como el del muchacho muerto que estaba contemplando? ¿De él mismo, en los comienzos de la batalla, de la larga batalla que tanto había amado, que para aquel joven había terminado casi antes de empezar? ¿En las esperanzas, ya imposibles, de su nieta? ¿En aquella otra mujer? ¿En el dolor de todo aquel suceso?… ¡Qué final había tenido el contacto de pobre con su familia! ¡Y se hablaba de justicia! ¡No hay justicia entre los hombres, pues siempre van por el mal camino!

O tal vez, en su filosofía, pensaba: «Mejor terminar de una vez; mejor evitarse todo lo que se ha evitado este pobre muchacho…».

Alguien le tocó en el brazo.

Las lágrimas le nublaron la vista.

—Bueno, aquí no hago nada —dijo—. Tú vente conmigo cuanto antes, Jo —y con la cabeza inclinada salió.

Ahora le tocaba al joven Jolyon estar junto al cadáver, al lado del cual parecía que habían de pasar todos los Forsytes, tristes y postrados. El golpe había sido demasiado rápido.

Le preguntó al inspector lo que había sucedido, y éste, como un hombre que no tiene todos los días tantas oportunidades, se deshizo en detalles y consideraciones.

—Hay aquí, caballero, algo más de lo que parece a primera vista. Yo, personalmente, no creo en suicidio ni en accidente así a secas. Lo más seguro es que el pobre señor estuviera sufriendo terriblemente por algo, y ni se dio

cuenta de lo que le venía encima. ¿No le parece a usted?…

Y sacó un paquete y lo puso encima de la mesa. Lo desató cuidadosamente. Sacó un pañuelo de señora, doblado y atravesado por un alfiler de oro pálido, cuya piedra se había caído de la montura. Un suave perfume a violetas llegó hasta la nariz de Jolyon.

—Lo llevaba en el bolsillo de dentro —aclaró el inspector—. El pico de las iniciales ha sido cortado.

El joven Jolyon dijo con dificultad:

—No sé, no sé qué pueda ser.

Pero con todo detalle surgió ante él aquella cara trémula de alegría ante la llegada de Bosinney… Pensó en ella más que en su hijo, más que en nadie, en la mujer de los ojos negros, de la mirada dulce, de la cara pensativa que esperaba al hombre muerto, que quizá le estuviera esperando aquel mismo instante, tranquila y paciente bajo los rayos del sol.

Salió entristecido del Depósito y se encaminó a casa de su padre, pensando que aquella muerte rompería la familia Forsyte. El golpe había llegado más allá de sus defensas, al mismo tronco del árbol. Podían fingir despreocupación ante los ojos de Londres, pero el árbol estaba muerto y bien muerto, destrozado por el mismo hachazo que había segado la vida de Bosinney. Y ahora, las ramas jóvenes se desarrollarían más, erigiéndose cada una en nuevo custodio del sentido de la propiedad.

«¡Buen bosque el de los Forsytes! —pensó el joven Jolyon—. ¡La mejor madera del país!».

No cabía duda de que la familia rechazaría enérgicamente la hipótesis del suicidio por cuanto tenía de comprometedora. Para ellos sería un accidente, un golpe duro del hado. En sus corazones, incluso lo considerarían intervención de la Providencia, sanción a la mala acción de Bosinney de poner en peligro sus dos más queridas propiedades: su corazón y su bolsillo. Y quizá ni hablaran de «aquel lamentable accidente…». El silencio es siempre mejor.

El joven Jolyon consideraba la narración del conductor del autobús como de poco valor. Nadie, por muy locamente enamorado que esté, se suicida por falta de dinero. Ni era Bosinney persona para tomar demasiado a pecho una crisis económica. Y así, él también rechazaba la hipótesis del suicidio… Pero morir en la primavera de la vida lo consideraba tremendamente lamentable y triste, mucho más que la manera de llegar a la muerte, que era cosa circunstancial.

Solo en su comedor estaba el viejo Jolyon cuando su hijo llegó. Parecía muy frágil allí, enterrado en su gran sillón. Y sus ojos, que recorrían las

paredes con sus cuadros de naturaleza muerta, con los Pesqueros holandeses al atardecer, parecían pasar revista a su propia vida con sus esperanzas, sus triunfos y sus éxitos.

— ¡Hola Jo! —le saludó—. ¿Eres tú? Ya se lo he dicho a la pobrecita June. Pero hay que hacer otra cosa… ¿Por qué no vas a casa de Soames? Puede que, sin querer, sea ella la causa de todo. Pero de todas formas, no puedo menos de apenarme al recordarla. Ella sola, allí encerrada…, sin poder desahogarse con nadie… —y levantando su mano delgada y venosa, la cerró con dolor.

IX

El regreso de Irene

Dejando a James y a su tío Jolyon en el Depósito de Cadáveres, Soames corrió sin objetivo definido por las calles.

El trágico morir de Bosinney había alterado por completo la situación. Habíale desaparecido la sensación que la pérdida de un minuto pudiera ser fatal, y no correría el riesgo de decir a nadie la fuga de su mujer antes que el expediente, que sin duda tendría que instruirse, hubiera terminado.

Aquella mañana se había levantado temprano, a la llegada del cartero, y había recogido personalmente la primera correspondencia. No había nada de Irene; pero aprovechó para decir a Bilson que la señora se había embarcado y que él seguramente se embarcaría también el sábado o el domingo. Esto le daba tiempo para respirar, para remover las piedras hasta encontrarla.

Pero ahora, impedido de toda búsqueda por la muerte de Bosinney, por aquella muerte extraña que al recordarla le hacía el efecto de que le clavaban un hierro al rojo en el corazón, no sabía qué hacer, cómo pasar el día. Y anduvo de aquí para allá por las calles, mirando las caras de los transeúntes, devorado por cien ansiedades distintas.

Y mientras andaba pensaba en el que había terminado ya de andar, y que ya nunca rondaría su casa.

Por la tarde, los periódicos anunciaron la identificación del hombre atropellado. Les cerraría la boca si podía, y se fue a la City, donde estuvo reunido con Boulter un largo rato.

Cuando regresaba a su casa se encontró con Jorge Forsyte, que tendió a Soames un periódico, diciendo:

— ¡Oye! ¿Has visto el pobre Pirata?

Soames respondió fríamente:

—Sí.

Jorge le miró. Nunca había querido a Soames; ahora le hacía responsable de la muerte de Bosinney. Soames le había matado; le había matado con aquel acto de propiedad que había hecho al pobre Pirata sentirse enloquecido y andar por ahí sin hacer caso de la niebla ni de nada… Y en los ojos de Jorge brillaba una mirada de acusación.

—Aquí dicen que es un suicidio. ¡Pero es un asesinato!

James se encogió de hombros.

Un atropello como hay tantos.

Jorge arrugó en su puño el periódico nerviosamente. Y no pudo evitar dar un disgusto final a Soames.

— ¿Y qué? ¿Todos bien en casa? ¿Todavía sin Soamesitos?

Soames, blanco como la cal, le apartó a un lado y siguió su camino.

Al llegar a su casa, entró con su llavín, y lo primero que vio fue el paraguas de su mujer en el perchero. Liberándose a toda prisa del abrigo, corrió al salón.

Las cortinas estaban echadas, y un hermoso fuego de leños de cedro ardía en la habitación; a su luz, vio a Irene sentada en el rincón acostumbrado del sofá. Cerró la puerta lentamente y fue hacia ella. No se movió, como si le hubiera visto entrar.

— ¡Bueno! Ya estás aquí, ¿eh? —le dijo—. ¿Por qué estás tan a oscuras?

Al encender se fijó en su cara y la vio tan pálida e inmóvil que parecía muerta; y sus ojos parecían enormes, como los ojos inmóviles y asombrados de un búho. Y un búho parecía, envuelta en su abrigo de piel y acurrucada contra los almohadones: un búho cautivo, apoyado absorto en las barras de su jaula. La esbelta erección de su cuerpo había desaparecido, como si un golpe cruel la hubiera tronchado y como si hubiese para ella desaparecido toda razón de ser bella, esbelta y garbosa.

— ¿Conque ya estás aquí? —volvió Soames a preguntar.

Y ella siguió sin contestar, sin mirarle, mientras las llamas proyectaban sombras caprichosas sobre su rostro extático.

Quiso levantarse, pero él se lo impidió; y fue entonces cuando entendió el porqué de su regreso. Había vuelto como un animal herido de muerte vuelve a su cobijo, no sabiendo adonde ir, no dándose cuenta de lo que está haciendo, automática e inconscientemente.

Estaba seguro de que Bosinney había sido su amante; que ella había leído la noticia de su muerte. Quizá como él, había comprado un periódico en una esquina y había leído el suceso.

Había vuelto, pues, voluntariamente a la jaula que ansiaba dejar. Y comprendiendo el tremendo significado de aquello, estuvo a punto de gritarle: «¡Vete de aquí! ¡Llévate tu persona que yo amo fuera de mi casa! ¡Fuera de aquí con esa cara de pena, antes que la destroce! ¡Fuera de aquí para siempre!».

Y ante estas palabras no dichas, la vio levantarse y marchar, como en un sueño terrible, del que pugnaba por despertar; levantarse y alejarse sin una palabra, sin una mirada, sin un pensamiento para él, sin dejar rastro de su presencia.

Entonces, contradiciendo lo que no había llegado a decir, exclamó:

— ¡No! ¡Quédate aquí! —y se sentó en la silla en que se sentaba siempre, junto a la chimenea.

Quedaron en silencio.

Y Soames pensaba: «¿Por qué, por qué…? ¿Qué he hecho yo para sufrir tanto? ¿En qué he faltado yo para tener este castigo?».

Y la vio allí, acurrucada como un pájaro que ha recibido un disparo y está muriendo, cuyo pecho jadea al escapársele el aire vital, cuyos ojos miran al cazador con lenta e inexpresiva mirada y se despiden de todo lo que en el mundo era bueno: del sol, del aire, de su compañero…

Y así siguieron sentados, cada uno a un lado del hogar, en silencio.

El humo de la leña de cedro, que a Soames tanto le gustaba, se le agarraba a la garganta, hasta que no lo pudo soportar y tuvo que abrir de par en par la puerta, y tuvo que salir a la calle, y por ella, sin abrigo ni sombrero, vagó.

Por un paseo de los jardines un gato medio muerto de hambre se acercó a Soames, que pensaba: «¿Cuándo voy a acabar de sufrir?».

En un portal vio a un hombre al que conocía, y que se llamaba Rutter, quitándose el barro del calzado con un aire de seguridad y dominio que parecía decir: «¡Yo soy el amo de esta casa!». Soames siguió sin saludarle.

Lejos sonaban las campanas de la iglesia donde él e Irene se habían casado. Sintió gran deseo de beber algo fuerte, algo que le sumiera en la indiferencia o le exaltara hasta la furia. Si pudiera estallar y liberarse de aquella red que le aprisionaba… Si pudiera rendirse a la idea de divorciarse; si pudiera separarse de ella y olvidarla, olvidarla… Si pudiera rendirse a la idea de dejarla marchar en paz, ya que había sufrido tanto… Si pudiera decidirse a

someterla por la violencia, ya que era suya, su mujer… O si pudiera decirse que no le importaba nada, que no había de hacer caso de nada. Pero no podía llegar a ninguna decisión. El asunto era demasiado serio para poder decidir. Al otro lado de la plaza, los niños, que jugaban sus últimos momentos del día, mezclaban sus gritos con el sonar de aquellas campanas.

Soames se tapó los oídos. Se le ocurrió pensar que hubiera podido ser él y no Bosinney el muerto… Algo blando y suave se restregaba contra sus piernas: era el gato hambriento. Y un sollozo, que le conmovió de pies a cabeza, se escapó del pecho de Soames. Todo estaba silencioso ya y tranquilo; las ventanas de las casas le miraban, encendidas. Cada una de aquellas casas encerraban a sus dueños y sus historias respectivas. Y de repente vio que la puerta de su casa estaba abierta, y que en el rectángulo de luz se dibujaba la figura de un hombre. Se dirigió allí. Vio su abrigo tirado sobre una silla, los platos de porcelana que ornaban las paredes del hall y a aquel hombre que seguía allí de pie.

Ásperamente le preguntó:

— ¿Qué quiere usted, señor mío?

El visitante se volvió a él. Era el joven Jolyon.

—La puerta estaba abierta y no me decidía a entrar. ¿Podría ver a tu mujer un momento? Traigo un recado para ella.

Soames le miró con acritud.

—Mi mujer no puede recibir a nadie.

El joven Jolyon murmuró amablemente:

—No la entretendré ni un minuto.

Soames le apartó y se puso ante él para impedirle la entrada.

—He dicho que no puede recibir a nadie…

La mirada del joven Jolyon le dejó y se dirigió al fondo del hall, y Soames se volvió a mirar. En la puerta del salón estaba Irene, con los ojos como loca, la boca entreabierta, las manos extendidas. Al ver a los dos hombres, la luz de descabellada esperanza que hubo en su rostro se desvaneció, y las manos le cayeron a los costados.

Soames se volvió a su primo, y al ver la mirada que había en sus ojos, un grito como un rugido escapó de su garganta.

— ¡Ésta es mi casa! —dijo—. Yo llevo mis asuntos y a nadie le importa nada… Ya te lo he dicho una vez, y te lo repito de nuevo. ¡Ésta es mi casa! — y cerró de un portazo.

****

INTERLUDE

EL VERANEO DE UN FORSYTE

A ANDRÉ CHEVRILLON

I

El día último de mayo de comienzos del novecientos, hacia las seis de la tarde, el viejo Jolyon estaba sentado bajo el roble del jardín de su casa de Robin Hill. Estaba esperando a que los mosquitos le irritaran lo bastante para hacerle meterse dentro y abandonar la gloria de la tarde al aire libre. Su mano, flaca y negruzca donde las venas resaltaban, mantenía la colilla de un puro entre los dedos largos y afilados, una de cuyas uñas persistía larga desde los tiempos victorianos, en que era tan elegante llevarlas de forma que demostrase que su propietario no tenía que tocar nada, ni siquiera los extremos de los otros dedos. Su frente abombada, su rostro enteco y sus bigotazos blancos se protegían del sol con un viejo sombrero de paja. Tenía las piernas cruzadas, y todo en su aspecto era de elegancia y reposo, como de hombre que todas las mañanas se ponía unas gotas de colonia en el pañuelo de seda. A sus pies yacía aquel perro de raza poco definida, el perro Baltasar, entre el cual y el viejo Jolyon la aversión primera se había trocado en amistad con el transcurso de los años. Junto a su silla había otra más pequeña, y en ella estaba sentada la muñeca de Holly, llamada Alicia, con la cintura doblada y la nariz casi tocando la faldita negra. Era una muñeca mimada; así, pues, no importaba la postura en que se sentase. Bajo el roble, el terreno declinaba hacia una banda donde crecían los helechos, y tras aquella banda estaban los terrenos del estanque, aquellos que años atrás, bajo aquel mismo árbol, habían parecido a Swithin Forsyte hermosos y notables, precisamente cinco años antes, cuando fue en coche con Irene a ver la casa.

El viejo Jolyon había oído contar el éxito de su hermano como cochero, pues aquel paseo se había hecho famoso en la Bolsa Forsyte. ¡Swithin! El pobre había muerto en noviembre último, sin contar más que setenta y nueve años, renovando con su fallecimiento las dudas que se apuntaban sobre la inmortalidad de los Forsytes, que habían empezado cuando tía Ana había pasado a vida mejor. Había muerto, y no quedaban más que Jolyon, James, Timoteo, Julia y Ester. Y el viejo Jolyon pensaba: «¡Ochenta y cinco años ya! Y no los siento más que cuando me da el dolorcillo ese…».

Trataba de recordar. No se había dado cuenta de que era viejo desde que compró la malhadada casa de su sobrino Soames y se estableció en Robin Hill hacía ya más de tres años. Era como si cada primavera se hubiera rejuvenecido por vivir en el campo con su hijo y con sus nietos June, Holly y Jolly, los hijos del segundo matrimonio de su hijo; por vivir lejos del bullicio y ajetreo de Londres y de los chismes y murmuraciones de la «Bolsa Forsyte», libre de Consejos de Administración, y en aquella atmósfera de descanso y bienestar. Todas las contrariedades que se habían acumulado en su corazón durante aquel largo y trágico asunto de June, Soames, Irene y el pobre Bosinney habían desaparecido. Hasta June había abandonado toda melancolía, y prueba de ella era el viaje por España que estaba haciendo con su padre y su madrastra. Una paz chocante y perfecta había quedado tras su partida. Se sentía feliz, aunque un poco solo porque su hijo no estaba allí. Jo era su gran compañero, pues las mujeres, hasta las más buenas, atacan los nervios, a menos que se esté enamorado de ellas.

Muy lejos se oía el canto de un cuco; una paloma torcaz arrullaba en un álamo, y las margaritas y otras florecillas habían crecido esplendentes tras la última siega. El viento soplaba, dulcísimo, del Sudoeste. Se echó el sombrero atrás y dejó que el sol le acariciara la mejilla. No sabía por qué, pero aquel día necesitaba la compañía de alguien, necesitaba una cara grata que mirar… La gente trataba a los viejos como si no necesitasen nada. Y con su filosofía no forsyteana pensaba: «Uno no ha tenido nunca todo lo que deseaba. Con un pie en la sepultura, uno sigue deseando cosas». Allí, lejos de los negocios, con sus nietos, las flores, los árboles y los pájaros, seguía deseando pronunciar un «ábrete, sésamo», que le pusiera en posesión de cosas inconcretas vagamente deseadas. Siempre se había conmovido ante lo que la gente empezaba a llamar «Naturaleza»; se había conmovido sincera, genuina, religiosamente casi, aunque no había perdido la costumbre de llamar puesta de sol a una puesta de sol y paisaje a un paisaje. De todas formas, la Naturaleza le conmovía profundamente. Cada uno de aquellos días largos, suaves y brillantes, con la manita de Holly entre las suyas y el perro Baltasar ante su vista, paseaba entre las rosas abiertas, entre las enredaderas, entre las hojas de roble que brillaban al sol; escuchaba el canto de los estorninos y de las alondras, pensando tal vez que no le quedaba mucho tiempo de gozar de aquello. La idea de que algún día —quizá antes de diez años, tal vez antes de cinco— todo aquel mundo desaparecería para él antes de haberse agotado su capacidad de amarlo, le parecía una injusticia amenazadora. Si en la otra vida se encontraba con algo, no sería con lo que él querría, no sería Robin Hill con sus flores y sus pájaros, con aquellas caritas que tanto amaba. Con el transcurso de los años, su desagrado por lo ficticio había aumentado; sólo sentía reverencia por tres cosas: la belleza, la conducta recta y el sentido de la propiedad. Pero ahora, para él, la más hermosa de aquellas Gracias era la Belleza. Siempre había

estado en todo, y hasta entonces leía el Times, pero muy fácilmente lo dejaba para escuchar el canto de un mirlo. Conducta recta, propiedad… ¡Eran cosas que cansaban! Pero los pájaros y las puestas de sol no le cansaban nunca, sólo le producían el pensamiento triste de que nunca podría saciarse de su belleza. Contemplando la tranquila tarde radiante y las flores doradas y blancas, pensó que aquel tiempo del año era como la música de Orfeo, que hacía poco había oído en Covent Garden. Una buena ópera, no como la música de Meyerbeer ni de Mozart, pero en otros aspectos más bellas todavía. El anhelo de Orfeo por la belleza que se le estaba escapando, por su amor que iba hacia el Infierno, como van en la vida el amor y la belleza, el anhelo que se percibe en aquella maravillosa música se percibía también en el aire y el clima de aquella tarde. Con la punta de su bota despertó al perro Baltasar, que se entregó a una orgía de vueltas en el intento de morderse el rabo para matarse alguna pulga; pues aunque oficialmente no tenía ninguna, no había medio de que se convenciera. Paró el perro, se restregó contra su amo y se echó en el suelo con la mandíbula apoyada sobre el pie que le había despertado. Y el viejo Jolyon tuvo un recuerdo repentino; el rostro que había visto en la Opera tres semanas atrás, el rostro de Irene, de la mujer de su querido sobrino Soames, aquel hombre tan bien acomodado… Aunque no lo había vuelto a ver desde la gran reunión familiar en su casa de Stanhope Gate, en que se había celebrado el desdichado compromiso matrimonial de su nieta June con el pobre Bosinney, la había reconocido al instante, pues siempre la había admirado…, era una criatura hermosa. Tras la muerte de Bosinney, cuya amante tan censurablemente había sido, sabía que había dejado a Soames inmediatamente. Dios sabía lo que había estado haciendo desde entonces. El verla en el teatro era el único dato que tenía para pensar que había vivido todo aquel tiempo. Nadie volvió a hablar de ella. Pero no; Jo le había dicho algo de ella una vez…, algo que le había preocupado. Su hijo lo había sabido por Jorge Forsyte, que había visto a Bosinney el día que le pilló el coche, algo que explicaba la desesperación del pobre joven…, algo que Soames había hecho a su mujer, un acto lamentable. Jo la había visto a ella también aquella tarde del día en que se supo lo del atropello, y la descripción que le hizo de ella se había quedado adherida dolorosamente ante el recuerdo del viejo Jolyon. Y al día siguiente, June había ido allí; se había guardado sus sentimientos y había ido allí; y la muchacha le había dicho que la señora se había marchado por la noche sin dejar rastro. ¡Un asunto desagradable por completo! Sólo una cosa era segura: Soames no había podido echarle la mano encima. Y él estaba viviendo en Brighton el hombre bien acomodado… ¡Que se aguantase! Pues cuando el viejo Jolyon tomaba antipatía a alguien —como a su sobrino—, no se la perdía ya nunca más. Recordó la sensación de descanso que le produjo el saber que Irene había desaparecido. Era lamentable pensar que estaba como prisionera en la casa a que había acudido como un animal herido, tras saber por la Prensa de la

«Muerte de un arquitecto», atropellado en la calle. La otra noche le había sorprendido mucho la cara de Irene: más hermosa que nunca, pero como con una máscara que ocultaba algo. Era muy joven todavía —veintiocho o menos — y no era difícil que tuviera otro amante. Pero ante aquella idea subversiva —pues las mujeres casadas no deben volver a amar, pues una vez ya es demasiado—, sintió que algo se alzaba en protesta en su interior y, a la vez, se alzaba también la cabeza del perro Baltasar. El sagaz animal se levantó y miró al viejo Jolyon a la cara.

— ¿Damos un paseo? —parecía decir.

Y el viejo Jolyon le respondió:

—Vamos a dar un paseo, hombre.

Lentamente, como a los dos gustaba hacerlo, echaron a andar entre las margaritas y se metieron en los helechos. Llegaron después a un sitio desde donde se veía toda la casa, y el viejo Jolyon pensó que Bosinney había hecho una obra hermosísima. ¡Cuánto le hubiera gustado contemplarla si viviera! Y ¿dónde estaría Bosinney ahora? ¿Estaría viendo en espíritu aquella casa, o su espíritu se habría difundido por todas las partes? El perro se estaba manchando las patas de barro. Después de este pensamiento se dirigió hacia un soto donde había un bellísimo macizo de campanillas; pasando por el establo y por el huerto, y al otro lado del gallinero, llegó a donde estaban las campanillas. El perro Baltasar, que iba delante de él, emitió un prolongado aullido; le dio una patada, pero el perro quedó inmóvil y el pelo se le erizó en el lomo. Quizá de ver así al perro, o quizá a causa de la sensación que el hombre a solas siente en el bosque, el viejo Jolyon sintió que algo le corría por la espina dorsal. Y donde el caminillo que seguía se desviaba, sentada en un viejo tronco cubierto de musgo, estaba una mujer. Tenía la cara vuelta hacia otro lado, y el viejo Jolyon pensó que no tenía derecho a entrar en sus terrenos. La mujer le miró. Era Irene. Jolyon se sintió confuso, y vio las cosas borrosas… Ella se levantó y le miró sonriente, con la cabeza un poco inclinada. Y él pensó:

— ¡Qué hermosa es!

No le habló, ni él tampoco a ella, y comprendió con admiración el porqué del mutuo silencio: sin duda estaba allí para revivir algún recuerdo, y él no quería quebrantar su intimidad con una pregunta vulgar.

—No dejes que se te acerque el perro. Está lleno de barro… Ven aquí, Baltasar.

Pero el perro se dirigió a la visitante, que le acarició la cabeza. El viejo Jolyon dijo rápidamente:

—Te vi en la Opera hace unas cuantas noches; tú no me viste a mí.

—Sí… Ya lo creo que te vi…

Notó una suave adulación en sus palabras cuando le dijo:

— ¿Crees que te es fácil pasar inadvertido?

—Los demás están en España —dijo abruptamente—. Yo estoy solo y se me antojó irme a la Opera. Es una buena compañía. ¿Has visto los establos?

En una situación tan cargada de misterio y hasta de emoción, instintivamente se sintió inclinado a mostrar su propiedad. Ella se le acercó. Su cuerpo se balanceaba ligeramente, como el más elegante figurín francés. Su cuerpo también era de un gris muy francés. Notó que tenía algunas canas en su pelo ambarino, tan extraño con aquellos ojos tan negros y aquella cara pálida y cremosa. Una mirada repentina de sus ojos aterciopelados le conturbó. Parecía venir de muy hondo, de muy lejos, de otro mundo casi, o, de todas formas, de una persona que no vivía mucho en éste. Y dijo mecánicamente:

— ¿Dónde vives ahora?

—Tengo un piso pequeño en Chelsea.

No quería saber lo que hacía, no quería saber nada de su vida; pero la palabra perversa le vino sin querer a los labios.

— ¿Sola?

Ella asintió. Y le satisfizo enormemente saberlo. Y se le ocurrió que de no ser por la casualidad, ella sería dueña de aquellos terrenos y le mostraría a él los establos como a un visitante cualquiera.

—Todas, de raza Alderney —murmuró—. Dan muy buena leche. Ésta es hermosísima. ¡Sooo, vaca!

La vaca estaba inmóvil, mirando con sus ojos dulces y tan negros como los de Irene, mientras de la boca le caía un hilo de saliva sobre el heno. El viejo Jolyon dijo:

—Anda, quédate a cenar conmigo. Luego te llevará a casa mi coche.

Se dio cuenta de que en el interior de ella se planteaba una lucha, y era lógico, con tantos y tan tristes recuerdos como tendría. Pero él necesitaba su compañía, una cara grata, una figura encantadora, belleza… Se había sentido muy solo por la tarde. Quizá en sus ojos había tanto ruego, que ella accedió:

—Gracias, tío Jolyon. Me quedaré a acompañarte.

— ¡Muy bien! ¡Vamos, entonces!

Y se frotó las manos con satisfacción. Y precedidos del perro Baltasar, se dirigieron a la casa. El sol estaba ya casi a la altura de sus cabezas, y Jolyon

podía por eso ver no sólo las hebras de plata del pelo de Irene, sino también las incisiones en su piel que hacían que sus facciones resaltasen con la nitidez del relieve de una moneda, con la nitidez de una vida no compartida con nadie.

—La entraré por la terraza —pensó—. La trataré como huésped de honor.

— ¿Qué haces todo el día? —le preguntó.

—Doy clases de música. Además, me dedico a otra cosa muy interesante.

— ¡El trabajo! No hay nada como el trabajo; es lo que más ayuda —dijo el viejo Jolyon—. Yo ahora no hago nada. Y ¿cuál es esa cosa interesante que dices?

—Pues busco mujeres que sufren para ayudarlas.

El viejo Jolyon no entendió por completo.

— ¿Mujeres que sufren? Y ¿en qué las ayudas?

—Pues en casi nada, pues no tengo dinero que darles. No les doy más que algo de comida y el interés y cordialidad posible.

Involuntariamente, la mano del viejo Jolyon se le fue al bolsillo. Preguntó:

— ¿Y cómo encuentras esas mujeres?

—Voy a un hospital.

¿A un hospital? ¡Caramba!

—Lo que me impresiona más es que todas tienen o han tenido alguna clase de belleza.

Jolyon cogió la muñeca de su nieta.

— ¡Belleza! —murmuró—. Sí, el dolor de siempre, la pena de siempre…

Y se encaminó a la casa. Entraron por una puerta-balcón, que no tenía las persianas echadas, a una habitación donde él leía el Times y unas revistas de agricultura que luego sus nietos destrozaban.

—La cena está en media hora. Querrás lavarte las manos, ¿verdad? Te llevaré al cuarto de June.

La vio mirar ansiosamente a su alrededor… ¡Qué cambiado lo encontraría todo desde la última vez que viera la casa con su marido, con su amante o con los dos! Pero todo aquello había pasado y no había que recordarlo más. Dijo:

—Mi hijo Jo es pintor, no sé si lo sabes. Tiene muy buen gusto. A mí no me ha dado nunca por la pintura; pero que haga lo que quiera…

Irene estaba de pie y completamente inmóvil, mirando la habitación, que era la sala de música. El viejo Jolyon tuvo una impresión rara. ¿Estaba

tratando de conjurar el espíritu de alguien de entre las sombras de aquel espacio gris perla y plateado? Él hubiera decorado aquello en oro. Era más sólido y menos manchadizo. Pero Jo tenía gustos franceses y lo había dejado todo con un aspecto de ceniza de puro que no le gustaba. Mentalmente había llenado todo aquel espacio de la habitación con aquellas obras maestras enmarcadas en oro que había comprado cuando el gusto era todavía bueno y se apreciaba el tamaño de las cosas. Y ahora, ¿adónde había ido todo a parar? Lo había vendido por lo que quisieron darle, pues aquello que había en él y, diferenciándole de los demás Forsytes, le hacía andar a compás con los tiempos, le había obligado a no empeñarse en conservar sus antiguallas. Pero lo que él conservaba era los Pescadores holandeses al atardecer.

Empezó a subir las escaleras con Irene, muy despacio, pues le dolía el costado.

—Aquí están los cuartos de baño. Y aquí, los cuartos de los niños. Y éste es el cuarto de Jo y de su mujer. Todo se comunica. Pero tú te acordarás seguramente.

Irene asintió. Llegaron a un cuarto muy grande con una camita muy pequeña y varias ventanas.

—Ésta es mi habitación.

Las paredes estaban llenas de retratos de los nietos y de acuarelas, de las que dijo:

—Todas las ha pintado Jo. La vista es excelente. En buen tiempo se ve hasta Epsom.

El sol se había puesto ya tras la casa y los árboles brillaban débilmente.

—Esto cambia mucho —dijo—. Habrá que verlo cuando nos hayamos ido todos al otro barrio. Me alegro de haber marchado de Londres.

Ella tenía la cara junto al cristal de una ventana y él quedó sorprendido por la tristeza que demostraba.

— ¡Si yo pudiera de alguna manera hacerla feliz! —pensó.

Y tomando el jarro de agua caliente salió a la galería.

—Éste es el cuarto de June —dijo, abriendo la puerta inmediatamente y dejando el jarro—. Creo que encontrarás todo lo necesario.

Y, cerrando la puerta tras ella, se fue a su habitación. Se peinó y se echó colonia, muy pensativo. ¡Había venido Irene tan misteriosamente, de una manera tan romántica…! Como si su deseo de compañía lo hubiera satisfecho Dios. Y se estiró ante el espejo, se cepilló el bigote y se frotó de nuevo con colonia. Tocó la campanilla.

—Se me había olvidado decir que tengo una señora invitada a cenar. A ver si hacen algo especial para ella. Diga a Beacon que tenga el landó preparado para las diez y media. ¿Está ya dormida la niña?

La muchacha dijo que creía que no. Y el viejo Jolyon fue a verla. Entró en su cuarto despacio por si estaba dormida. Y Holly estaba dormida, y parecía una Virgencita de esas que pintaron los antiguos pintores. Sus largas pestañas sombreaban sus carrillos, y en su carita se reflejaba una perfecta paz: sin duda sus asuntos marchaban todavía bien. Y el abuelo la miraba con adoración a la media luz del cuarto. Tenía una capacidad mayor que la normal de sentirse revivir en su descendencia, que era para él una verdadera promesa de futuro personal. Allí estaba la niña con toda la vida por delante, y en sus venas llevaba la sangre suya, de su abuelo, o, al menos, parte de la sangre de su abuelo. Allí estaba la pequeña, su compañera, a la que él quería hacer feliz, muy feliz…, que no supiera nunca más que de amor y de bien. El corazón se le henchía de gozo al ver a su nieta. Por fin dejó de contemplarla y salió amortiguando el ruido de sus pasos. En el corredor le vino una idea rara a la cabeza: ¡Y pensar que los niños podrían llegar a sufrir tanto como Irene! ¡Que pudieran sufrir como aquellas mujeres a las que ella trataba de ayudar! Mujeres que una vez habían sido pequeñitas como su nieta, que habían tenido sueños en paz, como Holly en aquellos instantes…

—Voy a darle un cheque para esas pobres mujeres. No puedo soportar la idea de pensar en ellas —se dijo.

Y bajó las escaleras hasta que llegó a la bodega. Allí había un rinconcito que valía lo suyo: botellas de a dos libras cada una, lo menos. Steinberg Cabinet, el mejor vino que gustaron paladares humanos, de perfecto bouquet, verdadero néctar… Sacó una botella, manejándola con el cuidado que se maneja a un niño. Estaba cubierta de polvo, y el tocar su delgado cuello le llenó de placer. Tres años para reposar el viaje desde Londres… Estaría de primera. Hacía treinta y cinco años que la había comprado. Gracias a Dios, había conservado su paladar y el derecho a bebérsela. Irene apreciaría el detalle. Limpió la botella, sacó el corcho con sus propias manos, lo acercó a la nariz, aspiró su perfume y volvió a la sala de música.

Irene estaba de pie junto al piano; se había quitado el sombrero y el chal de encaje que llevaba, y el rubio de su pelo lucia junto a la albura de su cuello. Con su traje gris constituía una bella estampa para el viejo Jolyon.

Le dio el brazo y salieron con toda solemnidad. El comedor, proyectado para veinticuatro comensales, no tenía sino una mesa pequeña y redonda. En su soledad actual, la mesa grande que tenían entristecía a Jolyon y la había hecho retirar hasta que volviera su hijo. Aquí, en compañía de dos realmente buenas copias de Madonnas de Rafael, solía cenar solo. Era la única hora triste

del día en aquel verano. Nunca había comido mucho, como Swithin, o Sylvanus Keythrop o Antonio Throrworlhy, sus camaradas de tiempos pasados; y cenar solo, contemplado por las Madonnas, era para él cosa lamentable. Pero aquella noche era diferente. Le guiñaba los ojos a Irene y le hablaba de Suiza y de Italia, contándole cosas de cuando viajó por allí, y ciertos sucesos graciosos que ya no podía contar a su hijo y a su nuera porque se los sabían de memoria. Tener nuevo auditorio era gran cosa para él. Nunca le había gustado cansar a la gente con repeticiones. Le hubiera gustado mucho hacer hablar a Irene; pero aunque ella sonreía y seguía con atención lo que le contaba y parecía pasarlo bien, él se daba cuenta de aquel misterioso alejamiento, que en ella constituía quizá la mitad de su encanto. No podía soportar a las mujeres que se inclinan hacia uno y le cuentan cosas y más cosas, ni a las sabihondas que de antemano adivinaban lo que se les iba a decir. Sólo había una cosa en la mujer que le atraía: encanto sereno, y cuanto más sereno, mejor. E Irene tenía aquel encanto, sombrío como una montaña de Italia al sol poniente, o como aquellos valles y colinas que él había amado tanto. El sentimiento de que estaba como alejado, como enclaustrado en claustro de marfil, le hacían sentirla más cercana a su modo de ser, más deseable compañera de mesa. Cuando un hombre es muy viejo, le gusta sentirse seguro de las rivalidades de la juventud, porque todavía, y a cualquier edad, se tiene corazón. Y él miraba sus ojos y sus labios y se sentía joven. Pero el perro Baltasar también la estaba mirando y le molestaba la conversación, y le desagradaba el color de aquel líquido dorado que bebían.

Ya había anochecido cuando, terminada la cena, entraron en la sala de música. Con el cigarro en la boca, el viejo Jolyon pidió:

—Toca algo de Chopin.

Por los cigarros que fuman y la música que aman, podréis conocer el alma de los hombres. El viejo Jolyon no podría soportar un cigarro muy fuerte ni la música de Wagner. Le gustaban Beethoven y Mozart, Haendel, Glück y Schumann y, por alguna razón, las obras de Meyerbeer; pero en sus últimos años se había visto seducido por Chopin, lo mismo que en pintura había sucumbido ante Botticelli. Al ceder a estos gustos, fue consciente de divergencia con la edad de oro. La poesía de sus tiempos no era la de Milton y Byron y Tennyson; la de Rafael y Tiziano, Mozart y Beethoven. Era podría decirse, algo oculto tras un velo; su poesía no golpeaba la cara de nadie, sino que introducía los dedos en el pecho y oprimía suavemente el corazón. Y no importándole nada, procuraba ver las pinturas de unos y escuchar la música de los otros.

Irene se sentó al piano bajo la lámpara eléctrica, y el viejo Jolyon, en un sillón desde donde podía verla; cruzó las piernas y aspiró lentamente el humo de su cigarro. Permaneció ella unos instantes con las manos en las teclas, sin

duda pensando qué tocar. Al fin empezó a tocar y en su oyente se produjo un sentimiento doloroso y dulce a la vez, distinto a todo lo que había para él en el mundo. Cayó poco a poco en un trance que interrumpía tan sólo para llevarse el puro a la boca. Ella estaba allí, y él había bebido buen vino, y estaba fumando un buen tabaco; pero además había un mundo lleno de sol, y un prado verde y un estanque por el que sobrevolaban cigüeñas, y unas vacas en el prado, y una mujer impalpable extendía, triste, los brazos, y su blanco cuello y sus ojos negros fascinaron a una estrella que cayó del cielo y quedó clavada en el cuerno de una vaca. Abrió los ojos. ¡Hermosa pieza! Y ella tocaba como un ángel. Y volvió a cerrarlos de nuevo. Se sentía milagrosamente triste y feliz, como uno se siente bajo un naranjo en flor. No es que reviva su vida, pero es que parece que le miran a uno unos bellos ojos y le sonríen unos labios de mujer… Dio una sacudida a la mano. Le había estado colgando y el perro Baltasar se la había estado lamiendo todo el tiempo.

— ¡Hermoso! —dijo—. Sigue, más Chopin…

Ella empezó a tocar de nuevo. Esta vez su parecido con la música de Chopin lo creía extraordinario. El balanceo que le había notado estaba en la música aquella también, y el Nocturno que ella había escogido era expresión de la dulce negrura de sus ojos y de la luminosidad de sus cabellos tanto como de la luz de una luna de oro. Seductora, sí; pero con nada de Dalila en ella ni en su música. Una espiral larga subía de su cigarro al techo.

— ¿Y así nos vamos? ¿No más belleza? ¿Nada más?

Irene volvió a parar.

— ¿Te gustaría algo de Glück? Dicen que escribía su música en un jardín lleno de sol y una botella de vino al lado.

—Sí, sí… Algo de Orfeo.

Y a su alrededor había ahora campos dorados con flores de plata, con blancas figuras que se balanceaban al sol, y brillantes pájaros que volaban por doquier. Todo era verano. Olas de ternura y de nostalgia iban y venían en su alma. Le había caído encima algo de ceniza. Sacó el pañuelo para sacudirse y aspiró el perfume de colonia.

— ¡Ah! Un verano… Eso es la vida.

Y dijo:

—No has tocado Che faro.

Ella no contestó ni se movió. Él se dio cuenta de algo… La vio que se levantaba rápidamente y se le volvía de espalda, y un flechazo de remordimiento le atravesó el corazón. ¡Qué torpe había sido! Como Orfeo, ella estaba buscando al ser perdido en los senos de su recuerdo… Y trastornado de

pena, se levantó de la butaca. Ella había ido hasta la gran ventana del fondo. La siguió ansioso. Tenía las manitas cruzadas sobre el pecho, y pudo ver sus mejillas muy pálidas. Muy emocionado, le dijo:

— ¡Hija mía, hija mía!

Las palabras se le habían escapado impensadamente: eran las mismas que decía a Holly cuando le dolía algo, pero su efecto fue desolador. Levantó las manos, se cubrió la cara con ellas y rompió a llorar.

El viejo Jolyon la contemplaba con mirada profunda. La vergüenza apasionada que parecía sentir de su explosión de dolor, tan diferente del control y quietud de siempre, era como si nunca antes hubiera llorado delante de otra persona.

— ¡Vaya, vaya!… No llores, no llores.

Ella se volvió y apoyó sus brazos en el pecho del anciano y siguió llorando. El viejo Jolyon estaba muy erguido, y con la mano le daba apretones de consuelo en el hombro. El perro Baltasar, sentado, los miraba con gran extrañeza. Aquella mano pasó a la nuca, inclinó la cabeza y le dio un beso en la frente; ella le tomó la otra y le devolvió el beso. Después se quedó algo más tranquila.

Aquel beso en la mano le llenó de satisfacción y le hizo sentirse un poco padre de ella. Dándole palmaditas en la espalda, se la llevó de la ventana y la hizo sentarse. El perro Baltasar, que los siguió, depositó a sus pies, como una ofrenda, el hueso que estaba royendo.

Para entretenerla y distraerla de su dolor, se la llevó por la casa; le enseñaba todas las cosas de porcelana que había.

—Mira, esto lo compré en casa de Jobson. Me costó treinta libras. Es muy vieja. Este perro sigue con el hueso; se lo dejará en cualquier parte. Mira qué bonito: esto es de Chelsea. ¿Qué te parece que costó?

Y se iba tranquilizando, pues ella, por su buen gusto e interés por las obras de arte, se iba tomando alguno, poco a poco, por lo que le enseñaba.

Cuando, al fin, oyó el ruido del coche, le dijo:

—Tienes que volver otro día; vente a almorzar. Así, con buena luz, te enseñaré todo esto y verás a mi nieta. Es un encanto de niña. El perro parece que te ha tomado simpatía.

Pues Baltasar, dándose cuenta de que se iba y, al fin, podría quedarse a solas con su amo, se frotaba contra Irene. Cuando llegaron al pie del coche, el viejo Jolyon le dijo:

—En poco más de una hora estás en casa. Toma esto para esas pobres

mujeres que proteges.

Y le puso un cheque de cincuenta libras en la mano. Vio cómo le brillaban los ojos y le oyó murmurar:

—Muchas gracias, tío Jolyon.

Sintió una verdadera satisfacción. Una o dos pobres criaturas recibirían alivio a sus desgracias, y el que ella lo aceptase significaba que vendría otra vez a verle. Ya dentro del coche, volvió a darle la mano otra vez. Y el vehículo echó a andar, y él se quedó mirando a la luna en las sombras del jardín, pensando: «¡Qué noche tan agradable!». Y ella…

II

Dos días de lluvia, y el verano entró suave y soleado. El viejo Jolyon paseaba y hablaba con Holly. Al principio se sentía más fuerte y lleno de vigor; después se sentía impaciente. Casi todas las tardes iba con su nieta paseando hasta el tronco. «No está, no está», solía pensar, y se volvía hacia la casa arrastrando los pies con cansancio y apretándose con la mano el costado. De vez en cuando le asaltaba la duda: «¿Vino en realidad, o es que lo soñé?». Y se quedaba mirando al aire, mientras que el perro Baltasar le miraba a él. ¡No volvería otra vez! Abría las cartas de España con menos interés. No regresaría hasta julio; sintió, cosa rara, que lo podía soportar muy bien. Cada día, a la hora de cenar, clavaba la mirada en el sitio donde Irene se había sentado. Pero no estaba allí, miraba a otra parte.

Siete días después de la visita, pensó: «Tengo que comprarme unos zapatos». Avisó al cochero y partió. Al pasar por Putney, camino de Hyde Park, se dijo: «Podría llegarme a Chelsea y verla». Y dijo a Beacon:

—Lléveme a donde llevó a aquella señora la otra noche.

El cochero volvió la cara ancha y encarnada, y preguntó:

— ¿La señora del traje gris?

—Sí, la señora del traje gris. ¿Qué otra señora podía ser? ¡Qué hombre tan tonto!

El coche paró ante un bloque de casas, todas de tres pisos. Con su buen instinto comprendió el viejo Jolyon que eran casas muy humildes. «No paga más de sesenta libras al año». Y entrando, miró la placa de nombres. El «Forsyte» no figuraba allí, pero frente a «Primero C» estaban las palabras: «Señora Irene Heron». ¡Había vuelto a su apellido de soltera! Y aquello le

agradó. Subió despacio la escalera, sintiendo otra vez el dolor de costado. Se detuvo un instante antes de llamar. ¡No estaría en casa! Y entonces…, ¡a comprarse los zapatos! ¿Para qué quería él zapatos a sus años? No usaría ya todos los que tenía. El pensamiento era triste.

— ¿Está la señorita en casa?

—Sí, señor.

—Dígale que está Jolyon Forsyte.

—Muy bien, señor. ¿Quiere pasar por aquí?

El viejo Jolyon siguió a la muchacha, que era muy jovencita, no mayor de los diecisiete, a un salón muy pequeño con las persianas echadas. Había allí un piano vertical y una suave fragancia en el ambiente. Se quedó de pie en medio de la habitación, con la chistera en la mano, pensando que Irene debía de ser verdaderamente pobre. Se vio en un espejo encima de la chimenea. ¡Qué viejo era! Oyó un ruidillo y se volvió. Estaba tan cerca, que casi le pasó los bigotes por la frente, por donde asomaban sus hilos de plata.

—Pasaba por aquí y se me ocurrió subir a verte, a ver cómo habías llegado la otra noche.

Y viendo su sonrisa se tranquilizó; sin duda le agradaba su visita.

— ¿Quieres venir a dar una vuelta por el parque? Anda, ponte el sombrero y vamos.

Pero mientras ella iba a prepararse, lo sintió. ¡El parque! James y Emilia vivían allí… La mujer de Nicolás o algún otro miembro de su encantadora familia estaría por allí. Y se lanzarían a contar que los habían visto. Mejor no ir. No quería volver a despertar los ecos de la «Bolsa Forsyte». Se quitó un pelo blanco que tenía en la solapa de su bien abrochada levita y se pasó la mano por los bigotes y la cara. Se notó el rostro muy delgado. Últimamente comía muy poco. Tendría que llamar al mediquillo que visitaba a Holly y pedirle que le recetara un tónico. Pero Irene había ya regresado; cuando estuvieron en el coche, le dijo:

— ¿Te parece que vayamos a los jardines de Kensington y nos sentemos un poco?

Y añadió:

—Mejor será eso que andar de acá para allá —como si ella le pudiera leer los pensamientos.

Se apearon y entraron en aquel elegante recinto.

—Has vuelto a tu nombre de soltera, ¿eh? No creas que lo siento.

Ella le cogió del brazo.

— ¿Me ha perdonado ya June, tío Jolyon?

El respondió suavemente:

—Sí. ¿Cómo no?

— ¿Y tú?

— ¿Yo? Yo te perdoné en cuanto me di cuenta de las cosas.

Y quizá era verdad, pues él fue siempre muy propenso a perdonar a la belleza.

Exhaló Irene un hondo suspiro:

—Yo nunca me arrepentí… No podía. ¿Has querido tú profundamente alguna vez, tío Jolyon?

Ante aquella extraña pregunta, Jolyon se quedó mirando al vacío. ¿Había amado? No se acordaba. Pero no quería decir aquello a Irene. Y pensó muy para sus adentros:

—Si te hubiera encontrado a ti cuando yo era joven…, hubiera sido capaz de hacer locuras.

Y tuvo que refugiarse en generalidades:

—El amor es una cosa muy rara. A veces es fatal. Los griegos, creo que eran los griegos, ¿no?, amaban a las diosas, y creo que estaban en lo cierto. Pero aquélla era una edad de oro.

—A Felipe le interesaban mucho los griegos.

¡Felipe! La palabra le hizo estremecerse, pues repentinamente comprendió por qué le toleraba ella: ¡quería hablar de su amor! Bueno; si eso la hacía un poco feliz… Y dijo:

—Era muy aficionado a la escultura, ¿verdad?

—Sí. Amaba el equilibro y la simetría; le encantaba la devoción con que los griegos se entregaban al arte.

¡Equilibrio! Pero él no era muy equilibrado para nada, si se acordaba bien. Y de simetría… No andaba torcido, no. Pero aquellos ojos, ¡y aquellos pómulos que tenía el pobre! ¡Vaya con la simetría…!

—Tú también eres de la edad de oro, tío Jolyon.

El viejo Jolyon la miró desconfiado. ¿Se estaría burlando de él? Pero no: sus ojos eran tan suaves como el terciopelo. ¿Le estaría adulando? ¿Y para qué? No podía conseguirse nada de un vejestorio como él.

—Felipe pensaba eso de ti. Y solía añadir: «Pero no puedo decirle nunca que le admiro».

Ya había vuelto a salir aquello: el amado muerto, el deseo de hablar de él… Y le apretó el brazo medio resentido, medio agradecido al vínculo de confianza que establecía con él.

—Era un chico de mucho talento —murmuró—. Hace calor. Hoy siento yo mucho el calor. Será mejor sentarse.

Ocuparon dos sillas bajo un castaño que con sus ramas frondosas los aislaba un poco de la tarde deliciosa. Era un placer sentarse allí con ella y poderla contemplar, y notar que a ella le gustaba estar con él. Y deseó aumentar aquel gusto y hacerlo progresar constantemente, si era posible.

—Seguramente a ti te mostró un aspecto de su alma que yo no conocí. Contigo se encontraría tan a gusto. Sus ideas de arte eran un tanto nuevas para mí…

—Sí, pero él decía que tú tenías verdadero sentido de la belleza.

Y el viejo Jolyon pensó:

— ¡Un demonio diría de mí! Y con un guiño dijo: «Será verdad, y por eso estoy aquí sentado contigo».

Era fascinadora cuando sonreía como en aquel instante.

—Él creía que tú posees uno de esos corazones que no envejecen nunca. Felipe tenía verdadera intuición de la verdad.

No se dejaba entusiasmar por aquellas alabanzas procedentes del pasado, pero le agradaba oír que no envejecía, aunque fuera en el corazón tan sólo. Y eso debía de ser verdad, pues al contrario que el muerto, él nunca había amado con locura, había conservado siempre un equilibrio perfecto y una completa simetría en todo. Y por eso, a los ochenta y cuatro, podía admirar la belleza.

Una pareja pasó ante ellos, con los brazos muy cogidos. La luz del sol daba cruelmente en sus rostros pálidos y juveniles.

— ¡Son los dos más feos que Picio! —dijo el viejo Jolyon al verlos—. Me extraña ver cómo el amor existe también para ellos…

—El amor existe para todo el mundo.

—Eso creéis los jóvenes.

—El amor no tiene edad, no tiene fin, ni muere nunca.

Con aquel resplandor en la cara, con el pecho latiendo suavemente, con los ojos tan dulces y profundos, parecía Venus rediviva. Pero aquel pensamiento

tuvo instantánea reacción, y guiñando un ojo, dijo: «Claro, si el amor tuviera fin, no naceríamos. Pues, ¡caray!, hay que aguantar mucho en esta vida…».

Se quitó la chistera y la limpió con una manga. El chisme aquel le calentaba los cascos demasiado. En aquellos días calurosos, la sangre se le acumulaba en la cabeza. Su circulación no era tan buena como había sido.

Ella continuaba mirando al vacío. Dijo:

—Es raro que yo esté ahora viva.

Se acordó de la descripción que Jo le hizo de ella.

—Sí. Mi hijo te vio un instante aquel día…, y quedó impresionado.

— ¿Aquél era tu hijo? Oí una voz en el hall y por un momento… creí que era Felipe.

Jolyon vio que le temblaban los labios. Se puso la mano sobre ellos, la retiró de nuevo y siguió hablando así:

—Aquella noche me fui al Támesis; una mujer me cogió por el vestido. Me habló de su vida… Cuando una sabe lo que otros sufren, siente vergüenza…

— ¿Era una de esas…?

Asintió Irene. Jolyon se estremeció horrorizado, con el horror de los que nunca han sentido verdadera desesperación. Casi contra su deseo, dijo:

—Cuéntame, ¿quieres?

—No me preocupa vivir ni morir. Cuando se sufre tanto, no se tiene ni deseo de morir siquiera. Durante tres días aquella mujer me cuidó. No me abandonó un instante. Yo no tenía dinero. Por eso ahora hago lo que puedo por ellas.

El viejo Jolyon pensaba:

— ¡No tenía dinero! ¿Qué puede haber peor que eso? Todo lo malo de la vida estaba en eso.

— ¿Y por qué no viniste a mí?

Irene no respondió.

— ¿Porque mi nombre era Forsyte? ¿O por causa de June? ¿Cómo te desenvuelves ahora?

Y los ojos de Jolyon la miraron de arriba abajo. Quizá ahora mismo no tuviera nada. Pero no estaba delgada, no…

—Mira, con mis cincuenta libras al año voy viviendo.

La respuesta no le tranquilizó; desconfiaba. ¡Y aquel Soames…! Pero su sentido de justicia se impuso. No; ella preferiría morir antes que tomar un penique de él. Parecía suave, pero sin duda había en ella una gran fuerza interior. Fuerza interior y lealtad. Pero ¿por qué diablos el condenado Bosinney se dejaría atropellar, dejándola abandonada?

—Mira: ahora debes acudir a mí para cualquier cosa que necesites, o me darás un disgusto —y poniéndose la chistera, se levantó y añadió—: Vamos a tomar una taza de té. Hice la tontería de decirle a ése que volviera a buscarme a tu casa dentro de una hora; pero tomaremos un coche de alquiler. Ya no puedo andar tanto como andaba antes.

Disfrutó con aquel paseo: el sonido de su voz, el brillo de sus ojos, la belleza toda de aquella figura que marchaba a su lado le llenaba de bienestar. Disfrutó tomando aquel té en Ruffel, en High Street, y salió de allí con una gran caja de bombones atada al dedo meñique. Disfrutó con el regreso a Chelsea en, el coche de alquiler, fumándose su cigarro. Le había prometido volver a verle el domingo para tocar para él y ya la veía cogiendo rosas y claveles para llevárselas a su casa. Era un gusto dar una pequeña satisfacción a Irene. Cuando llegaron a la casa de ella, ya estaba allí el coche del viejo Jolyon. ¡Qué casualidad! El cochero aquel, que siempre que se le necesitaba llegaba tarde… Subió un instante con ella para decirle adiós. El pequeño hall olía desagradablemente a coles. En el banco adosado a la pared, único mueble que había, se hallaba una mujer sentada. Irene le dijo bajito:

—Un momento.

Después le preguntó:

— ¿Una de tus protegidas?

—Sí. Ahora, gracias a ti, puedo hacer algo por ella.

Se quedó pensativo acariciándose aquella barbilla que había dado miedo a tantos. ¿Qué podría hacer por aquellas mujeres? La idea de mezclarse con ellas le horrorizaba. No podría ayudarlas en nada. Lo único que conseguiría era perjudicarse.

—Ten cuidado —le previno—. La gente interpreta las cosas de la peor manera posible.

—Ya lo sé.

Quedó un poco humillado por su sonrisa.

—Bueno, adiós, hasta el domingo…

Ella avanzó la mejilla para que la besara.

—Adiós —le dijo de nuevo—. Cuídate.

Y salió de la salita sin mirar a la mujer del hall. Se dirigió a su casa por Hammersmith, para parar en un sitio que conocía y enviarle dos docenas de botellas de Borgoña. Eso le serviría de reconstituyente, que buena falta le haría. Cuando iba por Richmond Park se acordó de que había salido para comprarse unos zapatos, y quedó sorprendido de haber tenido una idea tan absurda.

III

Los recuerdos del pasado que llenan los días de un hombre viejo no habían estado para el viejo Jolyon tan retraídos como lo estuvieron en las setenta horas que pasaron hasta el domingo. El espíritu del futuro, con el encanto de lo desconocido, fue el que le acompañó con insistencia. El viejo Jolyon no estaba intranquilo ya, no hacía visitas al tronco: ella vendría a almorzar. Una cita para una comida es algo muy seguro, pues nadie deja de comer, a menos que surjan cosas inevitables. Jugó mucho con la pequeña Holly en el jardín. «Esta niña no era Forsyte», pensaba viéndola jugar. El perro Baltasar, que estaba siempre delante, intervenía en el juego cuanto podía. Y como el tiempo iba de prisa, cada día le parecía más largo que el anterior. La noche del viernes tomó una píldora para el hígado; el costado le dolía bastante, y como no era al lado del hígado, el remedio le sentó muy bien… Si alguien le hubiera dicho que había encontrado una excitación para su vida y que excitarse no le convenía a sus años, le hubiera contestado que él sabía lo que le convenía mejor que nadie.

El domingo por la mañana, cuando Holly estaba con la nurse en misa, fue a ver las fresas. Acompañado por el perro Baltasar, examinó las plantas cuidadosamente y pudo encontrar hasta dos docenas de frutas que estaban realmente maduras. No le sentaba bien el agacharse, y se puso muy encarnado por la frente y quedó soñoliento. Después de colocar las fresas en un plato, se lavó las manos y se humedeció las sienes con agua de colonia. Frente al espejo, se le ocurrió que estaba más delgado. De joven había sido un hito… Le gustaba ser así, pues no podía soportar una persona gorda; pero ahora era quizá demasiado. Ella llegaría en el tren de las doce y media, y subiría por el camino de la granja de Drage hasta el soto. Y tras mirar en el cuarto de June a ver si faltaba algo, echó a andar para encontrarse con ella cuando llegase, pues su corazón le saltaba y no le dejaba esperarla tranquilamente. El aire estaba perfumado, las alondras cantaban, y la atmósfera era tan límpida, que se veía Epsom. ¡Un día perfecto! En un día así, seis años antes, Soames había llevado a Bosinney a ver los terrenos antes de edificar. Fue Bosinney quien había determinado el lugar exacto donde levantar la casa; June se lo había dicho muchas veces. En aquellos días él estaba muy preocupado pensando en el

joven arquitecto, como si su espíritu estuviera rondando por el lugar en espera de ver una vez más a Irene… Bosinney, el único hombre que había poseído su corazón, el único ser a quien ella había dado su cariño sin reservas, era envidiable a pesar de su trágico fin. A su edad, él no podía ya comprender bien las cosas de esa naturaleza; pero el pensamiento le producía molestia, como si se le infiltrase el espíritu de unos celos impersonales, sentidos por otro… Pero también sentía una lástima generosa por el fin lamentable de aquel amor. Miró el reloj: todavía le quedaban veinticinco minutos de espera. Y volviendo la cabeza, la vio exactamente en el sitio de la primera vez, en el tronco, y comprendió que debía de haber venido en el tren anterior para estar allí sola un par de horas sentada. Dos horas de su compañía… perdidas. ¿Qué recuerdo tan querido para ella podía tener aquel tronco? Su cara debía de mostrar lo que estaba pensando, pues ella dijo en seguida:

—Perdonadme tío Jolyon; pero aquí fue donde por primera vez comprendí que le quería.

—Sí, sí; y aquí está para cuando quieras venir. Es tu tronco. Pareces cansada, una verdadera londinense. Estarás dando demasiadas clases.

La idea que le producía el que tuviera que estar aguantando torpes escalas de torpes dedos de niñas le era insoportable.

— ¿Y a quién das esas clases?

—La mayoría son familias judías, por fortuna.

El viejo Jolyon quedó sorprendido desagradablemente. A todos los Forsyte los judíos les parecían extraños y de poco fiar.

—Les gusta la música y son muy atentos.

—Claro que serán atentos; ¡estaría bueno que no lo fueran!

Se apoyó en su brazo, pues al subir cuestas, el costado le dolía más. Dijo:

— ¿Ves tú qué flores tan bonitas? Han salido durante la última noche.

Sus ojos parecían volar sobre el campo como abejas de flor en flor.

—Quería que vieses esto de día.

Y acordándose de que ella había venido a hablar de Bosinney, señaló la torre con reloj que había sobre los establos.

—Seguro que él no me hubiera dejado poner esto aquí… No le importaba nada el tiempo, si no recuerdo mal.

Pero apretándole el brazo con la mano, ella se puso a hablar de flores, y él comprendió que lo hacía para que no le pareciera que venía sólo por hablar de su muerto querido.

—La mejor flor que puedo enseñarte —dijo, con una especie de triunfo— es mi nieta. Vendrá en seguida de la iglesia. Tiene algo en su aspecto, en su modo de ser, que me hace pensar en ti.

Y no le pareció raro haber dicho aquello en vez de decir: «Hay algo en ti que me hace pensar en ella». Pero ¡por allí venía la niña!

Holly, seguida de cerca por su nurse francesa, que tenía el estómago destrozado desde el sitio de Estrasburgo, venía corriendo hacia ellos. Se paró unos pasos antes de alcanzarlos para acariciar al perro Baltasar, fingiendo que aquello era lo único que le preocupaba. Pero el viejo Jolyon, que la conocía bien, le dijo:

—Mira, nena: aquí está la señora del traje gris que te he dicho iba a venir a verte.

Holly levantó la cabeza. Los miró a los dos mientras Irene sonreía. La niña sonrió también, pero con una sonrisa profunda: tenía también sentido de la belleza. El viejo Jolyon disfrutó viéndolas besarse.

—La señora Heron… La señora Beauce… ¿Qué tal, mademoiselle? ¿Cómo ha estado el sermón?

Pues ahora que comprendía no le quedaba mucho que vivir, se interesaba mucho por los sermones. Mademoiselle Beauce extendió su fina mano enguantada en cabritilla —había estado en muy buenas casas— y sus ojos tristes parecían preguntar: ¿Está usted bien educada, señora? Siempre que Holly o Jolly le hacían algo que le molestaba, cosa no infrecuente, les decía: «Los hijos del señor Tayleur nunca hacían eso… ¡Eran unos niños bien educados!». Jolly odiaba a los hijos del señor Tayleur. Holly se preguntaba qué tendrían aquellos niños.

La comida fue un éxito; las setas que él mismo había cogido, las fresas que él también fuera a buscar y otra botella de Steinberg le llenaron de cierta espiritualidad romántica y de la seguridad de que al día siguiente tendría eczema. Después del almuerzo se sentaron bajo el roble a tomar café. No le disgustó nada que mademoiselle Beauce se retirase a escribir su carta de los domingos a su hermana, cuyo futuro se había visto en peligro tiempo atrás por haberse tragado un alfiler, suceso recordado cada día para prevenir a los niños de la necesidad de comer despacio y de masticar bien. Sobre la hierba, Holly y el perro Baltasar jugaban. Jolyon miraba a Irene, una figura suave y vaporosa, con un brochazo de sol aquí y allí sobre el gris de su vestido y los labios entreabiertos y los ojos un poco cerrados. Parecía contenta; sin duda le gustaba ir a verle. El egoísmo de la mucha edad no se había apoderado de él por completo, pues todavía encontraba satisfacción en la satisfacción de los demás.

—Esto está muy tranquilo; quizá te resulte aburrido a ti —le dijo—. Si lo pasas mal, no vengas. Pero verte es un placer para mí. La niña es la única persona que ahora me da gusto ver, excepto tú.

De su sonrisa dedujo que no le era indiferente que la apreciaran, y esto le tranquilizó.

—No te estoy engañando; puedes creerme que nunca le dije a una persona que la admiraba sin ser verdad. En realidad, no sé si se lo he dicho a alguna mujer, excepto a la mía en tiempos pasados; pero las mujeres de uno son muy divertidas —y tras un silencio, siguió bruscamente—: Mi mujer esperaba siempre que le dijera más cosas de las que sentía —y su cara apareció turbada, y como temiendo haber dicho algo doloroso, prosiguió—: Cuando mi nieta se case, quiera Dios que sea con uno que comprenda a las mujeres. Yo no estaré aquí para verlo, pero hay muchas ideas confusas en lo referente al matrimonio. Y no quisiera que tropezase con eso —y comprendiendo que había ido de mal en peor, añadió—: Ese perro está siempre molestando.

Callaron ambos. ¿En qué estaría pensando aquella criatura que tenía la vida destrozada, que había terminado con el amor, pero que seguía estando hecha para el amor? Quizá algún día, cuando él ya no estuviera en el mundo, encontrara un compañero. Pero ¿y su marido?

— ¿No te molesta nunca Soames? —preguntó.

Negó ella con la cabeza. Su rostro se había vuelto repentinamente sombrío. A pesar de su dulzura, apareció algo violento en ella. Y un destello de comprensión de lo que era la antipatía de los sexos penetró en aquel cerebro de los primeros tiempos victorianos, que nunca había pensado en esas cosas.

—Menos mal. ¿Quieres que demos una vuelta?

Y pasearon, entre árboles y frutos, por el huerto y los establos, mientras Holly y el perro Baltasar corrían delante de ellos, acercándoseles sólo de cuando en cuando en busca de atención. Era aquélla una de las tardes más felices de su vida; pero se cansó mucho y se alegró de entrar en el salón de la música a que ella le sirviera el té. Había ido a jugar una amiguita de Holly: una niña rubia, con el pelo corto como un muchachito. Y las dos jugaban en la galería, en la escalera y en el jardín. El viejo Jolyon quiso oír algo de Chopin. Y ella tocó estudios, mazurcas, valses, hasta que las dos niñas se acercaron al piano, con sus cabecitas rubia y morena, inclinadas y escuchando. El viejo Jolyon las observaba.

— ¡Anda, a ver cómo bailáis las dos!

Tímidamente, empezando mal, las dos se lanzaron a bailar. Dando vueltas y más vueltas, pasaban ante la silla del anciano a los acordes de aquel vals.

Las miraba embelesado, y la cara de la pianista se volvía hacia las pequeñas con un gesto que quería decir: «¡No he visto nada más encantador en mi vida!». Una voz sonó:

— ¡Niña! Mais enfin…, qu'est-ce que tu fais la… danser le dimanche? Viens, donc!

Pero las niñas se acercaron al viejo Jolyon, comprendiendo que él las salvaría.

—A mejor día, mejores hechos, mademoiselle. La culpa es mía. Andando, niñas, a merendar…

Y cuando se hubieron ido seguidas del perro, que participaba de todas las comidas, miró a Irene y le dijo:

— ¿Has visto qué encanto de criaturas? ¿No tienes tú ninguna discípula así?

—Sí, tres. Dos de ellas, monísimas.

— ¿Sí?

—Sí, preciosas.

El viejo Jolyon suspiró. Sentía un amor insaciable por los niños.

—Mi nietecita se vuelve loca por la música. Algún día será famosa, te lo digo yo. ¿No me darías tu opinión sobre sus posibilidades?

—Pues ya lo creo.

— ¿No te gustaría —y se le endureció la voz— darle lección de piano?

La idea de que ella tenía que dar lecciones era desagradabilísima; pero eso supondría que pudiera verla con regularidad. Ella se levantó de la banqueta del piano y fue hacia él.

—Sí que me gustaría. Y mucho; pero ¿qué pensaría June?… ¿Cuándo vuelven?

El viejo frunció el entrecejo.

—No vienen hasta mediados del mes próximo. Pero ¿eso qué importa?

—Tú dices que June me ha perdonado. Pero nunca podrá olvidar, tío Jolyon.

¡Olvidar! Tendría que olvidar si él quería que olvidase.

Pero como respondiendo a sus pensamientos, Irene dijo:

—Tú sabes que no podría. Uno no olvida cuando quiere.

¡Siempre aquel maldito pasado! Y dijo, como sintiendo vejación por no poderle dominar:

—Bueno, ya veremos…

Le estuvo hablando más de una hora de muchas cosas: de los niños, de la vida que hacía, etc., hasta que vino el coche a buscarla. Y cuando se hubo ido, volvió a sentarse en su sillón a soñar con el día que había transcurrido.

Aquella tarde, después de cenar, fue a su despacho y sacó papel y pluma. Estuvo algunos minutos sin escribir; después se levantó, se paró ante su obra Pesqueros holandeses al atardecer y la contempló un rato. No estaba pensando en el cuadro, sino en su vida. Le iba a dejar algo en su testamento. Le iba a dejar una parte de su riqueza de sus aspiraciones, de sus acciones, de su trabajo, de todo lo que había echado de menos en la vida… Pero ¿qué era lo que había echado menos? «Pesqueros holandeses», dijo en voz alta, abstraído; se acercó al balcón y lo abrió. Se había levantado viento, y una de las hojas del roble caídas en otoño, que había escapado a la escoba del barrendero, entró en la habitación. Aparte de hacer viento, estaba todo muy tranquilo y le llegaba el olor del heliotropo, que hacía tiempo no se regaba. Pasó un murciélago. Un pájaro emitió su último piar. Y precisamente sobre el roble se encendió la primera estrella. Fausto, enchisterado, cambiaba su alma por unos años de juventud. ¡Morbosa idea! La tragedia estaba en que era imposible aquel negocio. Era imposible rejuvenecerse por amor a la vida ni por nada. No le quedaba más que contemplar la belleza desde una tremenda lejanía y legar algo en el testamento. Pero ¿cuánto? Y no diciéndole nada la dulce noche que contemplaba desde el balcón, se metió en el cuarto y se acercó a la chimenea. Allí estaban sus bronces que tanto quería: una Cleopatra con el áspid en el seno; un Sócrates; un perro jugando con otro más pequeño; un hombre fuerte y poderoso sujetando unos caballos. «Duran…», pensó. Y sintió angustia. Pasarían mil años y aquellas estatuillas subsistirían.

¿Cuánto? Bueno, lo bastante para evitarle envejecer antes de tiempo, para conservar puras y juveniles las líneas de su rostro; lo bastante para que aquel cabello rubio se volviera gris y blanco sin prisas. Él podía vivir unos cinco años más. Para entonces, ella tendría más de treinta. ¿Cuántos? Ella no llevaba en sus venas ni una gota de su sangre. De su lealtad a su vida de más de cuarenta años, desde que se casó y fundó esa cosa misteriosa que se llama una familia, le vino esta prevención: «¡Quien no sea de tu sangre, no tiene derecho a nada tuyo!». Su verdadero futuro estaba en los que llevaban su sangre, en los que él viviría después de muerto. Se separó de sus bronces y se quedó mirando al sillón de cuero verde, en el que se había sentado y había fumado tantos cigarros. Y de repente le pareció verla sentada allí, con su vestido gris, fragante, suave, con los ojos de negro azabache, graciosa, mirándole a él. ¿Por qué? ¡Él no le importaba a ella! Lo que únicamente le importaba era el

recuerdo de su amado. Pero ella estaba allí, produciéndole placer, quisiera o no, con su belleza y su gracia. Nadie tiene derecho, de viejo, a imponer su compañía; no debiera pedirle que fuera a verle y tocara para él y no recompensarla luego… En este mundo hay que pagar el placer. ¿Cuánto? Después de todo, él dejaría mucho; su hijo y sus nietos no iban a notar la falta de aquel pellizco. Él se lo había hecho todo, desde el primero al último céntimo; bien podía permitirse la satisfacción de dejar a quien quisiera algo de lo suyo. Volvió a su mesa. Escribió:

Amigo Herring:

Redácteme un codicilo a este efecto: «Dejo a mi sobrina Irene Forsyte, nacida Irene Heron, que en la actualidad usa este nombre, la cantidad de quince mil libras sin impuestos de derechos de sucesión».

Atentamente le saluda su afectísimo,

JOLYON FORSYTE.

Cuando hubo cerrado y puesto sello en el sobre, volvió al balcón. Ya estaba totalmente oscuro, pero muchas estrellas brillaban en el cielo.

IV

Se despertó a las dos y media, hora que por experiencia sabía traía intensidad a los pensamientos dolorosos. La experiencia le había enseñado también que al volverse a despertar a las ocho comprendía lo absurdo que sus dolorosos pensamientos eran. En aquel primer despertar pensó que si muriera en seguida, cosa no imposible a su edad, no la volvería a ver. De esto pasó a pensar que estaría en posición muy violenta cuando su hijo y June regresaran de España. ¿Cómo podría justificar el gusto en recibir visitas de quien había robado a June su amor? Aquel novio que le habían quitado estaba muerto, pero June era muy obstinada; muy buena, sí, pero con la cabeza muy dura, y —no cabía duda— persona que no sabía olvidar. A mediados del mes siguiente estarían de vuelta. Le quedaban menos de cinco semanas de disfrutar del nuevo interés que se había despertado en el ocaso de su vida. Vio claramente lo absurdo de su sentimiento por Irene. La admiración por la belleza era cosa rara a su edad. Y, sin embargo, ¿qué otra razón tenía para pedir a June que sufriera la presencia de Irene, y a su hijo y a su nuera que no le consideraran chiflado? Se vería obligado a escapar a Londres, lo que le molestaba mucho; y la menor indisposición le privaría de hacerlo. Permanecía en la cama con los ojos abiertos y la mandíbula como oponiéndose al desagradable futuro y diciéndose que era un viejo loco, mientras el corazón le latía violentamente o

casi se le paraba. Oyó los pájaros saludar al día y vio la primera claridad del crepúsculo antes de volverse a quedar dormido; se despertó luego cansado, pero muy en sus cabales. Cinco semanas antes que tuviera que preocuparse eran, a sus años, una eternidad, en que no había de tener problemas. Pero aquella mañana los pensamientos dolorosos le habían dejado cierta reminiscencia y habían acobardado ligeramente la voluntad de uno que siempre la había impuesto a todos. ¡La vería todo lo que quisiera! ¿Por qué no ir a Londres y hacer con el abogado aquella disposición testamentaria en vez de escribirle? Quizá ella quisiera ir a la Opera. Pero irían en tren, pues no quería que Beacon metiera las narices donde no le importaba. Los criados son muy molestos, y la verdad era que habían conocido la historia de Irene y Bosinney. Los criados lo saben todo, y lo que no saben se lo figuran. Le escribió aquella mañana:

Querida Irene:

Mañana tengo que ir a la ciudad. Si quieres, podemos ir a la Ópera y cenar tranquilamente en cualquier sitio.

¿Pero dónde? Hacía décadas que no cenaba en Londres en otra parte que no fuera su Club o en casa de alguien. ¡Ah, aquel sitio que estaba de moda cerca de Covent Garden!

Deja un recado en el hotel Piedmont, donde te espero a las siete.

Con todo cariño,

JOLYON FORSYTE

Ella comprendía que deseaba proporcionarle unas horas agradables, pues la idea de que adivinara que lo que quería era verla le desagradaba instintivamente; no era lo corriente que un viejo como él anduviera buscando contemplar la belleza de una mujer.

La jornada siguiente, con la visita a su abogado, le cansó. Además hacía calor, y tras vestirse para cenar se echó en el sofá de su dormitorio del hotel, para descansar un poco. Debió de tener una especie de desvanecimiento, pues reaccionó sintiéndose mal. Y con algún trabajo se levantó y tocó la campanilla. ¡Cómo! ¡Eran ya más de las siete! ¡Y ella estaría esperándole! Pero le atacó más fuerte el malestar y hubo de sentarse en el sofá. Oyó a la muchacha decir:

— ¿Había llamado, señor?

—Sí, venga aquí —no la veía claramente, pues tenía como una nube ante los ojos—. No me encuentro bien; necesito algunas sales o algo por el estilo.

—Sí, señor —y su voz sonó asustada.

Hizo un esfuerzo.

—No se vaya. Tome este recado para mi sobrina, una señora que está en el hall… una señora vestida de gris. Dígale que el señor Forsyte no se encuentra bien… por el calor. Dígale que lo siente mucho, y que si no va inmediatamente, que no le espere a cenar.

Cuando se marchó la muchacha pensó: «¿Por qué le he dicho que iría vestida de gris? ¡Puede ir de cualquier otra forma! Necesito tomar unas sales…» —no se dio cuenta de cómo Irene llegó hasta él con un frasco de sales en la mano, haciéndoselo oler y poniéndole un almohadón bajo la cabeza. Le oyó decir ansiosa: «¡Tío Jolyon! ¿qué es eso?»; y tuvo vaga consciencia de la suave presión de sus labios sobre su mano; aspiró profundamente las sales, sintió que se aliviaba y estornudó.

— ¡Vaya! —dijo—. No es nada. ¿Cómo estás aquí? Anda y ve a cenar. Los tickets están en la mesa. Yo estoy bien dentro de un minuto.

Notó su mano fresca sobre la frente, que le olía a violetas, y se sentó resuelto a estar bien.

— ¡Cómo! ¿Vas vestida de gris? Ayúdame —y una vez en pie, hizo un movimiento brusco para reaccionar del todo.

Fue muy despacio hasta el espejo. ¡Qué cadavérico estaba! Le oyó decir a sus espaldas:

—No debes bajar, tío. ¡Es mejor que descanses!

— ¡Nada! ¡Una copa de champaña me dejará como nuevo! No podemos perdernos la Opera.

Pero el camino por el corredor fue difícil. ¡Qué alfombras ponían en aquellos hoteles de moda! Tropezaba uno a cada paso que daba, con tanto mullido. En el ascensor notó cuán afectada estaba Irene, y dijo con una sonrisa no lograda del todo:

—Soy un buen anfitrión.

Cuando el ascensor paró tuvo que agarrarse fuertemente al asiento para no caer; pero tras la sopa y una copa de champaña, se sintió mucho mejor y empezó a alegrarse de la indisposición que había provocado en ella unas maneras tan afectuosas para con él.

—Qué bien si hubieras sido hija mía… —le dijo repentinamente; y viéndola sonreír, continuó—: No tienes que aferrarte a las tristezas del pasado a tu edad; ya tendrás que hacerlo para entretenerte cuando llegues a la mía. Es bonito ese vestido que llevas.

—Pues yo misma me lo he hecho.

¡Ah! Una mujer que se hacía un vestido tan bonito no había perdido todo interés por la vida.

—Cosecha mientras haya trigo… Y bebe, anda, que te has quedado muy pálida. No debemos desperdiciar la vida. Esta noche tenemos una Margarita nueva; confiemos en que no será una vieja gorda. Y Mefistófeles…, no hay nada más feo que un gordo haciendo de diablo.

Pero no fueron por fin a la Opera, pues al acabar de cenar la indisposición volvió, y ella insistió en que se quedara en el hotel y se acostase pronto. Cuando la despidió a la puerta, tras de pagar al cochero para que la llevase a Chelsea, se sentó otro poco para deleitarse con el recuerdo de sus palabras: «No sabes lo que te quiero, tío Jolyon». ¿Por qué? ¿Y por qué no? Le hubiera gustado quedarse otro día y llevarla al Parque Zoológico, pero dos días de estar con él la hubieran aburrido mortalmente. No; se esperaría hasta el domingo, en que ella le prometió ir a verle. Arreglarían aquello de las lecciones de música a Holly, aunque no fuera más que por un mes. Ya era algo. Mademoiselle Beauce no lo vería con buenos ojos, pero que se aguantara. Y aplastando la chistera, fue hacia el ascensor.

A la mañana siguiente se fue en coche a Waterloo, luchando con el deseo de decir: «Lléveme usted a Chelsea». Pero su sentido de lo que estaba bien era muy fuerte. Además, no se encontraba bien y no quería arriesgarse a otro ridículo como el de la noche anterior. También Holly le estaría esperando ya lo que le había comprado. Y no es que le fingiera cariño su nietecilla para sacarle regalitos, no; que la chiquilla era toda entusiasmo por él. Entonces, con el cinismo amargo de los viejos, pensó si el afecto que le mostraba Irene no sería fingido. Pero no: Irene no era tampoco hipócrita. Además, saltaba a la vista, no era persona que supiera aprovecharse de nada; no tenía sentido de la propiedad, la infeliz. Y sobre todo, que él no le había dicho una palabra sobre aquel codicilo, ni pensaba hacerlo…

En el coche, que le esperaba en la estación, estaba Holly con el perro Baltasar, y los juegos a que se entregaron en el camino le marearon bastante. Pasó el resto del día y casi todo el siguiente contento y descansando a la sombra del roble, mientras el sol bañaba el campo y las flores. Pero el jueves empezó a contar las horas que faltaban: sesenta y cinco hasta que fuera otra vez a encontrarse con ella y regresar a su lado por el camino. Pensó en consultar al médico sobre aquello que le había dado; pero el hombre se empeñaría en que tenía que guardar cama, en que necesitaba reposo, tranquilidad absoluta y todas aquellas monsergas de los médicos. Y ni le llamó, ni le dijo una palabra a su hijo en la carta que le escribió, pues aquello los haría regresar antes todavía. Y si este silenciar su accidente fue por no anticiparles el viaje o por no desbaratar sus planes, fue cosa que no se puso a considerar.

Aquella noche, cuando en su despacho acababa de fumarse el cigarro y se estaba adormilando, oyó el ruido de una falda y percibió un aroma de violetas. Abrió los ojos y la vio, vestida de gris, en pie junto a la chimenea, con los brazos tendidos. Lo raro era que, aunque sus brazos parecían vacíos, se iban curvando como en torno al cuello de alguien, y el cuello de ella estaba echado atrás y tenía los labios entreabiertos y los ojos cerrados. Desapareció al momento, y allí quedó la chimenea con los bronces en la repisa. Pero ni repisa ni bronces estaban cuando estaba ella, sólo el hueco de la chimenea y la pared… Algo asustado, se levantó.

—Tengo que tomar una medicina —se dijo—. No puedo estar bien.

El corazón le latía velocísimo, sintió que le faltaba aire y hubo de abrir la ventana para respirar. Un perro ladraba en la lejanía, un perro de la granja de Gage, sin duda. La noche estaba muy serena, pero muy oscura-. «Me dormí, no puede ser de otra forma; eso es todo. Y, sin embargo, juraría que tenía los ojos abiertos. Un sonido como el de un suspiro pareció responderle».

— ¿Qué es eso? —preguntó sobresaltado—. ¿Quién está ahí?

Apretándose el corazón con la mano, para amortiguar sus saltos, salió a la terraza. Algo blando se escurrió en la oscuridad. Era el gato gris, tan grande, que tenían. «El joven Bosinney era como un gato grande», pensó. Era él el que estaba aquí, al que ella…

Anduvo hasta el borde de la terraza, y mirando en la oscuridad, pudo ver las margaritas del terreno sin segar. Hoy viven, mañana no vivirán… Y apareció la luna, que lo veía todo, a los viejos y a los jóvenes, a los vivos y a los muertos, y a la que nada le importaba. Y miró la fachada de la casa. Vio las ventanas del cuarto de los niños: su nietecita estaría dormida. «Que no le despierte el perro ese —pensó—. ¿Qué será lo que nos hace amar y morir? Bueno; tengo que irme a la cama». Y volvió a cruzar la terraza, cuyas piedras lucían grises a la luz de la luna, y se metió dentro.

¿Cómo podrá un hombre viejo vivir sus días, si no es evocando el pasado? Claro que en eso no hay calor violento; sólo débiles rayos de sol invernizo. Así, la concha puede resistir la agitación suave de la dínamo del recuerdo; del presente, desconfiaría, y el pensamiento del futuro es insoportable. Desde sombra densa vigilará el sol, que quiere subirle por las piernas; si es sol estival, que no se aventure a él el hombre viejo…, podría resultarle excesivo. De esta manera declinará poco a poco, hasta que una mañana cualquiera, sobre una tumba, aparezca grabado su nombre. Si se atiene a estos sanos principios, un Forsyte vivirá mucho, y mucho todavía después de morir.

El viejo Jolyon se daba cuenta de todo esto, pues está escrito que un Forsyte no amará más la belleza que el buen sentido, ni sus propias

inclinaciones más que su salud. Y algo se agitaba en él aquellos días, en que con cada palpitación adelgazaba un poco más la ya delgada concha. Su sagacidad lo comprendía; pero comprendía también que no podía detener aquellos latidos, ni los hubiera detenido de poder. Y, sin embargo, si alguien le hubiera dicho que ya no vivía de rentas, sino de su capital, le hubiera mirado con desprecio. No, no; un hombre no vive de su capital: los tópicos del pasado son más reales que las verdades del presente. Y a él, para quien vivir del capital siempre fuera anatema, no podía aplicar tan tremenda frase a su caso. El placer es sano; la belleza es dulce de vivir; ¡vivir de nuevo de la juventud de los jóvenes!… ¿Qué otra cosa estaba él haciendo?

Metódicamente, como había procedido siempre en todo, disfrutaba ahora de sus días. Los martes iba a Londres en tren; Irene cenaba con él e iban a la Opera. Los jueves iba a la ciudad en coche, y haciendo que el cochero le esperara, la encontraba en los jardines de Kensington, tomaba el coche después de dejarla, llegaba a Robin Hill para la cena. Decía en su casa que tenía negocios en Londres esos días. Los miércoles y sábados, ella iba a darle lección a Holly. Cuanto más gusto iba sacando a su compañía, más exigente era, con exigencia de tío anciano y cariñoso; que eso era en definitiva, pues ¿qué otra cosa podría ser? Y, sin embargo, si se retrasaba se ponía nervioso, y dos veces que no fue, no pudo dormir.

Y así pasó un mes; un mes de verano en los campos y en su corazón, con el calor inherente y la fatiga que era su consecuencia. ¡Quién hubiera predicho semanas antes que pensaría en el regreso de su hijo y su nuera con temor! Es que era deliciosa aquella libertad, aquel recobrar la independencia que un hombre pierde al formar una familia, aquella compañía que había hallado, que no le pedía nada y que permanecía siempre un poco en el misterio. Era como un trago de vino para quien ha estado bebiendo agua tanto tiempo, que se le ha olvidado que existe el vino y que produce revulsión en la sangre y sopor en el cerebro. Las flores tenían colores más vivos; los olores, la música, tenían una calidad vital más rica. Había ahora para él una razón de vivir que le excitaba continuamente y le anticipaba el gozo. Vivía aquello, no el pasado; la diferencia es considerable para las personas de su edad. Los placeres de la mesa, que nunca fueron mucho para una naturaleza sobria, carecían ahora por completo de valor. Comía poco, sin saber lo que comía; y cada día estaba más delgado y más gastado. Volvía a ser «un papel de fumar», y a esta delgadez, su frente abombada y los huecos de los parietales le daban más dignidad que nunca. Se daba perfecta cuenta de que debiera llamar al médico; pero la libertad de que disfrutaba era demasiado dulce para perderla. No podía permitirse cuidar sus frecuentes ahogos y su dolor de costado a expensas de aquella libertad. Fumaba demasiados cigarros; la regla siempre había sido fumar dos cada día. Ahora fumaba tres y hasta cuatro, como hace el hombre que se ve lleno de espíritu creador. Pero muchas veces pensaba: «Debía

dejarme el tabaco y el café. Debía dejar de andar correteando por Londres». Pero no lo hacía; nadie tenía autoridad para darse cuenta de nada, y aquello era demasiado precioso para abandonarlo. Quizá los criados estuviesen extrañados, pero no los preocuparía demasiado lo que no les afectaba. Mademoiselle Beauce pensaba demasiado en sus procesos digestivos y era demasiado «bien educada» para hacer alusión alguna. Holly todavía no podía darse cuenta del estado aparente de nadie, y menos de él, que era a la vez su juguete y su dios. Sólo a Irene le quedaba la tarea de decirle que comiera más, que reposase a las horas de calor, que tomase un tónico, etc. Pero no le decía que comprendía ser ella la causa de su delgadez, pues nadie percibe los destrozos que produce en los demás. Un hombre de ochenta y cinco años no tiene pasiones; sólo la belleza que produce la pasión actúa sobre él, hasta que la muerte cierra los ojos que la percibían.

El primer día de la segunda semana de julio recibió una carta de su hijo, fechada en París, anunciándole que estarían en casa el viernes. Así tenía que suceder; pero con la conmovedora impresión que Dios concede a los ancianos para que puedan resistir hasta el final, no lo había admitido nunca. Ahora se imponía hacer algo. No podía vivir sin aquel nuevo interés que se le había presentado; pero lo que se puede perder existe, y los Forsytes lo aprenden por experiencia. Se sentó en su sillón de cuero, dando vueltas a la carta, temblándole en los labios el cigarro sin encender. Pasado el día siguiente, tendría que abandonar sus expediciones a Londres. Lo más que podría hacer es ir una vez por semana, pretextando necesidad de ver a su hombre de negocios. Pero hasta eso dependería de su salud, pues ahora todos empezarían a vueltas con si estaba delgado o no, si comía o no comía. ¡Las lecciones! ¡Las lecciones tendrán que continuar! Ella tenía que tragarse sus escrúpulos, y June tendría que guardarse sus sentimientos en el bolsillo. Ya lo había hecho una vez, el día siguiente al de la noticia de la muerte de Bosinney; pues lo que había hecho entonces tendría que hacerlo ahora. Ya hacía cuatro años que había sufrido la ofensa. Un cristiano no puede guardar rencor eternamente… June tenía una voluntad muy fuerte, pero más fuerte la tenía él. Irene era tierna, y seguramente haría aquello por él, por no hacerle sufrir. Las lecciones tenían que seguir, pues si seguían subsistiría él. Y encendiendo al fin el cigarro, trató de pensar cómo explicar a los que venían aquella extraña intimidad, cómo velar la verdad desnuda…, la realidad de que él no podía dejar de percibir la belleza. ¡Ah! ¡Holly! Holly la quería mucho; a Holly le gustaban sus lecciones… ¡Ella, su nietecita, le salvaría! Y con aquel pensamiento feliz se tranquilizó y llegó a extrañarse de haber estado tan preocupado. No debiera preocuparse, pues la preocupación le dejaba muy débil.

Aquella noche, después de cenar, le volvió el mareo, aunque no se desvaneció. No quiso llamar, pues comprendía que produciría alarma y haría

que su salida del día siguiente pareciese más extraordinaria. Cuando uno se hace viejo, el mundo entero conspira contra la libertad. ¿Y por qué? Sólo para conservarle a uno la respiración otro poco… Él no quería subsistir a ese precio. Sólo el perro Baltasar presenció su recuperación; vio ansioso cómo su amo sacaba una botella de brandy y tomaba un poco, sin acordarse de darle a él una galleta. Por fin, el viejo Jolyon se fue a la cama. Y aunque por la mañana no se encontraba bien del todo, el pensar en la tarde que se aproximaba le fortalecía. Era una satisfacción darle una buena cena… Temía que casi no comiera cuando estaba sola. Le parecía que la ópera no era lo que más le gustaba. De todas formas, aquélla sería la última vez que la llevaría. Cuando estaba haciendo su maletín, sintió que le molestaba la idea de vestirse para cenar y que le agobiaba tenerle que decir que June regresaba.

La ópera que vieron aquella noche fue Carmen, y él escogió el último entreacto para darle la noticia, difiriéndola instintivamente al último instante. Ella la recibió con calma: la máscara estaba, como tantas veces, cubriendo en su cara toda expresión de sentimiento. Necesitaba tiempo para pensarlo, no había duda. No quería obligarle a tomar una decisión rápida, pues al día siguiente iría a la lección, y entonces era el momento de ver si se había acostumbrado a la idea. En el coche hablaron sólo de la representación de Carmen que habían visto; en sus tiempos lo hacían mejor, pero aquélla no estaba mal del todo. Al darse la mano en despedida, ella se inclinó rápidamente y le besó la frente.

—Adiós, tío Jolyon. Has sido muy bueno conmigo.

—Hasta mañana, pues —dijo él—. Buenas noches, y que duermas bien —y ella dijo como un suave eco—: Que duermas bien —y desde la ventanilla del coche, que ya andaba, le vio volver la cabeza hacia él y extender la mano en un gesto como si quisiera retenerle.

Se fue despacio a su habitación. Nunca le daban la misma en aquel hotel, y no podía acostumbrarse nunca a un cuarto. Estuvo desvelado, y aquella maldita habanera se le repetía en la memoria sin cesar. En la vida siempre había algo que trastornaba todos los planes, algo que hace a hombres y mujeres danzar a distinto son del deseado. Uno se cree que domina su vida, pero la vida se escapa del humano control, se lanza sobre uno, obliga a ceder aquí y a ceder allí, y de repente resulta que las cosas no fueron lo que se quisiera que hubieran sido.

Pero ¡qué calor hacía allí! ¡Y cuánto ruido! La frente le ardía; ella se la había besado precisamente donde le solía doler, como si hubiera sabido el sitio y quisiera con su beso borrarle todo dolor. Pero lejos de eso, el beso le había dejado una zona de malestar. Nunca había hablado con aquella voz, no había hecho nunca aquel gesto de quererle retener, ni se había vuelto a mirarle

cuando se alejaba. Se levantó del lecho y corrió las cortinas de la ventana; el cuarto daba al río. Había poco aire, pero la vista de aquella gran vena de agua, discurriendo tranquila, con perennidad eterna, le tranquilizó.

«Lo verdaderamente importante —pensó— es no preocuparse. Pensaré en mi nieta y me dormiré».

Pero no hizo más que coger el sueño unas cuantas veces y volverlo a perder.

Cuando al día siguiente llegó a su casa, salió con Holly a coger un gran ramo de claveles. Eran, dijo a la niña, para la señora de gris; y los puso en un florero en la mesa de su despacho, adonde pensaba llevar a Irene en cuanto llegara para hablarle del regreso de June y de las futuras lecciones. La fragancia y color de las flores ayudarían mucho. Después de almorzar, se echó un poco, pues se sentía muy cansado, y el coche no la traería de la estación hasta las cuatro. Pero cuando la hora se iba aproximando, se iba poniendo más nervioso y se fue a la habitación donde daban la clase, pues desde ella se veía la carretera. Se sentó junto a la ventana, y el perro Baltasar, a su lado. Cada rayo de sol que entraba tenía un brillar doloroso para su vista; el perro olía mal; el perfume de los espliegos que había sobre el piano de dar clase era insoportable; los gusanos de seda de Holly parecían desagradablemente vivos, y la cabecita negra de la niña, inclinada sobre ellos, tenía un lustre molesto. La vida era de una dureza maravillosa y cruel para los viejos y los débiles; parecía hacerle burla con su multitud de formas y colores. Hasta aquellas últimas semanas no había experimentado la rara sensación de tener una mitad de su ser ansiosamente agarrada al río de la vida, y la otra mitad anclada con fuerza a la orilla, observando el inevitable curso de las aguas. Solamente cuando Irene estaba con él perdía aquella molesta sensación.

Holly volvió la cabeza y señaló con el puñito cerrado al piano (pues eso de señalar con el dedo estaba feo) y dijo:

—El piano es también una señora de gris…

— ¿Quién le ha puesto ese trapo encima?

—Mademoiselle.

— ¡Bah! ¡Qué ocurrencia más tonta!

¡Vaya con la francesa! No se había resignado a que las lecciones de música se dieran sin su intervención. Oyó que la niña decía:

—Cuando mamá esté en casa, no vendrá la señora de gris a enseñarme a tocar, ¿verdad? A mamá no le gusta que venga gente.

Aquellas palabras le pusieron bien de manifiesto la amenaza que se cernía sobre su libertad. Tendría que resignarse a ser un pobre viejo víctima de los

cuidados y precauciones de todos, o luchar para defender su amistad nueva, y la lucha le cansaba mortalmente. Pero su cara seca y delgada se endureció en voluntad de luchar. Estaba en su casa: la amistad de Irene era cosa suya. ¡No cedería! Miró el reloj viejo y delgado como él; hacía cincuenta años que lo tenía. ¡Ya eran más de las cuatro! Y dándole un beso a Holly, se marchó al hall. Quería hablarle antes que empezara. Cuando oyó el ruido del coche salió al portal; pero el coche venía vacío.

—El tren ha venido, señor; pero la señora, no.

—Muy bien —dijo el viejo Jolyon, y se internó en la casa. Llegó al despacho y se sentó, temblando como una hoja. No, no había perdido el tren.

«Adiós, tío Jolyon»… ¿Por qué adiós, en vez de buenas noches? Y aquel gesto que hizo… Y el beso que le dio… ¿Qué significaba todo aquello? Se sintió alarmado y colérico. Anduvo a grandes pasos por la habitación, desde la puerta a la ventana. ¡Le dejaba, le abandonaba! Y no podía hacer nada para evitarlo. ¡Un viejo deseoso de belleza! ¡Qué cosa tan ridícula! No tenía derecho a nada cálido y amable; no tenía derecho más que al recuerdo y al dolor. No podía suplicarle, pues, eso sí, un viejo ha de conservar toda la dignidad. Durante más de una hora se paseó por el despacho, y las flores que había cogido le hacían burla con su aroma. De todas las cosas que hay que sufrir, el no poder hacer lo que se quiere es la más dura para quien ha impuesto siempre su voluntad. Se sentía como un pez cogido en la red, enloquecido buscando un agujero por donde escaparse, pero sin hallar ni esperanza de encontrarlo. A las cinco le llevaron el té, y con él, una carta. Por un instante le animó la esperanza. Abrió el sobre con el cuchillo de la mantequilla y leyó:

Queridísimo tío Jolyon:

Mucho me duele tenerte que escribir una cosa que te va a hacer sufrir. Pero anoche no tuve el valor de decírtela. No puedo seguir dándole lección a Holly ahora que June va a regresar. Hay cosas que se sienten demasiado para poder olvidarlas. Para mí ha sido una gran alegría volver a verte y conocer a la niña. Te veré algunas veces cuando vengas a Londres, pero ten en cuenta que no te conviene salir; me parece que te fatigas mucho cada vez que andas. Debes descansar durante todo este tiempo de calor, y ahora que vuelve tu hijo, te sentirás feliz. Un millón de gracias por todo lo bueno que has sido conmigo.

Te quiere mucho,

IRENE

¡Ya estaba explicado todo! De nada le servía tratar de disfrutar y, sobre todo, intentar sustraerse a la idea del fin inevitable de todo, a la idea de la muerte que se le acercaba con pasos que ya oía ¡No haría ya nada para él!

Se le enfrió el té, y el cigarro se quedó sin haberlo encendido; se sentía desgarrado y sujeto, por una parte, a lo que le imponía la dignidad, y por otra, al deseo de prolongarse un poco la vida. Sin duda que si le dijera todo lo que representaba para él, que si le dijera que la necesitaba para poder seguir viviendo, comprendería. Se sentó y tomó una pluma. Pero no podía escribir. Había algo que le hacía intolerable la idea de humillarse hasta tal extremo, que le impedía suplicarle que le dejase echar una última ojeada a su belleza. Era tanto como confesar chochez. Pero escribió así:

Confiaba en que el recuerdo de dolores pasados no interrumpiría lo que es un placer para mí y un provecho para mi nietecita. Pero los viejos tenemos que reprimir nuestros caprichos, incluso el capricho de vivir; la muerte nos obliga a reprimirlo, más tarde o más temprano; quizá cuanto más temprano, mejor.

Sabes te quiere,

JOLYON FORSYTE.

«Amargo —pensó—, pero no puedo escribir otra cosa. Estoy ya cansado».

Echó la carta en el buzón para que saliera en el correo de la tarde.

Después de la cena, que casi no probó; después del cigarro, que no pudo acabar, pues le mareaba, subió despacito las escaleras y entró en el cuarto de los niños. Se sentó a la cabecera de Holly; una lucecita débil que dejaban siempre le permitía verla. ¡Qué gusto si pudiera dormir como aquella niña! Separó un poco las cortinas y miró afuera. La luna se levantaba, color rojo sangre. Nunca había visto la luna tan roja. «Mi vida ha sido larga —pensó—. He disfrutado de lo mejor de ella; no debo ser ingrato. He gozado mucho en la belleza cuando joven. El pobre Bosinney decía que tenía sentido de la belleza». Cerró los ojos. Le vino el pensamiento de que no los volvería a abrir, y dejó que la idea se afirmara en su mente y se sintió hundirse; entonces, con un escalofrío, levantó los párpados como pudo. Estaba malo, no cabía duda. Tenía que llamar al médico sin falta. ¿Qué importaba ya? En aquel soto, la luz de la luna debía reinar en absoluto. No habría pájaros ni flores; sólo sombras. Dos sombras estarían reclinadas en el tronco: ella y Bosinney. Y las ranas y los animalillos diminutos estarían cantando. ¡Cómo sonaba el reloj en aquella habitación! Se puso en pie y quedó mirando a Holly. La niña, como percibiendo que la miraban, cambió de postura y se cubrió la cara con un bracito. Salió de puntillas al pasillo; llegó a su cuarto, se desnudó y se acostó en seguida. Permaneció largo tiempo sin moverse y sin poder dormir, tratando de encontrar resignación…

A la mañana siguiente se despertó tan sin fuerzas y agotado, que mandó llamar al médico. Después de reconocerle, el hombre puso una cara de un palmo de larga y le ordenó quedarse en cama y no fumar. No era prescripción

dura: ni tenía para qué levantarse ni le gustaba fumar cuando se sentía enfermo. Pasó la mañana muy aburrido, dando vueltas al Times, pero sin leer mucho; el perro Baltasar estaba debajo de la cama. Con el almuerzo le trajeron un telegrama que decía:

Recibí carta; voy esta tarde; estaré contigo tres treinta.

IRENE

¡Por fin! ¡La vería! ¡No le había abandonado! Se tomó la sopa y puso a un lado la mesita y se estuvo muy quieto hasta que hubieron retirado el servicio y le dejaron solo. De cuando en cuando guiñaba los ojos. ¡Iba a verla!

A las tres se levantó, y lentamente, sin hacer ruido, se vistió. Abrió la puerta cuidadosamente y bajó la escalera. En el hall, el perro Baltasar estaba solo; seguido del animal, el viejo Jolyon entró en su despacho y por el balcón practicable salió a la tarde quemante. Quería encontrarla en el soto; pero se dio cuenta de que con el calor que hacía le iba a ser imposible. Se sentó bajo el roble, y el perro Baltasar, que también notaba el calor, se tumbó a su lado.

Sonreía feliz. ¡Qué minutos deliciosos! ¡Qué zumbar de insectos y arrullar de palomas! Aquel día era la quinta esencia del verano… Ella venía, no le había abandonado. Tenía todo cuanto pudiera pedir a la vida. La vería llegar; cuando pasara los helechos, vería su figura ondulante, gris, pasando entre margaritas y flores silvestres. Él no se movería, pero ella se acercaría diciéndole: «Tío Jolyon, cuánto lo siento»… Y se sentaría a su lado, y él podría mirarla y decirle que no había estado muy bien, pero que ahora se encontraba perfectamente, y el perro le lamería las manos. El perro se daba cuenta de que su amo la quería, y él la quería también. Era un perro muy bueno.

La sombra era intensa bajo el roble; el sol no podía molestarle, y no había más que iluminar el mundo para él y aclarar la atmósfera para que viera Epsom en la lejanía. Disfrutaba oliendo los limoneros y el espliego. ¡Por eso había por allí tantas abejas! Andaban agitadas, excitadas, como su corazón. Tenía sueño, tenía sueño y embriaguez de miel y de felicidad. ¡Verano!… ¡Verano! parecía decir el zumbar de los abejarrones, de las abejas y de las moscas.

El reloj del establo dio las cuatro; dentro de media hora, ella estaría allí. Se echaría una siestecita muy breve, pues había dormido muy poco los últimos días, y así estaría descansando cuando ella viniese. Y recostándose cuanto le permitía la rústica silla, cerró los ojos. Un vilano se acercaba movido por el escaso aire que hacía y se quedó prendido en su bigote, más blanco aún. No se dio cuenta, pero lo movía con su respirar. Un rayo de sol se filtró de alguna manera y cayó sobre su bota Una abeja empezó a dar vueltas en torno a su

sombrero de paja. Y la deliciosa sensación de sueño se apoderó de su cerebro y la cabeza se le dobló sobre el pecho. ¡Verano!… ¡Verano!, seguían murmurando las abejas.

Dio el cuarto en el reloj del establo; el perro Baltasar se estiró y miró a su amo. El vilano dejó de moverse. El perro descansó la cabeza sobre la bota que recibía el rayo de sol. Pero la retiró rápidamente, se levantó y saltó al regazo del viejo Jolyon; le miró a la cara y lanzó un quejido; saltó al suelo otra vez y se sentó sobre las ancas, mirando. De repente, lanzó un aullido largo, muy largo.

Pero el vilano seguía parado en el bigote de su amo, que tenía la cara inmóvil también.

¡Verano!… ¡Verano!… ¡Verano!

Aquellos ligeros pasos sobre la hierba…

Freeditorial
¿Te gustó este libro?
Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es